



Yukio Mishima

Nieve de Primavera
El mar de la fertilidad

LUIS DE CARALT
EDITOR
Ganduxer, 77
BARCELONA

Título de la obra original:

HARU NO YUKI
(The first volume of HOJO NO UMI)
Spring Snow by Yukio Mishima
© by Yoko Hiraoka
Originally published in Japan Shinchosha
The Spanish edition in published in Spain by arrangement through
ORION PRESS, Tokyo

Versión española de
DOMINGO MANFREDI

Primera edición: marzo 1974

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

© Luis de Caralt, 1974

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-217-2596-3

Depósito Legal B. 21.497-1974
N. de Registro 7.389-73

GRÁFICAS PÉREZ - Calderón de la Barca, 3 - Barcelona -16

I

Cuando la conversación en el colegio cambió a la guerra ruso-japonesa, Kiyooki Matsugae preguntó a su más íntimo amigo, Shigekuni Honda, cuánto podía recordar sobre el particular. Los recuerdos de Shigekuni eran vagos; escasamente recordaba haber sido llevado una vez hasta la puerta de la verja para ver pasar un desfile de antorchas. El año en que terminó la guerra, los dos habían cumplido los once años, y a Kiyooki le parecía que debían poder recordar con un poco más de exactitud. Sus compañeros de clase que hablaban de la guerra con tanta habilidad,

se limitaban en su mayoría a embellecer unos recuerdos borrosos con informaciones que habían recogido de los mayores.

En la guerra habían muerto dos miembros de la familia Matsugae, tíos de Kiyooki. Su abuela recibía una pensión del Gobierno, gracias a estos dos hijos que había perdido, pero ella nunca hizo uso de ese dinero; dejaba los sobres sin abrir sobre el anaquel del santuario de la casa. Tal fue por lo que la fotografía que más impresionó a Kiyooki de toda la colección de fotografías de guerra de la casa fue una titulada «Proximidades del Templo de Tokuri; servicios religiosos por los muertos de la guerra», fechada el 26 de junio de 1904, el año treinta y siete de la era Meiji. Esta fotografía en sepia, era totalmente distinta de los habituales mementos de guerra. Había sido realizada con la vista del artista puesta en la estructura: en realidad parecía como si los millares de soldados presentes estuvieran preparados deliberadamente, como las figuras de un cuadro, para centrar toda la atención del observador en el alto cenotafio de madera sin pintar situado en el centro. En la distancia, las montañas se recortaban suavemente en la neblina, alzándose en pequeños estrados a la izquierda del cuadro, lejos de la amplia llanura. A la derecha, emergían en la distancia diseminados grupos de árboles, perdiéndose en el polvo amarillento del horizonte. Y aquí, en lugar de montañas, había una fila de árboles que se hacían más altos a medida que la mirada se dirigía a la derecha; un cielo amarillo se dejaba ver por entre los claros de las ramas. En primer plano destacaban seis árboles muy altos a intervalos estudiados, colocados de forma que complementaban la armonía general del paisaje. Resultaba imposible determinar qué clase de árboles eran. Sus espesas ramas superiores tenían al inclinarse con el viento una grandeza trágica.

La extensión de la llanura resplandecía débilmente; por este lado de las montañas, la vegetación era baja y escasa. En el centro del cuadro, diminuto, estaba el cenotafio de madera y el altar con flores, doblado por el viento el blanco paño.

En el resto no se veían más que soldados, millares de soldados. En el fondo se habían separado de la cámara para dejar ver las blancas borlas de sus gorros y las correas de cuero que cruzaban sus espaldas. No estaban formados en filas rigurosas, sino amontonados en grupos, con la cabeza inclinada. Un pequeño grupo del ángulo inferior izquierdo había vuelto la cara entristecida hacia la cámara, como figuras de una pintura del Renacimiento. Más al fondo, detrás de ellos, una multitud de soldados se prolongaba en un inmenso semicírculo hasta los extremos de la llanura en número tan crecido que era imposible distinguir unos de otros. Todavía parecían más agrupados en la lejanía, entre los árboles.

Las figuras de estos soldados, tanto en el primer plano como en el fondo, estaban bañadas con una extraña media luz, que perfilaba las polainas y las botas y destacaba las curvas de los hombros rendidos, así como la parte de la nuca. Esta luz cargaba toda la fotografía con una sensación de dolor indescriptible.

De estos hombres emanaba una emoción tangible, que irrumpía en oleadas contra el pequeño altar blanco, las flores y el cenotafio central. De esta enorme masa que se extendía hasta el borde de la llanura brotaba una idea única, por encima de todo el poder de la expresión humana, como un grande y pesado anillo de hierro.

Kiyooki tenía dieciocho años. Nada de la casa donde había nacido explicaría su sensibilidad, su inclinación a la melancolía. Hubiera sido muy difícil encontrar en aquella extensa casa, construida en un altozano cerca de Shibuya, a una persona que en algún modo compartiera su sensibilidad. Se trataba de una vieja familia samurai, pero el padre de Kiyooki, marqués de Matsugae, confuso por la humilde posición que habían ocupado sus antepasados recientemente al final del shogunato, cincuenta años atrás, había enviado al muchacho, cuando todavía era un niño muy pequeño, para ser educado en la casa de un noble de la Corte. De no haberlo hecho así, Kiyooki no hubiera sido un joven tan sensible.

La residencia del marqués de Matsugae ocupaba un gran espacio de terreno más allá de Shibuya, en los arrabales de Tokio. Los muchos edificios se extendían sobre una extensión de más de cien acres, alzándose sus tejados en un impresionante equilibrio. La cara principal era de arquitectura japonesa, pero en un rincón del parque sobresalía una imponente casa de estilo occidental diseñada por un inglés. Se decía que era una de las cuatro grandes residencias del Japón. La primera, sin duda, era la del mariscal Oyama, en la que podía entrarse con zapatos de calle.

En medio del parque se extendía un gran estanque que llegaba al pie de una colina cubierta de árboles. El estanque tenía espacio suficiente para cruzarlo en barco. Había una isla en el centro con lirios de agua y flores aromáticas, que podían ser recogidas para la cocina. El salón de la casa principal daba al estanque, lo mismo que el salón de banquetes de la casa de estilo occidental.

Unos trescientos mojones de piedra estaban diseminados al azar a lo largo de los márgenes y en la propia isla, en la que también había tres grúas de hierro, dos extendiendo sus largos cuellos hacia el cielo y la tercera con la cabeza inclinada hacia abajo.

El agua brotaba del manantial, en la cresta de la colina, y descendía por las laderas formando varias cascadas; luego la corriente pasaba por debajo de un puente de piedra, entraba en una piscina matizada con rocas de color rojo de la isla de Sado, para ir a caer en el estanque por un lugar donde en su tiempo florecían mil plantas silvestres. En el estanque había carpas de invierno. Dos veces al año permitía el marqués a los escolares entrar allí durante sus jiras.

Cuando Kiyooki era niño los criados le asustaban con historias sobre tortugas voraces. Hacía mucho tiempo ya, cuando su abuelo estuvo enfermo, un amigo le había regalado un centenar de tortugas con la esperanza de que su carne restableciera sus fuerzas. Echadas en el estanque se multiplicaron rápidamente. Los criados habían dicho a Kiyooki que si una tortuga lograba alcanzarle un dedo con la boca significaría el final del dedo.

Había varios pabellones para la ceremonia del té, y un gran salón de billar. Detrás de la casa crecían en abundancia las batatas silvestres, y había una alameda de cipreses, plantados por el abuelo de Kiyooki, con dos senderos. Uno llevaba a la puerta de atrás, y el otro subía por una pequeña colina hasta la meseta, donde destacaba un santuario en el ángulo de una amplia extensión sembrada de hierba. Allí estaban sepultados su abuelo y dos tíos. Los peldaños, faroles y los «torii», todo de piedra, eran los tradicionales, pero a uno y otro lado de los peldaños, en lugar de los habituales perros-leones habían sido colocados en el suelo un par de obuses de la guerra ruso-japonesa, pintados de blanco. Un poco más abajo había un santuario dedicado a Inari, dios de las cosechas, detrás de un magnífico seto de enredaderas. El aniversario de la muerte de su abuelo caía a finales de mayo; por tanto las plantas del seto estaban siempre en todo su esplendor cuando se reunía la familia para celebrar los servicios religiosos, y las mujeres se amparaban bajo su sombra para protegerse de los rayos del sol. Sus caras blancas, empolvadas aún con mayor meticulosidad que de costumbre para la ocasión, parecían allí como tocadas de color violeta, como si sobre sus mejillas hubiese caído cierta sombra de muerte.

Las mujeres: nadie podría contar con exactitud el crecido número de mujeres que vivían en la mansión de Matsugae. La abuela de Kiyooki, por supuesto, tenía precedencia sobre todas ellas, aunque prefería vivir retirada a cierta distancia de la casa principal, con ocho doncellas para atender sus necesidades. Todas las mañanas, con lluvia o con sol, la madre de Kiyooki, acabada de vestirse, se dirigía inmediatamente, acompañada de dos doncellas, a rendir sus respetos a la anciana dama. Y todos los días la anciana dama escudriñaba el aspecto de su nuera.

—Ese peinado no te favorece. ¿Por qué no te haces para mañana un peinado de estilo de cuello alto? Estoy segura de que te caerá mucho mejor —decía con ojos cariñosos, para cuando al día siguiente apareciera con el peinado a estilo occidental

comentarle—: En realidad, Tsujiko, ese peinado de estilo de cuello alto no le va bien a una belleza japonesa tan a la antigua como tú. Por favor, prueba para mañana el estilo Marumage.

Y así, durante todo el tiempo que Kiyooki podía recordar, el peinado de su madre había estado experimentando cambios perpetuos.

Los peluqueros y sus ayudantes estaban ocupados constantemente. Y no sólo requería sus servicios el peinado de su madre, sino que tenían que peinar también a más de cuarenta doncellas. Sin embargo, sólo en una ocasión habían mostrado preocupación por el pelo de un miembro masculino de la casa. Fue cuando Kiyooki estaba en su primer curso en la Escuela agregada de los Pares. Le había caído el honor de ser seleccionado para actuar como paje en las festividades del Año Nuevo, en el Palacio Imperial.

—Sé que las personas de la Escuela desean que parezcas un pequeño monje —decía uno de los peluqueros—, pero esa cabeza afeitada no iría bien con tu elegante vestido.

—Pero me van a reñir si llevo el cabello largo.

—Muy bien, muy bien —repuso el peluquero—. Déjame ver cómo mejorarlo. En todo caso llevarás sombrero, pero creo que podemos arreglar las cosas para que cuando te lo quites sobresalgas en brillantez sobre todos los demás jóvenes caballeros.

Eso es lo que dijo, pero Kiyooki a los trece años se había cortado el pelo. Cuando el peluquero le peinaba, el peine le hacía daño y la loción del cabello le escocía la cabeza. A pesar de toda la destreza del peluquero, la cabeza reflejada en el espejo no parecía distinta a la de cualquier otro muchacho; y sin embargo, en el banquete Kiyooki fue elogiado por su extraordinaria belleza.

En una ocasión, el emperador Meiji había honrado con su presencia la residencia de los Matsugae. Para agasajar a su majestad imperial se había organizado una exhibición de lucha «sumo», junto a un enorme árbol *gingko*, alrededor del cual se había delimitado un espacio de terreno. El emperador contemplaba el espectáculo desde un balcón, en el segundo piso de la casa occidental. Kiyooki confió al peluquero que en aquella ocasión le había sido permitido aparecer ante el emperador, y su majestad se había dignado acariciarle la cabeza. Eso había tenido lugar hacía cuatro años, pero parecía poco posible que el emperador recordara la cabeza de un simple paje visto una vez en las festividades del Año Nuevo.

—¿De veras? —exclamó el peluquero abrumado—. Joven amo, ¿usted quiere decir que fue acariciado por el emperador en persona? —Al decir esto, se deslizó sobre el suelo de tatami, apretando las manos fervorosamente, en auténtica reverencia al muchacho.

El uniforme de un paje para asistir a una dama de la Corte consistía en una chaquetilla de terciopelo azul, y pantalones que llegaban justo por debajo de las rodillas. Por ambos lados de la chaquetilla caían cuatro borlas blancas. Había otras en las mangas y en los pantalones. El paje llevaba espada en la cintura, medias blancas y zapatos abrochados con botones de esmalte negro. En el centro de su amplio cuello de encajes iba anudada una corbata de seda blanca, y un sombrero tricorno, adornado con una gran pluma de ave, que le caía por la espalda, sujeta por una cinta de seda.

Cada Año Nuevo, alrededor de veinte hijos de la nobleza, con sobresalientes antecedentes escolares, eran escogidos para hacer turnos, en grupos de cuatro, junto a la emperatriz, o en grupos de dos junto a las princesas, durante los tres días de las festividades. Kiyooki acompañó a la emperatriz una vez, y otra a la princesa Kasuga. Cuando le llegó el turno con la emperatriz, ella había llegado con solemne dignidad por los pasillos fragantes de incienso y almizcle, quemados por los servidores de palacio, y él había permanecido detrás de ella durante la audiencia. Era una mujer de gran elegancia e inteligencia, pero por aquel entonces, ya mayor, estaba cercana a los sesenta años. La princesa Kasuga, sin embargo, no

pasaba mucho de los treinta. Hermosa, elegante, imponente, era como una flor en el momento de su mayor perfección.

Aun ahora, Kiyooki recordaba menos el sobrio atuendo de la emperatriz que el espléndido armíño de la princesa, salpicado de perlas. La cola del traje de la emperatriz tenía cuatro especies de ojales para las manos de los pajes, mientras que el de la princesa sólo llevaba dos. Kiyooki y los otros habían sido adiestrados tan exhaustivamente que no tenían ninguna dificultad en sujetarse con firmeza, mientras avanzaban.

El cabello de la princesa Kasuga tenía brillo y negrura de laca. Visto por detrás, aquel cuidadoso peinado parecía disolverse en su nuca, dejando las trenzas sueltas sobre sus hombros desnudos, cuyo débil brillo embellecía el escote.

Se mantenía muy erguida y caminaba hacia adelante con paso firme, sin ningún temor para quienes llevaban su cola, pero a los ojos de Kiyooki aquel enorme abanico de piel blanca parecía brillar y desvanecerse con el sonido de la música, como un pico cubierto de nieve, oculto primero, y luego visible, por un grupo de nubes. En ese momento, por vez primera en su vida, se vio sorprendido por la fuerza de la belleza femenina, y la explosión deslumbrante de elegancia, que hizo enardecer a sus sentidos.

El uso pródigo que la princesa Kasuga hacía del perfume francés se había extendido a su vestido, y su fragancia anulaba el olor del almizcle y del incienso. En un punto del pasillo, Kiyooki tropezó. La princesa volvió ligeramente la cabeza, y como señal de que no estaba en absoluto ofendida sonrió suavemente al joven. Aquel gesto pasó inadvertido. Con el cuerpo perfectamente altivo, en aquel breve movimiento de cabeza había concedido a Kiyooki una mirada fugaz. En aquel instante cayó sobre su blanca mejilla un mechón de pelo, y por el rabillo del ojo se dejó traslucir una sonrisa veloz como un relámpago. Pero la línea de su nariz no se movió. Como si nada hubiera sucedido... El perfil fugaz de la cara de la princesa, demasiado rápido para ser llamado honestamente perfil, hizo a Kiyooki sentirse como si hubiera visto resplandecer un arco iris durante un instante en un prisma de puro cristal.

Su padre, el marqués de Matsugae, observaba la participación de su hijo en las festividades, admirando el aspecto brillante del muchacho en su precioso atuendo ceremonial, y saboreando la propia complacencia del hombre que ve cumplido el sueño de toda su vida. Este triunfo disipó sus temores de parecer un impostor, por sus intentos de presentarse como apto para recibir al emperador en su propia casa. Ahora, en la persona de su hijo, el marqués había visto la fusión definitiva de las tradiciones aristocrática y samurai, congruencia perfecta entre los antiguos nobles de la Corte y la nueva nobleza.

De todos modos, a medida que la ceremonia continuaba, la satisfacción del marqués por los elogios prodigados por el público al muchacho se cambió en inquietud. A los trece años, Kiyooki era demasiado apuesto. Dejando a un lado su natural afecto por su hijo, el marqués no podía menos de advertir que destacaba de los otros pajes. Sus pálidas mejillas tomaban color carmesí cuando estaba excitado, sus cejas estaban agudamente definidas y sus grandes ojos, todavía con seriedad infantil, estaban enmarcados por unas largas pestañas. Eran negros, y había en ellos una luz seductora. El marqués estaba excitado por los cumplidos ante la belleza excepcional de su hijo y heredero, y sintió preocupación por ello. Estaba bajo los efectos de una premonición incómoda. Pero como era hombre extremadamente optimista, se olvidó de todo aquel desconcierto tan pronto como terminó la ceremonia.

* * *

Aprensiones similares eran normales en el joven Iinuma, que había ido a vivir a casa de los Matsugae con diecisiete años, el anterior al servicio de Kiyooki como paje. Iinuma había sido recomendado como tutor personal de Kiyooki por la escuela de Kagoshima, y enviado con los Matsugae con testimonios sobre sus facultades mentales y físicas. El padre del actual marqués era reverenciado en Kagoshima como un dios poderoso y feroz, y Iinuma había aceptado la vida en casa de los Matsugae tal como lo había oído en el colegio al hablar de las hazañas del anterior marqués. En su año con ellos, sin embargo, su forma de vida había echado por tierra algunas esperanzas y herido sus juveniles sensibilidades puritanas.

Podía cerrar los ojos a otras cosas, pero no a Kiyooki, que era su responsabilidad personal. Todo Kiyooki, sus miradas, su delicadeza, su sensibilidad, sus cambios de pensamientos, sus intereses, pesaba sobre Iinuma. Y la actitud del marqués y la marquesa en relación con la educación de su hijo le era también aflictiva.

—Yo nunca educaré a un hijo mío de tal manera aunque me hagan marqués. ¿Qué supone usted que el marquesado añadirá a los principios de su propio padre?

El marqués era puntilloso en cuanto a la observación de los ritos anuales por su padre, pero casi nunca hablaba de él. Al principio, Iinuma esperaba que el marqués hablaría más a menudo de su padre y de sus recuerdos, pero en el transcurso del año tales esperanzas vacilaron y se desvanecieron.

La noche que Kiyooki volvió a casa después de cumplir con sus deberes como paje imperial, el marqués y su esposa dieron una cena familiar y privada para celebrar el acontecimiento. Cuando llegó la hora de que Kiyooki se fuera a la cama, Iinuma le acompañó hasta su habitación. Las mejillas del muchacho de trece años estaban sonrosadas por el vino que su padre, medio en broma, le había obligado a beber. Se escondió entre las colchas de seda, dejó caer la cabeza sobre la almohada y se durmió con respiración dificultosa. Sus venas azules se estremecían, y la piel era tan transparente que casi se veía el frágil mecanismo interior. Aun en la media luz de la habitación, sus labios aparecían enrojecidos.

Iinuma comprendió que era inútil esperar que el muchacho hiciera los juramentos entusiastas de lealtad hacia el emperador que una noche como aquella habría provocado en cualquier joven normal japonés, camino de la virilidad, privilegiado con la realización de tarea tan honrosa.

Kiyooki estaba recostado de espaldas, mirando al techo, con los ojos llenos de lágrimas. Kiyooki, que sentía demasiado calor, sacó los brazos desnudos y empezó a doblarlos detrás de la cabeza. Iinuma le amonestó, y le cerró el cuello suelto de su bata de dormir.

—Vas a coger un catarro. Ahora debes dormirte.

—Iinuma, yo... he cometido un error hoy. Si me prometes no decir nada a mis padres te diré de qué se trata.

—¿Qué fue?

—Hoy, cuando llevaba la cola de la princesa tropecé ligeramente. Pero la princesa me sonrió y me perdonó.

Iinuma se sintió molesto por palabras tan frívolas, por la ausencia de todo sentido de responsabilidad, por la mirada de arrobamiento que había en aquellos ojos, por todo...

II

Apenas sorprendió entonces que a Kiyooki, cumplidos los dieciocho años, sus preocupaciones le hubieran servido para alejarse cada vez más de lo que le rodeaba. Había crecido aislado, no sólo de su propia familia. Los profesores de la escuela habían inculcado en sus alumnos el noble y supremo ejemplo del general Nogi, suicidado para seguir a su emperador en la muerte; y cuando comenzaron a

recalcar el significado de aquel acto, sugiriendo que la tradición habría sido muy pobre si el general hubiera muerto enfermo en su cama, una atmósfera de sencillez espartana comenzó a inundar la escuela. Kiyooki, que sentía aversión a todo militarismo, llegó a detestar la escuela por esta sola razón.

Su único amigo era el compañero de clase Shigekuni Honda. Había por supuesto otros muchos que se habrían sentido satisfechos con ser amigos de Kiyooki, pero a él no le gustaba la tosquedad juvenil de sus condiscípulos. Huía de sus formas ásperas, y se sentía más repelido por su crudo sentimentalismo cuando cantaban ruidosamente el himno del colegio. Kiyooki se vio atraído sólo hacia Honda, por su temperamento tranquilo, ordenado, racional, inusitado en un muchacho de su edad. Aun así, ambos tenían poco en común en cuanto a aspecto y temperamento.

Honda parecía mayor de lo que era. Aunque de facciones ordinarias, asumía a veces un aire pomposo sin quererlo. Estaba interesado en estudiar Derecho, y dotado de una viva intuición, que trataba de disimular. Al mirarle, creíase que era indiferente a los placeres sensuales, pero había momentos en que parecía enardecido por alguna pasión profunda. En estas ocasiones, Honda, que mantenía la boca cerrada casi siempre, como mantenía encogidos sus ojos un tanto miopes, y las cejas fruncidas, abría los labios.

Kiyooki y Honda eran quizá tan diferentes en su constitución como la flor y la hoja en una misma planta. Kiyooki, incapaz de ocultar su verdadera naturaleza, estaba indefenso ante el poder de la sociedad para infligirle dolores. Su todavía no despertada sensualidad yacía latente en él, desvalido como un cachorrito bajo las lluvias de marzo, tintándole el cuerpo, con los ojos y la nariz azotados por el agua. Honda, por otro lado, había captado desde edad muy temprana dónde estaba el peligro, decidiendo protegerse de todas las tormentas, cualquiera que fuera su atractivo.

A pesar de todo esto, sin embargo, eran amigos íntimos. No contentos con verse en el colegio, pasarían también juntos los domingos en la casa del uno o del otro. Y como la hacienda de Matsugae tenía más que ofrecer en cuanto a paseos y otras diversiones, Honda ordinariamente iba a casa de Kiyooki.

Un domingo de octubre, de 1912, el primer año de la era Taisho, una tarde en que los arces estaban casi en floración, Honda llegó a la habitación de Kiyooki para sugerirle que podían dar un paseo en bote por el estanque. De haber sido un año como cualquier otro, habría habido un creciente número de visitantes para admirar los frondosos arces, pero como los Matsugae guardaban luto desde la muerte del emperador el verano anterior, habían suspendido todas las actividades sociales. En el parque dominaba una calma extraordinaria.

—Bueno, si tú lo quieres. El bote admite a tres. Llevaremos a Iinuma para que se encargue de los remos.

—¿Por qué hemos de necesitar a nadie que reme? Yo remaré... —dijo Honda, recordando la expresión dura del joven que acababa de escoltarle hasta la habitación de Kiyooki, con obsequiosidad silenciosa e inflexible.

—No te simpatiza, ¿verdad, Honda? —sonrió Kiyooki.

—No es que no me simpatice. Es que durante todo el tiempo que le conozco no he podido determinar aún qué hay dentro de esa cabeza.

—Lleva aquí seis años, por lo que yo le doy por tan inevitable como el aire que respiro. Ciertamente no nos miramos cara a cara, pero está dedicado a mí de todos modos. Es leal, estudia mucho y puedo confiar en él.

La habitación de Kiyooki estaba en la segunda planta, mirando al estanque. Originalmente había tenido estilo japonés, pero luego volvió a ser decorada en estilo más occidental, con alfombra y mobiliario adecuados. Honda se sentó sobre el antepecho de la ventana. Desde allí alcanzaba a ver toda la extensión del estanque, la isla y la colina poblada de arces al fondo. El agua permanecía mansa bajo el sol de la tarde. Justo debajo de él, se veían los botes, en una pequeña ensenada.

Mientras lo miraba todo, meditaba sobre la falta de entusiasmo de su amigo. Kiyooki nunca tomaba la iniciativa, aunque algunas veces accediera, con aire de manifiesto aburrimiento, sólo para disfrutar a su modo. Entonces el papel de guía siempre descansaba en Honda, cuando la pareja decidía hacer alguna cosa.

—Puedes ver los botes, ¿verdad? —preguntó Kiyooki.

—Sí, desde luego que los veo —repuso Honda mirándole dubitativamente.

* * *

¿Qué quería decir Kiyooki con su pregunta? Si fuera obligado aventurar una conjetura, habría que pensar que estaba intentando decir que no tenía interés por nada en absoluto. Se consideraba como una espina pequeña y ponzoñosa clavada en la mano de su familia. Y este sino, sencillamente, le había sido cargado sólo porque había adquirido una elegancia y educación algo más refinada. Sólo cincuenta años antes, los Matsugae habían sido una familia samurai recta, y nada más, llevando una sencilla vida en provincias. Pero en un breve período de tiempo su fortuna había aumentado. En tiempos de Kiyooki las primeras trazas de refinamiento amenazaban adueñarse de una familia, que a diferencia de la nobleza cortesana había disfrutado siglos de inmunidad al virus de la elegancia. Kiyooki, como la hormiga que presiente la inundación, estaba asimilando los primeros indicios del rápido y fatal colapso de su familia.

Su elegancia era la espina familiar. Y sabía muy bien que su aversión a la tosquedad, su deleite en los refinamientos, eran allí extraños, y que él era una planta sin raíces en su propia casa. Sin querer lastimar a su familia, sin querer violar sus tradiciones, estaba condenado a ser distinto de ellos por su propio natural. Y esto obstaculizaría el desarrollo de su propia vida, al tiempo que destruiría su familia. El apuesto joven creía que esta futilidad condicionaba su existencia.

Su convicción de no tener en la vida otro destino que actuar como irreversible veneno, era parte de su carácter de joven de dieciocho años. Había decidido que sus preciosas manos blancas jamás se ensuciarían ni sufrirían callos. Deseaba ser como una bandera en cada ráfaga de viento. Lo único que le parecía válido era vivir para las emociones, morir sólo para resucitar, mermando o subiendo sin dirección ni propósito.

Por el momento no le interesaba nada. ¿Montar en bote? Su familia había creído que el pequeño bote blanco y verde que habían importado del extranjero era elegante y muy de moda. Por lo que concernía a su padre, el bote era cultura tangible. Pero ¿qué importaba aquello? ¿Quién se preocupaba del bote?

* * *

Honda, con su intuición, entendió el súbito silencio de Kiyooki. Aunque de la misma edad, Honda era más maduro. En efecto, deseaba llevar una vida constructiva y había tomado una decisión sobre su futuro. Con Kiyooki siempre cuidaba de parecer menos sensible y sutil de lo que era, pues sabía que su amigo reaccionaba ante sus cuidadosos despliegues de inferioridad, único cebo que parecía interesar a Kiyooki. Y esta línea era mantenida a través de su amistad.

—Te sentaría bien el hacer algún ejercicio —exclamó Honda bruscamente—. Sé que no has leído mucho, pero das la impresión de haberte tragado toda una biblioteca.

Kiyoaki respondió con una sonrisa. Honda tenía razón. No eran los libros los que le habían agotado la energía, sino sus sueños. Toda una biblioteca no podía haberle agotado tanto como sus sueños constantes, noche tras noche.

La anterior había soñado con su propio ataúd, de madera sin pintar. Estaba en medio de una habitación vacía, con grandes ventanas, y fuera, la oscuridad tomaba un color azul profundo. Todo estaba lleno del canto de los pajarillos. Una mujer joven estaba cogida al ataúd, cayéndole de la cabeza inclinada su largo cabello negro, y con los delicados hombros encogidos por los sollozos. Quiso ver la cara de aquella mujer pero no pudo alcanzar más que su frente pálida, agraciada por los finos mechones de pelo negro. El ataúd estaba casi cubierto con una piel de leopardo, sembrada de perlas. El primer resplandor del alba llameó sobre las joyas. En lugar del incienso funerario, un aroma de perfume occidental inundaba la habitación con una fragancia de fruta madurada al sol. A Kiyoaki le parecía contemplar todo desde una gran altura, aunque tenía el convencimiento de que era su cuerpo el que yacía en el ataúd. A pesar de su seguridad sentía la necesidad de verlo con sus propios ojos, a modo de confirmación. Sin embargo, como un mosquito bajo el sol de la mañana, sus alas perdieron todo poder y dejaron de aletear en el aire. Fue ya totalmente incapaz de mirar dentro del ataúd. Luego despertó, y sacando su *diario secreto* escribió en él todo esto.

* * *

Finalmente los dos bajaron al embarcadero y soltaron amarras. La superficie serena de las aguas reflejaba los flameantes arcos de color escarlata de la colina. Al entrar en el bote, el balanceo evocó en Kiyoaki sus sentimientos favoritos sobre lo precario de la vida. En aquel instante sus pensamientos íntimos describían un amplio arco, claramente reflejado en la blanca estela del bote. Su espíritu se elevó.

Honda empujó con un remo y maniobró el bote hacia las aguas. Cuando la proa rompió la brillante superficie, los suaves rizos del agua elevaron el sentido de liberación de Kiyoaki. Aquellas aguas oscuras parecían hablarle con voz solemne y profunda.

«Mi dieciocho cumpleaños —pensaba—, y este día, esta tarde, este momento... no volverán jamás... Es algo que se está deslizando irrevocablemente.»

—¿Vamos a echar un vistazo a la isla?

—¿Qué hay de divertido en eso?

—No seas aguafiestas. Vamos, echemos un vistazo —instó Honda, con una voz profunda, provocada porque remaba con el enérgico vigor propio de sus años.

Kiyoaki oyó el sonido de la cascada al otro lado de la isla; no podía ver demasiado, debido al color rojo de los arcos reflejado en el agua. Sabía que allí había carpas, y que las tortugas voraces acechaban desde el refugio de las rocas. Sus temores infantiles volvieron unos momentos, para desvanecerse después.

El sol calentaba sus cuellos muy afeitados. Era la tarde de un domingo pacífico, sosegado y glorioso. Sin embargo, Kiyoaki seguía convencido de que en el fondo de este mundo, como en un recipiente de cuero lleno de agua, había un pequeño agujero, y le parecía oír cómo el tiempo iba saliendo por él gota a gota.

Entraron en la isla por un punto donde sobresalía entre los pinos un único arco, y treparon por las escaleras de piedra hasta el campo de hierba, en la cima, y las tres grúas de hierro. Los muchachos se sentaron a los pies del par de grúas que extendían sus cuellos hacia arriba como en un grito mudo, y luego se recostaron para contemplar el cielo de otoño. La áspera hierba calaba los kimonos hasta las espaldas, lo que hacía que Kiyoaki se sintiera incómodo. En cambio, a Honda le daba la sensación de un dolor exquisitamente refrescante bajo su espalda. Podían

ver las dos grúas, descoloridas por el viento y la lluvia, manchadas por los excrementos blanquecinos de los pájaros.

—Es un día maravilloso. En toda nuestra vida, tal vez no tengamos muchos días como éste —decía Honda, incitado por cierta premonición.

—¿Estás hablando de felicidad? —inquirió Kiyooki.

—No recuerdo haber dicho nada sobre la felicidad.

—Bueno, está bien entonces. Pero a mí me asustaría mucho decir las cosas que dices tú. No tengo ese coraje.

—Estoy convencido de que tu problema está en que eres horriblemente codicioso. Los hombres así no son aptos para parecer interesantes. Mira, ¿que más podrías desear que un día como éste?

—Algo definitivo, aunque no tengo idea de qué podría ser.

El joven contestó fatigado, tan apuesto como indeciso. A pesar del afecto que sentía por su amigo, había veces que Kiyooki encontraba en su mente agitadamente analítica y en sus cambios de conversación una prueba dura para su caprichosa naturaleza.

De súbito, dio media vuelta, el vientre sobre la hierba, y estuvo mirando a un lugar distante, en dirección del jardín que podía verse desde el salón de la casa principal. Escalones de piedra sobre arena blanca conducían al borde del estanque, festoneado con pequeñas ensenadas que cruzaban los puentes de piedra. Había advertido la presencia de un grupo de mujeres.

III

Dio unos golpecitos a Honda en el hombro y señaló en aquella dirección. Honda levantó la cabeza y miró hasta que localizó también a las mujeres. Y así,

observaron desde su escondite como dos jóvenes francotiradores. Su madre salía a dar su paseo diario siempre que le venía en gana; pero hoy la compañía no había sido confiada a sus doncellas personales; dos invitadas, una joven y otra mayor, caminaban detrás de ella. Todas, excepto la joven, llevaban kimonos de colores apagados y discretos. Y aunque ella vestía de un azul pálido, el suyo estaba ricamente bordado. Cuando cruzó la blanca arena para caminar al borde del agua, aquel color resplandecía tan pálido y sedoso como el firmamento al romper el día. Las risas de las mujeres en el aire otoñal revelaban sus pisadas inciertas sobre los escalones de piedra con un eco artificial. Siempre irritaba a Kiyooki oír a las mujeres de la casa reír de aquella forma, aunque se daba perfecta cuenta del efecto que producía en Honda, quien lo dejaba traslucir en la mirada, como el gallo alertado por el cloqueo de las gallinas. Las frágiles hierbas secas del otoño se doblaban bajo sus pechos.

Kiyooki estaba seguro de que la joven con kimono azul nunca reiría de aquella forma. Con gran alborozo, las doncellas de su madre conducían a su señora y a las invitadas hacia la colina, por un sendero deliberadamente complicado, con laberinto de puentes de piedra, que formaban una red de idas y venidas en las pequeñas ensenadas. Kiyooki y Honda pronto las perdieron de vista, tras la hierba alta en que estaban tendidos.

—Tú tienes un buen número de mujeres a tu alrededor en casa. Nosotros no tenemos más que hombres —dijo Honda, tratando de resaltar su interés por ir al otro lado de la isla.

Desde el refugio de los pinos podía seguirse la marcha de las mujeres. A su izquierda, una hondonada en la ladera albergaba cuatro de las cascadas. Luego la corriente seguía la curva de la colina, y finalmente caía a la piscina por debajo de las rocas de Sado. Las mujeres caminaban ahora por debajo de estas cascadas, asegurándose en cada pisada para no resbalar. Allí las hojas de los arces tenían una belleza especial, y eran tan abundantes que llegaban a cubrir la cinta blanca de las cascadas y colorear el agua con un tono escarlata. Las doncellas conducían a la joven del kimono color aguamarina por los puentecillos. Llevaba la cabeza inclinada hacia adelante, y a pesar de la distancia, era visible para Kiyooki la blancura de su cuello. Le recordó a la princesa Kasuga y su cuello blanco, nunca alejado de su pensamiento.

Después que la senda cruzaba bajo las cascadas, subía siguiendo la línea donde la playa se acercaba a la isla. Kiyooki había seguido la marcha de las mujeres con atención. Ahora vio el perfil de la mujer del kimono color aguamarina y reconoció en ella a Satoko. ¿Por qué no la había reconocido antes? Probablemente, por su idea de que aquella bella joven sería forastera.

Destruída su ilusión no había razón para seguir escondido. Limpiándose el kimono con las manos, Kiyooki se puso en pie y separó las ramas bajas de los pinos.

—Hola —gritó.

La súbita exclamación tomó a Honda por sorpresa, y estiró el cuello para ver mejor. Sabedor de que el buen talante de Kiyooki era una respuesta a la interrupción de sus sueños, a Honda no le importó que su amigo tomara la iniciativa.

—¿Quién es?

—Oh, es Satoko. ¿No te he enseñado nunca su fotografía? —respondió Kiyooki.

Satoko, la joven de la playa, era ciertamente una belleza. Kiyooki, sin embargo, parecía decidido a ignorar esto, porque sabía que Satoko estaba enamorada de él.

Esta repulsa instintiva a toda persona que le mostraba afecto, esta necesidad de reaccionar con frío desdén, era un fallo de Kiyooki, que nadie podía conocer mejor que Honda, quien veía en este orgullo una especie de temor que se había apoderado de Kiyooki cuando tenía trece años, y había hecho que la gente se confundiera con él y sus reacciones.

Quizás el atractivo peligroso que la amistad de Kiyooki suponía para Honda estaba en ese mismo impulso. Otros muchos habían intentado hacerse amigos de Kiyooki, viendo recompensados sus esfuerzos con burlas y desprecios. En el desafío a las reservas cáusticas de Kiyooki, sólo Honda tenía suficiente experiencia para librarse del desastre. Tal vez estaba equivocado, pero se preguntaba si su propia antipatía por el tutor carientristecido de Kiyooki no nacería de la expresión de perpetua derrota de este último.

Aunque Honda no se había encontrado nunca con Satoko, las historias de Kiyooki estaban llenas de sus recuerdos. La familia Ayakura, una de las veintiocho de la nobleza con el alto rango de *Urin*, descendía de un Namba Yorisuke, experto jugador de *kemari*, versión del fútbol popular en la Corea Imperial en tiempos de los Fujiwaras. El jefe de la familia fue nombrado chambelán de la Corte Imperial, cuando estableció su residencia en Tokio, en tiempos de la restauración Meiji. Los Ayakuras se trasladaron a la ciudad y vivieron en una mansión de Azabu, ocupada anteriormente por uno de los asistentes del shogun. La familia sobresalió en el deporte del *kemari* y en la composición de *waka*. Y como el emperador consideró adecuado honrar al joven heredero de la familia con una categoría cortesana de quinto grado, incluso el puesto de Gran Consejero de Estado quedó dentro de su alcance.

El marqués de Matsugae, consciente de la falta de lustre de su propia familia, y en la esperanza de dar a la siguiente generación una oportunidad, había confiado el infante Kiyooki a los Ayakuras, después de obtener el consentimiento de su padre. Y así, Kiyooki había sido educado en el ambiente de la nobleza de la Corte con Satoko, que era dos años mayor que él y la prodigaba su afecto. Hasta que fue a la escuela, ella fue su única compañera y amiga. El propio conde de Ayakura, hombre afectuoso y tratable, que todavía conservaba su suave acento de Kyoto, enseñó al joven Kiyooki caligrafía y *waka*. La familia jugaba al *sugoroku* entrada la noche, como era costumbre en la era Heiana, y los afortunados ganadores recibirían los premios tradicionales, entre ellos dulces regalados por la emperatriz.

Además, el conde Ayakura dispuso las cosas para que Kiyooki continuara su formación acudiendo a palacio cada Año Nuevo, para asistir a la Ceremonia Imperial de Lectura de Poesías, en la que él mismo intervenía. Al principio, Kiyooki había considerado esto como una obligación, pero a medida que se fue haciendo mayor, su participación en estos elegantes y antiguos ritos llegaron a proporcionarle indudable satisfacción.

Satoko tenía veinte años. Repasando el álbum de fotografías de Kiyooki, podían verse los cambios experimentados en su desarrollo hasta la madurez, desde cuando era niña, con la mejilla afectuosamente apretada contra la de Kiyooki, hasta el mes de mayo último, en que había tomado parte en el festival de Matsugae Omiyasama. A los veinte años había pasado la etapa que se suponía de mayor belleza de una joven, pero seguía soltera.

—Así que esa es Satoko. Y la otra, la mujer con la túnica gris, por la que todo el mundo se está preocupando tanto, ¿quién es?

—Oh, sí. Es la tía de Satoko, abadesa de Gesshu. Al principio no la reconocí por causa de esa curiosa capucha.

Su reverencia la abadesa resultaba, ciertamente, una inesperada novedad allí. Era su primera visita a los Matsugae, y de ahí la visita al jardín, algo que la madre de Kiyooki no hubiera hecho sólo por Satoko. En cambio sí se sentía muy dichosa por hacerlo en honor de la abadesa. Siendo algo singular la visita de su tía a Tokio, Satoko no había dudado en llevarla a ver los arces. La abadesa había tomado mucho afecto a Kiyooki cuando fue por primera vez con los Ayakuras, pero él no se acordaba ya. Posteriormente, cuando estaba en la escuela y la abadesa había hecho una visita a Tokio, él había sido invitado a casa de los Ayakuras, pero no había tenido más oportunidad que la de presentarle sus respetos. Aún así, el rostro

pálido de la abadesa, con su aire de serena dignidad, y la autoridad templada en su voz, habían dejado en él una huella duradera.

La llamada de Kiyooki había hecho que el grupo se detuviera bruscamente. Sorprendidos, miraron a la isla como si hubieran salido piratas de entre la hierba, junto a las decorativas grúas de hierro.

Sacando su pequeño abanico, la madre de Kiyooki apuntó hacia la abadesa para indicar que esperaba un saludo respetuoso. Kiyooki, en consecuencia, hizo una profunda reverencia desde donde estaba en la isla. Honda le imitó rápidamente y su reverencia les agradeció a los dos el gesto. Su madre, después abrió el abanico y lo agitó imperiosamente. Kiyooki urgió a Honda para que se diera prisa, sabiendo que debían volver al instante.

—Satoko nunca pierde cualquier oportunidad para venir aquí. Se está aprovechando de su tía —gruñó Kiyooki con aire de mal humor, mientras ayudaba a Honda a darse prisa para desamarrar el bote. Honda, sin embargo, contempló la celeridad de Kiyooki y su descontento con cierto escepticismo. La forma con que Kiyooki perdió la paciencia con los movimientos firmes y metódicos de Honda y agarró la cuerda áspera en sus manos blancas y desacostumbradas, para tratar de ayudarlo en la desagradable tarea de desatar el bote, fue suficiente para crear dudas acerca de que fuera la abadesa la causa de su aturdimiento.

Cuando Honda remaba rumbo a la playa, Kiyooki parecía muy aturdido, y en su cara se reflejaba el tono rojo de las hojas de arce que flotaban sobre el agua. Evitó nervioso la mirada de Honda, en un intento de negar su vulnerabilidad ante Satoko.

—¡Mister Honda! ¡Es usted un magnífico remero! —exclamó en tono admirativo la madre de Kiyooki, cuando alcanzaron la playa. Su cara pálida tenía siempre un aire de melancolía, incluso cuando reía. No obstante, su expresión era una máscara más para sus profundas emociones. De hecho era una mujer casi insensible. Había educado a Kiyooki contra la rústica energía de su padre, pero era totalmente incapaz de captar las complejidades de la naturaleza de su propio hijo.

Los ojos de Satoko se clavaron en Kiyooki desde el momento que éste saltó del bote. Fuertes y serenos, afectuosos de vez en cuando, aquellos ojos acobardaban a Kiyooki. Tenía la sensación de que había crítica y reproche en aquella mirada.

—Su Reverencia nos ha honrado con su visita hoy, y tendremos muy pronto el placer de escuchar sus palabras. Pero primero hemos querido enseñarle los arces. Pero, en primer lugar, ¿qué estabais haciendo en la isla?

—Oh, justo contemplando el firmamento —repuso Kiyooki, mostrándose ante su madre lo más enigmático posible.

—¿Contemplando el firmamento? ¿Y qué hay que ver en el firmamento?

Su madre no se sentía lo más mínimo desconcertada por su fracaso al no captar la sutil sugerencia de Kiyooki. Éste encontró cómico que su madre adoptara una expresión de tanta piedad por los sermones de la abadesa. A su vez, ésta mantenía su papel de invitada sonriendo modestamente. Él no miraría a Satoko, que tenía la vista fija en su pelo espeso, negro y despeinado.

El grupo avanzó ahora por el espinado sendero, admirando los arces mientras caminaban y distrayéndose con el intento de identificar los pájaros que cantaban en las ramas encima de sus cabezas. Sin embargo, por mucho que los dos muchachos trataban de controlar su paso, se adelantaron a cierta distancia, delante de las mujeres, que rodeaban a la abadesa. Honda aprovechó para discutir de Satoko por primera vez y admirar su belleza.

—¿Lo crees así? —replicó Kiyooki, sabiendo muy bien que el hecho de que Honda hubiera encontrado antipática a Satoko habría sido un duro golpe para su orgullo, quiso hacer una demostración de fría indiferencia. Estaba firmemente convencido de que toda mujer joven tenía que ser hermosa lo reconociera o no.

Al fin, culminó el último ascenso por debajo la cascada más elevada, y desde allí estuvieron contemplando el paisaje. Justo cuando su madre recibía los cumplidos

de la abadesa, que veía por primera vez las cascadas, Kiyooki hizo un descubrimiento que transformó el carácter alegre del día.

—¿Qué es aquello? Allá arriba. Aquello que está cortando el curso del agua.

Su madre respondió al instante. Utilizando el abanico para proteger los ojos de la luz del sol que le llegaba entre las ramas miró hacia arriba. El paisajista había construido muros de roca en ambos lados, para asegurar una graciosa caída del agua, y nunca la corriente había intentado cambiar su curso tan torpemente. Una roca no podría nunca causar semejante trastorno en la corriente.

—No sé qué pueda ser. Parece que algo ha surgido allá arriba —dijo la madre de la abadesa, manifiestamente perpleja.

La abadesa, aunque consciente de que algo iba mal, no dijo nada y sonrió. Si alguien tenía que hablar claramente, sin tener en cuenta los efectos, tendría que ser Kiyooki. Pero éste prefirió contenerse, temiendo el impacto de sus palabras en el carácter del grupo. Se dio cuenta de que en momentos todo el mundo habría reconocido de qué se trataba.

—¿No es un perro negro con la cabeza colgando? —dijo Satoko sin rodeos. Y las damas suspiraron, como si advirtieran por primera vez al perro.

El orgullo de Kiyooki se sintió herido. Satoko, con un arrojo que pudiera ser considerado impropio de su sexo, señaló el cadáver del perro, ignorando sus implicaciones. Había adoptado un tono de voz convenientemente agradable y decidido, que atestiguaba su elegante educación. Tenía la frescura de una fruta madura. Kiyooki estaba avergonzado de su vacilación y se sintió intimidado por la capacidad de iniciativa de Satoko.

Su madre dio algunas órdenes rápidas a las doncellas, que dejaron al instante de buscar con la mirada a los negligentes jardineros. Pero sus profusas excusas ante la abadesa por aquel espectáculo tan increíble, fueron dadas de lado por su reverencia, quien hizo una propuesta totalmente inesperada.

—Mi presencia aquí parece providencial. Si ustedes entierran a ese perro ahora, yo ofreceré una oración por él.

El animal estaría mortalmente enfermo o herido cuando se acercó a la corriente para beber, y cayó en ella. La fuerza del agua le había empujado formando una especie de cuña entre las rocas donde nacían las cascadas. El coraje de Satoko había excitado la admiración de Honda, al mismo tiempo oprimido por la vista del perro muerto. El pelo negro del animal resplandecía bajo la luz, y sus dientes blancos destacaban en las mandíbulas, enrojecidas.

Todos cambiaron rápidamente la atención hacia el entierro del perro. Las doncellas se emocionaron. Todas habían cruzado el puente, y estaban descansando cuando llegó el jardinero murmurando excusas. Sólo entonces trepó por la cara pendiente de la roca para sacar el cuerpo negro chorreando agua, y enterrarlo en lugar apropiado.

—Voy a coger unas flores, Kiyooki, ¿quieres ayudarme? —dijo Satoko, descartando la compañía de las doncellas.

—¿Qué clase de flores se pueden coger para un perro? —replicó Kiyooki, causando una explosión de risa en las mujeres.

Entretanto, la abadesa se quitó la túnica parda dejando ver el hábito púrpura que había debajo y la pequeña estola que colgaba de su cuello. Su presencia irradiaba gracia a quienes la rodeaban, y su viveza disipó la atmósfera de malos presagios.

—Válgame el cielo. El perro ha sido bendecido al ofrecer vuestra reverencia un réquiem por él. Seguramente volverá a encarnarse en un ser humano —exclamó la madre de Kiyooki con una sonrisa.

Satoko no se molestó en esperar a Kiyooki, y caminó por el sendero de la colina, empuñándose de vez en cuando para coger alguna flor de genciana. Kiyooki no encontró nada mejor que unas camomilas marchitas.

Cada vez que se agachaba para coger una flor, el kimono color aguamarina de Satoko era incapaz de disimular la redondez de sus caderas, sorprendentemente generosas en un talle tan esbelto. De pronto Kiyooki se sintió inquieto, como un lago de agua clara súbitamente enturbiado por algún alboroto profundo bajo su superficie.

Después de recoger las gencianas necesarias para su manojo, Satoko se enderezó de súbito y se detuvo bruscamente ante Kiyooki, mientras él hacía cuanto podía para mirar en otra dirección. Sus ojos enormes y brillantes, que nunca se había atrevido a mirar directamente, le enfrentaban ahora con un fantasma amenazador.

—Kiyoko, ¿qué harías tú si de súbito yo desapareciera de aquí? —preguntó Satoko, pronunciando sus palabras como un susurro.

IV

Esta era una antigua estratagema de Satoko para desconcertar a la gente. Quizá de modo inconsciente, pero en verdad nunca se permitía la más ligera insinuación de travesura en el tono de su voz, para tranquilizar a su víctima. En tales momentos, aquella voz era tensa y patética, como si confiara el más grave de los secretos.

Aunque Kiyooki debía estar ya acostumbrado no pudo resistirse a hacer esta pregunta:

—¿No vas a estar aquí más tiempo? ¿Por qué?

A pesar de todos sus esfuerzos para mostrar un estudiado desinterés, Kiyooki reveló su inquietud. Era lo que Satoko buscaba.

—No puedo decirte por qué —respondió, dejando triste el corazón de Kiyooki, sin darle tiempo a levantar sus defensas.

Él dirigió una mirada de indignación. Siempre había sido así y por tal razón la aborrecía. Sin el más ligero aviso era capaz de causarle insoportables ansiedades. Y la gota de tinta se extendía en el agua nublando su corazón.

Satoko le observaba intensamente, y sus ojos, que habían estado tristes, de pronto centellearon.

Al regreso, el mal talante de Kiyooki sorprendió a todos, y dio motivo de habladurías entre las mujeres de la casa de los Matsugae.

* * *

Kiyooki tendía a exacerbar las mismas preocupaciones que le estaban royendo. De haberse aplicado a asuntos amorosos su tenaz persistencia, habría sido como cualquier otro joven. Pero su caso era diferente. Tal vez por esto, Satoko sembraba en él deliberadamente semillas de flores espinosas, en vez de otras de brillantes colores. Ciertamente, él había sido siempre campo fértil para tales semillas. A ella le satisfacía entregarse al cultivo de su ansiedad.

Satoko había acaparado su interés. Aunque prisionero voluntario de su descontento, estaba enfadado con Satoko, que siempre tenía a mano una serie de nuevas ambigüedades y enigmas para desconcertarle. Y también estaba enfadado con su propia indecisión, enfrentado con el problema de hallar una solución contra aquella burla.

Cuando Honda y él descansaban sobre la hierba, había dicho que estaba buscando «algo absolutamente definitivo». No sabía todavía qué, pero siempre que esta certeza parecía resplandecer a su alcance, las mangas fluctuantes del kimono de Satoko se interponían, atrapándole una vez más en las arenas movedizas de la indecisión. Aunque él había sentido algo como una ráfaga de intuición distante e inalcanzable, que le empujaba hacia ella, quería creer que Satoko era la barrera que le impedía dar un solo paso.

Era aún más irritante tener que admitir que su orgullo le separaba de todos los medios posibles de hacer frente a los enigmas de Satoko y a la ansiedad que le provocaban. Si por ejemplo, fuera ahora a preguntar a alguien qué quería decir Satoko con «no estar allí más», sólo revelaría su profundo interés por ella.

«¿Qué podía hacer yo? —pensaba—. No importa convencerles de que no estoy interesado por Satoko y que se trata tan sólo de una ansiedad abstracta mía, porque nadie me creerá.»

Una multitud de pensamientos semejantes pasaban por su imaginación. De ordinario, la escuela en estas circunstancias ofrecía a Kiyooki cierto alivio. Pasaba las horas del almuerzo con Honda, aún cuando la conversación de Honda tomaba, últimamente un giro tedioso. El día de la visita de la abadesa, Honda había

acompañado a los otros a la casa principal. Allí su reverencia les había pronunciado un sermón, que se había adueñado completamente de él.

Era curioso que mientras el sermón había dejado al romántico Kiyooki del todo indiferente, había afectado al racionalista Honda con fuerza de evidencia.

El Templo de Gesshu, en las afueras de Nara, era un convento, cosa extraña dentro del Budismo Hosso. El tema del sermón había afectado poderosamente a Honda, y la abadesa había cuidado de introducir a sus oyentes en la doctrina de Yuishiki, fundamental del Budismo Hosso que determina que toda la existencia está basada en la cautela subjetiva, usando ejemplos sencillos, no sofisticados.

—Luego su reverencia contó una parábola que dijo habersele ocurrido cuando vio el cuerpo del perro colgando sobre las cascadas —dijo Honda, completamente hundido en sí mismo—. Yo no creo que haya la menor duda del afecto que ella siente por tu familia. Y luego su forma de contarlo, con frases mezcladas con el antiguo dialecto Kyoto. Es un lenguaje evasivo, lleno de expresiones sutiles. Ciertamente, ese lenguaje contribuyó en gran parte a aumentar el impacto. Recuerda que la historia se sitúa en Tang China. Un hombre llamado Yuan Hsaio está de camino hacia el famoso monte Kaoyu, para estudiar las enseñanzas de Buda. Cuando cayó la noche, le aconteció encontrarse junto a un cementerio, por lo que se acostó a dormir entre las sepulturas. Luego, en mitad de la noche despertó con una sed terrible. Extendiendo la mano cogió un poco de agua de un hoyo que había a su lado. Al volverse a dormir pensó que nunca el agua le había sabido tan fresca y tan pura. Pero al llegar la mañana vio qué había bebido. Por increíble que parezca, lo que le había sabido tan delicioso, era agua recogida en un cráneo humano. Tuvo náuseas y se puso enfermo. Sin embargo, la experiencia enseñó algo a Yuan Hsaio. Comprendió las reservas profundas almacenadas durante todo el tiempo que esté operando en un hombre un deseo consciente. Pero si uno es capaz de suprimir ese deseo, estas reservas se disuelven y el hombre estará tan satisfecho con el agua de una calavera como con la de cualquier otra vasija. Pero lo que me interesa es lo siguiente: Una vez que Yuan Hsaio hubo sido ilustrado de esta manera; ¿volvería a beber de aquel agua, y a tenerla por pura y sabrosa? ¿Y no crees que esto mismo sería verdadero en relación con la castidad? Si un muchacho es cándido puede venerar incluso a una prostituta, pero una vez se da cuenta de que esa mujer es una cualquiera y que él ha estado viviendo una ilusión que sólo era reflejo de su propia pureza, ¿será capaz de amar a esta mujer otra vez de la misma forma? Si lo consigue, ¿no sería algo maravilloso? ¿No lo sería tomar el propio ideal y doblegar al mundo hacia él? ¿No sería una fuerza notable, como sujetar en la mano la clave secreta de la vida? ¿No te parece?

La inocencia de Honda se igualaba con la de Kiyooki, quien por consiguiente era incapaz de refutar sus argumentos. Sin embargo, obstinado, creyó que era distinto de Honda, que tenía ya la clave de la existencia en sus manos, como un derecho heredado. No sabía qué le daba esta confianza. Apuesto y soñador, y no obstante convertido en presa de la ansiedad, estaba seguro de que de algún modo era el depósito de un tesoro, que a veces parecía irradiar un esplendor enteramente físico, con el orgullo del hombre marcado con una rara enfermedad. Aunque sabía que él no sufría ningún achaque, ninguna inflamación dolorosa.

Kiyooki no sabía nada de la historia del Templo de Gesshu y no veía ninguna necesidad de remediar esta falta. Honda, por contraste, que no tenía ningún lazo personal con todo aquello, se había tomado la molestia de hacer alguna investigación en la biblioteca. Descubrió que el Templo de Gesshu era relativamente nuevo, construido a principios del siglo dieciocho. Una hija del emperador Higashiyama, para observar en plenitud un período de luto por su padre, que había muerto en la flor de su vida, se consagró a la adoración de Kannon, la Diosa de la Clemencia, en el Templo de Kiomizu. Muy pronto quedó profundamente impresionada por los comentarios de un anciano sacerdote del Templo de Joju, sobre el concepto Hosso de la existencia, y en consecuencia se

convirtió a esta secta. Después de la tonsura ritual se negó a aceptar los beneficios reservados para las princesas imperiales, decidiendo, en su lugar, fundar un nuevo templo, en el que sus monjas se dedicarían al estudio de las escrituras. Y todavía se conservaba como único convento de la secta Hosso. La tía de Satoko, sin embargo, aunque sí aristócrata, era la primera abadesa no princesa imperial.

Honda se volvió súbitamente a Kiyooki.

—¡Matsugae! ¿Qué es lo que te pasa estos días? No has prestado la menor atención a cuanto te he dicho, ¿verdad?

—No me pasa nada —fue la respuesta defensiva de Kiyooki, cogido fuera de la guardia. Sus ojos claros y bonitos se volvieron para mirar a su amigo. Si Honda le creía insolente, a Kiyooki no le importaba lo más mínimo. Sólo temía que su amigo se diese cuenta de su angustia. Sabía que si daba a Honda la menor pista en este sentido, no quedaría nada sobre él que Honda no conociera. Como esto sería una imperdonable violación, habría perdido a su único amigo.

Honda se puso inmediatamente sobre aviso ante la tensión de Kiyooki. Sabía que para mantener su afecto debía controlar la impensable tosquedad que la amistad permitía a veces. Tenía que tratarle tan cautelosamente como a una pared recién pintada, sobre la que el más ligero toque descuidado dejaría una huella indeleble. Si las circunstancias lo exigían tendría que disimular que conocía la mortal angustia de Kiyooki. Honda podía incluso amar a Kiyooki, acudir a la súplica muda de sus ojos. Su mirada parecía contener una petición: deja las cosas como están, indefinidas como la línea de la costa. Por primera vez la compostura de Kiyooki estuvo a punto de derrumbarse; estaba suplicando. Honda se transformó en un silencioso observador del fenómeno. Los que consideraban a Kiyooki y a Honda como amigos no estaban equivocados, pues la amistad daba a cada uno exactamente lo que deseaba.

Una tarde, diez días después, el marqués de Matsugae regresó a casa temprano, por lo que Kiyooki pudo cenar con su padre y su madre, algo que acontecía raras veces. Como el marqués sentía predilección por la comida occidental, la cena se sirvió en el pequeño comedor de estilo europeo, y él mismo bajó a la bodega para elegir el vino. Llevó a Kiyooki consigo y ambos recorrieron los largos pasillos conversando sobre las características de las distintas clases de vino depositados en las estanterías. Su padre le explicaba la clase de vino que iba bien con determinadas comidas, el que debía servirse sólo con ocasión de la visita de algún miembro de la Familia Imperial, y así sucesivamente. Se le estuvo notando la satisfacción todo el tiempo. El marqués nunca parecía tan dichoso como cuando prodigaba conocimientos útiles.

Mientras tomaban los aperitivos, su madre, que había ido dos días antes a Yokohama, describió el viaje como un acontecimiento de gran significación.

—Yo quedé sencillamente aturdida por cómo la gente miraba mis ropas occidentales, en Yokohama más que en ningún otro lugar. Algunos niños mugrientos corrían detrás del coche gritando: ¡Una dama extranjera! ¡Una dama extranjera!

Su padre apuntó la idea de llevar a Kiyooki con él a la botadura del buque de guerra *Hie*, pero parecía como si diera por seguro que a su hijo no le interesaría aquello.

En este punto, padre y madre estaban en busca de temas viables de conversación, y empezaron a titubear dejando evidente, incluso para Kiyooki, su desconcierto. Al final tocaron el simpático tema del Otachimachi de Kiyooki, rito de adivinación, que había tenido lugar hacía tres años.

Esta antigua ceremonia tuvo su fecha el diecisiete de agosto, según el calendario lunar. Una gran vasija de madera con agua fue colocada en el jardín para recoger la luz de la luna, y se hicieron en su momento los ofrecimientos apropiados. Si el cielo apareciese nublado aquella noche de agosto de su quince cumpleaños se esperaba para él mala fortuna durante todos los días de su vida.

Oyendo a sus padres la escena pasaba por la mente de Kiyooki con toda claridad. Vestido con su *hakama*, especie de falda, y el kimono con la insignia de la familia, había permanecido en medio del césped cubierto de rocío, con una vasija nueva llena de agua delante de él, y un coro de inquietos insectos zumbándole en los oídos.

Los árboles que rodeaban el oscurecido jardín, los tejados de la mansión al fondo, incluso la colina de arces... Todo esto, y aún más, se había fijado, en perfil recortado, dentro del círculo de agua definido por el borde de la vasija de madera de ciprés, convertido en una frontera donde terminaba este mundo y empezaba el otro. Como la ceremonia de su quince cumpleaños era para determinar la fortuna de toda su vida, Kiyooki tenía la misma sensación que si su alma desnuda hubiera sido colocada sobre la húmeda hierba. La madera de la vasija expresaba por fuera su yo exterior, y el agua expresaba su yo interior.

Todos guardaban silencio, por lo que el zumbido de los insectos del jardín sonaba como nunca. Miró detenidamente dentro de la vasija. El agua era oscura al principio, como nubes densas, como algas marinas arracimadas. Un momento después las supuestas algas se agitaron y él creyó ver un débil resplandor sobre el agua, que en seguida desapareció. No podía recordar cuánto tiempo había esperado después. De súbito, el agua de la vasija, que había parecido impenetrablemente oscura, se aclaró, y en su mismo centro brilló el diminuto redondel de la luna llena.

Todos prorrumpieron en exclamaciones de satisfacción, y su madre, rígida todo el tiempo de la espera, se sintió aliviada y empezó a agitar el abanico para ahuyentar a los mosquitos, amontonados en enjambre.

—Oh, ¡me siento tan contenta! Ahora el muchacho tendrá una vida afortunada, ¿no es verdad? —exclamaba.

Después Kiyooki fue felicitado por todos los presentes.

Pero sentía cierto temor. No tenía suficiente decisión para mirar hacia el cielo, a la misma luna, origen de la imagen en el agua. Seguía mirando a la vasija y al agua contenida, reflejo de su yo más íntimo, en la cual la luna, como una concha dorada, se había hundido tan profundamente. En aquel momento había entrado su alma en lo celestial, y brillaba como una mariposa de oro, atrapado en las redes del misterio.

Sin embargo, pensaba, ¿serían estas redes lo bastante finas? Una vez cogida la mariposa, ¿no se deslizaría y huiría volando? Aun a los quince años temía la pérdida de su alma. Su carácter estaba ya formado, y cada uno de sus triunfos encerraría este temor a despertar sin ellos. Habiendo ganado la luna, la vida sería insoportable en un mundo sin ella. Aun cuando esta luna no suscitase en él más que odio.

Dentro de la trivialidad, una sola carta desaparecida de la baraja puede trastocar el orden del mundo. Y en el caso de Kiyooki la menor incongruencia tomaba proporciones de reloj sin espiral reguladora. El orden de su universo sucumbía y le dejaba atrapado en una oscuridad aterradora. La carta perdida, de ningún valor en sí misma, asumiría ante sus ojos la importancia de una corona, por la que los rivales, envueltos en dura lucha, llevarían al mundo a una agudísima crisis. Su sensibilidad estaba por tanto a merced de cualquier acontecimiento imprevisto, por trivial que fuera, y él no tenía a mano ninguna defensa.

Mientras pensaba en su Otachimachi, la noche del 17 de agosto, tres años antes, se estremeció súbitamente con la realidad de que Satoko había tropezado, en cierto modo, en su alma.

En aquel momento, para alivio de Kiyooki, el mayordomo entró, con su fría *hakama*, en un crujir de seda de Sendai, para anunciar que la cena estaba preparada. Kiyooki y sus padres pasaron al comedor, sentándose cada uno delante de su lugar, con excelente porcelana inglesa decorada con la insignia familiar. Desde su temprana edad, Kiyooki había tenido que soportar las lecciones de su padre sobre los modales occidentales en la mesa. Su madre nunca se había acostumbrado al estilo occidental, y su padre aún se comportaba con la ostentación de un hombre ávido por parecer extranjero, por lo que era el único que comía con naturalidad y desahogo.

Cuando sirvieron la sopa, su madre no perdió tiempo en introducir un nuevo tema de conversación:

—En realidad, Satoko puede ser muy difícil. Esta misma mañana descubrí que los Ayakuras enviaron un mensajero con su negativa. Aunque Satoko había dado a todos la clara impresión de que había decidido aceptar.

—Tiene cumplidos los veinte años, ¿no? —replicó su padre—. Si continúa tan exigente puede encontrarse convertida en una doncella anciana. Estoy preocupado por ella, pero ¿qué puedo hacer?

Kiyooki era todo oídos. Su padre continuó:

—Yo me pregunto qué es lo que le pasa. ¿Creen ellos que él está demasiado debajo de ella? Es cierto que los Ayakuras fueron muy nobles en otros tiempos, pero ahora su fortuna apenas les permite rechazar a un joven como ése, con un futuro brillante en el Ministerio del Interior. Deberían estar contentos con él, sin molestarse en averiguar la familia de la que procede.

—Eso es exactamente lo que pienso yo. Y esa es la razón por la que no me siento inclinada a hacer nada para ayudarla.

—Bueno, nosotros les debemos mucho, por todo lo que hicieron en favor de Kiyooki. Me creo obligado a hacer todo lo que pueda para ayudarles a reconstruir su fortuna familiar. Pero ¿qué podemos hacer para encontrar un pretendiente que ella acepte?

—Yo me pregunto si existirá tal hombre.

A Kiyooki se le levantó el ánimo mientras escuchaba. Su enigma estaba resuelto: «Kiyooki, ¿qué harías tú si yo no estuviera aquí?» Sencillamente se había referido a la oferta de matrimonio pendiente. Por entonces había estado inclinada a aceptar, pero había dejado caer una preocupación en Kiyooki. Ahora, diez días más tarde, se revelaba, por boca de su madre, que había rehusado formalmente. Y la razón quedaba clara. Había obrado así porque estaba enamorada de Kiyooki.

Y con esto las nubes se disiparon del horizonte. Ya no se sentía asediado por ansiedades. El agua estaba clara otra vez. Durante diez días había estado excluido del santuario pacífico y pequeño que era su único refugio. Pero ahora podía volver a él y respirar tranquilo.

Kiyooki estaba disfrutando de un singular momento de felicidad. Una felicidad que procedía de haber recuperado su claridad de visión. El naipe que había sido deliberadamente escondido reaparecía en su mano. La baraja estaba completa. Su felicidad resplandecía clara y sin daño. Por un momento, al menos, Kiyooki había logrado romper el cerco de sus emociones.

El marqués y la marquesa de Matsugae, sin embargo, seguían mirándose el uno al otro, por encima de la mesa, cegándose su insensibilidad para algo tan obvio como la súbita explosión de felicidad de su hijo. El marqués confrontó la clásica melancolía del rostro de su esposa, y ésta, a su vez, la tosquedad de él. Las facciones propias de un hombre de acción habían sido borradas por los estragos de su vida indolente.

A pesar del curso de la conversación de sus padres, Kiyooki estuvo prevenido para el rito definido, algo como la ceremonia de Shinto, para ofrecer a los dioses una rama del sagrado árbol sakaki. Ceremonia en la que cada sílaba del conjuro es pronunciada tan meticulosamente como es seleccionada cada rama lustrosa.

Kiyooki había observado este ritual innumerables veces, desde su más temprana edad. Ninguna crisis vehemente. Ninguna tormenta de pasión. Su madre sabía exactamente lo que venía luego. El marqués estaba enterado de que su esposa lo sabía. Sus expresiones de presciencia, de conocimiento del futuro, se deslizaron corriente abajo, como haz de ramas sobre las claras aguas para el definitivo salto sobre la cresta de la cascada.

De forma igualmente inesperada, el marqués dejó sin terminar el café y se volvió hacia su hijo:

—Ahora, Kiyooki, ¿qué te parece una partida de billar?

—Bueno..., os pido que me excuséis —dijo la marquesa.

Kiyooki, sin embargo, estaba tan feliz que esta especie de charada no le molestó lo más mínimo. Su madre regresó y él se fue con su padre a la sala de billares. Esta habitación era muy admirada por los visitantes, por sus entrepaños de roble estilo inglés, su retrato del abuelo de Kiyooki y un gran mapa al óleo con las batallas navales de la guerra ruso-japonesa. Uno de los discípulos de sir John Millais, famoso por su retrato de Gladstone, había realizado el retrato de enorme parecido del abuelo de Kiyooki, durante su estancia en el Japón. Y ahora la figura del abuelo surgía, en traje de ceremonial, desde las sombras.

La composición era simple, pero el artista había demostrado un alto grado de destreza en la acertada mezcla de idealización y realismo, para alcanzar una semejanza que expresaba no sólo el indómito aire esperado en un noble de la restauración, sino también los rasgos más personales y queridos en su familia. Hasta las verrugas de su mejilla. Según costumbre de la casa, siempre que llegaba una joven doncella desde la entrañable provincia de Kagoshima, era llevada delante del retrato para rendirle reverencia. Algunas horas antes de la muerte de su abuelo, aunque la sala de billar estaba vacía y era improbable que la cuerda que sujetaba el cuadro estuviera podrida, el retrato cayó al suelo con tal estrépito que hizo eco en toda la casa.

Había tres mesas de billar. Aunque el juego de las tres bolas había sido introducido en tiempos de la guerra, nadie lo jugaba jamás en la sala de billares de

los Matsugae. Kiyooki y su familia utilizaban cuatro bolas. El mayordomo había colocado ya las blancas y rojas sobre la mesa, en el debido orden, y entregó un taco al marqués y otro a su hijo. Kiyooki miraba a la superficie de la mesa, al tiempo que ponía en la punta de su taco tiza italiana de ceniza volcánica comprimida. Las bolas de marfil estaban inmóviles en el tapete verde, despidiendo cada una de ellas una sombra redonda, como el caracol que asoma vacilante y en descubierto. No despertaban en él el más ligero interés. Tenía la sensación de estar solo, en una calle desconocida, en medio del día, cara a cara con extrañas figuras privadas de todo significado.

El marqués siempre se ponía nervioso ante el aburrimiento reflejado en la cara de su hijo. Feliz como se sentía esta noche Kiyooki, sus ojos permanecían melancólicos.

—¿Sabías —dijo su padre buscando un tema de conversación— que dos príncipes de Siam van a venir al Japón a la Escuela de los Nobles?

—No.

—Como serán destinados a tu clase podríamos invitarles aquí durante unos días. Ya he hablado de este propósito con el Ministerio del Exterior. Se trata de un país que ha logrado grandes progresos últimamente. Han abolido la esclavitud y están construyendo líneas de ferrocarril. No olvides esto cuando hables con ellos.

Su padre se dispuso a tirar. Kiyooki permanecía detrás de él y le observaba. Le parecía como un leopardo gordo, girando el taco con muestras de ferocidad. Kiyooki no pudo evitar una sonrisa. Su sensación de felicidad y la imagen de una misteriosa tierra tropical se fundían en su mente en un suave golpe seco, tan atrayente para él como el de las bolas de marfil blanco y rojo rodando sobre la mesa. Repentinamente, pasó su imaginación a la verde extravagancia de la jungla.

El marqués era un experto en el juego del billar, y Kiyooki nunca fue competidor para él. Después de que cada uno realizó cinco tiros, su padre se retiró con la sugerencia que Kiyooki había estado esperando tanto tiempo.

—Creo que daré un paseo. ¿Qué dices tú a esto?

Kiyooki no contestó. Entonces, su padre le hizo una pregunta totalmente inesperada.

—Puedes ir hasta la verja, ¿no? Tal como hacías cuando eras niño.

Sobresaltado, Kiyooki miró con ojos encendidos a su padre. En todo caso, el marqués se había apuntado un tanto por sorpresa.

La amiga de su padre estaba instalada en una de las casas levantadas fuera de la verja. Familias europeas tenían alquiladas las otras dos. Cada casa tenía su propia verja en la valla que la separaba de la finca de los Matsugae. Los chicos europeos eran libres para aprovechar esta oportunidad y jugaban todos los días en los terrenos de la finca. La única verja con cerrojo echado y cubierto de moho era la de la casa de su amiga.

Desde la puerta delantera de la casa principal hasta la verja había media milla. Cuando Kiyooki era niño su padre le llevaba de la mano y paseaba con él hasta allí, de camino hacia la casa de su amiga. Se separaban, y un criado regresaba con Kiyooki.

Cuando su padre iba de negocios, invariablemente usaba el coche. Por tanto, cuando salía a pie su destino era obvio para todos. Acompañar a su padre en estas ocasiones había sido doloroso para Kiyooki. Mientras cierto instinto sincero e inocente de su poca edad le instaba a detener a su padre por el bien de su madre, el conocimiento de su propia impotencia producía en él una amarga frustración. Su madre, naturalmente, no sentía complacencia alguna en que Kiyooki acompañara a su esposo en estos paseos vespertinos. Pero cuanto más se ofendía ella, mayor era la insistencia de su marido en llevar a Kiyooki de la mano. Kiyooki había sido rápido en descubrir el deseo encubierto de su padre para convertirle en cómplice de su traición para con la madre.

Este paseo, sin embargo, en una noche fría de noviembre fue algo completamente nuevo. Cuando su padre se puso el abrigo que le ofrecía el mayordomo, Kiyooki salió de la sala de billares para coger el abrigo de uniforme con botones de metal que usaban en la escuela. Como siempre, el mayordomo esperaba a la puerta con el habitual regalo envuelto en crepé púrpura. Luego siguió a su amo, a la acostumbrada distancia de diez pasos atrás.

La Luna lucía resplandeciente, y el viento gemía entre las ramas de los árboles. Aunque su padre no se molestó en volver la vista a la figura espectral de Yamada, el mayordomo, Kiyooki estaba lo suficiente preocupado para mirarle más de una vez. Yamada seguía detrás, tambaleándose ligeramente sobre sus piernas inseguras, en las manos guantes blancos como siempre, acariciando el paquete de envoltura púrpura. Sus gafas tenían brillo de escarcha a la luz de la Luna. Kiyooki admiraba a este hombre, leal por encima de toda duda, que no dejaba salir de sus labios casi ni aire. ¿Cuántas pasiones yacían ocultas dentro de su cuerpo como una maraña de alambres enmohecidos? Mucho más que el jovial y extrovertido marqués, su reservado y al parecer indiferente hijo era capaz de detectar la profundidad de los sentimientos de los demás.

El siseo de los búhos y el silbido del viento recordaban a Kiyooki viejas fotografías inquietantes. Mientras caminaban en la noche desapacible e invernal su padre soñaba con el calor y la intimidad de la carne rosada que le esperaba, mientras los pensamientos de su hijo se dirigían hacia la muerte.

El marqués avanzaba animado por el vino, apartando las piedras con la punta de su bastón. Se volvió de súbito a Kiyooki:

—Tú no eres persona a quien guste divertirse, ¿verdad? No podría decirte el número de mujeres que yo tenía a tu edad. Mira, supón que te llevo conmigo la próxima vez. Cuidaré de que haya allí un buen número de geishas a tu disposición. Y puedes traer contigo, si quieres, algunos amigos tuyos de la escuela.

—No, gracias.

Kiyooki se estremeció al pronunciar estas dos palabras. Sintió los pies como pegados de repente a la tierra. Ante esta observación de su padre, su regocijo se desparramó como el agua de una vasija que se rompe contra el suelo.

—¿Qué pasa?

—Por favor, ¿quieres excusarme? Buenas noches.

Kiyooki volvió sobre sus pasos y caminó rápidamente, pasando ante la entrada tenuemente iluminada de la casa occidental, en dirección de la residencia principal, cuyas luces distantes resplandecían débilmente entre los árboles.

Kiyooki fue incapaz de dormir aquella noche. Pero no le turbó ningún pensamiento de su padre o de su madre. Por el contrario, todo su propósito estaba en vengarse de Satoko.

«Ella ha sido lo bastante cruel para engañarme y meterme dentro de una trampa. Me ha tenido sufriendo durante diez días. Sólo tiene un pensamiento: mantenerme en la incertidumbre. No puedo consentir que se salga con la suya. Pero tampoco puedo competir con ella cuando se trata de inventar formas de atormentar a la gente. ¿Qué puedo hacer? Lo mejor sería convencerla de que yo no tengo más respeto por la dignidad femenina que mi padre. Si pudiera decir o escribir algo que resultara ultrajante para ella, habría hecho blanco. Pero la dificultad está en que yo siempre me encuentro en desventaja, ya que no tengo suficiente valentía para dejar que la gente se entere de lo que siento. No sería suficiente decirle que no tengo el menor interés por ella. Eso le dejaría un amplio margen para intrigar. Tengo que herirla. Tengo que humillarla, tanto que no le queden ganas de volver más. Eso es lo que tengo que hacer. Por primera vez en su vida se sentirá apenada por lo hecho.»

A pesar de todo, las resoluciones de Kiyooki eran débiles. No se le ocurría ningún plan específico.

Un par de biombos triples había a ambos lados de su cama, decorados con poemas de Han Shan. A los pies de la cama había un papagayo esculpido en jade, mirando desde su percha a una estantería de madera de sándalo. Sin ganas de dormir, se puso a mirar fijamente al papagayo. Cada detalle en el jade verde, incluso el fino tallado de las alas, parecía brillar con singulares luces. De esta forma la figura del pájaro parecía revolotear, liberada del cuerpo de piedra, en la oscuridad, como una imagen fantasmal, que inquietaba a Kiyooki. Al darse cuenta de que todo el fenómeno era debido a un rayo de Luna que penetraba por la ventana, abrió la cortina por completo en un movimiento brusco. La Luna estaba alta en el cielo, y su luz llegó hasta la cama.

Era bastante clara para sugerir frivolidad más que solemnidad. Pensó en el brillo frío de la seda del kimono de Satoko. Vio sus ojos en la Luna. Aquellos espléndidos y grandes ojos que él había visto tan cerca de los suyos. El viento había dejado de soplar.

El calor del cuerpo de Kiyooki no podía explicarse sólo por la temperatura de la habitación, y en los lóbulos de su oreja parecía brillar una señal de fiebre. Echó la manta a un lado y abrió el cuello de su bata de dormir. El fuego seguía dentro de su piel. Le pareció que encontraría alivio si se quitara la bata de dormir y expusiera su cuerpo a la fría luz de la Luna. Finalmente, fatigado con sus pensamientos, se encogió y permaneció con la cabeza sepultada en la almohada, la espalda desnuda bajo la luz de la Luna, y la sangre caliente latiéndole en las sienas.

Y así permaneció, con la luz de la Luna bañando la suavidad de su espalda, resaltando su brillo las líneas graciosas de su cuerpo, descubriendo la insinuación sutil pero penetrante de una firme masculinidad, que dejaba bien claro que no se trataba de la carne de una mujer, sino la de un joven aunque todavía inmaduro.

La Luna ponía su resplandor sobre el costado izquierdo de Kiyooki, donde la carne pálida se movía suavemente siguiendo el ritmo de los latidos de su corazón. Había allí tres manchas pequeñas, casi invisibles. Y del mismo modo que las tres estrellas del cinto de Orión ceden a la luz de la Luna llena, las tres pequeñas manchas quedaban casi borradas por aquel reflejo suave y misterioso.

VI

En 1910, el rey Rahma VI había sucedido a su fallecido padre, Rahma V, en el trono de Siam. Uno de los príncipes que venían a estudiar al Japón era su hermano menor, el príncipe Pattanadid, cuyo nombre titular era Praong Chao. Su compañero, de dieciocho años como él, y su mejor amigo, era su primo el príncipe Kridsada, nieto del rey Rahma IV, cuyo nombre titular era el de Mon Chao. El príncipe Pattanadid le llamaba cariñosamente «Kri», pero él, por respeto al lugar de Pattanadid en la línea de sucesión, le decía respetuosamente «Chao P».

Ambos príncipes eran fervientes budistas. Pero no sólo vestían la mayor parte del tiempo como jóvenes caballeros británicos, sino que hablaban el inglés con fluidez. En realidad el nuevo rey estaba preocupado de tan excesiva occidentalización, y por ello había decidido escoger Japón para los estudios universitarios de los príncipes. Ninguno había hecho objeción, a pesar del aspecto desafortunado que llevaba aquello consigo. Abandonar Siam suponía la separación de Chao P. y la hermana menor de Kri.

El amor de esta pareja era público en la Corte, puesto que su compromiso, para el final de los estudios de Chao P., estaba decidido de antemano, y su futuro asegurado en todos los sentidos. No obstante, la aflicción de Chao P. era tan intensa que dio origen a alarmas en un país cuyas costumbres no encajan con exageradas expresiones de sentimientos tan personales.

El viaje por mar y la simpatía de su primo habían contribuido a aliviar el dolor del joven príncipe, y cuando llegaron a casa de los Matsugae, Kiyooki les encontró iluminados de felicidad.

Los príncipes estaban en libertad para seguir la rutina del Colegio como gustaran, hasta que empezasen las vacaciones de invierno. Aunque iban a comenzar las clases en enero, se decidió que no se inscribirían oficialmente hasta el nuevo curso, que empezaba en primavera, que ya habrían tenido tiempo para aclimatarse y estudiar el idioma intensamente.

Mientras permanecieran con los Matsugae, los príncipes ocuparían dos habitaciones contiguas de huéspedes, del segundo piso de la casa, que había sido equipada con un sistema de calefacción a vapor importado de Chicago. El tiempo inmediatamente anterior a la cena con la familia Matsugae reunida era embarazoso para Kiyooki y sus invitados, pero cuando los tres jóvenes quedaban solos, después de la comida, el riguroso formulismo se suavizaba repentinamente y los príncipes empezaban a enseñar a Kiyooki fotografías de los templos dorados y de los paisajes exóticos de su país. Kiyooki advirtió que el príncipe Kridsada no era más joven que su primo y sin embargo tenía ciertos caprichos infantiles.

Una fotografía era la vista general del monasterio de Wat-Po, famoso por su enorme escultura de Buda recostado. Un artista hábil había retocado con delicadeza la foto, por lo que verla era casi como tener el templo delante de los ojos. Las palmeras se elevaban graciosamente, cada detalle de ellas, cuidadosamente recortadas contra un fondo de cielo azul, contrastaba con el blanco puro de las nubes. Los edificios del monasterio eran increíbles, anonadaban al espectador con sus brillantes colores de oro, escarlata y blanco. Dos dioses guerreros hacían guardia a ambos lados de la verja escarlata. Un bajorrelieve delicadamente esculpido ascendía por los muros y columnas del templo, para formar una especie de friso en la cima. Luego, el tejado, con sus pináculos, cada uno a su vez cubierto con un intrincado bajorrelieve de oro. Desde la casa del tesoro los capiteles de la triple torre se elevaban al azul luminoso del cielo.

Los príncipes estaban encantados con la sincera admiración de Kiyooki. El príncipe Pattanadid empezó a hablar. Había un aire distante en sus ojos delicados,

grandes, sesgados, cuya mirada profunda contrastaba con su cara suave y redonda.

—Este templo es de especial significado para mí. Durante el viaje he soñado frecuentemente con él. Sus tejados parecían flotar en la noche del mar. El barco se movía, y aun cuando el templo es enteramente visible, seguía estando todavía a una larga distancia en mi corazón. Habiendo surgido de las olas brillaba bajo las estrellas, como la luz de la Luna nueva brilla en la superficie de las aguas. En la cubierta del barco, junté las manos y le hice una reverencia. Como sucede en los sueños, aunque era de noche y el templo estaba tan alejado, podía descubrir los más pequeños detalles de su decoración escarlata y oro. Conté a Kri este sueño y me contestó que el templo quería seguirnos hasta el Japón. Pero luego se rió de mí, y dijo que lo que me estaba siguiendo no era el templo, sino alguna otra cosa. En aquel momento me enfurecí, pero ahora me inclino a estar de acuerdo con él. Todo lo sagrado tiene la sustancia de los sueños y los recuerdos, y así experimentamos el milagro de que lo que está separado de nosotros por el tiempo o la distancia se haga repentinamente tangible. Los sueños, los recuerdos, lo sagrado, todo es semejante en cuanto que está más allá de nuestro alcance. Una vez que nos separamos de lo que podemos tocar, ese objeto se santifica; adquiere la belleza de lo inalcanzable, la cualidad de milagroso. Todo, realmente, tiene esta cualidad, pero nosotros podemos profanarlo tocándolo. ¡Qué extraño es el hombre! Su contacto mancha, y sin embargo él es la fuente de los milagros.

—De verdad que lo está poniendo complicado y dificultoso —apuntó el príncipe Kridsada, conteniendo el aliento—. Pero es que está pensando en una chica de Bangkok a la que ama. Chao P., enseña a Kiyooki su fotografía.

El príncipe Pattanadid se ruborizó pero su piel oscura ocultaba el rubor en sus mejillas. Viendo el desconcierto de su invitado, Kiyooki cambió la conversación al tema anterior.

—¿Sueñas a menudo así? —preguntó—. Yo tengo un *diario* de mis sueños.

Los ojos de Chao P. centellearon de interés.

Kiyooki comprendió que acababa de comunicar a Chao P. su fascinación por los sueños, algo que nunca se había atrevido a intentar ni siquiera con Honda. Cada vez se sentía más identificado con Chao P. Sin embargo, la conversación fue languideciendo, y Kiyooki, notando un guiño malicioso en los ojos del príncipe Kridsada, recordó que no había insistido en ver la fotografía, que era lo que Chao P. quería que hiciera.

—Por favor, enséñame la foto del sueño que te siguió desde Siam —se apresuró a solicitar.

—¿Te refieres al templo o a la chica? —intervino Kridsada, tan jovial como siempre.

Y aunque Chao P. le reprendió por sus modales frívolos, él no pareció arrepentirse. Cuando por fin su primo sacó la foto, indicó con picardía:

—La princesa Chantrapa es mi hermana menor. Su nombre significa «Luz de Luna», pero nosotros la llamamos Ying Chan.

Mirando a la foto, Kiyooki quedó decepcionado. Se trataba de una chica mucho más sencilla de lo que él había imaginado. Llevaba ropas occidentales: un vestido de encajes blancos. El pelo, atado con una cinta blanca, y lucía un collar de perlas. Su mirada no era sofisticada. Cualquier estudiante en el Colegio podría llevar la foto de una chica como aquélla. La caída graciosa de su pelo sobre los hombros podía ser signo de coquetería. Pero las cejas, más bien fuertes, sobre unos ojos grandes y tímidos; los labios ligeramente partidos como los pétalos de una flor exótica antes de las lluvias; sus facciones; todo daba la impresión inconfundible de la inocencia de su propia belleza. Por supuesto todo eso tenía su encanto, algo así como el pájaro recién salido del nido, del todo ignorante de su poder para volar.

«Comparada con esta chica —pensó Kiyooki—, Satoko es cien, mil veces más mujer. ¿Y no es el hecho de que sea tan mujer la razón por que resulta tan odiosa

para mí? Además, ella sabe que es hermosa. Desgraciadamente no hay nada que no sepa, incluso lo inmaduro que soy yo.»

Chao P., viendo como Kiyooki examinaba la foto de su novia, y quizá sintiéndose ligeramente alarmado de que resultara demasiado atractiva para él, alargó súbitamente su mano de piel de ámbar y retiró el retrato. Al hacerlo, la mirada de Kiyooki advirtió el resplandor de algo color verde, y por primera vez se dio cuenta del precioso anillo de Chao P. Su piedra era una rica esmeralda, y en ambos lados tenía labradas en oro dos bestias feroces, un par de yaksha, dioses guerreros. En conjunto, era un anillo de tal calidad que para Kiyooki haber pasado por alto el anillo era prueba de lo poco inclinado que era a observar a los demás.

—Yo nací en mayo. Es mi piedra de nacimiento —explicaba el príncipe Pattanadid, ligeramente desconcertado—. Ying Chan me lo dio como regalo de despedida.

—Pero si llevaras algo como esto a la Escuela te mandarían detener —avisó Kiyooki.

Perplejos, los dos príncipes empezaron a conferenciar seriamente en su idioma nativo, pero pronto se dieron cuenta de su descortesía involuntaria y empezaron a hablar en inglés, en atención a Kiyooki. Kiyooki les dijo que hablaría con su padre para que les arreglara que tuvieran una caja de seguridad en un Banco. Después de esto, y vuelta otra vez la atmósfera cordial, el príncipe Kridsada sacó una pequeña foto de su propia novia. Y luego ambos príncipes instaron a Kiyooki a que hiciera lo mismo.

—En Japón no estamos acostumbrados al intercambio de fotos —dijo presurosamente, bajo el acicate de una vanidad juvenil—. Pero sin duda os la voy a presentar en persona muy pronto. —No tuvo valor de mostrarles las fotos de Satoko que llenaban el álbum que conservaba desde su infancia.

Repentinamente se le ocurrió a Kiyooki que aunque su semblante había provocado el elogio y la admiración durante toda su vida, había llegado casi a los dieciocho años, dentro de los confines sombríos de la finca familiar, sin ninguna otra joven amiga más que Satoko.

Y Satoko era más enemiga que cualquier otra cosa. Estaba lejos de ser el ideal de lo femenino, de la dulzura y del afecto que los dos príncipes admirarían. Kiyooki sintió su rabia contra las frustraciones que le tenían cercado. Lo que su padre, un tanto ebrio, le había dicho durante «aquel paseo de la tarde» en tono muy amable, ahora le parecía, en retrospectiva, un desprecio velado.

Las mismas cosas que su sentido de la dignidad le había hecho pasar por alto, repentinamente surgían para humillarle. Todo lo relativo a estos alegres príncipes jóvenes, su piel morena, la virilidad centelleante en sus ojos, sus largos y delicados dedos de ámbar, ya experimentados en las caricias, todo parecía vilipendiar a Kiyooki.

—¿Cómo? A tu edad, ¿todavía no has tenido ningún trance amoroso?

Sintiendo que perdía el equilibrio, Kiyooki, con sus últimas reservas de elegancia exclamó aceleradamente: —Pronto os la voy a presentar.

Pero, ¿cómo iba a arreglar las cosas, a mostrar la belleza de Satoko ante sus amigos extranjeros? El día antes, después de una larga vacilación, Kiyooki había por fin enviado a Satoko una carta insultante.

Cada frase de aquella carta, cuyos insultos habían sido elaborados con el más exquisito cuidado, estaban vivos en su mente. Había comenzado con estas palabras:

«Siento decir que tu desfachatez para conmigo me obliga a escribir esta carta. — Y a partir de este brusco preámbulo añadía—: Cuando pienso en las muchas veces que me has obsequiado con enigmas sin sentido, reteniendo toda pista para hacerlos parecer más serios de lo que son en realidad, el entorpecimiento se apodera de esta mano mía que sostiene la pluma, hasta debilitarme. No dudo de

que tus caprichos emocionales te han llevado a hacerme esto. En tu método no ha habido ninguna delicadeza, obviamente ningún afecto de ninguna clase, ningún indicio de amistad. Hay unas motivaciones muy profundas en tu conducta despreciable, a las que tú estás ciega, pero que te están llevando a un objetivo que es obvio. Sin embargo, la decencia me impide decir más al respecto. Pero todos tus esfuerzos y planes se han convertido ahora en una espuma sobre las aguas. Pues yo, a pesar de lo desdichado que fui en tiempos, he pasado ya una de las etapas claves de la vida, transición por la que te debo cierta gratitud, por indirecta que sea. Mi padre me invitó a acompañarle en una de sus excursiones, y he cruzado una barrera que debe cruzar todo hombre. Para decirlo sin rodeos, he pasado la noche con una geisha que mi padre había escogido para mí. Ha sido uno de esos ejercicios que la sociedad sanciona para los hombres. Afortunadamente, una sola noche ha sido bastante para causar en mí un cambio completo. Mis antiguos conceptos sobre las mujeres se han desvanecido. He aprendido a ver en una chica poco más que un pequeño animal sonrosado y lascivo, una compañera de juegos de alcoba. Esta es la maravillosa revelación encontrada en la sociedad que frecuenta mi padre. Y no habiendo tenido ninguna simpatía para con su actitud hacia las mujeres, ahora la apoyo por completo. Todas las fibras de mi cuerpo me están diciendo que soy hijo de mi padre. Tal vez puedas creer que debo estarte agradecido, por haber sobrepasado sin tu colaboración los objetivos muertos de la antigua era Meiji en favor de otros puntos de vista más ilustrados. Y quizá te estés riendo, segura de que mi amor con mujeres pagadas servirá para enaltecer mi estima por damas puras como tú. ¡Pues no! Permíteme que te indique que debes abandonar tal idea. Desde aquella noche he roto con todos esos moldes, para pasar a un territorio donde no hay ninguna restricción. Geisha o princesa, virgen o prostituta, empleada de fábrica o artista, no hay distinciones. Toda mujer es mentirosa, y "un pequeño animal sonrosado y lascivo". Todo lo demás no es más que maquillaje y vestidos. Y debo decir que te veo igual que a todas las demás. Por favor, créeme, aquel chico a quien considerabas tan dulce, tan inocente, tan maleable, ha desaparecido para siempre.»

Los dos príncipes debieron quedar confusos cuando Kiyooki les dio las buenas noches y salió precipitadamente de su habitación, apenas entrada la noche.

—¿Cómo es que en momentos como éste nunca aparece nadie en quien confiar?
—murmuraba Kiyooki por el largo pasillo. Pensó en Honda, pero sus exigentes normas de amistad le aconsejaron olvidar tal posibilidad.

El viento de la noche silbaba contra las ventanas y los faroles. Súbitamente, temeroso de que alguien pudiera verle y extrañarse de que corriera de aquella forma, se detuvo, y mientras descansaba, con los codos apoyados en el marco de la ventana, intentó poner en orden sus pensamientos. A diferencia de los sueños, la realidad no era tan fácil de manipular. Tenía que concebir un plan, nada vago e incierto, sino firme y compacto como una píldora, y con resultados seguros e inmediatos. Estaba oprimido por su propia debilidad, y después del calor en la habitación el frío del pasillo le hacía estremecerse.

Apretó la frente contra el cristal azotado por el viento y miró fijamente al jardín. No había Luna. La isla y la colina formaban una masa en la oscuridad. A la luz tenue de los faroles pudo distinguir la superficie del estanque rizada por el viento. Imaginó que las tortugas voraces habían sacado la cabeza del agua y estaban mirando hacia él. Este pensamiento le hizo temblar.

Cuando volvió a casa, ya a punto de subir la escalera a su habitación, se encontró con su tutor Iinuma, quien le miró muy fríamente.

—¿Se han retirado ya sus altezas, señor?

—Sí.

—¿Y el joven amo se va a retirar también?

—Tengo que estudiar unas cosas.

Iinuma tenía veintitrés años y estaba en el último curso de su escuela. En efecto, acababa de regresar de clase, ya que llevaba algunos libros bajo el brazo. El ser joven no parecía tener otro efecto sobre él que profundizar su característica melancolía. Aquella enorme musculatura acobardaba a Kiyooki.

Cuando el muchacho regresó a su habitación no se molestó en encender la estufa, y empezó a pasear ansiosamente, planteándose un plan tras otro.

«Lo que haga debo hacerlo pronto —pensaba—. ¿Es ya demasiado tarde? De algún modo tendré que presentar a los príncipes una chica que esté en los más afectuosos términos conmigo. Pero a ella acabo de enviarle esa carta. Y además hay que evitar las murmuraciones.»

El periódico de la tarde, que no había podido leer por falta de tiempo, estaba sobre la silla. Sin ningún fin determinado, Kiyooki lo cogió y lo abrió. Le llamó la atención el anuncio de una obra de Kubuki en el Teatro Imperial, y repentinamente empezó a darle golpes el corazón.

«Eso es. Llevaré a los príncipes al Teatro Imperial. Y en cuanto a la carta, todavía no habrá llegado a su destinataria, ya que la eché ayer. Hay esperanzas. Mis padres no permitirán que Satoko vaya a una función conmigo, pero si nos encontramos accidentalmente nada se opondrá a mis propósitos.»

Kiyooki salió velozmente de su habitación y bajó las escaleras hasta la sala donde estaba el teléfono. Antes de entrar miró cautelosamente hacia la habitación de Iinuma, de donde salía luz. Debía de estar estudiando.

Kiyooki cogió el auricular y dio el número deseado. Le latía el corazón con fuerza. Su habitual abulia había desaparecido.

—Por favor, ¿es la residencia Ayakura? ¿Puedo hablar con la señorita Satoko? —dijo Kiyooki, después de oír la voz familiar de una anciana. Desde el distante Azabu, la voz llegaba con evidente desagrado.

—Es el joven amo Matsugae, ¿verdad? Lo siento, pero me temo que sea demasiado tarde.

—¿Se ha acostado la señorita Satoko?

—Bueno, no, no creo que se haya retirado todavía.

Tras la insistencia de Kiyooki, Satoko finalmente acudió al teléfono. Su voz cálida y clara le animó inmensamente.

—Kiyooki, ¿qué diablos quieres a estas horas de la noche?

—Bueno, para decir la verdad, te envié ayer una carta. Ahora quiero pedirte algo. Cuando llegue a tus manos, por favor, no la abras. Prométeme que la arrojarás inmediatamente al fuego.

—Bueno, Kiyooki, no sé de qué me estás hablando...

Algo en la voz aparentemente serena de Satoko dijo a Kiyooki que ella había empezado a tejer su usual red de ambigüedades.

—Comprendo que no lo sepas —dijo Kiyooki con impaciencia—. Por tanto te ruego que me escuches y me lo prometas. Cuando llegue mi carta échala al fuego inmediatamente sin abrirla. ¿Lo harás?

—Supongo que sí.

—¿Lo prometes?

—Está bien.

—Y ahora hay otra cosa que quiero preguntarte...

—Parece ésta la noche de las solicitudes, ¿no es así, Kiyooki?

—Tú puedes hacer lo que te pido. Consigue entradas para la función de pasado mañana en el Teatro Imperial para ti y para tu doncella.

—¡Una función de teatro...!

El silencio brusco en el otro extremo del hilo hizo temer a Kiyooki que Satoko pudiera negarse, pero luego se dio cuenta de que en su apresuramiento había olvidado algo. Dadas las actuales circunstancias de los Ayakuras, el precio de un par de entradas representaría un auténtico despilfarro.

—No, espera, perdona. Yo haré que te envíen las entradas. Si tus asientos están contiguos de los nuestros, la gente hablará, pero yo lo arreglaré para que estén cerca aunque no al lado. A propósito, te diré que voy a ir con dos príncipes de Siam.

—¡Eres muy amable, Kiyoko! Estoy segura de que a Tadashina le dará mucha alegría. Me encantará ir —terminó Satoko, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su satisfacción.

VII

Al día siguiente en el colegio, Kiyoko pidió a Honda que se reuniera con él y los príncipes siameses en el Teatro Imperial a la noche siguiente; Honda se sintió complacido y aceptó al instante, aunque no sin una vaga sensación de temor. Kiyoko, naturalmente, no contó a su amigo la parte del plan que planteaba la oportunidad de encontrarse con Satoko.

En casa, aquella noche, durante la cena, Honda habló a sus padres de la invitación de Kiyoko. Su padre tenía ciertas reservas acerca del teatro, pero creyó que no debía restringir la libertad de un joven de dieciocho años en cuestiones de tal especie.

Su padre era juez en el Tribunal Supremo. Cuidaba de que en su casa reinara una atmósfera de decoro. La familia vivía en una extensa mansión de Hongo, con muchas habitaciones, algunas de ellas decoradas con estilo occidental, popular en la era Meiji. Entre sus criados había estudiantes, y por todas partes se encontraban libros. Llenaban la biblioteca y el despacho, y hasta los pasillos.

Su madre también era lo opuesto de la frivolidad. Desempeñaba un puesto en la Liga de las Mujeres Patrióticas, y estaba un tanto apenada de que su hijo hubiera hecho una amistad tan íntima con el hijo de la marquesa de Matsugae, dama que no tenía ninguna afición por actividades tan meritorias. Sin embargo, aparte de eso, el expediente escolar de Shigekuni Honda, su diligencia, su salud y sus invariables buenos modales eran fuente de orgullo de su madre, que nunca se cansaba de cantar las alabanzas de su hijo ante otras personas.

Todo en la casa de Honda, hasta el utensilio más trivial, tenía que ajustarse a un plan exigente. Comenzando con el sofá de la entrada principal, el biombo con un ideograma chino, la pitillera y los ceniceros en el salón, el mantel de la mesa, el arca para el arroz en la cocina, el toallero del baño, los portaplumas del despacho, e incluso los pisapapeles: cada cosa era perfecta en su género.

Y este mismo cuidado se extendía a la conversación. En casa de los amigos de Honda, siempre se esperaba que una o dos personas mayores contaran historias absurdas. Por ejemplo, podían con toda seriedad hablar de la noche en que aparecieron dos lunas en la ventana, una de ellas, un tejón disfrazado, que sería echado a patadas. Y siempre habría auditorio apropiado. Pero en su casa, una sola mirada de su padre dejaría bien patente, incluso para la más anciana de las doncellas, que creer semejantes tonterías ignorantes estaba allí fuera de cuestión.

En su juventud, su padre había pasado algunos años estudiando Derecho en Alemania, y reverenciaba el respeto de los alemanes por la lógica.

Cuando Shigekuni Honda comparaba su propio hogar con el de Kiyoko, le divertía particularmente un aspecto del contraste. Aunque los Matsugae parecían

llevar una vida occidentalizada y su casa estaba llena de objetos del extranjero, la atmósfera de la casa era sorprendente y tradicionalmente japonesa. En cambio en su casa, el estilo de la vida diaria podía ser japonés, pero el ambiente tenía mucho de occidental en espíritu. Y luego la consideración de su padre por la educación de sus criados estudiantes estaba en marcado contraste con la actitud del marqués de Matsugae para con los suyos.

Como de costumbre, una vez acabada su tarea, que esta noche era de francés, su segundo idioma extranjero, Honda pasó a algunas recopilaciones legales. Estaban escritas en alemán, francés e inglés, y él tenía que ordenarlas. Las leía todas las noches, anticipándose a las demandas futuras del trabajo de la Universidad, y también, más significativamente, porque tenía una inclinación natural a buscarlo todo en sus fuentes de origen. Últimamente había empezado a perder interés por el Derecho europeo que tanto le había fascinado. Desde el sermón de la abadesa de Gesshu, cada vez se daba más cuenta de las imperfecciones del sistema.

Comprendía, sin embargo, que aunque la ley natural había sido descuidada en los últimos años, ningún otro sistema del pensamiento había mostrado mayor capacidad de sobrevivir. Había florecido en formas diferentes, ajustadas a cada una de las muchas épocas de dos mil años de historia, desde sus aparentes orígenes en Sócrates y su poderosa influencia en la formulación del Derecho Romano, a través de los escritos de Aristóteles, a su complicado desarrollo y codificación durante la Edad Media cristiana, y su renovada popularidad en el Renacimiento. Con toda probabilidad, fue esta filosofía la que preservó la fe tradicional europea en el poder de la razón. Sin embargo, Honda no podía menos de pensar que a pesar de la tenacidad de dos mil años de humanismo fuerte y brillante, apenas habían bastado para alejar los ataques del oscurantismo y la barbarie.

De cualquier forma que fuere, Honda no estaba necesariamente adherido a la escuela histórica influida por el romanticismo del siglo XIX, sino a la escuela étnica. Ciertamente, el Japón de la era Meiji necesitaba un tipo de ley nacionalista, que tuviera sus raíces en la filosofía de la escuela histórica. Pero las preocupaciones de Honda eran otras. En primer lugar trataba de aislar el principio esencial que hay detrás de toda ley. Un principio que él creía absolutamente necesario. Y por esta razón le había fascinado algún tiempo el concepto de la ley natural. Pero ahora estaba más interesado en definir los límites exteriores de la ley natural, señalados por sus pretensiones de universalidad. Disfrutaba dando rienda suelta a su imaginación en este camino. Si la ley natural y la filosofía habían impuesto límites a la visión del hombre desde los principios antiguos, para pasar luego a un principio más universal (en el supuesto de que tal principio exista), ¿no se alcanzaría un punto en que la ley misma, tal como la conocemos, dejaría de existir?

Este era, por supuesto, un pensamiento peligroso, que seducía a la juventud. Dadas las circunstancias de Honda, con la estructura geométrica de la ley tradicional encumbrándose para proyectar su sombra sobre la ley operativa moderna que estaba estudiando, no era de extrañar que encontrara la ortodoxia un tanto aburrida. De vez en cuando dejaba a un lado los códigos legales del Japón de la era Meiji, tan escrupulosamente basados en los modelos occidentales, y volvía los ojos en dirección de las tradiciones legales más amplias y más antiguas de Asia.

En su presente momento escéptico, una traducción francesa, hecha por Delongchamps, de las Leyes de Manu, que acababa de llegar de la librería Maruzen en momento muy oportuno, contenía cosas que resultaban atractivas.

Las Leyes de Manu, recopiladas probablemente entre los años 200 antes de Cristo al 200 después de Cristo, eran la base de la ley india. Y entre los fieles hindúes conservaba su autoridad como código legal hasta el presente. Dentro de sus doce capítulos y sus 2.684 artículos estaba condensado un inmenso cuerpo de preceptos sacados de la religión, las costumbres, la ética y la ley. Pasaba del origen del Cosmos a los castigos por robo y las normas para dividir la herencia. Estaba

imbuida de filosofía asiática, en la que todas las cosas son, en cierto modo, una sola, en notable contraste con la ley natural y el punto de vista universal de la Cristiandad, con pasión por hacer distinciones basadas en un macrocosmo y un microcosmo.

Sin embargo, la ley romana incorporaba un principio que se contradecía con el concepto moderno del Derecho. Del mismo modo que sostenía que los derechos caducan cuando no hay posibilidad de aplicación, así también las leyes de Manu, de acuerdo con las normas de procedimiento en vigor en las grandes cortes de los rajás y los brahmanes, restringían, por ejemplo, los juicios, en determinados casos de deudas impagadas.

Honda estaba fascinado por el estilo vivo de las Leyes. Incluso detalles tan prosaicos como los procedimientos de la Corte estaban encubiertos bajo metáforas y símiles llenos de colorido. Durante el curso de un juicio, por ejemplo, el rajá debía determinar la verdad o falsedad del asunto presentado ante él, «del mismo modo que el cazador busca la guarida del venado herido siguiendo el rastro de la sangre». Y en la enumeración de sus obligaciones, el rajá era exhortado a dispensar favores a su pueblo, «como Indra deja caer las aguas vivificadoras de abril». Honda leyó hasta el final, incluyendo el último capítulo, que trataba de temas filosóficos que desafiaban la clasificación como leyes.

El imperativo postulado en la ley occidental estaba inevitablemente basado en el poder de la razón del hombre. Las Leyes de Manu, sin embargo, tenían su raíz en la ley cósmica, impermeable a la razón, con la doctrina de la transmigración de las almas. Por supuesto todo esto estaba especificado en las Leyes:

«Los hechos proceden del cuerpo, del discurso y de la mente, y resultan en el bien o en el mal.»

«El que procede del alma del hombre dará forma a su alma; el que procede de su discurso dará forma a su discurso, y los hechos que proceden de su cuerpo darán forma a su cuerpo.»

«El que peca con el cuerpo será un árbol o una hierba en la siguiente vida, el que peca en el discurso será un pájaro o una bestia, y el que peca en el alma volverá a nacer en el nivel de raza más bajo.»

«El hombre que retiene una guardia apropiada sobre su discurso, sobre su mente y sobre su cuerpo con relación a todas las cosas, el hombre que domina su lujuria y su ira, alcanzará la culminación. La liberación total será suya.»

«Es conveniente que cada hombre emplee su sabiduría para discernir hasta qué punto el destino de su alma depende de su adhesión o separación de la ley, y que debe ejercitarse con todas sus fuerzas en la fiel observancia de esta ley.»

Aquí, lo mismo que en la naturaleza, la observancia de la ley y la realización de obras buenas eran tomadas como una misma cosa. Pero la ley se basa en el principio de la transmigración de las almas, doctrina que cercena la investigación racional normal. Y más que hacer una llamada a la razón humana, las Leyes parecían actuar bajo amenaza de sinrazón. De tal forma, como doctrina de ley, depositaba menos confianza en la naturaleza humana que la ley romana en los poderes de la razón.

Honda no tenía ningún deseo de gastar su tiempo meditando en problemas como éste, ni de empaparse de la sabiduría de los antiguos. Siendo estudiante de Derecho estaba inclinado a apoyar el establecimiento de la ley, pero turbado por dudas y recelos acerca del sistema operativo, que era su tema. Sus pugnas con aquella estructura legal penosamente complicada y enredada le habían enseñado que algunas veces era necesario un punto de vista más amplio. Punto que debía hallarse no sólo en la ley natural, con su apoteosis de razón, en el meollo de la ley operativa, sino también en la sabiduría de las Leyes de Manu. Desde este punto

ventajoso podía disfrutar de dos mundos: el azul claro del mediodía, o la noche cuajada de estrellas.

El estudio de la ley era ciertamente una disciplina extraña; una red con malla muy fina, capaz de atrapar los incidentes más triviales de la vida cotidiana, mientras su vasta extensión en el tiempo y en el espacio alcanzaban a la vez hasta los movimientos eternos del sol y las estrellas. Ningún pescador en busca de capturas podría ser más codicioso que el estudiante de leyes.

Perdido durante tanto tiempo en la lectura y olvidado del tiempo, Honda se dio cuenta de que lo mejor sería irse a la cama, si no quería estar exhausto cuando se viera con Kiyooki en el Teatro Imperial a la noche siguiente. Cuando pensó en su amigo, tan arrogante y difícil, y consideró lo improbable de su propio futuro, no pudo contener un ligero estremecimiento. Perezosamente revolvió en su mente los triunfos con que sus compañeros de colegio tan orgullosamente le regalaban, tales como la utilización de un cojín hecho una bola, para jugar al rugby en un salón de té con un grupo de jóvenes geishas.

Luego se acordó de un episodio en su propia casa, en la primavera, que habría carecido de importancia en un ambiente más mundano, pero que produjo ecos en la casa de Honda. Se había celebrado un funeral conmemorativo del décimo aniversario de la muerte de su abuela, en el templo de Nippori, donde estaban enterrados los restos de la familia. Al final, los parientes inmediatos compartirían la hospitalidad de la familia. Fusako, la prima segunda de Shigekuni, era a la vez la más joven de los invitados y la más bonita. En la juiciosa familia de Honda, sus ruidosas carcajadas dieron lugar a que algunas cejas se alzasen.

A pesar del tono religioso del día, el recuerdo de la muerte no fue suficiente para impedir la alegre charla entre los parientes que no se habían visto desde hacía algún tiempo. Y así, sacaron a colación a la abuela muerta, de vez en cuando, pero estuvieron mucho más interesados en contarse unos a otros noticias de los hijos, orgullo de cada familia.

Los treinta invitados recorrieron la casa de una habitación a otra, asombrados de encontrarse con libros en todas partes. Algunos pidieron ver el despacho de Shigekuni y admiraron el escritorio. Luego salieron, hasta que quedó Fusako sola con él.

Los dos jóvenes se sentaron en un sofá junto a la pared. Shigekuni llevaba su uniforme del colegio, y Fusako un kimono formalista color púrpura. Una vez que se dieron cuenta de que estaban solos, se sintieron un tanto embarazados y las carcajadas de Fusako cesaron.

Shigekuni se estaba preguntando si sería apropiado enseñar a Fusako un álbum de fotografías o algo por el estilo, pero desgraciadamente no lo tenía a mano. Para empeorar las cosas, Fusako pareció repentinamente disgustada. Hasta ahora, no había sido particularmente atractiva hacia él, con su exceso de energía física, sus risotadas largas y sonoras, su costumbre de importunarle aunque era un año mayor que ella, y con su constante actividad. Al parecer, Fusako tenía la sangre como la flor del verano, pero Shigekuni había tomado ya una decisión: no tomaría como esposa a una mujer así.

—Estoy muy cansada, ¿sabes? ¿No estás cansado también, Shige?

Antes de que él pudiera contestar, ella cayó hacia él, como un muro que de súbito se desploma. Un instante después su cabeza estaba sobre el regazo de Shigekuni, y éste contemplaba tan fragante regalo sobre sus rodillas.

Estaba totalmente confuso. Miraba a la carga inusitada en su regazo, y las cosas siguieron así durante lo que pareció un tiempo interminable. Se sentía impotente para mover ni siquiera un solo músculo, y Fusako, una vez apoyada la cabeza sobre el azul uniforme de su primo, no daba señal alguna de pensar en quitarla de allí.

Pero la puerta se abrió repentinamente, y aparecieron su madre, una tía y un tío. Aquélla palideció, y el corazón de Shigekuni empezó a latir con fuerza. Fusako,

sin embargo, miró despacio en la dirección de los recién llegados, y luego alzó la cabeza muy lánguidamente:

—Estoy cansada y tengo dolor de cabeza.

—Válgame el cielo. Hay que poner remedio a eso. ¿Quieres que te traiga alguna cosa?

Por algo trabajaba la madre en la Liga de las Mujeres Patrióticas, e inmediatamente se sintió enfermera voluntaria.

—No, gracias, no creo que la cosa sea tan grave.

Este episodio añadió un considerable sabor a la conversación de los parientes, y aunque afortunadamente no llegó a oídos de su padre, su madre se encargó de reprenderle con severidad. En cuanto a Fusako, a pesar de ser su prima, jamás volvió a ser invitada a la casa. Honda, sin embargo, nunca olvidaría aquellos breves momentos.

Aunque había sostenido toda la parte superior del cuerpo, fue la cabeza y el cabello lo que más le había atraído. Aquella masa le había sugestionado con la fuerza del incienso humeante. El paño azul de sus pantalones no podía anular el calor que le penetraba. Era como un fuego lo que causaba su inquietud. Fuego irradiado de ella, como brasas en una exquisita vasija de porcelana. Todo sugería que el afecto de Fusako por él era grave. Y ¿no había sido también punzante la presión de su cabeza?

¿Y los ojos de Fusako? Mientras su mejilla reposaba sobre su regazo, había mirado sus ojos grandes y negros. Eran resplandecientes como gotas de agua de lluvia, como mariposas. El movimiento de sus largas pestañas era un aleteo maravilloso, luminosas como las pupilas de sus ojos, tan cercanos de él y sin embargo tan indiferentes, tan listos para saltar. Él nunca había visto ojos como aquellos, que miraban con evidente inquietud.

Pero ella no estaba coqueteando. Su semblante expresaba más serenidad que unos minutos antes cuando estaba charlando alegremente. Sus ojos parecían comunicar algo distinto a una fuerte pasión. El poder de semejante fragancia nacía de algo mucho más elemental que un coqueteo.

¿Cuál era entonces el verdadero sentido de aquellos momentos de contacto físico, que habían parecido prolongarse una eternidad?

VIII

La representación en el Teatro Imperial, desde mediados de noviembre hasta el diez de diciembre, no fue de ninguna obra moderna, sino de dos obras de Kabuki. Kiyooki había elegido una obra del teatro clásico, porque creía que esta clase de entretenimiento sería más atractivo para sus invitados extranjeros. Pero como no sabía mucho acerca de Kabuki, le eran desconocidos los dos títulos de aquella noche: «La Subida y la Caída del Taira» y «La Danza del León». Persuadió a Honda para pasar la hora del almuerzo en la biblioteca, buscando estas obras, para poder explicar algo de ellas a los dos príncipes.

Éstos eran inclinados a no prestar más que una vaga atención a las obras extranjeras. Kiyooki les había presentado a Honda, que regresó a casa del colegio con él. Y ahora, después de la comida, observó que no prestaban mucha atención al sumario en inglés que su amigo había hecho de las obras de teatro.

En tales circunstancias, la lealtad de Honda movió a Kiyooki a sentirse culpable y compasivo al mismo tiempo. Ciertamente ninguno de los que acudían al teatro aquella noche estaba interesado por las obras en sí. Kiyooki, por excepción, estaba preocupado. Satoko podía haber leído la carta después, y en consecuencia habría roto su compromiso de asistir.

El mayordomo entró para anunciar que el coche esperaba. Los caballos relinchaban. El cielo estaba negro y el ambiente ventoso. Kiyooki disfrutaba viendo a los caballos, mientras escuchaba cómo sus cascos sonaban con toda claridad sobre el suelo helado. En un día cálido de primavera, un caballo al galope era claramente un sudoroso animal de carne y de sangre. Pero un caballo corriendo a través de una tormenta de nieve se identificaba con los propios elementos atmosféricos, en el viento del norte, en la respiración helada del invierno.

A Kiyooki le gustaba ir en coche, especialmente cuando estaba deprimido por una preocupación. La marcha le hacía salir del ritmo obstinado de su inquietud. Los rabos sobresaliendo de las desnudas ancas cercanas al coche, las crines ondeando al viento, la saliva brillando entre los dientes. A Kiyooki le gustaba saborear el contraste entre la fuerza bruta de los animales y los elegantes adornos del interior del coche.

Kiyooki y Honda llevaban abrigo sobre el uniforme del colegio. Los príncipes, aunque con abrigos con cuello de piel, tiritaban miserablemente.

—Nosotros no estamos acostumbrados al frío —dijo el príncipe Pattanadid, con mirada triste—. Algunos primos nuestros estudiaron en Suiza, y ya nos avisaron de que hacía mucho frío. Pero nadie nos dijo nada sobre el Japón.

—Sin embargo, os acostumbraréis a ello en poco tiempo —dijo Honda para consolarles; tenían muy buenas relaciones, a pesar del poco tiempo que hacía que se conocían.

Como era el mes de diciembre, temporada de las tradicionales ventas de fin de año, las calles estaban iluminadas con carteles de anuncios, y repletas de compradores. Los príncipes preguntaban qué clase de festival se estaba celebrando.

En pocos días, la cara del príncipe Pattanadid y la del negligente e incorregible Kridsada, no pudieron disimular el aburrimiento y la nostalgia. Naturalmente tenían cuidado de no manifestarlo demasiado, pues no querían desairar la hospitalidad de Kiyooki. No obstante, él sabía que los pensamientos de sus amigos estaban en otra parte, a la deriva, en algún océano abierto. Pero a él le satisfacía esta actitud, pues eran las ideas y emociones humanas inmóviles, ancladas en el cuerpo, lo que le resultaba insoportablemente opresivo.

Al pasar el Parque Hibiya y acercarse al foso del Palacio Imperial ya pudieron ver el edificio blanco del teatro a la luz tenue de aquella tarde de invierno.

Cuando entraron en el teatro, la obra primera en el programa estaba representándose. Kiyooki localizó a Satoko junto a su fiel sirvienta Tadeshina. Los asientos estaban dos o tres filas detrás de los reservados para los jóvenes. Viéndola allí y recogiendo la indicación de una sonrisa fugaz, Kiyooki estuvo ya dispuesto a perdonarla por todo.

Durante el resto de la primera obra, mientras dos generales rivales, en la era Kamakura, ordenaban sus tropas en el escenario, Kiyooki miraba como si estuviera ensimismado. Todo lo del escenario palideció ante su buena opinión de sí mismo, liberado ahora de todo complejo.

«Esta noche Satoko está más hermosa que nunca —pensaba—. Ha puesto un cuidado especial en su peinado. Está tal como yo esperaba que estuviese.»

Kiyooki se sentía muy contento con el cariz que habían tomado las cosas. Se felicitó una y otra vez, seguro en su alegría, incapaz de volverse a mirar en dirección de Satoko, pero percibiendo el calor de su belleza cercana. No podía desear ninguna otra cosa.

Lo que él quería de ella era su presencia, petición que nunca le había hecho anteriormente. Reflexionando, se dio cuenta de que no se acostumbraba a pensar en Satoko sólo en términos amorosos. Aunque nunca la había considerado exactamente como un enemigo, sin embargo la consideraba como una fina seda que oculta y disfraza una aguja aguda, o como un rico brocado que esconde un puñal dañino. Sobre todo, era la mujer que le amaba sin haberse molestado en consultarle sobre el asunto. Esto es lo que no podía soportar Kiyooki. No encajaba en su carácter la aceptación gratuita de favores no solicitados. Siempre había cerrado el corazón ante el sol naciente, por temor a que un rayo suelto pudiera penetrarlo.

Llegó el intermedio. Todo se desarrolló con naturalidad. Primero Kiyooki se volvió a Honda y le susurró que, por una notable coincidencia, Satoko estaba allí. Y aunque el semblante de su amigo, después de mirar, no dejaba ninguna duda de que sospechaba en aquello algo más que pura coincidencia, aunque parezca sorprendente, no se turbó la complacencia de Kiyooki en lo más mínimo. La actitud de Honda era acorde con el concepto de amistad que tenía Kiyooki, que no exigía un exceso de honradez.

Siguió la natural confusión de conversaciones y paseos en el vestíbulo. Kiyooki y sus amigos pasaron hasta encontrarse con Satoko y su doncella ante una ventana que daba al foso del castillo y los antiguos muros de piedra del castillo del shogun. Zumbándole los oídos por la excitación desacostumbrada, Kiyooki presentó a Satoko a los dos príncipes. Comprendiendo lo inapropiado que sería un formalismo

frío, observó todas las etiquetas, sin disimular por ello el entusiasmo cándido que había declarado cuando mencionó a Satoko por primera vez ante los príncipes.

Sabía que la oleada expansiva de emoción, el poder liberador de su recién ganado sentido de la seguridad, le capacitaban para adoptar una madurez extraña. Abandonando su melancolía característica, disfrutó y gozó en su libertad. Kiyooki sabía que no estaba en absoluto enamorado de Satoko.

Tadeshina se había retirado detrás de una columna con gestos desaprobadores. A juzgar por su kimono color ciruela y su sonrisa podía llegarse a la conclusión de que había decidido tratar con circunspección a los extranjeros. Aquella actitud satisfizo a Kiyooki.

Aunque los dos príncipes se mostraban complacidos de estar en compañía de una dama tan hermosa, Chao P. no quiso advertir la sonrisa de Satoko. No imaginando que Kiyooki estaba superando su propia seriedad con un enorme esfuerzo de voluntad, el príncipe empezó a sentirle verdadero afecto, viéndole por primera vez comportarse como debía hacerlo siempre un joven como él.

Honda, mientras tanto, estaba embebido en la admiración hacia Satoko, quien aunque no hablaba una sola palabra de inglés mantenía un exacto equilibrio ante los dos príncipes. Rodeada de jóvenes, y vestida con kimono cuidadosamente formalista, se comportaba sin el menor nerviosismo y su belleza y elegancia se evidenciaban por sí mismas.

Cuando Kiyooki hacía de traductor para los príncipes, que por turno se dirigían a Satoko, ella sonreía como si buscara su aprobación. Una sonrisa que parecía implicar mucho más de lo que exigían las circunstancias. Kiyooki se inquietó.

—Ha leído la carta —pensó. Pero no. Si hubiera leído la carta, no se estaría comportando de aquella manera con él. En efecto, no habría acudido a la función de teatro. No había podido recibir la carta cuando él le telefoneó. Pero no había modo de saber si la había leído después de la llamada. No tenía objeto dirigirle una pregunta directa, porque sin duda lo negaría. Sin embargo, se sintió airado consigo mismo por no atreverse a hacerlo.

Tratando de aparentarlo como casual hizo cuanto pudo por descubrir en su voz alguna nota que difiriera del calor animoso de dos noches antes, o algún cambio sugestivo en su expresión. Una vez más la confianza en sí mismo se le estaba empañando.

Su nariz estaba tan bien moldeada como la de una muñeca de marfil. Su cara parecía brillar en una sombra suave, que alegraba el movimiento rápido y vivo de sus ojos. La mirada es usualmente considerada como un punto de prueba en las mujeres, pero Satoko tenía una forma de mirar irresistiblemente encantadora. Su sonrisa seguía íntimamente sus palabras, y su mirada a su sonrisa, ensalzando la elegancia de su expresión. Sus labios, un tanto delgados, finos, ocultaban una sutil voluptuosidad interior. Cuando reía, era siempre rápida en ocultar el brillo de sus dientes con los esbeltos y delicados dedos de una mano, pero no antes que los jóvenes advirtieran el destello blanco, que rivalizaba con el brillo de las lámparas colgadas del techo.

Cuando Kiyooki traducía los cumplidos de los príncipes para Satoko, brotó un extraño rubor en ella. Casi ocultas por el cabello, sus orejas estaban formadas con la gracia de gotas de agua de lluvia.

Había una cosa en Satoko que trascendía de todo artificio. Era la intensidad de la mirada, el poder de sus ojos. Esta fuerza seguía anonadando a Kiyooki como siempre. Se sentía penetrado por aquella misteriosa fuerza, cuyo poder le sugería la esencia de Satoko.

Sonó el timbre para anunciar el comienzo de «La Subida y Caída del Taira», y el auditorio empezó a ocupar de nuevo sus asientos.

—Es la mujer más bella que he visto desde mi llegada al Japón. ¡Qué afortunado eres! —exclamó Chao P. en voz baja, mientras caminaba junto a Kiyooki por el

pasillo. A juzgar por su mirada podía deducirse con facilidad que se había recuperado del anterior ataque de nostalgia por su patria.

IX

Iinuma, el tutor de Kiyooki, había llegado a darse cuenta de que los seis años largos pasados en el servicio de la casa de los Matsugae no sólo habían marchitado las esperanzas de su juventud, sino que también habían disipado la consecuente indignación que había sentido al principio. Cuando reflexionó sobre sus circunstancias lo hizo con un resentimiento frío, totalmente distinto de la acalorada furia que había sentido en otros momentos. Por supuesto la atmósfera de la casa de los Matsugae, tan poco familiar para él, había contribuido en gran manera a los cambios en él operados. Desde el principio, sin embargo, la principal fuente de contagio había sido Kiyooki, ahora con dieciocho años.

El muchacho cumpliría diecinueve el año próximo. Si Iinuma consiguiera al menos que se graduara en la Escuela con buenas notas y luego entrara en la Facultad de Derecho de la Universidad Imperial de Tokio, podría considerar que su responsabilidad quedaba adecuadamente descargada.

Pero por alguna razón que Iinuma no podía en modo alguno adivinar, el marqués de Matsugae nunca había considerado conveniente medir a su hijo por el expediente escolar. Y tal como estaban las cosas, existían pocas probabilidades de que Kiyooki estudiara leyes en la Universidad de Tokio. Después de graduarse no parecía abierto para él otro camino que aprovecharse de sus privilegios de miembro de la nobleza y entrar en la Universidad Imperial de Kyoto o la de Tohoku sin tener que pasar el examen de ingreso. La actuación de Kiyooki en el colegio había sido indiferente. No hizo ningún esfuerzo en sus estudios, ni tampoco compensó esta falta tratando de brillar en el atletismo. Si hubiera sido un estudiante destacado, Iinuma podría haber compartido esa gloria dando a sus amigos y parientes de Kagoshima motivo para estar orgullosos. Pero ahora, Iinuma tan sólo podría recordar sombríamente las fervientes esperanzas que había abrigado en su tiempo. Y además, pensó amargamente, pese a lo bajo que había quedado Kiyooki en sus calificaciones, tenía la seguridad de un puesto en la Cámara.

La amistad entre Kiyooki y Honda era otra fuente de irritación. Honda estaba muy cerca del primer puesto de la clase, pero no hizo ningún intento por influir en su amigo en este sentido, a pesar de la consideración de Kiyooki para con él. De hecho hizo todo lo contrario. Se comportaba como un admirador ciego a todas las faltas de Kiyooki.

Los celos, naturalmente, jugaban su parte en el resentimiento de Iinuma. Siendo amigo y compañero de clase, Honda estaba en posición de aceptar a Kiyooki tal como era, mientras para Iinuma era un monumento eterno de su propio fracaso.

Los ademanes de Kiyooki, su elegancia, su reserva, su complejidad, su aversión a todo esfuerzo, su languidez soñadora, su magnífico cuerpo, su piel delicada, sus largas pestañas sobre unos ojos soñadores, todos los atributos de Kiyooki, conspiraban para traicionar las esperanzas de Iinuma con su gracia elegante y descuidada. Iinuma veía en su joven amo un reproche constante y escarnecedor.

Una frustración tan amarga, un sentido del fracaso tan mordaz, puede tras un largo período de tiempo transformarse en una especie de fervor casi religioso. Iinuma se enfurecía con cualquiera que tratara de menospreciar a Kiyooki. Por una especie de intuición confusa pero profunda captó algo de la naturaleza del aislamiento casi impenetrable de Kiyooki. La determinación de éste, en cambio, de mantenerse distante de Iinuma emanaba sin duda del hecho de que él percibía con toda claridad la naturaleza del fanatismo de su tutor.

De todo el personal de la casa de Matsugae, sólo Iinuma estaba poseído de este fervor por Kiyooki, un tanto intangible, aunque evidente si se le miraba a los ojos. Un día preguntó un invitado:

—Perdone, ¿ese servidor suyo es socialista?

El marqués y su esposa no pudieron menos de prorrumpir en una sonora carcajada ante aquella observación, pues estaban bien enterados de los antecedentes de Iinuma, su actual conducta, y sobre todo, el celo con que un día tras otro hacía sus devociones junto al sepulcro de «Omiyasama». Este joven taciturno que no tenía las palabras para desperdiciarlas con nadie, seguía la costumbre de acudir al sepulcro familiar cada mañana muy temprano. Allí abría el corazón ante el famoso padre del marqués de Matsugae, a quien nunca había conocido. En los primeros días dirigía sus súplicas con rabia, pero a medida que fue tomando forma su descontento la rabia inicial había pasado a abarcar todos los aspectos de la vida propia y de las ajenas.

Era el primero que se levantaba por las mañanas. Se lavaba la cara y limpiaba la boca, luego se ponía el kimono y su *Okura Hakama*, y partía en dirección del sepulcro.

Iba por el camino que pasaba por delante de la residencia de las doncellas, en la parte trasera de la casa principal, y cruzaba por una arboleda de cipreses. En tiempo frío, como el de esta mañana, la escarcha endurecía los pequeños montoncillos de basura del camino, que al ser aplastados por el impacto brusco de los zuecos de madera de Iinuma se deshacían en fragmentos como cristales relucientes. El sol de la mañana, claro y diáfano, dorando las marchitas hojas que seguían adheridas a los cipreses, consolaba del helado aire invernal. Todo parecía quedar purificado. Los trinos de los pájaros llenaban el cielo azul pálido de la mañana. Sin embargo, a pesar del estímulo del aire frío, que azotaba vivamente su piel desnuda, bajo el kimono con el cuello abierto, algo atormentaba su corazón con un sentimiento amargo:

—Ojalá el joven amo viniera conmigo, aunque sólo fuera una vez —se decía.

Nunca había conseguido interesar a Kiyooki en esta sensación de bienestar vigorosa y varonil. Nadie podía hacerle responsable de este fracaso. Obligar al muchacho a acompañarle en estos paseos matutinos era un disparate descartado, y sin embargo Iinuma seguía culpándose. En seis años no había sido capaz de persuadir a Kiyooki de que participara al menos una vez en esta «práctica virtuosa».

En la meseta de la pequeña colina, los árboles daban lugar a un claro bastante amplio, de hierba ahora seco, en el que un sendero de grava llevaba hasta el sepulcro. Cuando Iinuma miró a plena luz del sol de la mañana los puntales de granito y los dos obuses colocados a ambos lados de los escalones de piedra, una sensación de poder se adueño de él. Allí, y en las primeras horas de la mañana,

encontraba un clima de pureza fortificante, libre del lujo asfixiante que imperaba en la casa de los Matsugae. Le pareció estar en un ataúd nuevo de madera blanca y fresca. Desde su infancia, todo lo que le habían enseñado a reverenciar como honorable y hermoso habría de encontrarse en las proximidades de la muerte.

Después que Iinuma subió los escalones y tomó posición delante del sepulcro, vio un pajarillo rojo saltando entre las ramas de un sakaki. El animal, tras un chillido desapareció volando. «Debe ser un papamoscas», pensó Iinuma.

Unió las palmas de las manos, y como siempre invocó al abuelo de Kiyooki llamándole «Reverendo Antecesor». Luego, en silencio, empezó a rezar:

—¿Por qué vivimos una era de decadencia? ¿Por qué el mundo desprecia el vigor, la juventud, las ambiciones honorables y la sinceridad? Una vez derribaste a los hombres con tu espada, fuiste herido por las espadas de los otros, soportaste los peligros más horribles, todo para fundar un Japón nuevo. Y finalmente, habiendo alcanzado un alto puesto y la estimación de todos, moriste como el héroe más grande de una era heroica. ¿Por qué no podemos volver a la gloria de tu tiempo? ¿Cuánto va a durar esta edad despreciable? ¿O todavía vendrá algo peor? Los hombres sólo piensan en dinero y mujeres. Se han olvidado de lo que es propio del hombre. Aquella gran edad de los dioses y los héroes pasó con el Emperador Meiji. ¿Volveremos a ver algo semejante? ¿Un tiempo en que la fuerza de la juventud no se malgaste?

Continuó tras una pausa:

—En los días presentes, cuando los lugares de diversión se extienden por todas partes, arrastrando a miles de personas ociosas, con dinero para derrochar; cuando los estudiantes de uno y otro sexo se comportan en los tranvías de modo tan desvergonzado que ha sido necesario segregarlos; cuando los hombres han perdido aquel fervor que llevó a nuestros antepasados a aceptar los más temibles desafíos; cuando no valen para otra cosa que para agitar sus manos afeminadas como hojas frágiles... ¿Por qué todo esto? ¿Cómo soportar una edad que ha manchado todo lo que en otros tiempos fue sagrado? Oh, reverendo antepasado, tu propio nieto, a quien yo sirvo, es en todos los sentidos un joven de esta era decadente, y me encuentro impotente para remediar nada sobre el particular. ¿Debo morir para expiar por mi fracaso? ¿O las cosas han tomado este curso en consonancia con algún gran designio tuyo?

Olvidado del frío con el fervor de sus oraciones, Iinuma seguía en pie, viril, con el pecho asomando por el kimono abierto. En verdad, lamentaba secretamente que su cuerpo no se correspondiera con la pureza de su entusiasmo. Por otro lado, Kiyooki, a cuyo cuerpo miraba como vasija sagrada, carecía de la pureza sincera requerida en los hombres verdaderos.

Súbitamente, en la cumbre de su efusión, sintiendo cada vez más calor, a pesar del aire frío de la mañana, que silbaba por debajo de la falda de su *hakama*, empezó a sentirse sexualmente excitado. Inmediatamente cogió una escoba de debajo del piso, y se dedicó a barrer el sepulcro.



Poco después del año nuevo, Iinuma fue llamado a la habitación de Kiyooki. Allí se encontró con la anciana y fiel Tadeshina, a la que conocía como doncella de Satoko.

La misma Satoko había visitado la casa de los Matsugae para el intercambio de felicitaciones con motivo del Año Nuevo, y hoy, aprovechando la ocasión de llevar algún obsequio tradicional, como regalo, Tadeshina había entrado en la habitación de Kiyooki. Aunque Iinuma sabía quién era Tadeshina, por primera vez se veía con ella, y no estaba claro para él la razón de aquel encuentro.

El Año Nuevo se celebraba pródigamente en la casa de los Matsugae. Llegaban de Kagoshima veinte o más personas de la familia y después de dirigirse a la residencia del tradicional jefe del clan, para rendirle sus respetos, eran agasajados en la casa de los Matsugae. Las comidas de Año Nuevo, cocinadas según el viejo estilo de Hoshigaoka y servidas en el salón principal no muy iluminado, eran famosas, sobre todo por los postres de crema helada y melón, manjares casi nunca saboreados por la gente del campo. Este año, sin embargo, como todavía no había pasado el período del luto por el emperador Meiji, no acudieron de Kagoshima más que tres invitados; entre ellos, el director de la escuela secundaria de Iinuma, caballero que tuvo el honor de conocer al abuelo de Kiyooki.

El marqués de Matsugae había organizado cierto ritual para el viejo maestro. Cuando Iinuma le rindiese respetos en el banquete, el marqués diría afablemente al anciano: «Iinuma ha actuado bien aquí». Este año, también, había sido invocada la fórmula, y el director había murmurado las habituales palabras corteses tan sabidas como las fórmulas que se estampaban en un documento de rutina. Pero este año, quizás porque había pocos invitados presentes, la ceremonia sorprendió a Iinuma como un formulismo insincero y superficial.

Por supuesto, Iinuma jamás se había presentado a ninguna de las ilustres damas que iban a visitar a la marquesa, por lo que quedó perplejo al encontrarse en el despacho de su joven amo con un invitado que era mujer.

Tadeshina llevaba un kimono negro, y aunque estaba sentada en su silla con extrema propiedad, el whisky que Kiyooki le había hecho ingerir había surtido cierto

efecto. Junto a su cabello gris, primorosamente recogido en un moño, la piel de su frente resplandecía a través del maquillaje como la sombra de la flor de ciruela sobre la nieve.

Después de saludar a Iinuma con una breve mirada, volvió a la historia que estaba contando sobre el príncipe Saionji.

—Según lo que todo el mundo decía, el príncipe usaba del tabaco y del alcohol desde los cinco años. Las familias samurai están desde siempre muy interesadas en criar a sus hijos impecablemente. Sin embargo, entre las familias nobles, y usted me entiende, joven amo, los padres nunca someten a excesiva disciplina a sus hijos. ¿Está de acuerdo? Después de todo, sus hijos reciben al nacer los honores que les corresponda, que les califica ya para formar parte del séquito de su majestad imperial. Fuera de este servicio al emperador, los padres no se atreven a ser duros con los hijos. Y en casa de un cortesano nadie dice nada sobre su majestad imperial que no sea prudente. Lo mismo que quien pertenece a la casa de un lord se atreverá jamás a murmurar abiertamente de su señor. Y así son las cosas. También mi ama tiene este mismo respeto profundo para su majestad imperial, que por supuesto no extiende a los señores extranjeros.

Estas últimas palabras fueron una punzada de ironía que Tadeshina dirigía a la hospitalidad prodigada a los dos príncipes siameses por los Matsugae.

—Luego —siguió la anciana— gracias a vuestra amabilidad, tuve el privilegio de volver a presenciar una función de teatro, después de no sé cuanto tiempo. Creí que el suceso me daría nuevos ánimos para vivir.

Kiyoaki dejó que Tadeshina divagara a su gusto. Al pedirle que acudiera a su despacho había preparado algo muy bien definido. Quería verse libre de la molesta duda que le asediaba desde aquella noche. Y así, después de rogar a Tadeshina que bebiera más whisky, le preguntó bruscamente si Satoko había recibido su carta y la había arrojado al fuego sin abrir, como él le había pedido.

—Oh, sí. La señorita habló conmigo inmediatamente después de la conversación telefónica con usted. Así cuando llegó la carta al día siguiente, la cogí y la quemé sin abrir. Todo se cumplió escrupulosamente y usted no tiene que preocuparse lo más mínimo.

Al oír esto, Kiyoaki se sintió como el hombre que ha luchado durante horas entre matorrales enmarañados y al fin consigue salir al descubierto. Una multitud de perspectivas maravillosas se dibujaba ante sus ojos. El que Satoko no hubiera leído la carta significaba dos cosas: No sólo restituía los hechos a su equilibrio anterior, sino que Kiyoaki podía estar feliz y confiado porque había abierto una nueva perspectiva en su vida.

Satoko había hecho ya una insinuación cuyas implicaciones serían maravillosas. Su visita anual de Año Nuevo para intercambiar felicitaciones coincidía con un día tradicionalmente dedicado por el marqués a los hijos de sus parientes. Se reunirían todos en su casa. Niños y muchachos de tres a veinte años. Y en este único día, él hacía el papel de padre bondadoso, escuchando amablemente lo que cada uno de ellos tenía que decirle, y dando consejos cuando se le pedían. Este año, Satoko había llevado algunos niños para que vieran los caballos.

Kiyoaki les llevó al establo donde los Matsugae tenían sus cuatro caballos. Estaba vestido para las fiestas con el atuendo tradicional. Los caballos, de cuerpo poderoso, de suave musculatura, retrocediendo repentinamente y pateando contra las tablas, sorprendieron a Kiyoaki, quien encontró en ellos reservas de vida para el Año Nuevo. Los chicos estaban encantados. Preguntaron al mozo de cuadra los nombres de cada caballo. Luego, apuntando a los enormes dientes amarillos, les arrojaron trozos de dulce desmenuzados con las manos. Las bestias les miraron con ojos inyectados de sangre. Esto llenó de júbilo a los chicos, tanto más cuanto que estas miradas siniestras eran prueba de que los caballos los consideraban como adultos.

Satoko, sin embargo, estaba asustada de la espuma que salía de las bocas de los caballos, y se retiró al refugio de una siempreviva, a cierta distancia. Kiyooki fue a unirse con ella, dejando los chicos al cuidado del lacayo.

Eran evidentes en todo los efectos del clima festivo tradicional en Año Nuevo. Los gritos de júbilo de la chiquillería podrían haberse atribuido también a este estímulo. De todos modos, cuando Kiyooki llegó junto a ella le miró sin ningún recato, y empezó a hablar con ritmo excitado en su voz.

—Yo era muy feliz aquella noche, ¿comprendes? Me presentaste como si fuera tu novia. Estoy segura de que sus altezas quedaron totalmente sorprendidos de que yo fuera tan vieja. Pero, ¿sabes cómo me sentía entonces? Si hubiera tenido que morir en aquel mismo momento no habría tenido ningún pesar. Mi felicidad está en tus manos. Cuídala. ¿Lo harás? Ningún año nuevo he sido tan feliz como éste. Nunca miré con tanta ilusión a lo que el año pudiera traerme.

Kiyooki no sabía qué decir. Finalmente, con voz forzada exclamó:

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Oh, Kiyoo, cuando soy dichosa mis palabras salen amontonadas como palomas. Kiyoo, lo entenderás muy pronto.

Para empeorar las cosas, Satoko terminó con esta frase inquietante para irritar a Kiyooki: «Kiyoo, lo entenderás muy pronto.»

«¡Qué orgullosa está y qué satisfecha consigo misma!» —pensó Kiyooki.

Todo esto había tenido lugar días antes. Y hoy, después del relato de Tadeshina sobre la suerte de la carta, Kiyooki perdió sus celos, confiado en que se embarcaba en el nuevo año bajo los auspicios más favorables. Se vería libre de los sueños melancólicos que habían atormentado sus noches. Estaba decidido a que a partir de ahora sus sueños fueran dichosos. Siempre estaría de buen talante, y como se vería libre de la depresión y de las preocupaciones trataría de comunicar su propio bienestar a todos los demás. Dispensar benevolencia a los otros es asunto arriesgado, en el mejor de los casos, que requiere un considerable grado de madurez y sabiduría. Pero Kiyooki estaba movido por una extraordinaria sensación de urgencia.

No obstante, cualquiera que fuera su intención no había llamado a Iinuma sólo por deseo de disipar la tristeza de su tutor y ver su cara transformada por la felicidad. El saké que había bebido provocaba la temeridad de Kiyooki. Tadeshina, a pesar de sus modales pudorosos y su cortesía agudísima tenía cierto aire especial, que hacía pensar en la propietaria de un burdel, si bien, burdel de antigua y honorable reputación. Una sensualidad inconfundible y destilada parecía estar adherida a las arrugas de su cara.

—Dentro del nivel de colegio, Iinuma me ha enseñado toda clase de cosas —dijo Kiyooki, dirigiéndose deliberadamente sólo a Tadeshina—. Sin embargo, quedan cosas que él no me ha enseñado. En realidad, es que hay muchas que ni él las sabe. Y por esta razón, a partir de ahora, tú, Tadeshina, tendrás que hacer de profesora para Iinuma, ¿comprendes?

—Joven amo, agradezco todo lo que usted quiere significar con esas palabras —dijo Tadeshina con una profunda reverencia—. Este caballero es un sabio universitario, y yo sólo un ser viejo e ignorante.

—Exacto; pero estoy hablando de cosas que no tienen que ver nada con lo que se aprende en la escuela.

—¡Vaya, vaya! ¡No está bien burlarse de una anciana!

Continuó la conversación, dejando fuera de ella a Iinuma. Como Kiyooki no le había indicado que tomara asiento, continuaba de pie, mirando al estanque. El día estaba nublado, y una bandada de patos nadaba cerca de la isla, desde la que surgían las verdes copas de los pinos. La hierba seca que cubría la isla le recordaba a Iinuma el impermeable de paja de un campesino.

Finalmente, con permiso de Kiyooki, Iinuma se sentó en una silla. Hasta entonces, Kiyooki no quiso advertir su presencia junto a la puerta, cosa que parecía

extraña. Quizá, pensó, su amo hacía demostraciones de su autoridad delante de Tadeshina. De ser así, se trataría de algo nuevo en Kiyooki que le satisfacía como maestro suyo.

—Muy bien, Iinuma, veamos. Tadeshina ha chismorreado con nuestras doncellas, y por casualidad, ha oído...

—¡Joven amo, por favor! ¡No lo diga! —Agitando las manos Tadeshina trató de evitarlo pero no sirvió de nada.

—Acertó a oír que las doncellas están convencidas de que cuando tú vas al sepulcro todas las mañanas, llevas en tu mente algo más que mera devoción.

—¿Mas que devoción, amo? —los músculos de la cara de Iinuma se tensaron y sus manos crispadas en su regazo empezaron a temblar.

—Por favor, joven —gimió Tadeshina—. No siga. —Se dejó caer como una muñeca, pero a pesar de sus manifestaciones de dolor había en sus ojos un brillo inconfundible.

—Para ir al sepulcro tienes que pasar por el ala trasera de la casa, ¿no es cierto? Lo que quiere decir, por supuesto, que pasas por delante de las ventanas de la residencia de las doncellas. Y en tu paseo de todas las mañanas has estado cambiando miradas con Miné. Y el otro día, le pasaste una nota por la celosía. Al menos eso dicen: ¿es verdad o no?

Antes que Kiyooki terminara, Iinuma se había puesto de pie. Su cara pálida reflejaba desesperación, mientras se esforzaba por dominarse. Era como si dentro de él se estuviera formando una bomba que fuese a explotar en un momento. Kiyooki estaba encantado ante la expresión de la cara de Iinuma, tan distinta de la torpe expresión flemática a que le tenía acostumbrado. Aunque Iinuma pasaba por momentos de verdadera angustia, para Kiyooki aquella expresión de máscara fea era divertida.

—Si el amo tiene la bondad de excusarme ahora... —dijo Iinuma haciendo un rápido giro hacia la puerta. Pero antes de que pudiera dar un segundo paso, Tadeshina saltó del asiento para detenerle, con celeridad que sorprendió a Kiyooki. En un instante se había cambiado, de anciana decrepita a leopardo dispuesto a atrapar su presa.

—¡No debe irse! ¿No ve lo que me sucederá si me deja aquí? He servido a los Ayakuras durante cuarenta años, pero si descubren que soy culpable de que alguien sea despedido de casa de los Matsugae por una indiscreción mía, harán lo mismo conmigo. Por favor, tenga un poco de piedad de mí. Piense en lo que sucedería. ¿Comprende lo que digo? La gente joven es demasiado temeraria. Pero ¿qué le vamos a hacer? Es uno de los atractivos de la juventud. —Tadeshina se agarró a la manga de Iinuma y habló con sencillez y acierto, con la autoridad de sus años.

Su aire de confianza se había fortalecido en el transcurso de toda una vida. Había llegado al convencimiento de que el dominio de la voluntad era indispensable para la marcha del mundo. Sus facciones habían vuelto a componerse ahora. Irradiaban la seguridad de quien está acostumbrado a dirigir los acontecimientos desde bastidores. En medio de alguna ceremonia solemne un kimono podría rasgarse, alguien dejar olvidado su copia del discurso tan penosamente compuesto. Tadeshina conjuraba ésta y otras muchas crisis con eficiencia imperturbables. Cosas que para la mayoría de la gente eran rayos caídos del cielo, para ella constituían el pan nuestro de cada día. Y así, con su destreza para eludir catástrofes, había vindicado repetidamente su papel en la vida. Esta serena anciana sabía que ninguno de los asuntos humanos resultaría jamás tal como se había preparado. Una golondrina solitaria en un cielo azul sin nubes podía ser aviso de una tormenta.

Por tanto, Tadeshina, con sus reservas de experiencia no tenía ningún recelo.

Iinuma tendría mucho tiempo para reflexionar, más tarde. Con frecuencia, la vida de un hombre cambia de curso en un momento de vacilación. Ese instante es

como un pliegue en una hoja de papel: la cara inferior se convierte en superior, y lo que antes era visible queda oculto.

De pie, en la puerta del despacho de Kiyooki, sujetado por Tadeshina, Iinuma experimentó este grave momento, y con ello le perdió. Joven e inexperto como era, la incertidumbre penetró en él del modo que la aleta del tiburón corta la superficie del agua. ¿Se habría reído Miné de su nota y la habría enseñado a todo el mundo? ¿O había sido hallada por otra persona causándole una gran vergüenza? Sentía unos deseos desesperados de saberlo.

Kiyooki le estudió cuando volvió a sentarse. Había ganado una victoria, pero le daba pocos motivos de orgullo. Abandonó toda esperanza de extender su benevolencia a Iinuma. Creyó que no quedaba otra cosa que hacer sino dar rienda suelta a su felicidad y elaborar los detalles a medida que fuese avanzando. Tenía una nueva sensación de poder, y se sentía en condiciones de comportarse con el refinamiento que da la madurez.

—No saqué a colación este tema para causarte tristeza, ni para ponerte en ridículo. ¿No te das cuenta que tanto Tadeshina como yo estamos tratando de elaborar un plan que te convenga? No voy a decir una palabra a mi padre, y cuidaré de que no llegue a sus oídos la noticia. En cuanto a nuestra acción inmediata, estoy seguro de que los enormes conocimientos y experiencia de Tadeshina en estos asuntos nos serán de gran ayuda. ¿No es cierto, Tadeshina? No cabe duda de que Miné es una de las doncellas más bonitas de la casa, y eso presenta algún problema, pero deja las cosas en mis manos.

Los ojos de Iinuma brillaban como los de un espía cogido en la trampa. Estaba pendiente de cada palabra que pronunciaba Kiyooki, temeroso de hacer el menor ruido. Cuando trató de penetrar las palabras de Kiyooki, le parecía estar dando suelta a un diluvio de ansiedades. Por otro lado, las palabras de Kiyooki parecían clavarse en su alma.

Iinuma nunca había visto una expresión tan autoritaria en el rostro de aquel joven, que continuaba hablando con acentos totalmente fuera de su carácter. Su gran esperanza, por supuesto, había sido que Kiyooki adquiriese algún día ese equilibrio que ahora reflejaba. Pero nunca había soñado que esto sucediera en circunstancias como las presentes. Se preguntaba si no sería la lujuria la que le había derrotado en aquel negocio. Y después de la breve vacilación de hacía unos momentos, ¿no era natural decidir que su persecución del placer quedaba ligada con la lealtad y el servicio a su amo? Esa era la trampa que tan inteligentemente le habían tendido. Sin embargo, aún en su actual situación de humillación insoportable, una puerta pequeña y dorada se le había abierto en convenio tácito.

Después que Kiyooki terminara, habló Tadeshina en tono suave:

—Es exactamente como dice el joven amo. Tiene una sabiduría muy por encima de la lógica a sus años.

Iinuma siempre había considerado que la sabiduría de Kiyooki era precisamente todo lo contrario pero escuchaba las observaciones de la anciana Tadeshina sin manifestar la menor sorpresa.

—Y ahora, a cambio, Iinuma —volvió a decir Kiyooki— tienes que dejar de darme lecciones, y unir tus fuerzas con las de Tadeshina para prestarme alguna ayuda. Si lo haces, yo te corresponderé. Los tres podemos constituir una fortísima muralla de amistad.

XI

Kiyoaki cogió el *diario* de sus sueños, y escribió:

«Aunque no hace mucho tiempo que conozco a los príncipes, he soñado con Siam recientemente. Estaba yo sentado en un espléndido sillón en medio de una gran sala. Me parecía que estaba sujeto, incapaz de moverme. A través del sueño sentí dolor de cabeza, debido a que llevaba puesta una corona de oro alta y puntiaguda adornada con piedras preciosas. Sobre mi cabeza colgaban muchos pavos reales en un laberinto de vigas debajo del techo. Y de vez en cuando caían sobre mi corona blancos excrementos.

»Fuera hacía un sol abrasador. Sus rayos quemaban un jardín abandonado. Todo estaba sereno y en silencio, salvo el débil zumbido de las moscas y los leves ruidos de los pavos reales al mover las alas. El jardín estaba rodeado de un alto muro de piedra, con grandes aberturas como ventanas. A través de estas ventanas yo podía ver los troncos de las palmeras, y detrás, unas nubes blancas amontonadas, deslumbrantes e inmóviles.

»Luego miré mi mano y vi en ella un anillo de esmeraldas. Por supuesto, era el anillo de Chao P., que de alguna forma había ido a parar a mi dedo. El diseño era ciertamente el mismo: las dos caras fantásticas de los dioses guardianes, los yaksha, labradas en oro.

»Miré fijamente al anillo, que resplandecía con los rayos del Sol que penetraban del exterior, atraídos mis ojos por una luz blanca, pura, inmaculada, que brotaba del centro de la esmeralda. En aquel momento advertí el rostro de una mujer joven que había ido formándose maravillosamente dentro de la hermosa piedra. Me volví, pensando que fuese el reflejo de alguien situado detrás de mí, pero no había nadie. El rostro se movió ligeramente y cambió de expresión. Donde antes había seriedad, hubo una sonrisa. Empezó a picarme el dorso de mi mano. Se posaron allí millares de moscas. Molesto, sacudí la mano para librarme de ellas y volví a mirar al anillo. Pero el rostro de la mujer había desaparecido. Y entonces, cuando empezaba a sentir una sensación de amargura y desesperación me desperté...»

Kiyoaki nunca se tomó la molestia de agregar alguna interpretación personal a esos relatos de sus sueños. Ponía todo su esfuerzo por recordar con exactitud lo que había sucedido, y luego lo pasaba a su *diario* lo más completo posible, registrando los sueños felices y los desagradables tal como habían sido. Quizás esta disposición de no buscar significados específicos en los sueños, y este celo por la descripción exacta, apuntaban a algún oscuro rincón de la vida preocupada de Kiyoaki. Comparado con la inestabilidad emocional que experimentaba despierto, su mundo de los sueños parecería más auténtico. Nunca estaba seguro de que sus emociones cotidianas fuesen parte de su verdadero yo, pero sí sabía, al menos, que el Kiyoaki de los sueños era real. El primero resistía todos los intentos de definición, mientras que el segundo tenía una silueta y un carácter reconocibles. Tampoco usaba Kiyoaki el *diario* para expresar su descontento con las irritaciones derivadas del mundo que le rodeaba. Ahora, por primera vez en su vida, la realidad inmediata correspondía exactamente con sus deseos.

Iinuma, rota su resistencia, había ofrecido obediencia ciega a su amo. Junto con Tadeshina, servía frecuentemente de intermediario para preparar encuentros entre Kiyoaki y Satoko. Esta dedicación era suficiente para satisfacer a Kiyoaki, y además, le hacía pensar si la amistad es en realidad tan importante. Porque, sin darse plena cuenta de ello, se iba separando cada vez más de Honda. Esto entristecía a Honda, aunque siempre había sido consciente de que era sólo una necesidad marginal en la vida de Kiyoaki. Sabía que la relación entre ambos había carecido de elemento vital para convertirse en amistad. Por consiguiente, el tiempo que había gastado en la ociosidad, con Kiyoaki, lo emplearía en sus libros. Además de su estudio de la ley en alemán, francés e inglés, dedicaba mucho tiempo a la literatura y la filosofía. Y aunque no seguía al gran líder cristiano Kanzo Uohimura, sí leía y admiraba el *Sartor Resartus* de Carlyle.

Una mañana nevada, cuando Kiyoaki se disponía a salir para el colegio, Iinuma llegó a su despacho con cautela evidente. Su expresión melancólica y su aspecto no habían experimentado ningún cambio, pero su actual sumisión y servilismo hacían que aquellas formas de su carácter no molestaran a Kiyoaki.

Acababa de recibir, dijo, una llamada telefónica de Tadeshina. El mensaje era éste: Satoko está tan ilusionada con la nieve, que le gustaría que Kiyoaki no fuera al colegio, y en su lugar la acompañara a pasear en ricksha.

Nadie había hecho jamás a Kiyoaki una petición tan caprichosa. Listo para acudir al colegio, con la cartera de los libros en la mano, se quedó mirando fijamente a Iinuma.

—¿Qué es esto? ¿De verdad Satoko ha sugerido tal cosa?

—Sí, señor. Lo oí directamente de boca de Tadeshina. No puede haber error.

Curiosamente, cuando confirmaba esta noticia, Iinuma se parecía más a su antigua imagen y parecía disponerse a dar lecciones a Kiyoaki si se le insistiera.

Kiyoaki dirigió una rápida mirada al jardín, donde estaba cayendo la nieve. Esta vez, los métodos expeditivos de Satoko no hirieron su orgullo. Por el contrario, sintió una sensación de alivio, como si un bisturí le hubiera extirpado un tumor maligno.

—Haré lo que ella quiere —dijo mirando reflexivo a la nieve que caía. Aunque todavía no muy densa, había cubierto ya la isla y la colina con un resplandeciente sudario blanco.

—Está bien, telefona a la escuela en mi nombre. Diles que he cogido un catarro y que estaré ausente hoy. Asegúrate de que de esto no se enteren ni mi padre ni mi madre. Luego vete al puesto de los ricksha y alquila uno grande tirado por dos hombres. Asegúrate también de que esos hombres sean de fiar. Yo llegaré a pie.

—¿Con esta nieve?

Iinuma observaba la cara de su joven amo ruborizada con un leve color de sangre. Como Kiyoaki estaba de espaldas a la ventana su cara estaba en la sombra,

pero su rubor no era por eso menos evidente. El joven no era en absoluto inclinado al heroísmo, pero Iinuma se sorprendió del brillo que había en los ojos de Kiyooki. En otro tiempo, Iinuma había sentido desprecio por su joven amo y su forma de ser, pero cualquiera que fuera la intención de Kiyooki ahora, parecía adivinarse en él una determinación oculta que antes no se había manifestado nunca.

XII

La residencia de los Ayakura en Azabu era una antigua mansión feudal, y a ambos lados de la verja principal sobresalían de la pared las ventanas con celosías de los puestos de guardia. Sin embargo, convertida ahora en una casa con pocos visitantes, no había ninguna señal de que esos puestos de guardia hubieran sido utilizados recientemente. La nieve no había bloqueado los caballetes en los tejados de tejas, sino que más bien parecía haberse ido moldeando en cada uno como un juego de figuras fantásticas.

Una mujer con paraguas, Tadeshina al parecer, estaba delante de una puerta, junto a la verja, pero al acercarse el ricksha de Kiyooki desapareció. Cuando Kiyooki llegó y se detuvo no pudo ver a nadie en el jardín.

Pronto, protegida por el paraguas de Tadeshina, apareció Satoko en la verja, con capa color púrpura. Al verla inclinar la cabeza antes de salir, con las manos junto al pecho, Kiyooki sintió apretársele el corazón ante belleza tan extraordinaria, como si una nube de púrpura hubiese bajado a pintar de sangre la nieve que caía.

Ayudada por Tadeshina y los hombres del ricksha, Satoko fue a encontrarse con Kiyooki, mientras él se adelantaba para levantar la capota del carricoche. Al encontrarse de súbito con aquella sonrisa cálida y resplandeciente, con copos de nieve adheridos al pelo y al cuello de la capa, quedó aturdido, como si le hubieran despertado de pronto de uno de sus sueños. El súbito vaivén del ligero cochecillo cuando Satoko subió a él fortaleció esta impresión, lo mismo que los pliegues púrpura del vestido, y el perfume, cuya fragancia parecía atraer la nieve hacia sus frías mejillas. Cuando Satoko entró en el ricksha, el ímpetu de la subida hizo que acercara su mejilla a la de Kiyooki por un segundo, y cuando retiró la cabeza desconcertada, Kiyooki fue alcanzado por la flexible fortaleza de su cuello, que le hizo pensar en el suave y blanco cuello de un cisne.

—¿Qué te ha ocurrido de pronto? —inquirió, tratando desesperadamente de mantener la voz firme.

—Mamá y papá tomaron el tren para Kyoto anoche. Uno de nuestros parientes está gravemente enfermo. Me dejaron sola y empecé a pensar en lo mucho que deseaba verte, Kiyoo. Después de toda la noche, vi la nieve esta mañana, y deseé

más que nada en el mundo salir a dar una vuelta por la nieve contigo. Nunca en mi vida he hecho una cosa como ésta. Espero que me perdones. ¿Lo harás, Kiyó?

Satoko hablaba con la respiración cortada, con voz infantil, totalmente distinta de la suya de siempre.

Habían empezado ya el paseo. Les acompañaban la marcha los gritos de los dos hombres del carruaje, uno empujando y otro tirando. La nieve se había ido pegando en la pequeña ventanilla del coche. En el interior, la luz titubeaba al compás del balanceo continuo.

Kiyóaki había llevado una manta verde que cubría las piernas de ambos. Desde los días olvidados de la infancia, era la primera vez que habían estado tan juntos, pero Kiyóaki estaba distraído con la luz que penetraba por las rendijas de la capota del ricksha, con la nieve que se filtraba, por las gotas de agua que caían en la manta, por el crujir de la nieve en el camino como si fueran hojas secas.

—Vaya a donde guste. Llévenos hasta donde puedan llegar —decía Kiyóaki, en respuesta al dueño del ricksha. Sabía que la opinión de Satoko coincidía con la suya.

Cuando los hombres levantaron las varas, dispuestos a partir, los dos se recostaron en sus asientos, con el cuerpo ligeramente tenso. Hasta el momento ninguno de los dos había intentado cogerse de las manos. No obstante, el contacto inevitable de las rodillas bajo la manta era como una chispa que ardiera bajo la nieve.

La duda de Kiyóaki persistía: ¿Era verdaderamente cierto que Satoko no había leído la carta?

«Tadeshina lo negó tan en serio —pensaba— que no pudo mentir. En ese caso, ¿es que Satoko está jugando conmigo, en la convicción de que carezco completamente de experiencia con las mujeres? ¿Cómo podría tolerarse tal insulto? Yo tuve deseos de que ella no leyera la carta, pero ahora quisiera lo contrario, porque encontrarme con ella de esta forma una mañana nevada podría significar un desafío ineludible para un hombre de mundo. El único problema está en que yo soy de hecho un inexperto, y supongo que no habrá forma de ocultarlo.»

Los pensamientos de Kiyóaki iban y venían mientras él intentaba sujetarse dentro del ricksha en movimiento para no apretarse demasiado con Satoko. No quería mirarla. No le quedaba otra alternativa que fijar la vista en la nieve, que resplandecía tras la estrecha ventanilla de celuloide amarillo. Sin embargo, al final puso las manos sobre la manta, donde esperaban ya las de Satoko. Se sintió en posesión del anhelado refugio.

Un capó de nieve acertó a entrar y alojarse en la ceja de Kiyóaki. Esto hizo que Satoko riera de buena gana sin pensarlo y Kiyóaki la mirase sorprendido al advertir el frío cosquilleo en el párpado. Ella cerró los ojos. Kiyóaki miró aquella cara bellísima, cuyas facciones eran como una flor sostenida entre unos dedos temblorosos.

El corazón de Kiyóaki latía con violencia. Le parecía estar ahogándose con el cuello alto y duro de su uniforme. Nunca se había enfrentado con algo tan indescifrable como la cara de Satoko, con los ojos cerrados, en espera paciente. Debajo de la manta sintió que la mano de Satoko se apretaba ligeramente. Comprendió que le estaba diciendo algo, y que a pesar de su pretendido dominio por las pasiones algo suave pero irresistible le estaba arrastrando. Sin pensarlo más, le dio un apretado beso en los labios.

El balanceo del ricksha estuvo a punto de hacerles separar los labios, pero Kiyóaki hizo resistencia hasta que todo el cuerpo pareció tomar parte en el beso. Tuvo la sensación de que un abanico enorme, invisible y perfumado se abría muy despacio para él solo en los labios de Satoko.

Aunque totalmente absorto en su felicidad, estaba seguro de la belleza de Satoko y de la suya. Comprendió que era esta correspondencia la que disolvía todo recelo y les permitía coincidir tan fácilmente como las medidas de azogue. Todo lo

que defraudaba procedía de algo ajeno a la belleza. Kiyooki pensó que la resistencia fanática a la independencia era una enfermedad no de la carne, sino de la mente.

Una vez borrada su ansiedad, cada vez más seguro de la mujer que era fuente de su felicidad, su beso se hizo más intenso y apasionado. Los labios de Satoko se hacían más suaves, y cuando él empezó a temer que su misma esencia pudiera quemar la dulce fragancia de su boca, sus dedos no quisieron resistir al deseo de tocar la carne. Sacó la mano de debajo de la manta y la pasó alrededor de los hombros de Satoko, hasta llegar a la barbilla. Palpó los frágiles huesos de la pequeña mandíbula, acreditando la presencia física de alguien que no era él mismo, cuyo conocimiento contribuyó a intensificar la pasión de aquel beso.

Satoko empezó a llorar, cosa que él notó en la humedad de las mejillas. Sintió como una oleada de orgullo, que nada tenía que ver con su reciente actitud. El deseo de un amor furioso se había apoderado de él, a la vez que la actitud de Satoko perdía su anterior condescendencia. Al pasar las manos sobre su cuerpo, tocando primero el lóbulo de la oreja, luego sus pechos, la suavidad que percibía le excitó. Por fin, su sensualidad, como una neblina creciente, se había posado sobre algo tangible. Su mente estaba plena de su propio júbilo. Y esto, para Kiyooki, era la cumbre de la entrega.

Cuando se separaron los labios, se produjo un profundo silencio, como si mil pájaros hubiesen suspendido repentinamente su canto. Separaron las miradas y las pusieron en el espacio.

El movimiento del ricksha, sin embargo, logró que el silencio no se hiciera demasiado opresivo. Al menos podían sentir alguna otra actividad vital.

Kiyooki miró al suelo. Bajo la manta verde, el dedo gordo de un *tabi* de mujer asomaba tímidamente, como un ratón blanco y nervioso. Estaba cubierto ya con una ligera capa de nieve. Sintió que le ardían las mejillas, y con la espontaneidad de un niño tocó las mejillas de Satoko, y se llenó de satisfacción al descubrir que ardían con su mismo calor.

—Yo lo abriré.

Ella asintió con un movimiento de cabeza. Kiyooki levantó la faldilla delantera del coche. La capa de nieve que se había recogido sobre ella se desmoronó sin hacer ruido.

Los hombres que llevaban el ricksha, al notar el movimiento dentro del coche se pararon repentinamente.

—¡No, no! ¡Sigán adelante! —gritó Kiyooki. Espoleados por el tono de voz del joven, volvieron a correr—. ¡Sigán adelante! ¡Lo más de prisa que puedan!

El coche se deslizaba por la nieve, y los hombres se daban gritos de aliento uno al otro.

—Alguien podría vernos —dijo Satoko, recostándose en el respaldo del asiento, queriendo disimular los ojos todavía humedecidos por las lágrimas.

—No importa.

Kiyooki se sorprendió por el acento de su propia voz. Comprendió súbitamente que lo que quería era desafiar al mundo.

El cielo parecía una furia blanca. La nieve se les deslizaba por la cara. Si abrían la boca, les entraba hasta la lengua. El ser enterrados bajo aquella tempestad podía ser algo sensacional.

—Ahora tengo nieve aquí —dijo ella; al parecer, se habían derretido algunos copos en el cuello y le había llegado el agua fría hasta el pecho. La nieve caía con la solemnidad uniforme de un rito. Kiyooki sintió que se le enfriaban las mejillas y que el corazón empezaba a fallarle.

El ricksha había llegado a la cima de la colina, en el sector de Kasumi. La falda estaba bordeada por un campo de maniobras de los cuarteles del Tercer Regimiento de Azabu, que había abajo. En el campo de desfiles no se veía un solo soldado. De pronto Kiyooki tuvo la ilusión de ver una enorme masa de soldados, como en el cuadro familiar de la ceremonia cerca del Templo Tokuri por los caídos en la Guerra

ruso-japonesa. Con la cabeza inclinada, miles de soldados formaban alrededor de un blanco cenotafio de madera y un altar cubierto de blancos planos que se agitaban con el viento. Esta escena difería de la fotografía sólo en cuanto que los hombros de los soldados estaban cubiertos de nieve y las viseras de los cascos estaban blancas. En el momento que vio estos fantasmas, Kiyooki entendió que habían muerto todos en el campo de batalla. Los millares de soldados se habían reunido no sólo para rogar por los camaradas caídos, sino también para lamentar sus propias desgracias.

En un momento, los fantasmas desaparecieron. Detrás de una cortina de nieve pasaron una escena tras otra. Las gruesas cuerdas que sostenían los pinos sobre el Foso Exterior llevaban un peligroso peso de nieve. Detrás de las ventanas bien cerradas, las luces ardían débilmente.

—Cierra —pidió Satoko.

Kiyooki cerró la faldilla delantera, y los dos volvieron a encontrarse en la penumbra familiar. El éxtasis anterior, sin embargo, no se recuperaría fácilmente. Kiyooki era como de costumbre presa de sus celos y desconfianzas.

«Me pregunto cómo se sentía cuando yo la besaba —pensó—. Probablemente está enfadada por cómo lo hice. Ella sabe que me extasíó demasiado, que estaba trastornado como un niño. Y es cierto. No podía pensar en otra cosa sino en lo maravilloso que me sabía todo aquello.»

La voz de Satoko interrumpió sus pensamientos.

—¿Quieres que vayamos a casa? —dijo.

Aunque reñía consigo mismo sabía que se le estaba permitiendo pasar por un momento que tenía la oportunidad de cambiar el rumbo de las cosas. Podía replicarle: «No, no vamos a casa»; pero para hacerlo tenía que tomar las riendas, y sus manos inexpertas se helarían sólo con tocarlas. No estaba todavía preparado.

XIII

En casa inventó la historia de que había salido del colegio temprano debido a un súbito resfriado. Su madre subió rápidamente a la habitación para tomarle la temperatura. A todo esto, Iinuma anunció que Honda estaba al teléfono. Kiyooki tuvo gran dificultad para persuadir a su madre de que no atendiera la llamada, y cuando lo consiguió y bajó él al teléfono, iba envuelto en una manta por imposición de su madre.

—Es muy sencillo: la historia consiste en que fui al colegio pero regresé temprano. Nadie sabe otra cosa distinta. ¿Mi resfriado? —Inquieto por la puerta que tenía a la espalda, continuó con voz baja y apagada—: No te preocupes por eso. Mañana iré al colegio y te contaré. No empieces a llamar sólo porque no estuve en clase. ¡No seas exagerado!

Cuando colgó, Honda se sintió airado por la respuesta fría de Kiyooki a su preocupación, adivinando algo más que su tono antipático de siempre. Honda nunca había puesto a Kiyooki en situación de tener que compartir un secreto.

Sin embargo, empezó a pensar:

«Telefonar sólo porque no estuvo hoy en el colegio no es cosa mía.»

Ciertamente, algo más que la preocupación por el amigo le había llevado a telefonar tan precipitadamente. Cuando cruzó el patio cubierto de nieve hasta la oficina de la Administración, para hacer la llamada, durante el recreo, se había apoderado de él un presentimiento que no podía desechar.

El pupitre de Kiyooki había estado vacío toda la mañana. Honda experimentó de pronto la sensación de espanto de un hombre cuyos peores temores se ven confirmados. El viejo pupitre, con sus cicatrices bajo la capa de barniz, reflejaba el resplandor de la nieve que llegaba por la ventana. Le hizo pensar en un ataúd cubierto de blanco, como los usados para enterrar sentados a los antiguos guerreros.

Su melancolía persistió hasta después de llegar a casa. Iinuma fue a verle con un mensaje de Kiyooki: lamentaba la forma con que le había hablado. Si le enviaba un ricksha, ¿aceptaría una visita? El tono de Iinuma le deprimió. Se negó cortésmente y dijo que podían discutir sus cosas cuando Kiyooki estuviera lo suficientemente bueno para volver al colegio.

Cuando Iinuma transmitió este mensaje, Kiyooki sintió las molestias de una verdadera enfermedad. Después, llamó a Iinuma más tarde, aquella misma noche, pero en lugar de ordenarle hacer algo, le sorprendió contándole sus preocupaciones.

—Satoko no me causa más que problemas. Es cierto lo que dicen, que la mujer destruye la amistad de los hombres. Si Satoko no se hubiera comportado tan caprichosamente, yo no habría dado a Honda motivos para enfadarse.

Durante la noche dejó de nevar, y el día siguiente amaneció despejado y agradable. Contra la voluntad de su madre y del resto de la casa Kiyooki partió para el colegio. Quería estar allí antes que Honda y ser el primero en darle los buenos días. Pero a medida que el sol subía, el esplendor de la mañana invernal experimentó un cambio. Él estaba afectado por una felicidad profunda, que le había transformado, pero cuando llegó Honda a la clase y correspondió a su sonrisa con otra bastante fría, Kiyooki abandonó la intención inicial de contarle todo lo ocurrido el día anterior.

Honda le había dirigido una sonrisa sin palabras. Después de poner la cartera sobre su pupitre, se apoyó en el alféizar de la ventana unos momentos y miró a la nieve. Tras echar una rápida mirada al reloj, que indicaba que tenían treinta minutos a su disposición antes de comenzar la clase, se volvió sin decir una palabra, y salió. Kiyooki se sintió impulsado a seguirle.

Pequeños espacios ajardinados estaban colocados geoméricamente junto al colegio. En medio había una glorieta. No lejos, el terreno descendía bruscamente, y un pequeño sendero conducía hasta un estanque rodeado de árboles. Kiyooki pensó que Honda no bajaría al estanque, ya que la nieve blanda haría el camino difícil. Tal como había supuesto, Honda se detuvo en la glorieta, apartó la nieve de uno de los bancos y se sentó. Kiyooki se encaminó hacia donde estaba Honda.

—¿Por qué me estás siguiendo? —inquirió el amigo.

—Ayer me comporté muy mal —se excusó Kiyooki cortés.

—No importa. Tu resfriado fue sólo una excusa, ¿verdad?

—Así es.

Imitando a Honda, Kiyooki limpió la nieve del banco y se sentó. Debido al brillo del sol, los dos tenían que mirarse de soslayo, lo que reducía grandemente la carga emocional ambiente. El estanque quedaba oculto, pero sólo tenían que ponerse en pie para verlo a través de las ramas de los árboles cargadas de nieve. Estaban cercados por el gotear del agua, prueba de que los montoncillos de nieve del tejado del colegio, de la enramada de la glorieta y de los árboles se estaban derritiendo. La capa helada que cubría los macizos había desaparecido, dejando aislados trozos de hielo que resplandecían como granito pulimentado.

Honda esperaba que Kiyooki revelara algún secreto, pero no quería admitir que sentía curiosidad. Casi deseaba que Kiyooki no dijera nada. Cualquier confidencia que partiese, aun netamente, de la condescendencia, sería desagradable.

Fue, pues, Honda quien habló primero, deseando sólo encontrar tema de conversación que no guardara ninguna relación con el asunto que mediaba entre los dos.

—Últimamente he estado pensando mucho en nuestra personalidad. Los tiempos en que vivimos, este colegio, esta sociedad... Yo me siento ajeno a todo ello. Al menos me gustaría creerlo así. Y lo mismo puede decirse con relación a ti.

—Sí, por supuesto —replicó Kiyooki, con su tono desinteresado y distante de siempre, aunque con una dulzura nueva.

—Pero déjame que te pregunte esto: ¿Qué sucederá después de cien años? Sin tener nada que decir en la cuestión, todas nuestras ideas quedarán agrupadas bajo el título general de: «El pensamiento de la época». Toma la historia del Arte, por ejemplo: esto prueba mi punto de vista, te guste o no te guste. Cada período tiene su propio estilo, y ningún artista que viva en una era puede elevarse por encima del estilo de ella, cualquiera que sea su personal perspectiva.

—¿Tiene nuestra era su estilo también?

—Creo que me inclinaría a decir que el estilo de la era Meiji está muriendo. ¿Pero cómo puedo saberlo? Vivir en medio de una era supone no participar conscientemente de su estilo. Tú y yo, entiéndeme, estamos inmersos en un estilo de vida determinado, pero somos como carpas que nadan en una pecera sin siquiera darse cuenta de ello. Piensa en ti mismo: tuyo es todo un mundo de sentimientos. Tú apareces diferente de la mayoría, y estás completamente seguro de que jamás has permitido que tu personalidad quede comprometida. Sin embargo, no existe ningún medio de probar eso. El testimonio de tus contemporáneos no tiene el menor valor. ¿Quién lo sabe? Debe ser que tu mundo interior es en realidad el estilo de esta era en su forma más pura. Pero, otra vez, no hay forma de saberlo.

—Entonces, ¿quién decide?

—El tiempo. El tiempo es lo que importa. A medida que el tiempo pase seremos arrastrados inexorablemente dentro de la corriente de nuestra era aun cuando seamos ignorantes de que lo es. Y cuando digan que los jóvenes de la antigua era Taisho pensaban, vestían y hablaban de tal o cual forma estarán hablando de ti y de mí. Nosotros seremos considerados en conjunto. Tú detestas a ese grupo del equipo de *kendo*, ¿no es verdad? Los desprecias, ¿no es así?

—Sí —repuso Kiyooki, inquieto porque el frío le iba penetrando por los pantalones; tenía la mirada puesta en unas hojas de camelia en la enramada. Recién liberadas de la nieve derretida, tenían un fulgor deslumbrante—. Sí, no sólo me disgustan, sino que además los desprecio.

Sin apartarse del tema, Honda prosiguió:

—Está bien. Ahora imagina esto si puedes: dentro de unas pocas décadas la gente te verá a ti y a la gente que desprecias como uno y lo mismo, entidad única. A tus amigos torpes y estúpidos, con sus sentimentalismos, su mente estrecha y viciosa que condena y acusa de afeminado a todo el que no es como ellos, su menosprecio a los de menor cultura, su veneración fanática al general Nogi, el encuadre mental que les permite tener la satisfacción increíble de barrer el suelo todas las mañanas alrededor del sakaki plantado por el general Meiji; tú con toda tu sensibilidad serás unido con toda esa gente cuando alguien se detenga a estudiar nuestros tiempos en los años venideros. Ahí tienes la forma más sencilla de establecer la esencia de nuestra era, tomando el denominador común más bajo. Una vez que el agua agitada se calme podrás ver en ella un arcoiris brillante. Y así será. Después que hayamos muerto será fácil analizarnos y aislar nuestros elementos básicos. Naturalmente, esta esencia, el pensamiento fundamental de nuestra era, será sumido en la oscuridad de aquí a cien años. Entonces tú y yo no podremos librarnos del veredicto, no tendremos modo de probar que no compartimos los desacreditados puntos de vista de nuestros contemporáneos. ¿Y qué nivel aplicará la historia a esa perspectiva? ¿Qué crees tú? ¿El de los genios de nuestra era? ¿El de los grandes hombres? En absoluto. Los que vengan detrás de nosotros, para decidir qué había en nuestras mentes, adoptarán el criterio de tus amigos del equipo de *kendo*. En otras palabras, se agarrarán a los credos más primitivos y populares de nuestros días. No olvides que toda era ha sido siempre caracterizada en términos de semejantes necedades.

Kiyooki no estaba seguro de adonde quería llegar Honda con todo aquello, pero mientras escuchaba empezó a germinarle un pensamiento. Varios compañeros de clase asomaban a las ventanas abiertas del aula del segundo piso. Las ventanas de

las otras habitaciones estaban cerradas, reflejando el resplandor del sol y el azul del cielo. Una escena mañanera familiar. Cuando pensó en los acontecimientos del día anterior, le pareció que había sido arrastrado contra su voluntad desde un mundo de excitación sensual a los campos claros de la razón.

—Bien, esta es la historia —dijo. Se sentía confuso por sus observaciones, en contraste con las de Honda, pero estaba haciendo un esfuerzo para ponerse a la altura del pensamiento del otro—. En pocas palabras: lo que pensamos, esperamos o sentimos no tiene la menor relación con el curso de la historia. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Eso es exactamente. Los europeos creen que un hombre como Napoleón puede imponer su voluntad sobre la Historia. Nosotros los japoneses creemos lo mismo de los hombres como tu abuelo y sus contemporáneos, que trajeron la Restauración Meiji. ¿Pero es eso realmente cierto? ¿Obedece la Historia alguna vez a la voluntad de los hombres? Cuando te miro me hace reflexionar esa cuestión. Tú no eres un gran hombre, ni un genio. Pero hay en ti una característica que te coloca totalmente aparte: no tienes fuerza de voluntad. Y por tanto, me fascina pensar en ti como sujeto de la Historia.

—¿Hablas con sarcasmo?

—En absoluto. Pienso en términos de participación inconsciente en la Historia. Por ejemplo, digamos que yo tengo fuerza de voluntad.

—Ciertamente la tienes.

—Supongamos que yo quiero alterar el curso de la Historia y dedico todas mis energías y recursos a este fin. Utilizo todas las fuerzas que poseo a inclinar la Historia hacia mi voluntad. Digamos que tengo el prestigio y la autoridad necesarios para llevar esto a cabo. Nada aseguraría que la Historia procedió según mis deseos. Luego, por otro lado, quizá cien, doscientos, hasta trescientos años más tarde, la Historia virará bruscamente para tomar un curso en consonancia con mis ideales, y todo sin yo tener nada que ver con ello. Quizá la sociedad asumiría una forma que fuese la réplica exacta de mis sueños de cien o doscientos años antes. La Historia con fría condescendencia se mofaría de mi ambición.

—Pero cada cosa tiene su momento de madurez, ¿no es así? —preguntó Kiyooki—. Al fin llegaría el de tu visión, eso es todo. Tal vez no tarde cien años. Tal vez sólo treinta o cincuenta. Eso sucede con frecuencia. Y quizá después de tu muerte sirva tu voluntad como línea invisible que ayude a realizar lo que querías ver cumplido en tu vida. Tal vez si alguien como tú no hubiera vivido jamás, la Historia no habría tomado ese giro, no importa el tiempo que tarde.

Aun cuando tales abstracciones frías y poco atractivas suponían un duro esfuerzo para él, Kiyooki se sentía arrastrado por una excitación, de la que tenía que dar las gracias a Honda. Era reaccionario a reconocer que la satisfacción procedía de tal fuente, pero cuando miró en derredor y contempló los campos, las ramas desnudas de los árboles, y el sonido claro del goteo del agua, se dio cuenta de que era dichoso por haber iniciado Honda esta discusión. Aunque debía saber que Kiyooki todavía estaba absorto en la memoria de la felicidad del día anterior, Honda había decidido ignorarlo. Decisión adecuada a la pureza de la nieve. En aquel momento, parte de ella se desprendía del tejado, dejando al descubierto algunas tejas húmedas ennegrecidas.

—Y así —continuó Honda—, si la sociedad se vuelve como yo quiero ahora después de un centenar de años, ¿tú llamarías a eso una consecuencia de mi voluntad?

—Debe de serlo.

—¿De qué?

—De tu voluntad.

—Estás bromeando. Yo estaría muerto. Como acabo de decirte, todo sucederá sin tener yo nada que ver con ello.

—Bueno, ¿vas a decir entonces que es el cumplimiento de la voluntad de la Historia?

—¿Es que la Historia tiene voluntad? Siempre es peligroso tratar de personificar a la Historia. Por lo que a mí concierne, la Historia no tiene voluntad propia, y además tampoco tiene la menor preocupación por mi voluntad. Así si no hay ninguna voluntad implicada en el proceso no puedes hablar de realización posterior de propósitos previos. Y todos los llamados cumplimientos de la Historia lo prueban. Apenas se han logrado cuando empiezan a desmoronarse. La Historia es un testimonio de la destrucción. Siempre hay que dejar espacio para el siguiente cristal. Para la Historia, construir y destruir son la misma cosa.

—Conozco perfectamente esto. Aunque lo comprendo no puedo ser como tú y dejar de ser un hombre con determinación. Supongo que es una exigencia de mi carácter. Nadie puede darme por seguro, pero yo me atrevo a decir que toda voluntad tiene en su esencia el deseo de influir en la Historia. No estoy diciendo que los deseos humanos afecten a la Historia, sino que tratan de hacerlo. Luego, también algunas formas de voluntad están ligadas con el destino, pero este concepto es anatema para la voluntad.

—A la larga toda voluntad humana está condenada a la frustración. Es una realidad que las cosas resultan contrarias a nuestras intenciones. ¿Y qué conclusión saca de esto un occidental? «Mi voluntad, dice el occidental, es la única fuerza racional implicada; el fracaso viene por casualidad».

—Hablar de casualidad es negar la posibilidad de toda ley de causa y efecto. La casualidad es la única irracionalidad aceptable para la libre voluntad.

—Sin el concepto de casualidad la filosofía occidental de voluntad libre nunca habría surgido. La casualidad es el refugio crucial de la voluntad. Y sin ella el mismo pensamiento sería inconcebible, del mismo modo que el occidental no tiene forma de racionalizar los repetidos reveses y frustraciones que tiene que soportar. Yo creo que este concepto de casualidad, de juego, es la misma sustancia del Dios de los europeos, y así tienen una deidad cuyas características derivan de ese refugio tan vital para la libre voluntad que es la casualidad, única clase de Dios que inspiraría la libertad de la voluntad humana.

—Pero, ¿qué sucedería si negáramos la existencia de la casualidad? ¿Qué sucedería si, aparte la victoria o la derrota, uno tuviera que excluir todo posible papel de la casualidad? En este caso se estaría destruyendo todo el refugio de la libre voluntad. Si se prescindiera de la casualidad se minarían los apoyos ocultos bajo el concepto de voluntad.

—Figuremos la escena en una plaza al mediodía. La voluntad está en el centro completamente sola. Pretende que permanece íntegra por la virtud de su propia fortaleza, y está engañándose a sí misma. El sol cae con fuerza. No hay árboles, ni hierba, nada, en la inmensa plaza, que le haga compañía, salvo su propia sombra. En ese momento, una voz atronadora llega de las alturas de un cielo sin nubes: «La casualidad está muerta. No existe tal cosa. Escúchame, Voluntad, tú has perdido tu defensora para siempre». La Voluntad siente entonces que su sustancia empieza a desmoronarse y disolverse. Su carne se corroe y se le cae. En un instante queda al descubierto su esqueleto, y los propios huesos pierden su solidez y se desintegran. La Voluntad sigue con los pies firmemente fijos en el suelo, pero el esfuerzo es inútil. En ese momento, el firmamento se ve turbado por un terrible rugido, y el dios de lo Inevitable lo mira todo desde el vacío.

—Pero no puedo menos de eliminar la posibilidad de un miedo para este dios terrible, y eso se debe sin duda a mi propia inclinación, pues si la Casualidad deja de existir, la Voluntad pierde todo su significado, y se queda en no más que la mancha de herrumbre de la cadena enorme de la causa y el efecto que sólo miramos de vez en cuando. Hay una sola forma de participar en la Historia, y es la de no tener voluntad en absoluto, de funcionar sólo como un átomo hermoso y

resplandeciente, eterno e inmutable. Nadie debe buscar otro significado en la existencia humana.

—Es probable que no veas las cosas de ese modo. Yo no espero que suscribas semejante filosofía. Las únicas cosas en que pones tu voluntad, y eso sin pensarlo mucho, son tu propio buen aspecto, tu individualidad, pero no con un carácter fijo, sino por el contrario, con carencia de él. ¿Tengo razón?

Kiyoaki no encontraba una respuesta. A falta de otra cosa mejor, sonrió sabiendo que Honda no intentaba insultarle.

—Y eso para mí es el enigma más grande —dijo Honda, mirando con tanta seriedad que parecía casi cómico. Su respiración provocó una nubécula helada revoloteando un segundo en el aire de la mañana, y a Kiyoaki le pareció adivinar una manifestación secreta en la preocupación que Honda sentía por él. Sumido en sí, su sensación de felicidad se intensificaba.

Sonó la campana anunciando el comienzo de las clases, y los dos jóvenes se pusieron en pie. Entonces, alguien, desde la ventana del segundo piso, tiró una bola de nieve, que fue a caer delante de ellos en una explosión de fragmentos destellantes.

XIV

El padre de Kiyoaki le había confiado la llave de la biblioteca. Estaba instalada en un ángulo del lado norte de la casa principal, y se trataba de una habitación que de los Matsugae recibía escasa atención. El marqués no era hombre que dedicara mucho tiempo a los libros. Sin embargo, allí se conservaban los clásicos chinos, que habían pertenecido al abuelo de Kiyoaki, los libros occidentales que el marqués había encargado a Maruzen con su mejor deseo de aparentar ser un intelectual, y otras muchas obras recibidas como regalo. Cuando Kiyoaki ingresó en la escuela de segunda enseñanza, su padre le entregó la llave, como quien confiere la custodia de un tesoro, fuente de sabiduría. Por tanto sólo él tenía el privilegio de ir allí siempre que quisiera. Entre las obras de la biblioteca que menos suscitarían el interés del marqués, estaban las colecciones de clásicos japoneses y libros para niños. Con anterioridad a la publicación, los editores de cada obra solicitaban una breve recomendación del marqués, junto con una fotografía suya en traje de etiqueta, y luego, a cambio de este privilegio de «recomendado por su excelencia el marqués de Matsugae», en letras doradas en la cubierta de cada libro, le regalaban las colecciones.

El mismo Kiyoaki no era muy inclinado al uso frecuente de la biblioteca. Prefería sus propias fantasías a los libros. Sin embargo, para Iinuma, a quien Kiyoaki daba una vez al mes la llave de la biblioteca para hacer la limpieza, era el lugar más sagrado de la casa, santificado por la posesión de los clásicos chinos tan queridos del abuelo de Kiyoaki. Cuando hablaba de ella, nunca decía meramente la biblioteca, sino «la biblioteca de su excelencia», y cuando pronunciaba esas palabras su voz se llenaba de emoción.

La tarde después que Kiyoaki se reconcilió con Honda, llamó a su tutor, en un momento que Iinuma se disponía a partir para sus clases nocturnas, y dejó caer la llave de la biblioteca en su mano sin decirle una palabra. Había fijado un día para la limpieza mensual. Además, era una tarea que Iinuma nunca hacía de noche. ¿Cuál

era la razón, se preguntaba, de darle la llave ahora, en día que no corresponde limpiar y además, de noche? La llave estaba en la palma de su mano como un caballito del diablo.

Iinuma recordaría este momento con frecuencia. Qué desnuda parecía la llave, como un cuerpo caliente en su mano. Permaneció algún tiempo tratando de decidir qué significaría todo aquello, pero no lo logró: Cuando al fin Kiyooki lo explicó, hervía de rabia, no tanto por su amo, sino por sí mismo, que estaba a su merced.

—Ayer por la mañana no fui al colegio y me ayudaste. Esta noche me toca a mí ayudarte. Vete como si salieras para el colegio. Luego das la vuelta por la parte de atrás y entras por la puerta que hay frente a la biblioteca. Esa llave te abrirá, y puedes esperar dentro. Pero no enciendas la luz. Lo mejor y más seguro sería que cerraras la puerta por dentro. Tadeshina ha dado a Miné instrucciones completas. Telefonaré aquí, con un mensaje para ella preguntando cuándo se terminará el perfumador de Satoko. Esa será la señal. Miné es hábil en un trabajo tan delicado y la gente siempre le está pidiendo que haga algo así. La propia señorita Satoko le encargó que le hiciera un perfumador con brocados de oro. Así, esa llamada telefónica no levantará la menor sospecha. Una vez que Miné reciba el mensaje, esperará hasta el momento que se supone sales tú para el colegio, y luego irá a la biblioteca y llamará suavemente en la puerta, esperando que le abras. Y como esto será después de la cena, cuando todo el mundo esté afanoso de un lado a otro, nadie notará su falta hasta pasados treinta o cuarenta minutos. Tadeshina cree que una cita de vosotros dos fuera de aquí sería muy peligrosa y difícil de arreglar. Se precisarían toda clase de pretextos para que una doncella saliese sola sin dar lugar a que todo mundo encontrara algo que decir. De todos modos, me tomé la libertad de decidir ese asunto sin consultarte. Tadeshina va a llamar a Miné esta noche. Y por tanto tú debes ir a la biblioteca. Si no vas, Miné quedará contrariada.

Mientras escuchaba de pie, entre la espada y la pared, la mano de Iinuma se movió tan violentamente que casi dejó caer la llave.

* * *

La biblioteca estaba muy fría. Las tupidas cortinas de hilo de oro dejaban penetrar un poco de luz de los faroles que lucían en el jardín detrás de la casa, pero no era suficiente para descifrar los títulos de los libros. La habitación olía a moho, con el mal olor que se percibe en las márgenes de un canal obstruido.

La oscuridad no era obstáculo para Iinuma. Había aprendido de memoria el lugar de casi todos los libros de la biblioteca. Obras tales como los escritos de Han Feitzu, «El Testimonio de Seiken» y «Las dieciocho historias», llenaban las estanterías, incluyendo una edición, con encuadernación japonesa, de los «Comentarios sobre los Cuatro Clásicos», que había perdido la cubierta protectora. Era un libro que el abuelo de Kiyooki había hojeado tantas veces que la cubierta estaba desgastada.

Un día que Iinuma volvía las páginas de uno de los libros a los que estaba quitando el polvo, le llamó la atención un poema de Kayo Honen. Era una colección de obras famosas japonesas y chinas, y Iinuma había cuidadosamente memorizado el lugar. Se titulaba «Canción de un Corazón Noble». Había un verso particularmente consolador para alguien que realizaba su trabajo de limpiar la biblioteca:

Aunque ahora barro una pequeña habitación,
No seguiré haciendo lo mismo para siempre.
¿Puede Kyushu sostener mi ambición?
¿Pueden las bandadas de parloteantes gorriones

Compartir la senda solitaria del águila?

Iinuma entendió ahora. Conociendo su profunda reverencia por la «biblioteca de su excelencia», Kiyooki había deliberadamente escogido este lugar para la cita. No había duda de ello. Cuando explicaba el plan que tan minuciosamente había preparado, la fría satisfacción de su talante era prueba suficiente de que él se daba cuenta de todas las implicaciones que se derivarían. Quería que los acontecimientos siguieran su curso, con lo que Iinuma cometería un sacrilegio en lugar que tanto veneraba.

Cuando pensaba en ello le brotaba un silencioso deseo de venganza en Kiyooki. Podía ser un deleite en el sacrilegio. Por consiguiente cuando Iinuma profanara lo que era tan precioso para él, Kiyooki estaría tan satisfecho como si con un trozo de carne cruda hubiera manchado una tumba. En tiempos legendarios, el dios Susano, hermano de la diosa Sol, había encontrado satisfacción en forma semejante.

Desde que Iinuma se perdiera, el poder de Kiyooki sobre él crecería inmensamente. Además, y para Iinuma la injusticia de esto era desconcertante, el mundo aceptaría como naturales y encantadores los placeres de Kiyooki, mientras que condenaría los suyos con severidad inflexible como sórdidos. Cuando meditaba sobre esto, el desprecio a sí mismo de Iinuma se acentuaba.

Del techo de la biblioteca llegaban los crujidos de las ratas huidizas y algún chillido sordo ocasional. Cuando hizo la limpieza el mes anterior había extendido allá arriba castañas envenenadas, pero al parecer habían servido de poco. Súbitamente se estremeció, recordando lo que más deseaba olvidar.

Cada vez que veía la cara de Miné, por mucho que tratara de evitarlo, siempre se agitaba en su mente el mismo mal pensamiento. Ahora, cuando su cuerpo cálido iba a encontrarse con él en la oscuridad de la tarde, permanecía esclavo de esta misma ansiedad. Había algo que probablemente Kiyooki conocía pero nunca había mencionado. El mismo Iinuma se había mantenido callado sobre el particular. En realidad era más bien un secreto a voces, que hacía el dolor de Iinuma cada vez más difícil de soportar. Le atormentaba como un centenar de ratas amontonadas sobre él. El marqués había dormido con Miné, y todavía lo hacía alguna que otra vez. Su imaginación se excitaba, pensando en las ratas que roían el techo con ojos ensangrentados y cuerpos repugnantes...

El frío era casi inaguantable. Aquella figura valiente de Iinuma, cuando salía para cumplir con sus devociones diarias, se estremecía con el frío que sentía en la espalda y que se apoderaba de él hasta enfriarle la piel como una compresa helada. Miné probablemente se demoraría hasta que hubiese una oportunidad de abandonar la mesa sin llamar la atención.

Mientras esperaba, su deseo crecía, agudo e insistente. Un conjunto de sentimientos desagradables se combinaba con el frío penetrante y el olor a podredumbre, para lastimar sus nervios. Sentía una extraña sensación, como si las aguas sucias de una zanja de desagüe le subieran hasta las rodillas manchando su fino *hakama* de seda.

—¿Es este el modo de encontrar el placer? —pensaba aquel hombre de veinticuatro años, capaz de grandes hazañas y maduro para los más altos honores.

Se oyó una ligera llamada en la puerta. Iinuma reaccionó con tal celeridad que tropezó con una estantería. Finalmente logró meter la llave en la cerradura. Miné se volvió ligeramente y se deslizó en la biblioteca. Cuando Iinuma volvió a cerrar con llave la cogió de los hombros y la empujó de manera nada ceremoniosa hacia la parte trasera de la habitación. Por la razón que fuere, su mente estaba fija en la nieve sucia que había visto acumulada a lo largo de la pared exterior de la biblioteca cuando pasó por allí. Aunque no tenía tiempo ni deseo de especular, estaba dominado por la necesidad de poseer a Miné en el ángulo más cercano a la nieve sucia.

Arrastrado al salvajismo por sus fantasías fue brutal con la chica. Cuanto más se compadecía de ella, más cruel se volvía. Y cuando en medio de todo aquello se dio cuenta que su vicio era pasión por vengarse de Kiyooki, se vio asaltado por un sufrimiento indescriptible. Como el tiempo era corto y el silencio imperativo, Miné permitió a Iinuma satisfacer su deseo sin ofrecer ninguna resistencia. Pero la dulzura de aquella sumisión sólo contribuía a atormentar más a Iinuma, pues sus modales indicaban un sereno entendimiento de sí misma.

No obstante, ésta no era la única razón de aquella condescendencia. Miné era alegremente disipada. Y para ella, la total tosquedad de los modales de Iinuma, su intento de intimidarla con el silencio, sus manos torpes, probaban la realidad de su deseo. Nunca pensó ni soñó que pudiera él compadecerse de ella.

Tumbada en la oscuridad, Miné sintió repentinamente el frío, como una espada bajo su kimono. Mirando a través de la penumbra, logró ver estanterías cargadas de libros, cada uno en su estuche, apagado el brillo de los títulos por el paso de los años. Parecía que la presionara por todos lados. La rapidez era algo esencial. Tadeshina la había explicado hasta el último detalle, para que no tuviera dudas en ningún momento, y todo lo que se requería de ella era que actuara sin vacilación. Veía su papel en la vida como el de una persona preparada para entregar libremente su cuerpo al placer. Esto era demasiado para ella, pero su pequeño cuerpo maduro, con su carne firme, y su piel suave y sin mancha, se sentía contento de dar satisfacciones.

No sería exagerado decir que sentía afecto por Iinuma. Donde quiera que era deseada, Miné tenía un tacto maravilloso para descubrir las buenas cualidades de su pretendiente. Nunca había colaborado con las otras doncellas en sus burlas despectivas por Iinuma, y así la virilidad tanto tiempo hostigada y ridiculizada recibía por fin su recompensa en el corazón de aquella mujer.

De súbito tuvo la visión de un lugar con todos los fastuosos adornos de los días festivos: las luces de acetileno, con su olor irritante, los globos, los molinetes, los fuegos artificiales, los dulces y confituras con alegres colores...

Abrió los ojos en la oscuridad.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Iinuma con evidente irritación.

Las ratas volvían a correr por el techo. Casi no se oían sus movimientos, pero había en ellos una nota de urgencia desesperada. Parecían precipitarse frenéticamente por sus dominios oscuros, en un frenesí que las llevaba de un extremo a otro.

XV

Todo el correo que llegaba a casa de los Matsugae era entregado de acuerdo con el ritual establecido: el mayordomo, Yamada, se hacía cargo de él y lo colocaba en una bandeja de oro, grabada con el emblema familiar. Luego pasaba a presencia del marqués y de la marquesa. Como Satoko conocía este procedimiento, había tenido la precaución de confiar su nota a Tadeshina, quien a su vez la pasaría a manos de Iinuma.

Pero Iinuma, preocupado con los estudios para su examen final, tomó tiempo primero para verse con Tadeshina y luego para entregar la carta amorosa de Satoko a Kiyooki.

«Aunque la mañana, después de la nevada, era clara y resplandeciente no pude menos de pensar con angustia en lo que había sucedido el día anterior. En mi corazón parecía que la nieve seguía cayendo todavía. Los copos al fundirse dibujaban la cara de Kiyooki. ¡Cuánto daría por vivir en alguna parte, donde la nieve cayera todos los días del año, para que jamás dejara de pensar en ti, Kiyooki!

»Si estuviéramos en otros tiempos habrías compuesto un poema en mi honor, ¿verdad? Y yo habría ofrecido en respuesta otro poema mío. Me sorprende pensar que aunque he estado estudiando *waka* desde la infancia, a estas alturas todavía no soy capaz de escribir un poema para expresar mis sentimientos. ¿Será porque carezco de talento?

»¿Por qué crees que soy tan dichosa? ¿Sólo porque he encontrado alguien lo bastante amable para no sentirse contrariado por lo que yo digo o hago, por

caprichoso que sea? Eso sería lo mismo que pensar que disfruto tratando a Kiyo de cualquier forma, y nada podría producirme mayor dolor que saber que crees esto.

»No, lo que realmente me hace dichosa es tu gentileza. Tú fuiste capaz de ver a través del antojo mío del otro día. Supiste ver lo desesperada que me sentía en mi interior. Y sin una palabra de reproche viniste conmigo en aquel paseo por la nieve, e hiciste realidad el sueño que yo tenía dentro de mí con tanto embarazo. Eso es lo que yo quiero deducir de tu gentileza.

»Kiyo, aún ahora, recordando lo que sucedió, siento que el cuerpo me tiembla de júbilo y vergüenza. Aquí, en Japón, pensamos en el espíritu de la nieve como en una mujer, el Hada Nieve. Pero recuerdo que en occidente los cuentos de hadas siempre tienen como elementos decisivos a un apuesto joven. Así pienso yo en Kiyo, como en el espíritu de la nieve, tan masculino como tú. Pienso que me estás empujando a sentirme disuelta en tu belleza hasta morir en la nieve. Ningún destino podría ser más dulce.»

Al final, Satoko había escrito lo siguiente:

«Por favor, te ruego que no olvides de echar esta carta al fuego, una vez leída.»

Hasta esta línea final, el estilo era suave y gracioso, pues Satoko nunca se expresaba sino con elegancia. Sin embargo, Kiyooki quedó sorprendido por el vigor apasionado que parecía asomar en cada palabra.

Después de leerla, su inmediata reacción fue considerar que era la clase de carta que podía transportar a un hombre hasta el éxtasis. Sin embargo, reflexionando parecía también un ejercicio de elegancia epistolar de la estudiante Satoko. Advirtió que quizá quería enseñarle que la elegancia está por encima de toda cuestión de indecencia.

Si los dos se habían enamorado aquella mañana de nieve, ¿cómo podían soportar un día sin verse siquiera un momento? ¿Qué cosa más natural? No obstante, Kiyooki no era inclinado a seguir sus impulsos de tal forma. Curiosamente, vivir sólo para las propias emociones, como una bandera obediente a la dirección de la brisa, exige rebelarse contra el curso natural de los acontecimientos, pues esto implica estar completamente subordinado a la naturaleza. La vida repele toda limitación, cualquiera que sea su origen, que limite su propio sentido instintivo de la libertad.

Kiyooki volvió a demorar la visita a Satoko. No se guiaba por el conocimiento de las sutilezas que sólo están abiertas a los que están ya experimentados en el arte del amor. Su comportamiento era simplemente el resultado de su imperfecta sabiduría del arte de la elegancia. Todavía estaba tan falto de madurez que envidió la serena libertad de Satoko, hasta su impudicia, y llegó a sentirse inferior.

Del mismo modo que la corriente vuelve a su cauce normal después de la inundación, la predilección de Kiyooki por el sufrimiento comenzó a reafirmarse. Su naturaleza soñadora podía ser tan exigente como caprichosa, tanto más cuanto que estaba enfadado y frustrado por la falta de obstáculos para su amor. La colaboración intrigante de Tadeshina y de Iinuma proporcionó un blanco fácil, y llegó a considerar sus maniobras como enemigas de la pureza de sus sentimientos.

Su orgullo quedó herido cuando comprendió que esto era todo lo que podía esperar cuando el dolor y la agonía del amor empezaran a hilar su destino. El dolor podía ser material apropiado para tejer un tapiz, pero Kiyooki sólo disponía de un telar familiar sin más materiales dolorosos que puro hilo blanco.

—¿A dónde me están llevando —se preguntaba— en este momento, cuando me estoy enamorando?

Pero aunque admitiera que lo que sentía era amor, su naturaleza se resistía a ceder una vez más.

Para cualquier joven, el recuerdo del beso de Satoko, habría sido suficiente para elevarle a éxtasis de júbilo y satisfacción. Pero para éste era un recuerdo que producía dolor de corazón.

Aparte de todo, la felicidad que había sentido en aquel momento tenía el fuego brillante de una joya preciosa. No había duda de ello. Estaba grabado en su memoria. En medio de un desierto nevado, informe y sin colorido, con sus emociones alborotadas, no sabiendo cómo se había embarcado en el viaje ni cómo terminaría, el resplandor cálido de esa joya había sido como un horizonte claro.

Su sentido de la discrepancia entre la memoria de esa felicidad y su presente dolor de corazón creía y profundizaba. Finalmente cayó en la negra melancolía tan suya de siempre. El beso le atormentaba como recuerdo de una burla humillante de Satoko.

Decidió escribir una respuesta a su carta, lo más fría que pudiera. Rompió varios trozos de papel en el intento, empezando de nuevo cada vez. Cuando al fin había compuesto lo que creía su billetito amoroso, y dejó a un lado la pluma, se dio cuenta de la extensión de su logro. Sin intentarlo, había dado con el estilo de un hombre de gran experiencia mundana, basándose en la carta que en otra ocasión le enviara. Esta vez, el mismo pensamiento de franca decepción era tan doloroso que todavía le hacía empezar otra carta. En ella, sin intento por su parte, reflejó el júbilo de haber saboreado un beso por primera vez. Estaba lleno de pasión juvenil. Cerró los ojos al meterla en un sobre, y pasó la punta de la lengua por el borde del sobre. La goma tenía un sabor vagamente dulce, como una medicina.

XVI

La finca de los Matsugae era muy famosa por su exhibición otoñal de hojas de arce, pero también lo era por sus flores de cerezo. Los cerezos y los pinos formaban las largas filas de árboles que flanqueaban la calzada, hasta la verja principal, en más de media milla. El mejor panorama se contemplaba desde el balcón del segundo piso de la casa occidental. Podía abarcarse de una sola mirada todos los cerezos en flor de la hacienda de los Matsugae. Algunos florecían a lo largo de la calzada, varios se hallaban entre los enormes *gingko* del jardín, otros rodeaban la pequeña loma donde había tenido lugar el ritual Otachimach de Kiyooki, y unos pocos crecían en la colina más allá del estanque. Muchos observadores preferían este panorama a un despliegue abrumador de flores en un jardín.

Desde la primavera hasta principios de verano, los tres acontecimientos principales de la casa de Matsugae eran el Festival de Muñecas en marzo, la contemplación de las flores de cerezo en abril, y el festival Shinto en mayo. Pero como todavía no había transcurrido el año de luto ordenado tras la muerte de su alteza imperial, se decidió que este año los festivales de marzo y abril se limitarían estrictamente a ceremonias familiares, con gran desilusión para las mujeres de la casa. A lo largo del invierno, como sucedía todos los años, se habían filtrado toda clase de rumores desde las esferas superiores acerca de los planes para el Festival de la Muñeca y la contemplación de las flores de almendro, entre ellos, la llegada de un grupo de artistas profesionales. La casa estaba siempre llena de historias, especulación que suponía un gran aliento para las almas sencillas, acostumbradas a entretener sus pensamientos con la esperanza constante de la primavera.

Era famosa la celebración, en puro estilo kagoshima, del Festival de la Muñeca en casa de los Matsugae. Gracias a los distinguidos visitantes extranjeros invitados al correr de los años, era conocida ahora en el extranjero también, hasta el punto de que todos los años un gran número de americanos y europeos que estaban en Japón en tiempo de dicho festival hacían uso de todas sus influencias para conseguir invitaciones.

Las mejillas pálidas de las dos muñecas de marfil que representaban al emperador y a la emperatriz brillaban a la luz fría de principios de primavera, a pesar del fulgor de las velas que las rodeaban y el reflejo de la alfombra escarlata que había debajo. La muñeca representante al emperador iba vestida con las espléndidas ropas de ceremonia de un importante sacerdote Shinto, y la emperatriz con un traje de corte de la era Heiana, extravagantemente rico. A pesar de sus incontables faldas, la vestidura se abría graciosamente por la espalda para revelar la translúcida palidez de su cuello y su nuca. La alfombra escarlata cubría todo el suelo del gran salón principal de recepciones. De las vigas colgaban innumerables bolas de madera, forradas de una tela ricamente bordada, y las paredes estaban cubiertas con grabados y bajorrelieves representando muñecas populares. Una anciana llamada Tsuru, famosa por su destreza en esta clase de grabados, acudía a Tokio todos los años en febrero, para dedicarse plenamente a esos preparativos. Su refrán favorito consistía en un susurro, «como la señora desee».

Aunque el Festival de la Muñeca de este año carecía de la alegría habitual, las mujeres estaban animadas por la perspectiva de la temporada de la flor del cerezo. No se observaría públicamente, pero se celebraría con mucha mayor fastuosidad de lo que se había creído en principio. Esta esperanza iba garantizada por una comunicación de su alteza el príncipe, aunque en privado.

También esto había alentado al marqués. Era muy feliz, aunque la extravagancia, la ostentación y las restricciones de la sociedad pesaban fuertemente en su naturaleza. Si el primo del emperador creía conveniente hacer la vista gorda a la observación del luto, nadie osaría criticar al marqués.

Como su alteza Huruhsa Toin había sido representante personal del emperador en la coronación de Rahma VI, y en consecuencia era conocido personalmente en la familia real de Siam, el marqués decidió que sería adecuado incluir a los dos jóvenes príncipes entre los invitados.

Años antes en París, durante los Juegos Olímpicos de 1900, el marqués había llegado a intimar con el príncipe, al prestarle un servicio valioso, como guía en la vida nocturna de la ciudad. El príncipe gustaba recordar aquellos días, con referencias que sólo el marqués entendía.

—Matsugae —diría— ¿recuerdas aquel lugar con una fuente que manaba champán? ¡Fue una noche inolvidable!!

El seis de abril era el día fijado para la contemplación formal de las flores de cerezo, y tan pronto como el Festival de la Muñeca terminara, el compás de vida en la casa se aceleraría con los preparativos.

Sin embargo, Kiyooki, no hizo nada durante su vacación de primavera. Sus padres le instaban a que hiciera un viaje a algún sitio, pero aunque no veía a Satoko con frecuencia, no estaba en forma para abandonar Tokio mientras ella quedara allí.

A medida que la primavera se acercaba, a pesar del frío agudo, Kiyooki luchaba con una serie de premoniciones inquietantes. Finalmente, cuando el aburrimiento se hizo insoportable, decidió hacer algo que sólo hacía muy raras veces: una visita a la casa de su abuela en la finca. Su abuela parecía incapaz de abandonar la costumbre de toda su vida de tratarle como a un niño, y ésta, junto con su afición a catalogar los defectos de su madre, era razón más que suficiente para su aversión a visitarla. Desde la muerte del abuelo, su abuela había vuelto completamente la espalda al mundo y comía poco más de un puñado de arroz todos los días, como si

viviera en anticipación la muerte, que esperaba no tardaría en llegar. Sin embargo, tuvo éxito con esta dieta.

Cuando la gente llegaba de Kagoshima para visitarla, les hablaba en el dialecto de la región donde había nacido, indiferente a lo que pudieran pensar los demás. No obstante, con Kiyooki y su madre hablaba al estilo de Tokio, aunque con dificultad. Kiyooki estaba convencido de que su abuela conservaba cuidadosamente su acento de Kagoshima como condena implícita de la fácil fluidez de las propias inflexiones de su nieto en Tokio.

—Así que va a venir a ver las flores de cerezo el príncipe Toin, ¿eh? —dijo sin más preámbulo, cuando entró Kiyooki. Se estaba calentando los pies en el *kotatsu*.

—Sí, eso es lo que dicen.

—Yo no pienso ir. Tu madre me lo pidió, pero prefiero estar aquí lejos de todos.

Luego, mostrando preocupación por su ociosidad, pasó a preguntarle si no se sentía inclinado a dedicarse al judo o a la esgrima. En tiempos había habido en la misma finca un salón para practicar, pero había sido derribado para dejar espacio. Hizo el comentario sarcástico de que aquella destrucción había marcado el comienzo de la decadencia de la familia. Esta era, sin embargo, una opinión que congeniaba con su forma de pensar. A él le gustaba la palabra «decadencia».

—Si vivieran tus dos tíos, tu padre no llevaría el camino que está llevando. Por lo que a mí respecta, este estar en términos familiares con la familia imperial y derrochar dinero en entretenimientos es una ostentación. Siempre que pienso en mis dos hijos muertos en la guerra, sin ni siquiera haber conocido lo que era el lujo, creo que no tengo que ver nada con tu padre y el resto de los suyos, flotando en la vida, no pensando más que en divertirse. En cuanto a la pensión que recibo, la dejo al lado del altar de la casa sin siquiera tocarla. Me parece que su majestad imperial me la concedió en atención a mis hijos y por la sangre que ellos derramaron tan galantemente. Sería un grave error hacer uso de ese dinero.

Su abuela disfrutaba haciendo pequeños sermones como éste, pero en verdad el marqués era generoso, sin límites, en concederle todo lo que deseara, ya fuese ropas, comida, dinero para gastar o criados. Kiyooki se preguntaba muchas veces si tal vez estuviera avergonzada de sus orígenes campesinos y esto la llevara a evitar toda clase de vida social.

No obstante, siempre que la visitaba, y sólo entonces, creía estar escapándose de sí mismo y del ambiente artificial que le ahogaba. Disfrutaba del contacto con una persona que tan ligada estaba a él, pero que retenía el vigor de sus antecesores.

Todo lo relacionado con su abuela estaba en física armonía con la imagen que él tenía de su carácter: sus manos largas y los dedos embotados; las líneas de su cara parecían dibujadas con trazos firmes y seguros de pluma de escribir; y los labios sugerían una resolución firme. Alguna vez, sin embargo, quería dejar una nota ligera en su conversación. Ahora, por ejemplo, acarició la rodilla de su nieto, bajo la mesa que cubría el calentador para los pies.

—Siempre que vienes por aquí, mis mujeres se aturden y yo no sé qué hacer con ellas. Me temo que para mí sigues siendo un muchachito con la nariz humedecida, pero supongo que estas chicas ven las cosas de modo diferente.

Kiyooki miró la foto descolorida de sus dos tíos, de uniforme, que estaba en la pared. El atuendo militar le pareció una barrera entre ellos y él. La guerra había terminado hacía sólo ocho años, pero la brecha entre ellos parecía definitiva.

—Yo jamás derramaré sangre real, ni heriré más que corazones —alardeaba consigo mismo, aunque no sin un ligero recelo.

Fuera, el sol brillaba sobre el biombo de *shoji*. La pequeña habitación se bañaba con un calor acogedor, haciéndole sentirse como si estuviera dentro de un enorme capullo blanco. Le pareció estarse calentando voluptuosamente bajo la luz directa del sol. Su abuela empezó a dormir. En el silencio de la habitación se dio cuenta del tic-tac del enorme y antiguo reloj de pared. La cabeza de su abuela se inclinaba

ligeramente hacia adelante. La frente asomaba bajo la línea del cabello corto, que llevaba salpicado con polvo de tinte negro. Advirtió el brillo sano de su piel. Hacía más de medio siglo, pensaba, el caluroso sol de Kagoshima debió haberla quemado todos los veranos de su juventud, y aún ahora parecía retener las marcas tostadas.

Estaba soñando de día y sus pensamientos, que se movían como el mar, cambiaron gradualmente del ritmo de las olas al del largo y lento paso del tiempo, y de ahí a lo inevitable de hacerse viejo. Repentinamente contuvo el aliento. Nunca había reflexionado sobre la sabiduría y otros beneficios de la edad madura. ¿Sería capaz de morir joven, y a ser posible libre de dolor? Una muerte graciosa, como un kimono rico que arrojado sobre una mesa pulida se desliza sin encontrar ningún obstáculo hasta la oscuridad del suelo. Una muerte marcada por la elegancia.

El pensamiento de la muerte le estimuló súbitamente, con el deseo de ver a Satoko siquiera un momento.

Telefonó a Tadeshina, y luego salió de la casa. No había duda de que Satoko estaría llena de vida y de belleza, lo mismo que le sucedía a él. Estos dos hechos parecían ser un extraño giro de la fortuna, algo a que asirse en tiempo de peligro.

Siguiendo el plan de Tadeshina, Satoko pretendió salir a dar un paseo, para verse con Kiyooki en un pequeño santuario Shinto, no lejos de su casa. La primera cosa que hizo fue darle las gracias por la invitación al festival de las flores del cerezo. Ella pensó obviamente que él había persuadido al marqués para que se anunciaran esas fiestas. De hecho esta era la primera noticia que tenía él sobre el particular, pero con su usual indiferencia no la apartó de su idea y aceptó las gracias de forma vaga y general.

XVII

Tras una lucha prolongada, el marqués de Matsugae logró hacer una lista rigurosa de invitados para el festival de la flor del cerezo. Su criterio consistía en invitar a las personas que se considerasen más apropiadas para tal ocasión, ya que el banquete con que concluía sería favorecido con la augusta presencia del príncipe imperial y de su esposa. Además de Satoko y sus padres, el conde y la condesa de Ayakura, incluyó en su lista a los dos príncipes siameses, y al barón Shinkawa y su esposa, que eran grandes amigos de los Matsugae. El barón era la cabeza del *zaibatsu* Shinkawa. Toda su vida estaba modelada sobre el esquema de un completo caballero inglés, que copiaba con escrupulosa atención en todos los detalles. La baronesa, por su parte, tenía amistad íntima con personas como la conocida feminista Raicho Hiratsuka y su círculo, y era también presidenta de «Las Mujeres del Mañana». En consecuencia se podía confiar en que su presencia añadiría colorido a la reunión.

El príncipe Toin y su esposa llegarían a la tres de la tarde, y serían acompañados a dar una vuelta por el jardín, después de un corto descanso en uno de los salones de la casa principal. Luego serían agasajados hasta las cinco de la tarde en una fiesta en el jardín, con geishas que se encargarían de ejecutar una selección de bailes de la fiesta de la flor del cerezo de la era Genroku.

Justo antes de la puesta del sol, la pareja imperial se retiraría a la casa occidental para los aperitivos. Después del banquete, habría una función final. Se había contratado un técnico para exhibir una nueva película extranjera. Este programa había sido ideado por el marqués, con la colaboración de Yamada, su mayordomo, después de ponderar los gustos de los huéspedes.

La elección de filmes dio al marqués algún disgusto. Había una película de *Pathé*, con Gabrielle Robín, la famosa estrella de la Comedie Francaise, que era indiscutiblemente una obra maestra. El marqués la rechazó, sin embargo, temiendo

que pudiera destruir el estilo de aquella fiesta, creado con tanto cuidado. Al principio de marzo, el *Electric Theater* de Asakusa había empezado a exhibir películas, rodadas en el Oeste, la primera de las cuales, «El Paraíso Perdido», se había hecho muy popular. Pero no tendría objeto presentar en un lugar como aquel una película que estaba prácticamente al alcance de cualquiera. Había otro film, un melodrama alemán lleno de acción violenta, pero que no era fácil que tuviera éxito con la princesa y las otras damas. El marqués decidió que la elección que más complacería a sus invitados era un film de cinco rollos, inglés, basado en una novela de Dickens. La película era un tanto melancólica, pero no le faltaba cierto refinamiento, sus recursos eran buenos, y los rótulos ayudarían a todos los huéspedes.

¿Pero qué pasaría si lloviese? En ese caso, el gran salón de la casa principal no ofrecería un adorno suficientemente variado de flores, y la única alternativa aconsejable sería trasladarse al piso segundo de la casa occidental. Después, las geishas ejecutarían allí sus danzas, y seguirían tal como estaba planeado, los aperitivos y el banquete formal.

Los preparativos seguían adelante con la construcción de un escenario provisional en un lugar cercano al estanque, justo al pie de la colina. Si el tiempo era bueno, el príncipe y su séquito harían sin duda un recorrido completo de la finca a fin de no perderse ninguna flor. Las cortinas tradicionales eran mucho mayores de lo requerido por acontecimientos ordinarios. El trabajo de decorar el interior de la casa con flores de cerezo, y la mesa del banquete, de forma que sugiriese una escena rural de primavera, exigía toda la atención de un crecido grupo de colaboradores. Finalmente, el día antes de la fiesta, entraron en actividad frenética los peluqueros y sus ayudantes.

Afortunadamente, el 6 de abril amaneció despejado, aunque el sol dejara algo que desear: Aparecía y se iba. Hasta había cierto frío en el aire de la mañana.

Una habitación no utilizada de la casa principal se destinó para que se cambiaran las geishas, y se llenó con todos los espejos disponibles. Picado por la curiosidad, Kiyooki fue a echar un vistazo, pero la doncella que estaba a cargo de la sala le hizo salir rápidamente. Su imaginación, sin embargo, quedó prendada de una habitación recién fregada, que estaba siendo preparada para las mujeres que pronto iban a llegar. Se colocaron biombos, se pusieron almohadones por todas partes, y los espejos resplandecían tras las cortinillas brillantemente coloreadas de muselina de Yuzen. De momento no había la más débil indicación de cosméticos en el ambiente. Pero antes de media hora se operaría una transformación: la estancia se llenaría de voces encantadoras, de mujeres alrededor de los espejos, poniéndose y quitándose vestidos con la mayor naturalidad. Kiyooki encontró aquella perspectiva fascinante. Quedó cautivado por la magia seductora de la ocasión, que no dimanaba del tosco escenario que ya había sido levantado en el jardín, sino más bien estaba concentrado con la promesa de la fragancia embriagadora que llegaría muy pronto.

Como los príncipes siameses tenían muy poca idea del tiempo, Kiyooki les había pedido que vinieran tan pronto como acabara el almuerzo. Llegaron hacia la una y media. Les invitó de momento a que subieran a su estudio, confundido al descubrir que llevaban puestos los uniformes del colegio.

—¿Va a venir tu preciosa chica? —preguntó el príncipe Kridsada en voz alta, en inglés, antes de que cruzaran la puerta.

El príncipe Pattanadid, siempre gentilmente reservado, se molestó. Reprendió a su primo por su irreflexiva rudeza, y se excusó con Kiyooki en un japonés vacilante.

Kiyooki les aseguró que vendría. Le miraron sorprendidos cuando les pidió que se abstuvieran de hablar sobre él y Satoko delante de los huéspedes imperiales, de los Matsugae y de los Ayakura. Los príncipes habían supuesto, al parecer, que aquellas relaciones eran de conocimiento general.

Por ahora, los dos príncipes no mostraban señales de su anterior nostalgia, y parecían haberse acomodado al ritmo de la vida del Japón. Con sus uniformes escolares sorprendieron a Kiyooki, por hacerlos casi indistinguibles de sus compañeros de clase. El príncipe Kridsada, que poseía grandes dotes de mímica, hizo un imitación del decano, lo bastante buena para hacer que Chao P. y Kiyooki rieran a carcajadas.

Chao P. se acercó a la ventana y contempló un escenario completamente distinto del que se veía los días ordinarios. La cortina roja y blanca de la ventana era agitada por el viento.

—A partir de ahora hará más calor —dijo con aire de desesperación, con la voz llena de deseos por el sol cálido del verano.

Kiyooki quedó totalmente arrebatado por este toque de melancolía. Se puso en pie, a punto de acercarse también a la ventana, pero al levantarse, Chao P. lanzó un grito súbito y juvenil que excitó a su primo y le hizo saltar de la silla.

—¡Ahí está! —exclamó en inglés—. Ahí está la preciosa dama que no debemos mencionar hoy.

Y ciertamente era Satoko, inconfundible con su kimono de manga larga, que caminaba por el sendero del estanque en dirección a la casa principal, acompañada de sus padres. Aun a distancia, Kiyooki pudo ver que el kimono era de un bonito color rosa de flor de cerezo, que recordaba la fresca profusión de un prado en primavera. Al volver la cabeza momentáneamente señalando hacia la isla, pudo ver su perfil, la delicada palidez de sus mejillas resaltada por el brillante cabello negro.

En la isla no se habían colgado cortinas blancas y rojas. Era todavía demasiado temprano para ver los primeros indicios del verde de la primavera, pero las cortinas que señalaban el sendero tortuoso hasta la colina de arces lanzaban reflejos ondulantes sobre la superficie del agua, y sus coloridos hacían a Kiyooki pensar en dulces rayados. Aunque la ventana estaba cerrada, creyó oír la voz dulce y viva de Satoko.

Dos jóvenes siameses y un japonés... formaban un trío junto a la ventana, conteniendo cada uno el aliento. Qué extraño, pensaba Kiyooki. Cuando estaba con los dos jóvenes príncipes, ¿era que encontraba sus naturalezas apasionadas tan contagiosas que se creía ser lo mismo, y tenía deseos de manifestarlo abiertamente? En este momento, pudo decirse para sí mismo, sin el menor escrúpulo: «La amo. Estoy locamente enamorado de ella».

Seis años antes, había visto el perfil hermoso de la princesa imperial Kasuga, cuando ella se volvió a mirarle. Aquello había llenado su corazón de anhelos. Cuando Satoko salió del estanque volvió la cara hacia la casa principal, con un gracioso movimiento de cabeza, y aunque no miraba directamente a su ventana, Kiyooki se sintió liberado repentinamente de su anterior obsesión. En un momento, había experimentado algo que lo superaba. Ahora, seis años más tarde, creía que había vuelto a captar un fragmento del tiempo, centelleante y cristalino, desde una perspectiva diferente. Satoko, caminando bajo el pálido sol de primavera, rió repentinamente, y al hacerlo, él la vio levantar un brazo para ocultar la boca tras la curva graciosa de su mano blanca. Su cuerpo esbelto parecía vibrar como un soberbio instrumento de cuerdas.

XVIII

El barón Shinkawa y su esposa eran una pareja pintoresca: el despiste de él estaba nivelado con la inquietud constante de ella. El barón no prestaba la más leve atención a cuanto su esposa decía o hacía, mientras que la baronesa proclamaba su afecto sobre los demás con una incesante catarata de palabras, de modo habitual, tanto en casa como en público. A pesar de su aire de hombre distraído, el barón era capaz en un momento dado de arañar despiadadamente en el carácter de una persona, con una única observación, incisiva, sentenciosa, cruel incluso, sobre la que nunca se dignaba ampliar detalles. Su esposa, por el contrario, por más torrentes de palabras vertidos sobre el mismo individuo, jamás lograba hacer reaccionar a nadie.

Poseían un «Rolls Royce», el segundo que se había comprado en el Japón, distintivo y prueba de su posición social. El barón acostumbraba vestirse un batín de seda después de la comida, y así ataviado pasaba el resto de la velada, ignorando por completo la verborrea inagotable de su esposa.

A invitación de la baronesa, el círculo *Raicho Hiratsuka* se reunía en la residencia de Shinkawa una vez al mes. Se denominaban a sí mismos *Grupo del Fuego Celestial*, según el famoso poema de lady Sanunochigami. Sin embargo, como inevitablemente llovía durante todo el día de la reunión, los periódicos se divertían aludiendo a ellos como el *Club del Día Lluvioso*. La baronesa no albergaba en su imaginación ningún pensamiento serio y estaba pasmada por el despertar intelectual experimentado entre las mujeres del Japón. Observaba el fenómeno con

la misma excitada curiosidad que podría haber suscitado en ella una gallina poniendo huevos en forma de pirámides, por ejemplo.

Los Shinkawa se sentían a la vez irritados y halagados por la invitación de los Matsugae a la fiesta de las flores del cerezo. Irritados porque sabían lo aburrido que iban a pasarlo, y halagados porque tendrían oportunidad de exhibir en público sus modales auténticamente europeos. Los Shinkawa eran una vieja y rica familia de comerciantes, y aunque fuese esencial, naturalmente, mantener relaciones, mutuamente ventajosas, con los hombres de Satsuma y Choshu, que tanto poder habían logrado dentro del Gobierno, el barón y su esposa les despreciaban en secreto a causa de sus orígenes campesinos. Esta era una actitud heredada de sus padres, basamento firme de su recién adquirida elegancia.

—Bueno, ahora que el marqués ha invitado al príncipe Toin a su casa quizás organice una charanga para recibirle. Esa familia considera la visita de un príncipe imperial como un acontecimiento teatral.

—Me temo que tendremos que guardar para otra ocasión nuestros puntos de vista —respondió la esposa—. Yo creo que es elegante permanecer al corriente, como hacemos, sin aparentarlo, ¿no te parece? En efecto, es divertido mezclarse discretamente con gente como ellos, chapados a la antigua, ¿no te parece? Por ejemplo, yo creo que es gracioso ver cómo el marqués de Matsugae muestra su obsequiosidad y servilismo delante del príncipe Toin, en un momento dado, y luego trata de comportarse como si fueran viejos amigos. Pero me pregunto qué ropa debo ponerme. Saldremos a primeras horas de la tarde, por lo que imagino que me irá bien un vestido de fiesta. Supongo que lo más acertado será un kimono. Quizá deba darme prisa para encargar a Kitaide Kyoto que me prepararen algo, tal vez en ese adorable estilo que se adorna con encendidas flores de mil tonos, ¿no te parece? Por alguna razón, nunca me van bien los modelos de Suso. Nunca estoy segura de si soy yo sola quien piensa que los modelos de Suso son horribles, o si otras personas son también del mismo parecer. Así, pues, no sé qué hacer... Dime... ¿qué te parece a ti que haga?... No sé...

El mismo día, los Shinkawa recibieron una nota de los Matsugae. Se les rogaba respetuosamente que llegaran un poco antes de la hora fijada, para así estar presentes a la llegada de la pareja imperial. Aunque decidieron con fría deliberación no llegar hasta cinco o seis minutos después del tiempo en que eran esperados los Toinnomiya, les produjo pesadumbre descubrir que todavía llegaron temprano. Al parecer, el marqués había dado lugar a estas maniobras, costumbre campesina que irritaba al barón.

—Tal vez los caballos de su alteza imperial han sufrido un accidente en el camino —observó alguien, a modo de saludo. Pero aparte de lo mordaz del sarcasmo, nadie quiso oír disculpas por el retraso.

Un mensaje desde la distante puerta principal anunció la aparición de la carroza imperial, y el anfitrión y sus huéspedes ocuparon sus puestos para dar la bienvenida al príncipe.

El carruaje llegaba salpicado de barro. Los caballos se detuvieron bajo el pino que daba sombra a la calzada delante de la casa. Piafaban irritados y movían la cabeza con furia. Por un momento, las crines flotantes recordaron a Kiyooki la cresta de una ola a punto de estrellarse en las rocas.

El elegante bigote gris del príncipe Toin destacaba bajo el sombrero negro. La princesa, detrás de su marido, majestuosa, cruzó el umbral hasta las blancas alfombras extendidas aquella mañana. La pareja imperial hizo un breve saludo con la cabeza antes de entrar en la casa, pero el ritual formal de la bienvenida tendría lugar en el salón de recepciones.

Cuando la princesa entró, a Kiyooki le llamó la atención los flecos negros de los zapatos, que asomaban bajo la falda blanca. Eran como algas marinas que se

movían en remolino. Su elegancia le fascinó tanto, que se resistía a levantar la vista para mirarla a la cara, que estaba empezando ya a mostrar señales de vejez.

En el salón de recepciones, el marqués de Matsugae presentó los otros invitados a los Toinnomiya. La única persona nueva para ellos era Satoko.

—¿Qué es lo que has estado tramando, Ayakura —incredó el príncipe—, ocultándome una señorita tan bella?

Kiyoaki, de pie a un lado, fue presa de un ligero estremecimiento. Tuvo la sensación de que Satoko se había transformado en una rara obra de arte, en una exposición pública.

Como el príncipe estaba tan ligado a la Corte de Siam, los dos príncipes le habían sido presentados inmediatamente después de su llegada al Japón. Ahora charlaba con ellos familiarmente, preguntándoles si les gustaban o no sus compañeros de estudios en el colegio. Chao P. sonrió, y dio una respuesta modelo de respeto y cortesía:

—Todos colaboran a facilitarnos las cosas, como si hubiéramos sido amigos desde hace muchos años. No nos falta nada.

Como los príncipes apenas habían aparecido por el colegio y evidentemente no tenían allí ningún amigo, salvo él, Kiyoaki encontró muy divertido este testimonio de entusiasmo.

Al barón Shinkawa le gustaba pensar que su educación era como de plata pulida, que resplandecía impecable en la atmósfera de su casa. Pero tan pronto como se lanzaba a las relaciones con el mundo exterior, aquella superficie bruñida empezaba a deslustrarse. Un solo encuentro como éste podía empañarla peligrosamente.

Bajo la dirección del marqués, los invitados salieron tras el príncipe y la princesa para ver las flores de cerezo. Siendo japoneses, las parejas no se mezclaban entre sí. La esposa iba siempre detrás de su marido. El barón Shinkawa había caído ya en uno de sus trances de abstracción, que fue advertido por los demás. Tan pronto como su esposa y él pusieron una conveniente distancia entre ellos y los otros huéspedes, el barón dijo:

—Cuando el marqués estaba estudiando en Europa adquirió costumbres extranjeras. Anteriormente mantenía a su querida en la misma casa que su esposa, pero después la instaló en otra alquilada fuera de la verja, que está aproximadamente a media milla. Eso supone, digamos, media milla de occidentalización.

—Para ser ilustrado —repuso su esposa— hay que serlo en todos los sentidos. Las medias tintas no dan resultado. Si la casa va a gobernarse realmente según normas europeas, ya se trate de una invitación formal o sólo de salir a dar un corto paseo por la tarde, marido y esposa deben hacerlo juntos, como nosotros, sin tener en cuenta lo que hagan los demás. Oh, imira allá! ¿No ves la colina reflejada en el estanque? ¿Y los cerezos? ¿No es maravilloso? ¿Y no te gusta mi kimono? Mirando lo que llevan las otras, yo diría que el mío tiene una línea más cuidada, más audaz, más fina. Y por tanto tiene que resultar maravilloso para quien lo vea desde el otro lado del estanque reflejado en el agua, ¿no te parece? Oh, ¡qué desilusión! ¿Por qué no puedo estar a ambos lados del estanque al mismo tiempo? Estamos tan limitados, ¿no lo crees?

Situar a cada esposo con su respectiva esposa era una tortura refinada que el barón soportaba con ecuanimidad. Era lo que él prefería, y de lo que había sido pionero. Lo consideraba como la experiencia que muy bien podía convertirse en práctica general en un plazo de cien años. El barón no era hombre que deseara un apasionado goce de la vida, y estaba dispuesto a aceptar cualquier norma de conducta por aburrida que pudiera ser. Recibía todo aviso con el «noblesse oblige» de la sofisticada educación inglesa.

Cuando los invitados llegaron a la cima de la colina, desde donde contemplarían el espectáculo, fueron saludados por las geishas Yanagibashi, disfrazadas ya de los personajes tradicionales de los bailes Genroku de la flor del cerezo. Por tanto se

vieron mezclados con el samurai, el Robin Hood femenino, el payaso, el juglar ciego, el vendedor de flores, el carpintero, el vendedor de viñetas, el héroe, las doncellas, el maestro haiku, y todos los demás. El príncipe Toin tuvo la benevolencia de divertirse, permitiendo que el marqués, que estaba a su lado, viera su sonrisa de placer, y los príncipes siameses daban jubilosas palmadas en el hombro de Kiyooki.

Como tanto su padre como su madre estaban atareados agasajando al príncipe y la princesa, respectivamente, Kiyooki quedó más o menos solo con los dos jóvenes siameses. Tenía suficiente con intentar liberarse de las geishas, que se agrupaban alrededor de él y los príncipes siameses, todavía torpes con el idioma japonés. Le quedaban pocas oportunidades de preocuparse de Satoko.

—Joven amo —decía la geisha que hacía el papel de poeta—, ¿serás tan amable de venir a visitarnos pronto? Muchas de las chicas se han enamorado de usted hoy: ¿van a quedar sin recompensa?

Las geishas jóvenes, incluso las que hacían papeles masculinos, llevaban un ligero toque de sombra alrededor de los ojos, lo que daba a sus rostros sonrientes un acento embriagador. Aunque el aire fresco anunciaba a Kiyooki que estaba llegando la noche, tenía la sensación de estar protegido del viento por un biombo de sedas, bordados y mejillas empolvadas.

Se preguntaba cómo aquellas mujeres podían reír y actuar con apariencia tan feliz como lo estaban haciendo. Las estuvo observando detenidamente: cómo gesticulaban al contar historietas; sus uniformes movimientos de cabeza como si tuvieran un gozne de oro finamente labrado en el suave cuello blanco; cómo admitían las bromas, dejando asomar en sus ojos la ira sin dejar de sonreír; cómo adoptaban instantáneamente una expresión grave para celebrar algún dicho sentencioso de un invitado; el aire de fría separación de los demás cuando ajustaban el cabello con un toque de la mano; de todos estos detalles, el que más le interesaba era el modo de mirar, la picardía de los ojos. Sin darse cuenta de lo que hacía, comparaba todo aquello con la característica mirada de Satoko. Los ojos de las geishas eran animosos y vivos, con expresión de independencia, pero Kiyooki los encontraba desagradables. Se posaban aquí o allí sin objeto, como moscas zumbantes. No tenían la coordinación delicada de Satoko, su sentido seguro de la elegancia.

Mientras estaba hablando con el príncipe, Kiyooki observó el perfil de Satoko. Le iluminaba la cara un débil resplandor del sol poniente. Pensó en los destellos de un cristal, en la tenue luz de un koto, en el encanto peculiar de todo lo inaccesible. Además, conforme la sombra de los árboles y el cielo se oscurecían gradualmente, el perfil de Satoko se idealizaba más y más, como la silueta del Monte Fuji en una puesta del Sol.

Mientras tanto, el barón Shinkawa y el conde Ayakura cambiaban lacónicas observaciones, sin sentirse en absoluto obstaculizados por la geisha que les asistía, cuyos servicios aceptaban con fría indiferencia. El césped que pisaban estaba cubierto de flores, y un pétalo, para alegría del barón, quedó adherido a uno de los zapatos del conde, brillante por el sol poniente. Los zapatos eran tan pequeños como los de mujer. Además, cuando el conde sostenía un vaso de saké, su mano parecía tan pequeña y blanca como la de una muñeca. El barón, ante tan manifiesta evidencia de noble origen, experimentó una punzada de celos. Sin embargo, estaba convencido de que su propio despiste «inglés», cuidadosamente administrado, y la natural abstracción del conde, aportaban a su conversación un estilo y un tono que ninguna otra pareja podría igualar.

—En cuanto a los animales —dijo el conde—, mantengo que la familia de los roedores tiene cierto encanto.

—¿La familia de los roedores? —replicó el barón, dejando su duda en el aire.

—Conejos, marmotas, ardillas y semejantes.

—¿Tiene usted algún roedor domesticado en su casa, señor?

—No, en absoluto. Huelen demasiado mal. La peste se extendería por toda la casa.

—Comprendo, son encantadores, pero usted no los tendría en su casa, ¿verdad?

—Bueno, señor, en primer lugar parecen ignorados por los poetas, ¿comprende? Y lo que no tiene lugar en un poema tampoco lo tiene en mi casa. Es norma de mi familia.

—Comprendo.

—No, no los tengo en mi casa. Pero el hecho es que son criaturas tan tímidas que no puedo pensar que haya animales más encantadores.

—Sí, conde, estoy completamente de acuerdo.

—En realidad, señor, todos los seres encantadores, no importa de qué clase, huelen mal.

—Sí, señor, creo que es así.

—Me dicen, barón, que pasa usted mucho tiempo en Londres.

—Sí, y en Londres, a la hora del té la anfitriona se ocupa de manera principal de preguntar a todos: «¿Primero el té o la leche?» Aunque al final vienen las dos cosas juntas, té y leche mezclados en la taza, los ingleses dan una importancia enorme a la preferencia de cada uno sobre cuál de los dos ingredientes debe echarse primero. Para ellos parece asunto de mayor gravedad que la última crisis gubernamental.

—Muy interesante, muy interesante en verdad, señor.

No daban a la geisha ninguna oportunidad para intervenir con una sola palabra en la conversación, ni tampoco, a pesar del tema del día, demostraban el menor interés en la fiesta de las flores del cerezo.

La marquesa de Matsugae estaba hablando con la princesa Toin, que tenía una afición extrema por el *nagauta* y tocaba el *samisen* con gran destreza. Junto a ellas estaba la anciana geisha, la mejor cantadora de Yanagibashim, contribuyendo a la conversación. La marquesa estaba contando que algún tiempo atrás, en la fiesta de compromiso de un pariente, había tocado «El verde de los pinos» al piano, con acompañamiento de un *hoto* y un *samisen*, conjunto, según decía, que todos los invitados encontraron encantador. La princesa seguía la historia con vivo interés, y expresó su gran sentimiento por no haber podido estar en la fiesta.

Con frecuencia se escuchaban las risotadas sonoras del marqués de Matsugae. El príncipe Toin, por otro lado, gustaba de reírse de vez en cuando, pero lo hacía con la debida moderación, poniendo la mano delante de su bien acicalado bigote. La anciana geisha del papel de juglar susurró algo al oído del marqués, que inmediatamente dijo a sus invitados con voz cordial:

—Está bien. Ha llegado el momento del baile de la fiesta de la flor del cerezo. ¿Les importaría acercarse más al escenario?

Este anuncio, en realidad, pertenecía a la esfera de autoridad del mayordomo Yamada. Extrañado de que le arrebatara su papel el amo sin previo aviso, el anciano pestañeaba nerviosamente detrás de sus gafas. Esta reacción, que ocultó a la curiosidad de todos, era algo habitual en él, siempre que tenía que vérselas con lo inesperado.

Yamada jamás pondría un dedo en nada perteneciente al marqués, y esperaba que su amo mostrara, a su vez, cierta discreción con él. Por ejemplo, en el otoño anterior tuvo lugar un incidente. Los hijos de los extranjeros que vivían en las casas de más allá de la verja habían reunido algunas bellotas en los terrenos de la finca. Los hijos de Yamada habían salido para unirse con ellos, pero cuando los muchachos extranjeros les ofrecieron una parte de sus bellotas las rechazaron horrorizados. Su padre les había advertido muy severamente que no tocaran nada que perteneciera al amo. Los muchachos extranjeros no comprendieron su reacción, y posteriormente, el padre de uno de ellos fue a quejarse a Yamada. Cuando él se enteró de lo sucedido, reunió a sus hijos y les elogió por su conducta.

Pensando en esto se adelantó con determinación patética, en medio de sus invitados, agitando alrededor de sus piernas inseguras las faldas de su *hakama*, y les dirigió febrilmente hacia el escenario.

En este mismo momento, desde detrás de la cortina roja y blanca que en semicírculo cerraba el escenario, surgió el aviso de que el programa iba a comenzar.

XIX

Kiyoaki y Satoko no tuvieron ninguna oportunidad de estar a solas hasta que llegó un breve intermedio después del baile, justo cuando empezaba a caer la noche. Era el momento señalado a los invitados para trasladarse hacia la casa occidental, donde iba a tener lugar el banquete. Las geishas se mezclaban con los huéspedes una vez más, para escuchar los elogios de sus actuaciones, mientras los hombres se emborrachaban sin ningún recato. Era ese extraño momento del final de la tarde, cuando las luces son todavía innecesarias, y uno se ve atrapado por una vaga incertidumbre.

Kiyoaki volvió deliberadamente la mirada en dirección de Satoko y vio que ella estaba cuidando de seguirle a una discreta distancia. En un punto donde la senda que bajaba de la colina formaba bifurcación, un camino al estanque y otro a la verja principal, se abría un paso en la cortina roja y blanca. Allí había un enorme cerezo, con tronco lo bastante grueso para proteger de las miradas curiosas. Kiyoaki se adelantó y esperó detrás del árbol. Pero antes que Satoko pudiera reunirse con él, se vio en un grupo de damas de la princesa Toin, que regresaban del estanque, después de una excursión por la colina. Como Kiyoaki no podía salir

del escondite, no le quedaba más remedio que esperar hasta que Satoko pudiera encontrar un pretexto para escaparse.

Kiyoaki, solo con sus pensamientos, miró al árbol y por primera vez aquel día se acordó de las flores del cerezo. Colgaban en enormes racimos de la negra austeridad de las ramas, como una masa de conchas marinas blancas sobre un arrecife. El viento de la tarde acariciaba las puntas de las ramas, y éstas se doblaban graciosamente con una lluvia de flores. La palidez de las flores estaba matizada por racimos de rojos capullos. Con sutileza, casi invisible, el centro en forma de estrella de cada flor estaba marcado con diminutos puntos, como los hilos que sostienen un botón.

El firmamento se oscureció y el contorno de las nubes empezaba a borrarse, y las flores comenzaban a perder su color en una sombra anunciadora de la noche. El negro tronco del árbol y sus ramas parecían a cada instante más pesadas y sombrías.

A cada minuto, a cada segundo que pasaba, las flores de cerezo se hundían en una intimidad más profunda con el firmamento. Kiyoaki entró en el campo de los presentimientos.

Satoko apartaba la cortina, abriéndose camino hacia Kiyoaki. La cogió de la mano, fría por la brisa de la noche.

Ella se resistió, y miró ansiosa a su alrededor cuando él intentó besarla, pero como siempre se preocupaba de proteger su kimono más que de cualquier otra cosa, no le fue difícil abrazarla.

—Esto me parte el corazón. Por favor, déjame ir, Kiyo.

Satoko hablaba en voz muy baja, temerosa de que pudieran oírla. Kiyoaki estaba furioso, pues había pensado únicamente en una consumación suprema en aquel momento, allí, junto a las flores de cerezo. El gemir creciente del aire le ponía cada vez más nervioso, y estaba casi desesperado por no encontrar un momento de felicidad para ellos dos, con exclusión de todo lo demás. De aquí su frustración, al descubrir que los pensamientos de Satoko estaban en otra parte. Era el esposo celoso, que insiste en que su esposa tenga los mismos sueños que él.

Satoko nunca había parecido más hermosa que cuando cerró los ojos, todavía en sus brazos. Aunque no había ningún contorno que desfigurara la delicadeza de su cara, estaba no obstante marcada con un rasgo de obstinación. Las comisuras de los labios estaban ligeramente levantadas. Trataba él de averiguar si estaba riendo o llorando, pero la cara ya sumergida en la sombra era un presagio de oscuridad. Miró su oreja, casi oculta por el cabello. Con su tinte de rojo y su curva fina, aquella maravilla le hizo pensar en un delicado nido de corales aparecido en sueños, conteniendo un diminuto y precioso Buda esculpido. Había algo misterioso en el hueco del oído desvaneciéndose en la oscuridad. Se preguntaba si no sería allí donde estaba oculto su corazón. ¿O tal vez se escondía tras aquellos labios delicados y aquellos dientes brillantes?

Con la sensación de una cercana frustración, se preguntó cómo podría penetrar las defensas de Satoko. Luego, de repente, como si ella ya no pudiera resistirse más, echó la cara hacia adelante y la besó. Con un brazo le estaba rodeando la cintura. Sintió el calor que se insinuaba en las puntas de los dedos que descansaban sobre su cadera, y le recordaba en cierto modo la atmósfera dulce y sofocante de un invernadero cuyas flores se estuvieran secando.

Había un olor penetrante que daba la sensación deliciosa de asfixiarse en él. Aunque ella no había dicho una palabra, él era presa de sus propias imaginaciones y estaba completamente convencido de hallarse al borde de un momento de belleza sin par.

Retiró la boca, pero quedó apretada contra la parte delantera de su uniforme la masa tupida de su cabello. Mirando por encima de la cabeza de Satoko a los cerezos, algo más allá de la cortina, titubeaba por el perfume de su pelo, indistinguible del aroma de las flores.

De súbito se dio cuenta de que las lágrimas le caían por las mejillas. Afligido por su espíritu de pura averiguación, se sintió impulsado a identificarlas como lágrimas de júbilo o de dolor, pero esto sería demasiado para él.

Se liberó Satoko, y sin detenerse a secarse los ojos le miró, con una actitud completamente cambiada, y exclamó en tono punzante que no dejaba ninguna esperanza de compasión:

—No eres más que un niño, Kiyō. Un chiquillo. No entiendes nada. Ni siquiera tratas de entender. ¿Por qué he aguantado tanto? Cuánto desearía haberte podido enseñar lo que sé sobre el amor. Tú tienes una alta opinión de ti mismo, ¿verdad? Pero en verdad, Kiyō, no eres más que un bebé. Oh, ¡ojalá me hubiera dado cuenta de esto! ¡Hubría tratado de ayudarte más! Ahora es demasiado tarde.

Después desapareció tras la cortina, dejando al joven destrozado entre sus imaginaciones.

¿Qué había sucedido? Con exactitud había pronunciado las palabras justas para herirle más profundamente, como flechas lanzadas a sus puntos más débiles. Había utilizado un veneno, destilado de los celos que más le acometían. Él debió haberse parado a reflexionar en la eficacia extraordinaria de este veneno; haber intentado averiguar por qué había tenido lugar tanta malicia.

Pero el corazón le daba golpes en el pecho, y le temblaban las manos. Le abrumaba una rabia tan amarga que estaba a punto de llorar. No estaba en condiciones de ser objetivo, ni de analizar fríamente la emoción que le embargaba. Todavía peor, tenía que volver con los huéspedes. Y luego en la tarde no habría ningún escape posible. Tendría que mantener una conversación agradable como si nada le hubiera turbado. No podía imaginarse una misión para la que se encontrara menos preparado.

XX

En cuanto al banquete, todo salió como estaba planeado, con un final feliz, sin ningún fallo. El rudo optimismo del marqués era a prueba de todas las sutilezas. Él estaba muy satisfecho, y jamás soñó que ninguno de sus huéspedes pudiera sentirse de otro modo. En tales momentos entraba en juego su esposa, como reveló la consiguiente conversación:

—El príncipe y la princesa parecen haberlo pasado muy bien desde el principio hasta el final, ¿no es verdad? —empezó el marqués—. Creo que se fueron a casa completamente felices.

—Eso no hace falta decirlo —replicó la marquesa—. ¿No se dignó decir su alteza el príncipe que no había pasado un día tan delicioso desde que murió el emperador?

—Esa no es la mejor forma de expresarlo, pero yo sé lo que quiso decir. Sin embargo, una fiesta que dura desde la media tarde hasta entrada la noche, ¿no crees que pueda haber sido aburrida para algunos de ellos?

—No, no, en absoluto. Tú ordenaste las cosas tan inteligentemente, con tal variedad de entretenimientos, que todo transcurrió maravillosamente bien. No creo que nuestros invitados tuvieran un solo momento sin diversión.

—¿No se durmió nadie durante la película?

—Oh, no. Todos estuvieron mirando con los ojos bien abiertos, desde el principio al final, con el más vivo interés.

—Pero sabemos que Satoko es una chica muy sensible. Yo no creo que las escenas fueran demasiado románticas, pero ella fue la única que derramó lágrimas.

En efecto, Satoko había estado llorando durante la película. El marqués había advertido sus lágrimas cuando las luces se encendieron.

Kiyoaki se dirigió a su habitación, deshecho. Estaba del todo despierto, y le era imposible conciliar el sueño. Abrió la ventana e imaginó que las tortugas voraces se estaban reuniendo en aquel momento, levantando sus cabezas verdes sobre la superficie oscura del estanque, para asomarse en dirección a él. Finalmente tocó la campanilla para llamar a Iinuma, quien desde que estudiaba en las clases nocturnas siempre estaba en casa por las tardes.

Al penetrar en la habitación, Iinuma no necesitó más que una simple mirada para darse cuenta de que la ira y la frustración estaban torturando al joven amo. En las últimas semanas había ido adquiriendo gradualmente cierta habilidad en leer las expresiones faciales, conocimiento que hasta recientemente había estado por encima de su alcance. En especial había perfeccionado sus conocimientos en Kiyoaki, con quien tenía contactos diarios y cuyas expresiones le recordaban los fragmentos de cristal de colores que se mueven dentro del caleidoscopio.

En consecuencia, su disposición y perspectiva empezaron a alterarse. No mucho tiempo atrás, la cara de su joven amo con esta ansiedad y aflicción reflejadas, le habría llenado de repugnancia por lo que él había considerado pesada indolencia de Kiyoaki. Pero ahora lo veía como un refinamiento.

El júbilo no encajaba dentro del carácter de Kiyoaki. Su belleza tenía un tono melancólico, y así parecía más atractivo bajo la tensión de la ira o la pena. En momentos así, sus pálidas mejillas se ponían más blancas, sus bellos ojos aparecían inyectados de sangre, sus cejas delicadamente arqueadas se encogían en un ceño, y todo su espíritu parecía vacilar como si su mundo interior estuviera deshecho. Daba la sensación desesperada de necesitar algo a que sujetarse. Y de esta forma la dulzura se prolongaba en su desolación, como el eco de una canción en un desierto.

Como Kiyoaki no decía nada, Iinuma se sentó en la silla que acostumbraba a usar últimamente, aun cuando Kiyoaki no se la ofreciera. Luego extendió la mano y empezó a leer el menú del banquete, que Kiyoaki había tirado sobre la mesa. Los platos que figuraban en la lista constituían un festín tal que Iinuma sabía que no los gustaría jamás, por muchas décadas que sirviera a los Matsugae.

«Banquete del Festival de la Flor del Cerezo.

»6 de abril de 1913, Segundo año de la Era Taisho.

»*Sopa*

»Sopa de tórtola. Carne de tórtola finamente picada flotando en el caldo.

»Sopa de pollo. Caldo con finos trozos de pollo.

»*Entradas*

»Trucha escalfada. Preparada con vino blanco y con leche.

»Filetes de vaca asados. Preparados con setas.

»Codorniz asada. Estofado con setas.

»Filetes de carnero hervidos. Guarnición de apio.

»Paté de Foie Gras. Servido con carne de aves en frío, piña en trozos y vino con hielo.

»Gallo inglés asado. Estofado con setas.

»*Ensaladas individuales*

«Hortalizas.

«Espárragos. Judías verdes.

«Preparados ambos platos con queso.

»*Postres*

»Natilla francesa. Petit Fours.

«Crema helada. Una variedad de gustos.»

Mientras Iinuma leía el menú, Kiyooki le estuvo mirando fijamente, sucediéndose en su cara una expresión a otra. En un momento sus ojos parecían llenos de desprecio, y al siguiente rebosaban de atracción patética. Le irritaba que Iinuma se sentara allí esperando que él rompiera el silencio. Si Iinuma hubiera sido capaz de olvidar la relación amo-criado en aquel momento, y hubiera puesto la mano sobre el hombro de Kiyooki, como un hermano mayor, habría podido iniciar con facilidad la conversación.

No tenía la menor idea de que el hombre que se sentaba delante de él era diferente del Iinuma a que estaba acostumbrado. Lo que no comprendía era que Iinuma, que una vez había estado obsesionado con la supresión de sus pasiones, hubiese desarrollado ahora una suave indulgencia para con él, y que inexperto como era le hubiese procurado los primeros pasos dentro del mundo de las emociones más sutiles.

—Apenas puedo imaginar que tengas la menor idea de lo que bulle en mi mente —dijo Kiyooki al fin—. La señorita Satoko me ha ultrajado. Me ha hablado como si fuera yo un chiquillo. Y llegó a decir que hasta ahora me había portado siempre como un muchacho necio. No, en realidad lo dijo con otras palabras. Se dirigió a mí con todo lo que más podía herirme, como si lo hubiera planeado cuidadosamente. No llego a comprender cómo ha podido decidirse a obrar de esa manera. Ahora me doy cuenta de que la excursión de aquella mañana de nieve fue idea suya... Ahora entiendo que no fui más que un juguete con el que estuvo jugando.

Kiyooki hizo una pausa y luego continuó:

—Ahora dime, ¿no tienes la menor indicación de cómo fueron las cosas realmente? Por ejemplo, Tadeshina, ¿no dijo nada que sonara a sospechoso?

Iinuma pensó un momento antes de contestar.

—Bueno, no, señor. Yo no he oído nada.

Pero su pausa embarazosa se agarró a los nervios de Kiyooki como una enredadera.

—Me estás mintiendo. Tú sabes algo.

—No, señor. No sé nada.

Al fin, sin embargo, bajo la presión de las preguntas de Kiyooki, Iinuma descubrió lo que había decidido no revelar. Ser capaz de sentir la actitud de un hombre es una cosa, pero medir su reacción probable es otra muy distinta. No se dio cuenta que sus palabras golpearían a Kiyooki con la fuerza de un hacha.

—Esto es lo que Miné me dijo, señor. Soy la única persona a quien hablé, y yo prometí fielmente no revelar una sola palabra a nadie. Pero como se refiere al joven amo, creo que es mejor que lo diga. Era el día de la fiesta familiar del Año Nuevo, cuando la señorita Ayakura estaba aquí en la casa. Día en que su padre, el marqués, es tan amable que invita a todos los hijos de sus parientes para agasajarlos aquí. Habla con ellos y escucha sus problemas, como usted sabe. Y así resultó que su padre, el marqués, preguntó a la señorita Ayakura en tono de broma si no tenía ningún problema que quisiera discutir con él.

»Ella respondió, también en tono de broma:

»—Sí, en realidad tengo un problema muy serio que quiero discutir con usted, señor marqués de Matsugae. Me pregunto si podría hacer indagaciones acerca de sus puntos de vista sobre la educación.

»En este punto debo decirle, señor, que el marqués refirió todo este incidente a Miné, bueno, en lo que se llama historias de tiempo de cama —estas palabras supusieron para Iinuma un dolor inexplicable—, y lo contó con todo detalle, riendo sonoramente mientras lo contaba. Ella me lo confió a mí tal como él dijo que había sucedido. De todos modos, la señorita Ayakura había captado el interés de su padre, el marqués, y éste preguntó:

»—¿Dices mis puntos de vista sobre la educación?

»Y luego la señorita Ayakura dijo:

»—Bueno, según lo que he oído de Kiyō, su padre parece un gran defensor del acercamiento empírico. Me dijo que usted le llevó a una visita del mundo de las geishas, a fin de que pudiera aprender la mejor forma de comportarse allí. Y Kiyō parece sentirse muy dichoso con los resultados, creyendo que ahora es ya todo un hombre. Pero en realidad, señor marqués de Matsugae, ¿es cierto que usted defiende el método empírico aun a costa de la moralidad?

»Comprendo que la señorita hizo esta embarazosa pregunta con su habitual naturalidad, sin esfuerzos. Él soltó una carcajada y luego contestó:

»—¡Qué pregunta más difícil! Eso es precisamente lo que los grupos de la reforma moral están preguntando en sus peticiones a la Dieta. Bueno, si lo que dijo Kiyōaki era cierto, entonces yo podría mostrar algo en mi defensa. Pero la verdad es esta: Kiyō rechazó la oportunidad educacional. Como sabes, es muy raro; tan fastidioso, que me resulta a veces difícil creer que es hijo mío. Ciertamente, yo le pedí que me acompañara, pero apenas tuve tiempo para abrir la boca antes que él se retirase de muy mal humor. ¡Pero, qué divertido! Aun cuando eso es lo que realmente sucedió, él ha fabricado una historia para tener algo de qué presumir. No obstante, me apena pensar que he criado a un chico capaz de ignorar el distrito prohibido. Ahora le llamaré y le haré que se entere de lo orgulloso que estoy de su comportamiento. Esto tal vez le llegue a persuadir de dar una vuelta por la casa de alguna geisha.

»Pero la señorita Ayakura rogó al padre de usted, el marqués de Matsugae, y al fin le convenció para que desechara semejante idea. Y también le hizo prometer que olvidaría lo que ella le había dicho. Y así él se abstuvo de hablar del hecho a nadie, por respeto a su palabra. Pero al fin habló a Miné, riendo todo el tiempo y muy divertido por toda la historia. Pero le dejó una advertencia severa de que no dijera una palabra a nadie. Miné es una mujer, naturalmente, y ella no podía guardar el secreto, y al final me lo contó. Me di cuenta de que iba envuelto el honor del joven amo, por lo que la amenacé diciéndole que si la historia llegaba a oídos de más personas yo rompería con ella inmediatamente. Quedó tan afectada por la forma en que le hablé, que no creo que haya peligro alguno de que se extienda la historia.

Mientras escuchaba la narración de Iinuma, Kiyōaki se puso todavía más pálido. Era como un hombre cogido en una niebla espesa, golpeándose la cabeza contra uno y otro obstáculo, hasta que la niebla desaparece para dejarle ver unas columnas de mármol blanco. La preocupación asumió ahora una forma perfectamente clara.

A pesar de negarlo, Satoko había leído su carta. Al principio le había disgustado, naturalmente, pero cuando descubrió en la fiesta familiar del Año Nuevo, por boca del propio marqués, que era una mentira, se emocionó y llenó de satisfacción en su «Año Nuevo más feliz». Ahora comprendió por qué le había abierto el corazón de forma tan apasionada y súbita aquel día. Y al fin, con su mayor confianza, había tomado la decisión de invitarle a salir a aquel paseo, con la nieve de febrero.

Esta revelación no explicaba las lágrimas de Satoko de hoy, ni la severa reprimenda que le había dado. Pero estaba muy claro para él que Satoko era una embustera de pies a cabeza, que se había estado riendo de él desde el principio hasta el final. Sin importar cómo trataría de defenderla, era innegable que había recibido un placer sádico con el desconcierto y derrota de Kiyōaki.

«Por un lado —pensó amargamente— me acusa de haberme comportado como un chiquillo, y por otro, es evidente que se ha estado comportando como si quisiera que yo permaneciera así para siempre. ¡Qué astuta es! Da la sensación de ser una mujer que necesita ayuda, en el mismo momento que se dispone a jugar una de sus tretas sin escrúpulos. Pretendía adorarme, pero en realidad estaba actuando de niña.»

Abatido como estaba por el resentimiento, no se detuvo a reflexionar que era su carta la que había dado comienzo a todo, que era su mentira la que había iniciado

aquel tren de acontecimientos. Todo lo que podía ver era que sus desgracias partían de la traición de Satoko.

Ella había herido su orgullo en una etapa de su vida, la transición penosa entre la niñez y la virilidad, en que nada era más precioso para él. Aunque todo este asunto hubiera podido parecer trivial a un adulto, como habían demostrado claramente las risotadas de su padre, era una chanza que pesaba sobre su propia estima, y para Kiyooki, con sus diecinueve años, nada había más delicado y vulnerable. Se diera cuenta de ello o no, lo cierto es que se había metido en este asunto con una increíble falta de sensibilidad. Kiyooki se sentía desgraciado.

Iinuma observaba aquella cara blanca con compasión, en un silencio prolongado, pero no comprendió el golpe de castigo que acababa de dar. Este muchacho apuesto nunca había perdido una oportunidad para desconcertarle, y ahora, sin la menor traza de venganza en sus intenciones, había aplastado a Kiyooki. Además, nunca había sentido un afecto más íntimo para con él como en este momento, contemplándole, sentado, con la cabeza inclinada.

Sus pensamientos tomaron un rumbo más suave, más considerado: ayudaría a Kiyooki hasta su cama. Si el muchacho empezaba a llorar, también él lloraría con él. Pero cuando Kiyooki levantó la cabeza sus facciones eran duras y firmes. No había ninguna señal de lágrimas. Su mirada fría, penetrante, desterró todas las fantasías de Iinuma.

—Está bien —dijo—. Puedes irte ahora. Voy a acostarme.

Se puso en pie por sí mismo, y empujó a Iinuma hacia la puerta.

XXI

Al día siguiente, Tadeshina telefoneó repetidas veces, pero Kiyooki no acudió al teléfono. Luego pidió hablar con Iinuma, y le dijo que la señorita Satoko deseaba a toda costa hablar directamente con el joven amo y pedía que Iinuma le trasladara la noticia. Kiyooki, sin embargo, le había dado instrucciones muy severas, y no podía actuar de mediador. Finalmente, después de un número de llamadas, la misma Satoko telefoneó a Iinuma. El resultado, sin embargo, fue el mismo: negativa completa.

Siguieron las llamadas durante varios días, causando no poca turbación entre las doncellas de la casa. La respuesta de Kiyooki seguía invariable. Al fin apareció Tadeshina en persona.

Iinuma la recibió en una entrada lateral oscura. Él se sentó sobre sus tobillos en la plataforma, ordenados todos los pliegues de su hakama de algodón, determinado a no permitir a Tadeshina dar un paso dentro de la casa.

—El joven amo está ausente y por tanto no le es posible recibirte.

—Yo no creo que eso sea verdad. Sin embargo, si insistes, ¿te importaría llamar a mister Yamada?

—Aun cuando veas a mister Yamada, me temo que no habrá ninguna diferencia. El joven amo no te recibirá.

—Está bien, si es lo que tú crees. Voy a tomarme la libertad de entrar sin ser invitada, para discutir la cuestión directamente con el joven amo.

—Naturalmente eres totalmente libre para entrar como gustes. Pero él se ha encerrado en su habitación, y no hay forma de tener acceso a él. Y luego, presumo que tu recado es de naturaleza más bien confidencial. Si se lo revelarás a Yamada, podría dar lugar a algunos comentarios dentro de la casa, que eventualmente llegarían a oídos de su excelencia el marqués. Sin embargo, si esa perspectiva no te preocupa...

Tadeshina no dijo nada. Mientras miraba con repugnancia a Iinuma, advirtió cuán claramente destacaban sus granos, aun en la penumbra de la entrada. Era un brillante día de primavera, reluciendo bajo la luz del sol las puntas verdes de los pinos. Aquella cara envejecida, aquellas arrugas escasamente reducidas por la capa de polvos que la cubrían, le recordaba una figura pintada en crepé. La malicia se reflejaba agudamente en unos ojos hundidos.

—Muchísimas gracias. Supongo que aunque tú sólo estás obedeciendo órdenes del joven amo, debes prepararte para las consecuencias de dirigirte a mí en esa forma. Hasta ahora, he estado haciendo uso de mi ingenio por tu bien. No sería

inteligente depender mucho de ello en lo sucesivo. Te ruego tengas la amabilidad de trasladar mis respetos al joven amo.

Cuatro o cinco días más tarde llegó una gruesa carta de Satoko. Ordinariamente Tadeshina entregaba a Iinuma directamente las cartas dirigidas a Kiyooki, con el fin de engañar a Yamada; pero esta vez la carta fue depositada en la bandeja dorada, con el emblema familiar, y entregada abiertamente por Yamada en la habitación de Kiyooki.

Kiyooki se tomó el trabajo de llamar a Iinuma a su habitación para mostrarle la carta sin abrir. Luego le pidió que abriera la ventana. En su presencia metió la carta en el fuego de su *hibachi*. Iinuma observaba su blanca mano moviéndose sobre el *hibachi*, evitando las pequeñas lenguas de fuego, atizando la llama cuando el peso de la carta amenazaba sofocarla. Iinuma tenía la sensación de que se estaba cometiendo ante sus ojos una forma refinada de crimen. Si hubiera ayudado, estaba seguro de que la cosa se habría hecho con mayor eficacia, pero no se ofreció a ayudar, temiendo una negativa. Kiyooki le había llamado allí sólo para que fuera un testigo.

Kiyooki no pudo evitar el humo que salía del papel y le cayó una lágrima por la mejilla. Iinuma había esperado una vez que la disciplina dura y las lágrimas ayudarían a Kiyooki a lograr una actitud adecuada en la vida. Ahora permaneció mirando las lágrimas que agraciaban las mejillas de Kiyooki, enrojecidas por el fuego. Lágrimas que no se debían a ningún esfuerzo suyo. «¿A qué se debe —se preguntó— que siempre me sienta desamparado en presencia de Kiyooki?»

* * *

Un día, pasada una semana, cuando su padre llegó a casa inusualmente temprano, Kiyooki cenó, por primera vez en varias semanas, con su padre y su madre en el salón de recepciones de la casa principal.

—¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó el marqués—. El año próximo recibirás el quinto grado, primera graduación, y después haré que todos los criados se dirijan a ti con la fórmula debida a tu rango.

Kiyooki temía su mayoría de edad, en el año próximo. Posiblemente la tenue influencia de Satoko estaba en el centro de su cansado desinterés, a la edad de diecinueve años, en la perspectiva de alcanzar la condición de adulto. Había dejado atrás la disposición infantil que hace que el muchacho cuente el tiempo que queda hasta el Año Nuevo con las puntas de los dedos y ardía con impaciencia por llegar a la virilidad. Escuchó las palabras de su padre con un talante frío y sombrío.

La comida prosiguió según el ritual fijado: su madre con la máscara de la melancolía clásica y su gracia indeclinable, su padre con la cara enrojecida y un desprecio deliberadamente animoso hacia las delicadezas. Sin embargo, Kiyooki advirtió algo que llegó a sorprenderle: la mirada de sus padres. Nadie podría decir que era un mero intercambio de miradas. No parecía sino una conspiración silenciosa entre la pareja. Cuando Kiyooki miró a la cara de su madre, su expresión titubeó, y luego tartamudeó en sus primeras palabras:

—Vamos..., Kiyooki..., hay algo que me gustaría preguntarte, que quizá no sea del todo agradable. Aunque quizás exagerásemos demasiado las cosas llamándolas desagradables. En todo caso, quisiera saber tu opinión.

—¿De qué se trata?

—Bueno, el caso es que la señorita Satoko ha recibido otra proposición de matrimonio. Y esta vez las circunstancias son extremadamente complejas y delicadas. Si se deja llegar más lejos, puede que no haya duda sobre una negativa libre y fácil. Como siempre, la señorita Satoko no es propicia a dejar que nadie

sepa cómo piensa, pero esta vez dudo que decida dar una rotunda negativa como en el pasado. Y sus padres están también dispuestos favorablemente. Así, digamos algo sobre ti. La señorita Satoko y tú os habéis mantenido afecto desde que erais niños. ¿No tienes nada que decir sobre su matrimonio? Todo lo que debes hacer ahora es decirnos lo que piensas. Y si tienes alguna objeción, creo lo más acertado que tu padre sepa la razón exacta.

Kiyoaki respondió sin vacilar, sin siquiera detenerse en el uso de sus palitos para comer.

—Yo no tengo la menor objeción que hacer. Es algo que a mí no me concierne en lo más mínimo.

Siguió un breve silencio, después del cual el marqués habló en un tono que indicaba lo imperturbable que era su buen talante.

—Está bien; en este punto todavía es posible retroceder. Si por un momento supusiéramos que estás involucrado de algún modo en esto, aun en el grado más ínfimo, ¿qué dirías?

—Yo no me siento implicado en ningún modo.

—Dije que era un hablar, ¿no? Pero si quieres que siga, está bien. Estamos en deuda con esa familia, y por tanto tengo la intención de hacer cuanto pueda para colaborar en este asunto, y a no escatimar gastos ni molestias para llevarlo a una conclusión feliz. En todo caso, así es como están las cosas. El mes que viene es el festival Omiyasama, pero si las cosas siguen progresando de esta forma, imagino que Satoko va a estar demasiado atareada para poder tomar parte en esa fiesta este año.

—En tal caso, quizá fuera una buena idea no tomarse la molestia de invitarla.

—Vaya; esto es una sorpresa —exclamó el marqués con una sonora carcajada—. No tenía la menor idea de que pensaras así.

Y la carcajada fue el final de la discusión.

En el análisis final, Kiyoaki resultaba un misterio para sus padres. Sus reacciones emocionales eran del todo diferentes a las de ellos. Cuantas veces habían intentado entender lo que estaba pensando, habían sufrido la desilusión de no entenderlo en absoluto. Y desistieron. Con relación al asunto de ahora, incluso tenían cierto resentimiento contra los Ayakura, por haberles educado a su hijo en tal línea, aunque fueron ellos quienes voluntariamente se lo confiaron. Se preguntaban si la elegancia cortesana, por la que los dos habían suspirado, consistía precisamente en aquella clase de situaciones que hacían a su hijo tan difícil de entender. A distancia, esa elegancia tenía un atractivo innegable, pero cuando se confrontaban con ella en la persona de su propio hijo sus efectos constituían un enigma.

El marqués y la marquesa, cualesquiera que fueran sus intrigas, usaban de sus emociones como de materiales teñidos de colores vivos, primarios, tropicales. Las emociones de Kiyoaki, sin embargo, eran mucho más sutilmente complejas, y por tanto sus colores supuestos variaban: el marrón apagado de una hoja en otoño se transformaba en carmesí; el carmesí, en el verde de la caña de bambú. Su padre se agotaba con el intento de resolver el jeroglífico de su hijo. Se sentía exhausto ante la aburrida indiferencia de su apuesto hijo, y de su silencio frío. Trató de recordar su propia juventud, pero no podía traer a la memoria nada que se pareciera a la mutabilidad que dominaba a su hijo. Kiyoaki era como un lago cuyas claras aguas dejaran ver las piedras del fondo un momento, para ocultarlas poco después con una tormenta de fango.

Tras unos minutos, el marqués volvió a dirigirse a Kiyoaki:

—A propósito, he estado pensando en dejar en libertad a Iinuma.

—¿A qué se debe eso? —inquirió Kiyoaki mostrándose por primera vez auténticamente sorprendido ante la inesperada reacción.

—Bueno, te ha sido fiel durante mucho tiempo, pero no olvides que el año próximo alcanzarás la mayoría de edad. Y él también se ha graduado, por lo que

creo que es un buen momento. Existe también una razón específica. Ha llegado a mi conocimiento un rumor sobre él, bastante desagradable.

—¿Qué clase de rumor?

—Que su conducta dentro de la casa ha sido algo irregular. Para hablar claro, te diré que al parecer se ha estado entendiendo con una de las doncellas, Miné. Antiguamente, esto habría sido motivo suficiente para cortarle el cuello con mi propia espada.

La reserva de la marquesa era admirable cuando escuchaba palabras de su esposo. En todos los aspectos, ella sería siempre la firme aliada de su marido.

—¿Quién te ha comunicado tal rumor, papá? —insistió Kiyooki.

—Eso no viene al caso.

Kiyooki tuvo un recuerdo inmediato de Tadeshina.

—Sí, antiguamente habría tenido que eliminarle. Pero los tiempos han cambiado. Además vino aquí con una excelente recomendación del pueblo de Kagoshima, y yo conozco al viejo director de su colegio, que acude aquí para felicitarnos cada Año Nuevo. Será mejor dejarle ir sin ninguna perturbación, que no haría otra cosa que perjudicar su futuro. Además, quiero manejar las cosas con tacto, para facilitarle las cosas. Despediré también a Miné. Y si los dos siguen sus relaciones y quieren casarse, magnífico. Estoy deseoso de encontrar un trabajo para él. Lo principal es sacarle de la casa de forma que no le demos motivo para resentimientos. Será lo mejor. Después de todo, te ha servido fielmente durante muchos años, y en ese aspecto no tenemos queja alguna.

—¡Qué compasivo eres! ¡Y qué generoso!

Kiyooki se cruzó con Iinuma en el pasillo aquella noche, pero no le dijo nada.

Ya acostado, la cabeza sobre la almohada, por su imaginación pasaba un torbellino de ideas. Se enfrentaba con la realidad pura de que en adelante estaría solo. No tenía más amigos que Honda, y no le había dicho nada acerca de su problema inmediato.

Tuvo un sueño, y estuvo seguro de que jamás sería capaz de registrarlo en su *diario*. Los acontecimientos soñados eran demasiado complejos e irracionales.

En él se le aparecían mil caras. El campo de maniobras cubierto de nieve, del Tercer Regimiento, parecía extenderse delante de él. Allí estaba Honda, con uniforme de oficial. Luego creyó ver una bandada de pavos reales que se posaban en la nieve. Vio a Satoko. Llevaba un collar precioso, y con ella estaban los dos príncipes siameses, con una corona de oro que se disponían a colocar sobre su cabeza. En otro ángulo, Iinuma y Tadeshina tenían una acalorada discusión. Luego vio los dos cuerpos rodar hasta caer en un enorme y profundo precipicio. Miné llegó montada en una carroza, y su madre y su padre salieron para recibirla con sonrisas obsequiosas. Luego, él mismo creía estar navegando en una cabeceante balsa por el vasto océano.

«Estoy demasiado implicado en mi mundo de sueños —pensaba mientras todavía no había despertado de éste—. Han acabado transformándose en realidad. Son como una inundación que me arrastra...»

XXII

El príncipe Harunori, tercer hijo de su alteza imperial el príncipe Toin, había alcanzado recientemente la edad de veinticinco años y conseguido un generalato en la Guardia Imperial. Era de naturaleza magnánima y vigorosa, y en él descansaban la mayoría de las esperanzas de su padre. Para elegir novia para él no requería su padre la mediación de nadie, y así una larga serie de candidatas habían sido llevadas discretamente a la atención del joven. Ninguna de ellas, sin embargo, había despertado su fantasía imperial. Así pasaron los años, y cuando sus padres estaban ya en el borde final de la esperanza de casarle, el marqués de Matsugae aprovechó una oportunidad y les invitó a las fiestas de la floración del cerezo en su finca. Allí les fue presentada casualmente Satoko Ayakura. La pareja imperial quedó altamente impresionada con ella, y cuando los Ayakura, posteriormente, recibieron la petición confidencial de una fotografía, éstos obedecieron enviándoles una foto de Satoko en kimono de etiqueta. Cuando los padres del príncipe Harunori se la mostraron a éste, no hizo sus habituales observaciones, sino que la estuvo mirando durante mucho tiempo. La edad de Satoko, veintiún años, no era inconveniente de importancia.

El marqués de Matsugae sabía muy bien la deuda que tenía con los Ayakura por haber cuidado de Kiyooki desde niño, y había deseado desde siempre hacer algo para ayudar a la familia del conde a recuperar algo de su pasada grandeza. La mejor forma de conseguir esto, aparte de un matrimonio dentro de la familia del emperador, sería otro que uniera a los Ayakura con uno de los príncipes, y la línea impecable de los Ayakura como una familia de la nobleza Urin excluía todo obstáculo. Lo que no tenían los Ayakura, sin embargo, eran los medios financieros para los gastos en que incurrirían con su nueva posición, desde la dote hasta el dinero que tendrían que desembolsar regularmente para los regalos tradicionales de cada temporada a todos los seguidores de la casa imperial. Una suma espantosa, que había que considerar.

Con fría compostura, Satoko observaba el alboroto creado por estos acontecimientos. Lució muy poco el sol durante el mes de abril de aquel año, y cuando un día daba paso al otro, bajo un firmamento siempre nublado, las marcas de la primavera iban siendo reemplazadas por las del verano. Satoko se asomaba al amplio y descuidado jardín desde el mirador de su habitación. Vio cómo habían caído ya los pétalos de las camelias, y cómo de los racimos de hojas brotaban nuevos capullos. La complicada urdimbre de ramas y hojas de los granados, con

punzantes espinas, mostraban unos capullos rojizos a punto de estallar. Todos los nuevos retoños crecían verticalmente, de forma que el jardín parecía de puntillas, estirándose hacia arriba para alcanzar el cielo. Y ciertamente, cada día parecía estar más cerca de su meta.

Tadeshina estaba profundamente preocupada por la tristeza de Satoko, y de verla con frecuencia perdida en sus pensamientos. Por otro lado, escuchaba con atención todo lo que su madre y su padre tenían que decir, y seguía sus deseos como un tranquilo riachuelo entre las márgenes de su cauce. Ahora lo aceptaba todo con una débil sonrisa, y ya no quedaba rastro de su anterior obstinación. Pero tras la pantalla de tal docilidad, Satoko estaba ocultando una indiferencia tan grande como el firmamento gris de aquel mes de abril.

Un día de principios de mayo, Satoko fue invitada a tomar el té en la villa de verano de sus altezas imperiales, el príncipe y la princesa Toin. Ordinariamente, por esta época del año llegaba una invitación de los Matsugae para asistir a su fiesta de Omiyasama, pero pese a todas sus esperanzas, nunca le llegó a Satoko. En su lugar, apareció un funcionario de la casa del príncipe, con una invitación para el té, se la entregó a un mayordomo de los Ayakura, y se marchó.

A pesar de la apariencia de naturalidad de éste y otros incidentes similares, en verdad estaban cuidadosamente preparados en secreto, y aunque sus padres hablaban poco, ayudaban también a los conspiradores en su intento de cazar a Satoko en la compleja red de encantos que se estaba tejiendo a su alrededor.

El conde y la condesa estaban invitados también al té en la villa Toinnomya. Como ir en una carroza enviada por el príncipe con todos los aderezos apropiados sería un espectáculo demasiado llamativo, los Ayakura decidieron asistir en otro, amablemente prestado por el marqués de Matsugae. La villa, construida unos años antes, hacia finales de la era Meiji, estaba en las afueras de Yokohama. Si el propósito hubiera sido diferente, la excursión habría tenido el carácter feliz del paseo de una familia que buscaba el campo.

Por primera vez en muchos días el tiempo era agradable, buen presagio que el conde hizo notar a su esposa. Como se aproximaba el Día de los Muchachos, casi todas las casas, a lo largo del recorrido, tenían enarboladas sus banderolas de papel, una por cada hijo, que se agitaban con la brisa del sur. Oscilaban en tamaño, y las había negras, rojas, doradas. Si del mismo mástil colgaban cinco o más, no podían moverse libremente con el empuje del viento. Cuando el carruaje pasó junto a una casa de labranza, en la falda de las montañas, el puñado de banderolas, encima del tejado, era tan abundante que el conde sintió deseos de contarlas: eran diez en total.

—Válgame el cielo, ¡vaya un individuo vigoroso! —dijo el conde con una sonrisa. Para Satoko, esta observación era muy vulgar, impropia de su padre.

Los árboles del camino evidenciaban su crecimiento en las hojas nuevas y las ramas jóvenes. Las montañas eran una masa verde, que pasaba del casi amarillo al marrón casi negro. Las hojas de los árboles destacaban de manera especial en la efusión general de verdor que hacía resplandecer todo el campo.

—Oh, una mancha... —exclamó la condesa mirando la mejilla de Satoko. Pero en el momento que se disponía a sacar el pañuelo para limpiarla, Satoko se separó rápidamente y la mancha desapareció. Fue cuando su madre se dio cuenta de que la mancha en la mejilla de su hija no había sido sino la sombra de otra real en la ventanilla. Satoko lanzó una sonrisa triste. No encontró divertido el error de su madre. Le disgustaba ser objeto de inspecciones especiales, como si fuera una pieza de seda preparada para un regalo.

Las ventanillas se habían mantenido cerradas, para que la brisa no estropeará el peinado de Satoko, y en el interior, el carruaje se había puesto calurosamente desagradable. Mientras el coche se balanceaba y el verde de las montañas resplandecía en las eras de arroz, inundadas junto a la carretera, Satoko no recordaba lo que le estaba esperando. Por un lado, pensaba, estaba consintiendo

que un capricho la lanzara con audacia peligrosa en un camino del que no habría vuelta posible. Por otro lado, esperaba que algo interviniera milagrosamente y lo resolviera. Por lo pronto, había tiempo aún. Hasta el momento final era posible que llegara una carta de libertad. Pero en seguida volvía a renunciar a cualquier esperanza.

La villa Toinnomiya, casa-palacio de estilo occidental, se alzaba sobre un acantilado que dominaba el mar. Escaleras de mármol conducían a la entrada principal. Mientras un criado se hacía cargo de los caballos, los Ayakura descendieron del coche, y cambiaron observaciones de admiración respecto al espectáculo del puerto, ocupado por toda clase de barcos. Había sido servido el té en un amplio porche con vistas al mar. Había en él lozanas plantas tropicales, y a ambos lados de la puerta que daba acceso a él colgaban dos colmillos de elefante, regalos de la Corte de Siam.

Aquí, la pareja imperial dio la bienvenida a sus invitados y cordialmente les ofreció asientos. El té era, por supuesto, al estilo inglés, completado con pequeños y finos sándwiches, pastas y galletas, primorosamente ordenados en una mesa, con vajilla de plata, grabado en ella el crisantemo imperial.

La princesa recordó lo maravillosa que había sido la fiesta de la flor del cerezo en casa de los Matsugae, y luego, poco a poco, la conversación cambió al *mahjong* y al *nagauta*.

—En casa aún consideramos a Satoko como una niña, y todavía no le hemos permitido jugar al *mahjong* —dijo el conde, queriendo disimular el embarazoso silencio de su hija.

—Oh, ino diga eso! —rió la princesa graciosamente—. Nosotros, a veces pasamos todo el día jugando, si tenemos tiempo.

Satoko no podía sacar a colación un tema como el antiguo *sugoroku* y su colección de doce piezas blancas y negras, con las que jugaban a menudo.

El príncipe Toin estaba relajado, sin etiqueta, con un traje europeo. Llamó al conde a la ventana, junto a él, señaló a los barcos que había en el puerto e hizo alarde de sus conocimientos náuticos, como si estuviera dando instrucciones a un niño: aquél es un carguero inglés, aquel otro un barco con puente corrido, al lado hay un carguero francés, vea la cubierta protegida de aquel otro, y así sucesivamente.

A juzgar por el ambiente, podía sacarse la conclusión de que la pareja imperial estaba realizando considerables esfuerzos para conseguir un tema de conversación del agrado de sus huéspedes. Cualquier cosa que suscitara un interés mutuo bastaría, ya fueran los deportes, el vino o algo por el estilo. El conde Ayakura, sin embargo, recibía todo tópico de conversación con una pasividad bondadosa. En cuanto a Satoko, nunca se había mostrado tan consciente como esta tarde de la inutilidad de la elegancia, alimentado el pensamiento en ella por el ejemplo de su padre. Algunas veces el conde salía con algún chiste malo, que no tenía relación alguna con la conversación del momento, pero precisamente en esta ocasión se estaba conteniendo.

Pasado algún tiempo el príncipe Toin miró el reloj de pronto, como si algo acabara de ocurrírsele.

—Por una feliz coincidencia, Harunori llegará hoy a casa con permiso. Aunque es hijo mío, tiene aspecto de persona tosca. Pero, por favor, no se disgusten por ello. Después de todo es muy gentil.

Poco después, los criados anunciaban la llegada del joven príncipe.

Momentos más tarde aparecía en el porche la figura marcial de su alteza imperial el príncipe Harunori, crujiendo las botas y sonando la espada. Saludó a su padre con reverencia militar, y la impresión inmediata que dio a Satoko fue la de vacío total. Pero en este despliegue de pompa militar quedaba evidente el orgullo del príncipe Toin, así como la convicción del joven príncipe de que estaba cumpliendo con todo detalle el retrato que de él hubiese hecho su padre. En verdad, sus dos

hermanos mayores eran completamente distintos. Inusitadamente afeminados y enfermizos, habían sido la desesperación de su padre.

Hoy, sin embargo, la impresión de ver de cerca la belleza de Satoko debió producir algún efecto especial en la conducta del príncipe Harunori. Ni cuando fue presentada a él, ni en ningún momento después la miró a los ojos.

Aunque el joven príncipe no era demasiado alto, tenía un físico muy gallardo. Se movía con agilidad, con aire de importancia y decisión, que le daba cierta gravedad no corriente en personas tan jóvenes. Su padre parecía satisfecho y dichoso. Esta satisfacción paternal estaba dando lugar en ciertos medios sociales a una creciente impresión entre muchos de que el príncipe Toin ocultaba cierta debilidad de voluntad bajo aquel exterior impresionante.

En cuanto a sus aficiones, su alteza imperial el príncipe Harunori atendía a su colección de música occidental. Este parecía ser el único tema sobre el que tenía opiniones propias. Cuando su madre le pidió que tocara algo para ellos, aceptó inmediatamente y se dirigió al salón de recepciones donde estaba el fonógrafo.

Satoko no pudo resistir el deseo de levantar los ojos para observarle. Cubrió la distancia hasta la puerta con largas zancadas, y de sus botas negras impecablemente limpias saltaban chispas con la luz del sol. Tanto que ella imaginó trozos de cielo reflejados en el cuero negro como fragmentos de porcelana. Cerró los ojos y esperó la música. Sintió el presentimiento de una catástrofe, y el débil nudillo de la aguja al caer sobre el disco hizo eco en sus oídos como un trueno.

Después, el joven príncipe contribuyó muy poco a la conversación lógica iniciada sobre el tema musical. Al acercarse la noche los Ayakura se despidieron de sus anfitriones.

Una semana más tarde, el mayordomo de la casa del príncipe Toin llegó a la residencia Ayakura, y sostuvo con el conde una discusión larga y detallada. El resultado fue la decisión de empezar los procesos formales, para obtener permiso del emperador para la boda. Satoko vio el documento, que decía así:

«A Su Excelencia el Ministro de la Casa Imperial:

»Se incluye una humilde súplica, con referencia a las negociaciones relativas a la boda entre:

»Su alteza imperial el príncipe Harunori Toin, y Satoko, hija de su excelencia el conde Korebumi Ayakura, segundo grado de licenciatura, grado júnior; en posesión de la Orden del Mérito, tercera clase.

»Que la petición de si tales negociaciones pueden iniciarse de acuerdo con la complacencia imperial, esperamos humildemente sea concedida, para ser llevada en su día ante el trono imperial.

»Hoy, día 12 del quinto mes de la Era de Taisho.

SABURO YAMAUCHI,
mayordomo de la casa de su alteza
imperial el príncipe Toin.»

Tres días después llegó una contestación del ministro de la casa imperial:

«Al mayordomo de la casa de su alteza imperial el príncipe Toin:

»Con relación a la disposición presentada a los funcionarios de la casa imperial, concerniente al matrimonio de su alteza imperial el príncipe Harunori Toin y Satoko, hija de su excelencia el conde Korebumi Ayakura, segundo grado de licenciatura, grado júnior; en posesión de la Orden del Mérito, tercera clase.

»Se hace constar que una petición ante el trono imperial, sobre si tales negociaciones deben proseguir con la complacencia del emperador, ha sido debida y adecuadamente cursada.

»Dado el día 15 del quinto mes de la Era de Taisho.

El ministro de la casa Imperial.»

Y así, observadas las formalidades preliminares, la petición podía ser presentada al emperador en cualquier momento.

XXIII

Kiyoaki estaba en el último curso del colegio. En el otoño próximo empezaría los estudios universitarios, y había en su clase quienes estaban preparándose desde más de dieciocho meses para los exámenes de ingreso. Honda, sin embargo, no revelaba tal preocupación, lo que satisfacía a Kiyoaki.

El espíritu del general Nogi seguía vivo en el régimen de dormitorio obligatorio en el colegio, pero sus reglas permitían excepciones por razones de salud. Estudiantes como Honda y Kiyoaki, cuyas familias les tenían autorizados a no dormir en el colegio, estaban provistos del correspondiente certificado médico. La enfermedad achacada a Honda era un defecto valvular, y la de Kiyoaki, catarro bronquial crónico. Sus enfermedades imaginadas les obligaban a ficticios síntomas de ellas: Honda, pretendiendo ahogarse al respirar, y Kiyoaki tosiendo de manera forzada.

En realidad no había necesidad de estas comedias, porque nadie creía que estuvieran enfermos. Sin embargo, los oficiales subalternos del Departamento de Enseñanza Militar, veteranos todos de la guerra ruso-japonesa, se negaron a tratarlos como enfermos crónicos. Durante el período de instrucción, los sargentos gustaban de mezclar sus clases teóricas con insinuaciones sobre los vagos, preguntándose qué servicios podrían prestar a su país si se sentían incapaces de vivir bajo una rígida disciplina, o cuestiones parecidas.

Kiyoaki sintió profunda compasión por los príncipes siameses cuando se enteró de que iban a residir en el internado. Con frecuencia les visitaba y les llevaba pequeños regalos. Ellos sentían verdadero afecto hacia él, y se confiaban, comunicándole sus quejas, lamentándose particularmente por las restricciones en su libertad de movimientos. Los otros estudiantes, además, eran ruidosos e insensibles a las normas de convivencia, por lo que no parecían personas con quienes pudiera hacerse amistad.

Kiyoaki había menospreciado a Honda durante algún tiempo, y éste le recibió fríamente cuando volvió a él tan tranquilo como si hubiera olvidado por completo sus recientes desconsideraciones. Con el comienzo del nuevo curso escolar parecía haber cambiado de carácter, lleno ahora de jovialidad, quizá forzada, o al menos esto le pareció a Honda. Naturalmente no hizo ningún comentario, y el propio Kiyoaki tampoco dio ninguna explicación de nada.

Kiyoaki podía felicitarse de su inteligencia, pues nunca había permitido que su amigo conociera sus sentimientos íntimos. Esto le liberaba de temor por cualquier preocupación que pudiera traslucirse en su ánimo, porque una mujer le manipulara

como a un niño necio. Comprendió que podía sentirse lo bastante seguro para comportarse con Honda con humor alegre y libre de cuidados. Para él, la prueba definitiva de su amistad era su deseo de no desilusionar a Honda, y de sentirse a gusto y despreocupado en su presencia. Y este buen deseo compensaba con creces sus incontables momentos de reserva.

De hecho, estaba tan jovial que se sorprendió a sí mismo. Por este tiempo sus padres habían empezado a hablar abierta e intencionadamente sobre el curso de las negociaciones entre los Ayakura y los Toinnomya. Parecían disfrutar contando incidentes, tales como la tensión de «aquella muchacha testaruda» que no fue capaz de pronunciar una palabra durante la reunión cuidadosamente preparada con el joven príncipe. Kiyooki, por supuesto, no tenía razón alguna para sospechar el dolor que el incidente había causado a Satoko. Los que carecen de imaginación no tienen otra elección que apoyar sus conclusiones en la realidad que ven a su alrededor. Pero por otro lado, los imaginativos tienden a levantar castillos fortificados, diseñados por ellos mismos, y precintarlos todas las ventanas. Eso es lo que sucedía a Kiyooki.

—Bueno, una vez que se reciba la sanción imperial, quedará todo arreglado — dijo su madre.

En cierto modo le conmovieron aquellas palabras, en especial lo de «sanción imperial». Le hicieron pensar en un pasillo oscuro, largo y ancho, y al final una puerta cerrada con un candado pequeño pero inexpugnable, de oro macizo, que repentinamente, con un ruido como de rechinar de dientes, se abrió por sí mismo, llegando claramente a sus oídos el eco claro de un choque metálico.

Le llenaba de satisfacción poder permanecer tan sereno mientras discutían semejantes asuntos. Había triunfado sobre su propia rabia y desesperación, y estaba saboreando una sensación de inmortalidad.

«Nunca pensé que pudiera ser tan flexible», pensó, con su confianza en la vida más firme que nunca.

En alguna ocasión había estado convencido de que la rudeza de sus padres era ajena a él, pero ahora le agradaba la idea de que después de todo no se había liberado de sus orígenes. Perteneecía, no al grupo de las víctimas, sino al de los vencedores.

Más le agradó el pensamiento de que día tras día la existencia de Satoko se alejaría cada vez más de su memoria, hasta que al fin pasaría al olvido total. Los devotos que colocan una lámpara votiva flotando en la marea de la tarde, permanecen en la playa y observan su luz, cada vez más débil, más allá, en la superficie oscura del agua, mientras ruegan para que su ofrecimiento llegue lo más lejos posible y alcance la máxima gracia de los muertos. Del mismo modo, Kiyooki contemplaba el recuerdo en retirada de Satoko, como la más segura venganza de su propia fortaleza.

Ahora no quedaba nadie en el mundo que fuera partícipe de sus sentimientos más íntimos. Ningún obstáculo le impediría disfrazar sus emociones. Sus criados, sus ofrecimientos habituales («Por favor, déjelo todo de nuestra cuenta. Nosotros sabemos cómo se siente el joven amo») habían sido alejados también. No sólo era feliz por verse libre de aquella maestra de conspiradores, Tadeshina, sino también de Iinuma, cuya lealtad llegó a ser tan intensa que amenazó con ahogarle. Había desaparecido el último de sus irritantes sirvientes.

En cuanto al despido de Iinuma por su padre, razonó su indiferencia con el argumento de que Iinuma se lo había buscado solo. Su satisfacción fue completa con la promesa fielmente guardada, gracias a Tadeshina, de no mencionar nunca a su padre lo que había sucedido. Y así, con frialdad de corazón lo llevó todo a conclusión satisfactoria.

Llegó el día de la marcha de Iinuma. Cuando acudió a la habitación de Kiyooki para la despedida formal, estaba llorando. Kiyooki no podía aceptar aquel dolor ni

su motivación. El pensamiento de que Iinuma insistiera en su fervorosa y exclusiva lealtad para con él, no le proporcionaba ninguna alegría.

Incapacitado de hablar, Iinuma seguía llorando. Con su silencio, trataba de decir a Kiyooki algo. Sus relaciones habían durado unos siete años, empezando en la primavera que Kiyooki cumplió los doce. Como el recuerdo de sus pensamientos y sentimientos de aquella edad eran más bien indefinidos, Kiyooki tenía la impresión de que Iinuma había estado siempre a su lado. Si su infancia y juventud proyectaban alguna sombra, esa sombra era Iinuma, con su kimono sudoroso, azul y sucio. La inexorabilidad de su descontento, de su rencor, de su actitud negativa para con la vida, todo había pesado enormemente sobre Kiyooki, por más que tratara de fingir inmunidad. Por otro lado, sin embargo, el dolor profundo que se adivinaba en los ojos de Iinuma le había servido de aviso contra las mismas actitudes en sí mismo, aunque fueran normales en la juventud. Los diablos particulares de Iinuma le habían atormentado con manifiesta violencia, y cuanto más quiso que su joven amo le emulara, mayor fue la separación de Kiyooki en la dirección contraria.

Psicológicamente, Kiyooki había dado el primer paso hacia la separación de hoy, cuando rompió el poder que le había dominado durante tanto tiempo y convirtió a Iinuma en su confidente. Su comprensión mutua era sin duda demasiado profunda para amo y criado.

Mientras Iinuma permanecía delante de él con la cabeza inclinada, un rayo del sol de la tarde iluminó e hizo brillar débilmente los pelos del pecho que le asomaban por el cuello de su kimono azul. Kiyooki miraba entristecido esta mata de pelo, deprimido al pensar en la nave tosca y pesada que era la carne de Iinuma, para ser carne apta para contener un espíritu lleno de poder. Era en efecto una afrenta física a lo espiritual. Incluso el brillo de sus mejillas, de carne enferma, llena de granos, tenía en sí algo desvergonzado, que Kiyooki relacionaba con la devoción de Miné. Porque Miné iba a partir con Iinuma, dispuesta a compartir su suerte. Nada podía ser más insultante: el joven amo traicionado por una mujer y abandonado en el dolor; el siervo premiado con la fidelidad de una mujer y marchando triunfante. Iinuma, además, tenía la convicción plena de que la separación había llegado por la vía recta del deber, lo que Kiyooki encontraba irritante.

Sin embargo, como «noblesse oblige», le habló con afecto, pero secamente.

—Por tanto, supongo que cuando salgas de aquí te casarás con Miné.

—Sí, señor. Desde que su padre tuvo la bondad de sugerirlo, eso es exactamente lo que pienso hacer.

—Está bien. Comunícame la fecha. Te enviaré un regalo.

—Muchísimas gracias, señor.

—Una vez que tengas casa fija, envíame una nota con tu dirección. ¿Quién sabe? Tal vez vaya alguna vez a visitarte.

—No puedo imaginar otra cosa que me diera mayor satisfacción que la vista del joven amo. Pero mi casa será un lugar demasiado pequeño y sucio para recibirle a usted.

—No te preocupes por eso.

—Qué amable es al decirme eso...

Iinuma volvió a llorar de nuevo. Sacó del kimono un trozo de papel de gasa y se limpió la nariz.

Durante esta conversación, Kiyooki había elegido cada palabra con sumo cuidado, asegurándose de que fuera adecuada para aquel momento, antes de pronunciarla. Para él, era evidente que en una situación como aquella las palabras más vacías levantaban más fuertes emociones. Había prometido vivir sólo para los sentimientos, pero las circunstancias le obligaban a aprender la política del talento. Era una educación que aplicaba a su vida con provecho, de vez en cuando. Estaba aprendiendo a usar el sentimiento sólo como arma protectora.

Libre de preocupaciones, librado de toda ansiedad, Kiyooki a sus diecinueve años gustaba de verse como un joven frío y capacitado. Tenía la sensación de que acababa de pasar un río en el curso de su vida.

Después que se marchó Iinuma, Kiyooki permaneció en la ventana, contemplando el precioso espectáculo de la colina, con su nueva y verde capa de hojas nuevas, reflejándose en el agua del estanque. Junto a la misma ventana, la frondosidad del *zelkova* era tanta, que le dificultaba la visión del lugar, en el fondo de la colina, donde caía en el estanque la última de las nueve cascadas. Todo el estanque estaba defendido en sus márgenes con plantas preciosas. No habían florecido aún los lirios amarillos, pero en el puente de piedra las flores de lis se apuntaban púrpuras y blancas en las matas de hojas verdes.

Su mirada fue atraída por el lomo brillante de un escarabajo, que había estado inmóvil en el alféizar y ahora avanzaba decidido a entrar en la habitación. Dos franjas rojizas recorrían a lo largo su concha ovalada verde y oro. Movía sus antenas con cautela al avanzar, y todo su aspecto recordaba a Kiyooki las minúsculas maravillas de un joyero. En medio del remolino destructor del tiempo, qué absurdo era que tan insignificante animalillo tuviera que resistir por sí mismo en su inseguro mundo. Mientras lo observaba iba gradualmente quedando fascinado. Poco a poco el escarabajo se acercaba más a él. Su cuerpo resplandecía como si quisiera dar la impertinente lección de que cuando se atraviesa un mundo, cualquiera que fuese, lo único importante es irradiar belleza. Supongamos que él estaba calculando en semejantes términos su propia armadura protectora frente al mundo. Estéticamente, ¿era tan bello como aquel escarabajo? ¿Y lo bastante fuerte, para confiar en una defensa tan buena como el caparazón del escarabajo?

En aquel momento, casi se sintió persuadido de que todo lo que le rodeaba (los árboles, sus hojas, el cielo azul, las nubes, los tejados) estaba allí simplemente para servir al escarabajo, que en sí mismo era el eje y núcleo central del Universo.

* * *

El ambiente del festival Omiyasamz no era el mismo que en años anteriores. En primer lugar, Iinuma se había ido. Todos los años, mucho antes del día del festival, se había dedicado a la tarea de limpiar y ordenar el altar y las sillas. Ahora todo había pasado a Yamada, y todo estaba de lo más desagradable. Además, era labor más apropiada para personas jóvenes.

No había sido invitada Satoko. En consecuencia, faltaba alguien del grupo de parientes que acostumbraban reunirse. Pero lo más importante de todo, ya que Satoko no era en realidad un pariente, sería que ninguna de las mujeres presentes la igualaría en belleza.

Los mismos dioses parecían contemplar con desagrado las circunstancias. Mediada la ceremonia se oscureció el cielo, y sonaron truenos a distancia. Las mujeres que seguían las oraciones del sacerdote quedaron confundidas, temerosas de ser sorprendidas por un aguacero. Sin embargo, cuando llegó el momento de distribuir la joven sacerdotisa del *hakama* escarlata los sagrados ofrecimientos de vino a los asistentes, el cielo volvió a iluminarse. Mientras las mujeres inclinaban la cabeza, les caía el sol con fuerza provocándoles gruesas gotas de sudor a pesar de la capa de polvo blanco. Las matas de *wisterias* en los enrejados proyectaban sombras, que caían como una bendición sobre los presentes en la larga ceremonia.

De haber estado presente, el festival, sin duda, habría puesto de mal humor a Iinuma, ya que cada año se veían menos reverencias y lutos por el abuelo de Kiyooki, que parecía ya relegado a una era desaparecida, especialmente desde la muerte del propio emperador Meiji. Se había convertido en un dios distante, que no

tenía ninguna relación con el mundo moderno. Es cierto que su viuda, la abuela de Kiyooki, tomaba parte en la ceremonia, lo mismo que otras personas mayores. Pero sus lágrimas parecían haberse secado hacía mucho tiempo.

Cada año, conforme la ceremonia seguía adelante, el murmullo del rezo de las mujeres se hacía cada vez más firme. El marqués no se había atrevido a manifestar su desaprobación. Él mismo estaba encontrando aquella ceremonia más aburrida cada año, y abrigaba la esperanza de hallar algún modo de hacerla algo más animada y menos deprimente. Durante el ritual atrajo su mirada una joven sacerdotisa cuyas facciones pronunciadas eran sorprendentes bajo su maquillaje blanco. Al levantar ella la vasija llena del vino sagrado, él quedó fascinado por el reflejo de unos ojos negros y ardientes en la superficie del líquido. Tan pronto como terminó la ceremonia corrió en busca de su primo, que no sólo era almirante, sino también bebedor de no poca fama, y al parecer le diría un chiste sobre la sacerdotisa, pues la risotada del almirante fue tan sonora y ordinaria que todos la miraron sorprendidos. La marquesa, sin embargo, sabiendo lo apropiada que era para tal ocasión su máscara de melancolía, no alteró en lo más mínimo su expresión.

Kiyooki, mientras tanto, estaba ocupado en otra cosa. Las mujeres de la casa, tantas que de muchas de ellas ni siquiera sabía el nombre, estaban apiñadas al amparo de la sombra de las *wisterias* de final de la primavera. Hablaban entre sí, desapareciendo el clima de reverencia en cada momento que pasaba. De rostro inexpresivo, ajenas a la tristeza ritual, permanecían agrupadas según las instrucciones recibidas, en espera de poder dispersarse, llenas de pesada indolencia. La atmósfera que sugerían estas mujeres de cara blanca, tan pálidas como la Luna, producía un extraño efecto en Kiyooki. Sin duda alguna tenía que ver todo con que hubiese sido excluida Satoko. Era algo que hasta el sacerdote, armado con la rama sagrada de *sakaki*, había encontrado difícil conjurar.

XXIV

Kiyoaki sacó consuelo de la paz que llega tras el fracaso. En su corazón prefería la derrota real al temor de ella.

Había perdido a Satoko, y con esto estaba contento. Había aprendido a calmar incluso su amargura. Cada manifestación de sus sentimientos estaba ahora gobernada por una maravillosa economía. Si una vela ha ardido y ahora se halla sola en la oscuridad con la llama extinguida, no necesita temer que su sustancia se consume. Por primera vez en su vida, Kiyoaki llegó a darse cuenta de los poderes curativos de la soledad.

* * *

Había empezado la estación de las lluvias. Kiyoaki, como un inválido en recuperación, que no puede resistirse a poner en peligro la salud con tal de probar sus fuerzas, comenzó a pulsar su estabilidad emocional provocando deliberadamente recuerdos de Satoko. Abriría su álbum para contemplar fotos antiguas. Se vio niño, de pie junto a Satoko, bajo el árbol-pagoda de la finca de los Ayakura. Los dos llevaban blancas túnicas infantiles. Tuvo la satisfacción de verse más alto que ella, incluso en aquella temprana edad. El conde Ayakura, que era un calígrafo soberbio, había tomado mucho empeño en instruir a los dos niños según la escuela de escritura del Templo Hossho de Tadamichi Fujiwara. Algunas veces, cuando sus alumnos se cansaban de los ejercicios habituales, atraía su atención permitiéndoles copiar versos de los Cien Poetas de Okura coleccionados en un pergamino.

Kiyoaki había copiado el siguiente poema de Shigeyki Minamoto:

«Siento la fuerza del viento
cuando las olas se rompen contra las rocas
gastadas por la soledad;
sueño con los días pasados»

Debajo había escrito Satoko un verso de Yoshinobu Onakatomi:

«Cuando el día da paso a la noche
y los guardias atizan el fuego,
los recuerdos de otros tiempos
se avivan dentro de mí»

La infantilidad de su escritura a mano era evidente a primera vista. Pero la de Satoko era fluida y precisa, hasta el punto que parecía imposible creer que el pincel hubiese sido manejado por una niña. Él raras veces abría este pergamino, simplemente porque no le gustaba aceptar la evidencia de que Satoko, dos años mayor que él, le superaba ya entonces. Al estudiar ahora la escritura con cierta

objetividad advirtió que sus garabatos, los de él, tenían un vigor juvenil que establecía un agradable contraste con la elegancia refinada de la letra de Satoko.

Pero había más. El recuerdo de él mismo colocando la punta de su pincel sobre el pergamino con bordes dorados era suficiente para evocar toda la escena con la fuerza de una intensa proximidad. En aquel tiempo, el pelo negro, espeso y largo de Satoko estaba cortado a la altura de las cejas. Cuando se inclinaba sobre el pergamino mantenía apretado el mango del pincel de escribir entre sus dedos esbeltos y delicados, concentrándose con tal pasión que se olvidaba del cabello que le caía por los hombros como una cascada de azabache y que casi llegaba al pergamino. Sus dientes menudos y blancos mordían el labio inferior, y aunque no era más que una niña tenía ya la nariz bien formada, cuyo perfil se dibujaba sobre el torrente de pelo. Kiyooki contemplaba todo esto como si estuviera en sueños. Estaba también la tinta, que despedía un olor solemne, y el paso de la punta del pincel sobre la superficie del pergamino, como el viento que juega con las hojas del bambú. Y finalmente estaba el mar. El tintero era un océano donde se alzaban las islas de los nombres extraños: Este mar le separaba de la costa sin dejarle ver el fondo sino tras una rápida mirada.

Era un mar negro y sereno, sin olas, adornado con un polvo dorado. Siempre le recordaba los rayos de la Luna fragmentados en el mar de la eternidad.

—Puedo disfrutar de los recuerdos de mi pasado sin que me molesten lo más mínimo —pensaba con jactancia, en silencio.

* * *

Un día en el colegio, el príncipe Pattanadid pidió a Kiyooki un favor. ¿Querría devolverle el anillo que el marqués de Matsugae le había guardado en su caja? Corría el rumor de que los dos príncipes no habían causado una impresión favorable en el colegio. La barrera del idioma presentaba un obstáculo para sus estudios, pero todavía era peor la falta total de algo que pudiera calificarse de broma amistosa entre ellos y sus compañeros de estudios, quienes se sentían aislados de los príncipes, y como consecuencia se mantenían a respetable distancia. Además, gente sencilla y rústica, sus compañeros de clase se mostraban indiferentes ante las sonrisas con que los príncipes les saludaban buscando la paz.

Había sido idea del ministro del Exterior que vivieran en el dormitorio de estudiantes, decisión, oyó decir Kiyooki, que había creado impaciencia y nerviosismo al prefecto, puesto que tenía la responsabilidad de decidir los preparativos específicos que habían de hacerse para ellos. Les dio la mejor habitación, amueblada con las mejores camas disponibles, como convenía a la realeza. Luego hizo todos los esfuerzos posibles para crear buenas relaciones entre ellos y los otros estudiantes, pero a medida que transcurrían los días, los príncipes tendían a aislarse cada vez más en su pequeño castillo, faltando con frecuencia a ejercicios como la diana y la gimnasia. Por todo ello, el alejamiento de los otros estudiantes era cada vez más pronunciado.

Había buenas razones. El período preparatorio de menos de seis meses que siguió a su llegada resultaba inadecuado para que los príncipes aprendieran el japonés, aunque se hubieran dedicado al estudio con mayor intensidad de lo que lo hicieron. Y en las clases de inglés, donde su capacidad debía haber sido una ventaja, el sistema de traducir del inglés al japonés y del japonés al inglés les confundía completamente.

Como el marqués de Matsugae había dispuesto depositar el anillo de Pattanadid en su bóveda personal del Banco Itsu, Kiyooki tuvo que regresar a casa para

obtener la autorización de su padre antes de ir al Banco a reclamar el anillo. Era tarde cuando fue a la habitación de los príncipes.

Día típicamente «seco», a mediados de la estación de las lluvias, nublado y húmedo, el tiempo estaba en consonancia con la desilusión de los dos príncipes, que suspiraban por el verano, que parecía estar cerca. El mismo dormitorio, un edificio de aspecto tosco, de una sola planta, rodeado de árboles, parecía marcado de tristeza y lóbreguez.

Los gritos que llegaban del campo de deportes indicaban que el rugby estaba en plena temporada. Kiyooki odiaba aquellos gritos jóvenes. Las relaciones improvisadas de sus compañeros de clase, su humanismo carente de experiencia, sus constantes bromas y equívocos, su nunca vacilante reverencia por el talento de Rodin y la perfección de Cézanne, no eran más que la versión moderna de los antiguos gritos tradicionales de *kendo*. Y así, con voz ronca de juventud, como verdes hojas de *paulownia*, hacían uso de su arrogancia, como los antiguos cortesanos de sus altos birretes.

La vida para los dos príncipes era extremadamente difícil, teniendo que nadar en el complicado oleaje de lo nuevo y de lo viejo. Cuando Kiyooki pensó en ello se encumbró por encima de sus propias preocupaciones, y ahora, con nueva generosidad, estaba en condiciones de simpatizar con los príncipes. Caminó por un pasillo oscuro y toscamente acabado hasta la habitación de los príncipes. Se detuvo delante de una puerta vieja y gastada, de la que colgaba un rectángulo con los nombres, y llamó dando unos golpecitos con los nudillos de los dedos.

Los príncipes se alegraron mucho de verle, como si hubiera llegado en calidad de salvador. Siempre se había sentido más ligado al serio y un tanto soñador Pattanadid, Chao P., pero en los últimos meses también Kridsada, antes tan frívolo y despreocupado, se había vuelto más sumiso. Ambos pasaban ahora la mayor parte de su tiempo en la habitación, hablando en su idioma nativo.

La habitación, limpia de toda decoración, estaba austeramente amueblada con dos camas, dos pupitres y dos armarios para la ropa. El edificio en sí recordaba el ambiente cuartelero tan querido por el general Nogi. Sin embargo, en la pared blanca, encima del entrepañó, había una pequeña repisa sosteniendo a un Buda de oro, ante el cual los príncipes hacían sus oraciones mañana y tarde. El altar daba a la habitación un tinte exótico. De la ventana colgaban cortinas de muselina arrugadas y salpicadas de la lluvia.

Con la proximidad de la noche, los dientes de los príncipes sonrientes destacaban en la penumbra su blancura contra la piel bronceada. Ofrecieron a Kiyooki asiento en el borde de una de las camas, y luego le pidieron con avidez que les mostrara el anillo.

La esmeralda, guardada por las dos cabezas de la feroz bestia *yaksha*, resplandecía más, en contraste con la atmósfera de la habitación.

Con una exclamación de felicidad, Chao P. cogió el anillo y lo puso en su dedo, en una mano que parecía creada para hacer caricias. Aquello hizo a Kiyooki pensar en un reflejo de Luna tropical iluminando un mosaico dorado.

—Ahora Ying Chan ha vuelto a mi compañía —dijo Chao P., lanzando un suspiro de melancolía.

En los meses pasados, semejante reacción habría provocado chanzas en su primo el príncipe Kridsada, quien ahora buscó en el cajón de su armario ropero, y sacó la foto de su hermana, escondida cuidadosamente entre las camisas.

—En este colegio —exclamó casi al borde de las lágrimas— aunque se diga que es la foto de una hermana, le gastan a uno bromas si la coloca en el pupitre. Por eso escondemos la foto de Ying Chan.

Chao explicó a Kiyooki que no había recibido ninguna carta de la princesa Ying Chan desde hacía más de dos meses. Había hecho indagaciones en la legación siamesa pero no había recibido una respuesta satisfactoria. Además, el príncipe Kridsada, hermano de la princesa, tampoco había sabido nada de ella. Si algo le

hubiese sucedido, si estuviera enferma, habrían informado con un telegrama. Chao P. llegó a pensar si su familia estaría ocultando algo. Podría darse el caso de que la primera hubiera sido propuesta para otro matrimonio, que supusiese mayor ventaja política. La simple idea de esto era suficiente para sumirle en la melancolía. Mañana, pensaba, llegaría una carta, pero ¿con qué desgracia? Con tales pensamientos no estaba en condiciones de estudiar. Como no tenía ningún otro consuelo, en lo único que podía pensar era el retorno del anillo, que había sido regalo de despedida de la princesa, y todos sus anhelos se centraron en aquella esmeralda, que brillaba con el verde pujante de la jungla.

Parecía que Chao P. se hubiera olvidado de Kiyooki al extender el dedo en que llevaba el anillo de esmeralda, y posarlo sobre el pupitre al lado de la foto de Ying Chan que el príncipe Kridsada había colocado allí. Parecía estar a punto de hacer un esfuerzo, que no sólo borrara las barreras del tiempo y del espacio, sino que fusionara las dos vidas en una sola.

Cuando el príncipe Kridsada encendió la luz, el cristal que cubría la foto reflejó la esmeralda del dedo de Chao P., y en el encaje blanco del corpiño de la princesa brilló un cuadro verde luminoso.

—Mirad eso, ¿qué os parece? —preguntó Chao P. en inglés, en un triste tono de voz—. ¿No parece que su corazón sea una llama verde? Quizás el corazón frío de una pequeña serpiente verde que se desliza en la jungla haciéndose pasar por una enredadera cuando se queda inmóvil para engañar al hombre. Tal vez cuando ella me entregó el anillo esperaba que yo sacaría tal significado algún día.

—No, Chao P. Eso es una tontería —cortó el príncipe.

—No te enfades, Kri. No intento insultar a tu hermana. Lo que estoy tratando hacer es hallar palabras para explicar la existencia del amante. Mirémoslo así: aunque ella está aquí en esta foto, sólo la vemos como era en cierto momento del pasado; pero tengo la sensación de que aquí, en esta esmeralda, lo que ella me dio cuando nos separamos fue su alma, tal como es ahora, en este mismo momento. En el recuerdo, la esmeralda y la foto, su cuerpo y su alma, estaban separadas. Pero ahora las dos están unidas de nuevo. Aunque estemos enamorados de alguien, somos tan necios que pensamos en su cuerpo y su espíritu como dos cosas diferentes y separadas. Aunque yo estoy alejado de ella ahora, puede que me encuentre en posición mucho mejor para apreciar el precioso cristal único que es Ying Chan. La separación es dolorosa, pero también lo es su contrario. Y si estar juntos trae satisfacciones, es conveniente que la separación proporcione lo mismo a su propio modo. ¿Qué dices a esto, Matsugae? En cuanto a mí, siempre deseé conocer el secreto que habilita al amor para evadir los lazos del tiempo y del espacio como por arte de magia. Estar ante la persona que amamos no es amar su verdadero yo, pues sólo somos aptos para considerar su belleza física. Cuando intervienen el tiempo y el espacio es posible ser engañados por ambos, pero también es posible acercarse más a su yo verdadero.

Kiyooki no tenía idea de la profundidad de la filosofía del príncipe, pero escuchaba con atención. De hecho, muchas de sus palabras le sonaban familiares. En cuanto a Satoko, Kiyooki creía que ciertamente se había acercado mucho más a su verdadero yo. Veía con claridad que lo que había amado no era la verdadera Satoko. ¿Pero qué prueba tenía de ello? ¿No estaba expuesto a ser engañado doblemente? ¿Y no era la Satoko que amó en otro tiempo la verdadera Satoko? Movi6 la cabeza casi inconscientemente. De súbito recordó el sueño en que la cara de una chica extrañamente preciosa había aparecido repentinamente en el anillo de esmeralda de Chao P. ¿Quién era aquella mujer? ¿Satoko? ¿Ying Chan, a quien nunca había visto? ¿Alguna otra quizás?

—Está bien, ¿es que no va a llegar nunca el verano? —exclamó el príncipe Kridsada con evidente tristeza, mirando por la ventana a los árboles que rodeaban el dormitorio.

Los tres muchachos veían las luces encendidas en los otros edificios del dormitorio por entre los árboles, y también oían gritos y conversaciones que venían de varias direcciones. Era la hora. Se abría el comedor para la comida de la tarde. Un estudiante que caminaba por un sendero entre la arboleda remedaba una canción antigua provocando las risotadas de sus compañeros. Los ojos de los príncipes se abrían asustados, temiendo que en cualquier momento aparecieran en la oscuridad los monstruos de las montañas y los ríos.

La devolución del anillo por Kiyooki iba a provocar por desgracia, un incidente desagradable.

* * *

Unos días más tarde hubo una llamada telefónica de Tadeshina. La doncella pasó la noticia a Kiyooki, pero éste no acudió al teléfono. Al siguiente día llegó otra llamada. Tampoco quiso acudir.

Estas llamadas le inquietaban, pero él mantuvo su norma. Puso a Satoko fuera de sus recuerdos y se concentró en la rabia que Tadeshina producía en él. Todo lo que tenía que hacer era pensar en la astuta y embustera anciana, que él había engañado una vez tras otra, y su furia sería suficiente para anular cualquier recelo que pudiera tener por no haber acudido al teléfono.

Pasaron tres días. En plena temporada de lluvias caía agua sin parar. Cuando Kiyooki regresó del colegio, Yamada apareció con una bandeja, y respetuosamente le ofreció una carta. Quedó sorprendido al ver que Tadeshina había puesto descaradamente su nombre en ella. El sobre grueso y mayor que el de tamaño normal había sido lacrado, y a juzgar por el tacto, también iba lacrada la carta de su interior. Tenía miedo de que si quedaba solo no podría contenerse y abriría la carta. Para actuar sin posibilidad de fallos rompió la carta en pedazos en presencia de Yamada, y luego le ordenó que dispusiera de ellos. Sabía que echaba los trozos en la papelería de su habitación. Acaso sentiría la tentación de recogerlos y volver a unir los fragmentos de la carta. Los ojos de Yamada miraban sorprendidos desde detrás de los cristales de sus gafas, pero no pronunció una sola palabra.

Pasaron unos días más. El asunto de la carta rota empezó a pesar sobre Kiyooki y le produjo una extraña reacción. Le irritaba pensar que una carta supuestamente trivial tuviera tanta fuerza para inquietarle. Más doloroso que la realidad, era que lamentaba no haberla abierto. Al principio había sido capaz de considerar la destrucción de la carta como una prueba de su voluntad, pero en retrospectiva se veía asediado por el pensamiento de que había actuado por pura cobardía.

Cuando rasgó aquel sobre, sus dedos habían encontrado una fuerte resistencia, como si la carta hubiera sido escrita en papel de dura fibra de lino. Pero no era la composición del papel lo que importaba. Ahora se daba cuenta. De no haber sido por su explosión de fuerza de voluntad, le habría sido imposible destruir la carta. ¿Por qué tenía miedo? No tenía ningún deseo de volverse a hallar dolorosamente complicado con Satoko. Odiaba el solo pensamiento de volver a aquella angustia que ella podía conjurar a voluntad. Especialmente ahora, que al fin había logrado el dominio de sí mismo. Pero a pesar de todo, cuando rasgaba aquella carta, tenía la sensación de estar haciendo una herida en la piel suave y blanca de Satoko.

* * *

De regreso del colegio, el sábado por la tarde, con un tremendo calor, impropio de la estación de las lluvias, advirtió señales de actividad en la casa principal. Los lacayos habían preparado una de las carrozas y la estaban cargando con un paquete voluminoso, cuya envoltura color púrpura lo identificó inmediatamente como un regalo. Los caballos agitaban las orejas, y de su boca caían brillantes hilos de saliva, mostrando sus dientes amarillos. Con el calor del sol, sus lomos oscuros resplandecían como untados de grasa, y sus venas se dibujaban en los cuellos bajo la piel.

En el momento que se disponía a subir a la casa, apareció su madre, vestida con la voluminosa ropa ceremonial.

—Hola —saludó él.

—Oh, bienvenido. Voy a casa de los Ayakuras para expresarles nuestra felicitación.

—¿Felicitación por qué?

Como a su madre no le gustaba sacar a colación asuntos importantes delante del servicio, no contestó en seguida, sino que llevó a Kiyooki a un rincón de la amplia entrada y allí empezó a hablar a su hijo en voz baja.

—Al fin, esta mañana ha sido otorgada graciosamente la sanción imperial. ¿Te gustaría acompañarme?

Antes que contestara su hijo, la marquesa se dio cuenta de que sus palabras habían arrancado de sus ojos un destello de alegría. Naturalmente ella no tenía tiempo para reflexionar sobre lo que aquello significaría. Además, las siguientes palabras eran prueba elocuente de lo poco que había deducido.

—Después de todo, un acontecimiento jubiloso es un acontecimiento jubiloso —dijo con su clásica máscara de melancolía en la cara—. Así, no importa lo disgustado que estés con ella. El único camino correcto a seguir en estos momentos es ser cortés y presentar tus felicitaciones.

—Por favor, dale mis recuerdos. Yo no puedo ir.

Permaneció en la entrada hasta que vio partir a su madre. Los cascos de los caballos salpicaban la grava, y el emblema dorado de los Matsugae, que destacaba en el carruaje, parecía estremecerse como si relampagueara entre los pinos. Se había ido el ama y Kiyooki pudo notar la consiguiente relajación de los criados. La constante tensión de sus músculos se había disipado con semejante caída a la de una nevada silenciosa y suave.

Volvió hacia la casa, tan vacía sin la presencia de los amos. Los criados, con los ojos bajos, esperaban que él entrara. Estaba seguro que sostenía la raíz de un problema, lo bastante grande para llenar el vasto vacío del edificio. Sin molestarse en mirar a la servidumbre, entró y siguió presuroso por el pasillo, con el deseo de no perder un solo momento, de llegar a su habitación, donde podría aislarse del resto del mundo.

El corazón le latía con excitación extraña, y tenía un calor febril. Las palabras solemnes de «sanción imperial» parecían suspendidas ante sus ojos. La «sanción imperial» había sido graciosamente otorgada. Las repetidas llamadas telefónicas de Tadeshina, la voluminosa carta, debieron representar un último y desesperado intento, antes que esa sanción llegara. Su objeto había sido claramente obtener su perdón, liberarse de un sentimiento de culpabilidad.

Todo aquel día dejó vagar libremente su imaginación. Estaba abstraído del mundo exterior. El espejo claro y sereno de su alma se había hecho pedazos. Había en su corazón un tumulto que se agitaba con la fuerza de una tormenta tropical. Se veía sacudido por una pasión violenta, que no llevaba ningún rasgo de la melancolía que le acompañara en los momentos pasionales anteriores. Pero, ¿qué clase de emoción le tenía ahora bajo sus garras? ¿Sería gozo o deleite? Pero si era gozo, resultaba irracional, tan apasionado, que era casi extraterreno.

Si se fuera a preguntar la causa, la única respuesta posible sería *imposibilidad*: imposibilidad absoluta. Del mismo modo que la cuerda de un *koto* cortada por una

hoja afilada produce una nota punzante, así el lazo que le unía con Satoko había sido cortado por la hoja de la sanción imperial. En el fondo esto era algo con que había soñado y había esperado en secreto, desde que empezó a hacerse hombre.

Para ser más precisos, el sueño había empezado a formarse en el momento que había mirado al tren de la princesa Kasuga y había quedado deslumbrado por aquel cuello blanco de belleza sin par inalcanzable. Aquel instante prefiguraba ciertamente el cumplimiento de sus esperanzas. Imposibilidad absoluta: Kiyooki había esperado hacer girar los acontecimientos de conformidad con sus caprichos, con sus sentimientos.

Pero, ¿qué clase de gozo era éste? Había algo que le obsesionaba; algo siniestro, amenazador. Hacía mucho tiempo, había resuelto obtener de sus emociones la verdad que habría de servirle de guía, y vivir su vida en consecuencia, aunque significara una deliberada carencia de objetivos. Ese principio le había llevado a sus presentes sentimientos, que parecían ser la raíz de un tornado destructor. No parecía quedar otra salida que arrojarle en él.

Volvió a pensar en Satoko y en aquellos años pasados juntos copiando versos de los *Cien Poetas* como ejercicios de escritura. Se inclinó sobre el pergamino tratando de adivinar en él la fragancia de Satoko, que le recordara aquel día, catorce años antes. Al hacerlo, captó un olor a incienso que no había sido separado del moho, algo tenue y distante, que todavía evocaba una nostalgia poderosa. Siempre que sus pequeños dientes habían mordido un crisantemo carmesí, el color de sus pétalos se había intensificado antes de derretirse; y al toque de su lengua, las líneas delicadamente grabadas de un crisantemo blanco se habían borrado y disuelto en un líquido dulce. Todo volvía a pasar por su imaginación. Las habitaciones oscuras de la mansión de los Ayakura, los biombos cortesanos traídos de Kyoto con sus flores de otoño, la calma solemne de las noches, la boca de Satoko abriéndose en un ligero bostezo medio oculto tras su mata de cabello negro; todo se repetía en su imaginación tal como lo había visto y experimentado en aquella ocasión, con toda su tremenda elegancia. Pero se dio cuenta de que estaba admitiendo una idea que antes no se habría atrevido a considerar.

XXV

Algo sonó dentro de Kiyooki como una llamada de trompeta: *Amo a Satoko*. Y no importa cómo considerara él este sentimiento. Lo cierto es que se sentía incapaz de negar su validez, aun cuando nunca había experimentado anteriormente nada parecido.

Una ulterior revelación soltó la riada de deseos retenidos durante tanto tiempo: la elegancia rechaza las prohibiciones, aún las más severas. Sus impulsos sexuales, tan tímidos hasta ahora, rompían como un mar alborotado. Habían sido necesarios tiempos y esfuerzos para encontrar su verdadero papel en la vida.

—Ahora, al fin, sí estoy seguro de que amo a Satoko —se decía. Y la imposibilidad de este amor era acicate de su convicción.

No podía quedarse quieto. Se levantó de la silla, y volvió a sentarse. Sus pensamientos habían sido siempre más bien melancólicos, angustiados, pero ahora se veía arrebatado por una entrañable energía juvenil. Creía que todo lo anterior había sido pura decepción, y que por fin su sensibilidad y su melancolía no podían acabar ahogándole.

Abrió la ventana y respiró hondo contemplando el estanque, cuya superficie resplandecía con la luz del sol. Percibió el olor fresco y fuerte de las *zelkovas*. En medio de las nubes que se aglomeraban por uno de los lados de la colina, advirtió una luz nueva, que le anunciaba la llegada del verano. Sus mejillas ardían y sus ojos brillaban. Se había convertido en una persona nueva. Cualquier cosa que esto simbolizara iría a parar en algo evidente: que estaba ya metido en los diecinueve años.

XXVI

Se entregó a sueños apasionados mientras esperaba impacientemente el regreso de su madre de casa de los Ayakura. La presencia de su madre allí no se ajustaba en lo más mínimo a sus planes. Finalmente ya no pudo esperar más, se quitó el uniforme del colegio y se vistió con un kimono de Satsuma de color oscuro y un *hakama*. Luego llamó a uno de los criados y le dijo que le tuviera preparado un *ricksha*.

Siguiendo su plan, dejó el *ricksha* en Aoyama, que era la terminal del tranvía que iba a Roppongi. Siguió hasta el final de la línea. Cerca de Roppongi, en el desvío hacia Toriizaka, había tres gruesos árboles *zelkova*, resto de los seis que habían dado su nombre al distrito de Roppongi, o sea *Seis Árboles*. Junto a ellos, como en los viejos tiempos, antes que existieran tranvías en Tokio, un rótulo grande «Parada de Rochsha» estaba sujeto a un poste. Varios hombres, portadores de *rickshas*, con sus sombreros de mimbre cónicos, chaquetillas cortas y pantalones azules, ofrecían sus servicios.

Kiyoaki llamó a uno de ellos, le entregó inmediatamente una buena propina y le pidió que le llevara de prisa a la mansión de los Ayakura, que estaba a sólo unos minutos a pie. La verja antigua de la residencia de los Ayakura no tenía anchura suficiente para la carroza inglesa de los Matsugae, por lo que si estaba todavía esperando a la puerta era señal de que su madre seguía allí, y si la carroza había desaparecido y la puerta estaba cerrada, podía afirmarse con toda seguridad que ya había cumplido sus obligaciones ceremoniales y se había marchado.

Cuando el *ricksha* pasó ante la verja, Kiyoaki comprobó que estaba cerrada, y en la carretera reconoció las huellas del carruaje.

Dio instrucciones al hombre del *ricksha* para que volviera a la cumbre de Toriizaka. Una vez allí, le envió a pie en busca de Tadeshina mientras él quedaba esperando. Como temía, esta espera fue larga. Contempló cómo los rayos del sol poniente iluminaban las hojas nuevas en las puntas de las ramas. Parecía como si lentamente las estuviera bañando de un brillo líquido. Un castaño gigante se empinaba sobre el muro de ladrillo rojizo que se extendía por el borde de la falda de Toriizaka. Sus hojas más altas le hacían pensar en un nido de pájaros blanco, con una corona tejida de flores salpicadas de rojo. Luego se puso a pensar en la inolvidable mañana de nieve del mes de febrero, y sin ninguna razón aparente se sintió sacudido por una violenta excitación. Sin embargo, su intención no era forzar un encuentro inmediato con Satoko, puesto que como la pasión había encontrado ahora un curso definido, ya no era vulnerable a cada nueva embestida emocional.

Tadeshina salió por una entrada lateral, seguida del hombre del *ricksha*. Cuando llegó al vehículo, Kiyoaki asomó de pronto, y tanto sorprendió a Tadeshina, que

ésta se quedó boquiabierta y muda. La cogió de la mano y la ayudó a entrar en el *ricksha*.

—Tengo algo que contarte. Vámonos a algún sitio donde podamos hablar libremente.

—Pero, amo..., estoy confundida. La marquesa, su madre, se ha despedido de ella hace sólo unos minutos. Estamos haciendo los preparativos para una celebración informal... Estoy realmente muy ocupada.

—No importa. Date prisa y di al hombre dónde hemos de ir.

Como Kiyooki la sostenía con fuerza de la mano, ella no tenía otra alternativa que obedecer.

—Siga hacia Kasumicho —comunicó al hombre del *ricksha*—. Cerca del número tres hay una carretera, colina abajo, que se dirige a la verja principal de los cuarteles del Tercer Regimiento. Por favor, llévenos hasta el final de la ladera.

El *ricksha* inició la marcha. Tadeshina miraba fijamente hacia adelante, en concentración desesperada, echándose nerviosamente hacia atrás un mechón de pelo rebelde. Era la primera vez que estaba tan cerca de la anciana, y la experiencia estaba lejos de ser agradable. No pudo menos de observar que era aún más pequeña de lo que él había imaginado, apenas más alta que una enana. Golpeada por el continuo traqueteo del *ricksha*, pronunciaba entre dientes una protesta prolongada que apenas podía entender.

—Es demasiado tarde, demasiado tarde... No importa qué, pero es demasiado tarde. —Y luego añadió—: Si usted hubiera enviado sólo una palabra de contestación... antes que esto sucediera... Oh, ¿por qué...?

Kiyooki no dijo nada, y ella explicó algo acerca del lugar adonde iban.

—Un pariente lejano mío regenta una posada para soldados cerca de aquí. No es un lugar muy presentable, pero siempre hay disponible un cuarto, que me permitirá escuchar sin peligros lo que el joven amo tenga que confiarme.

Al día siguiente era domingo. Roppongi se transformaría en un ajetreado sector militar, con sus calles llenas de soldados uniformados, muchos de ellos paseando con sus familias, que les habían ido a visitar. Pero ahora era sábado por la tarde. Cuando el vehículo le llevaba por las calles rumbo al destino elegido por Tadeshina, tuvo la sensación de que también aquella mañana de nieve Satoko y él habían cruzado por este mismo lugar. Cuando él estaba ya convencido de que era la misma ladera, Tadeshina mandó parar al hombre.

Estaban delante de una posada. El ala principal tenía una altura de dos plantas, y aunque no disponía de verja solemne, estaba rodeada de un jardín de buenas proporciones, cercado por una amplia valla.

Tadeshina miró al piso segundo de aquella tosca estructura de madera. No se veía ninguna señal de vida. Las seis puertas de cristal que daban al frente estaban cerradas y las del interior no eran visibles. Los cristales, de baja calidad, de las puertas con celosías reflejaban el cielo de la tarde. Incluso, reflejaban también la imagen de un albañil, que trabajaba en un tejado inmediato, desfigurándola como si el hombre estuviera tendido sobre el agua. El mismo cielo tenía en el cristal una imagen acuosa, teñida de la melancolía natural en un lago al atardecer.

—Desde luego habría habido dificultades si los soldados estuvieran de regreso, pero aquí sólo toman habitaciones los oficiales —informó Tadeshina, mientras abría de un empujón una puerta de celosías, junto a la que había una placa de la *Diosa de los Niños*. Luego gritó para avisar de su presencia. Apareció un hombre alto, de cabellos blancos, casi un anciano.

—Oh, señorita Tadeshina. Por favor, pase —dijo con voz chillona.

—¿Está disponible el anejo?

—Sí, sí, por supuesto.

Los tres bajaron a la parte trasera de la posada y entraron en una pequeña habitación de unos diez pies cuadrados.

—Yo no puedo quedarme aquí mucho tiempo —dijo Tadeshina—. Además, estar sola aquí con un joven apuesto sería motivo de murmuración para la gente. —Se puso a hablar con coquetería, dirigiéndose tanto a Kiyooki como al posadero.

La habitación estaba limpia. Un pequeño pergamino, propio para una sala destinada a la ceremonia del té, colgaba en una pequeña alcoba interior, y había incluso un biombo abatible Genji. La atmósfera era completamente distinta de la que pudiera haberse esperado desde el exterior en una posada barata sólo frecuentada por la tropa.

—¿Qué es lo que desea comunicarme? —preguntó Tadeshina, tan pronto como se retiró el posadero. Al no contestar Kiyooki, repitió la pregunta sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su irritación.

—¿De qué se trata, y por qué escogió precisamente este día...?

—Porque es un día muy apropiado. Quiero preparar una reunión entre Satoko y yo.

—¿Pero qué dice, joven amo? Es ya demasiado tarde. Después de lo que ha sucedido, ¿cómo puede usted pedir tal cosa? A partir de ahora, ya no se puede hacer nada. Todo debe quedar subordinado al gusto del emperador. ¿Y viene ahora con esto después de todas las llamadas telefónicas y cartas que le envié? Entonces no creyó conveniente dar ninguna respuesta, y hoy viene con una petición así. Le recuerdo que no es asunto de bromas.

—Recuerde esto: lo que sucedió fue por su culpa —dijo Kiyooki con toda la dignidad que pudo aparentar, mirando las venas que palpitaban bajo el polvo blanco de la frente de Tadeshina. Airado la acusó de haber permitido que Satoko leyera la carta para luego mentirle descaradamente, y también de haber extendido la habladería maliciosa de que le había privado de su fiel criado Iinuma. Al fin, Tadeshina, envuelta en lágrimas, se hincó de rodillas y pidió perdón.

Luego sacó un papel de gasa de la manga del kimono y se secó los ojos. Con la mirada en el aire, empezó a hablar.

—Es cierto. Todo culpa mía. Sé que ninguna excusa podrá compensar lo que he hecho. Pero tengo que justificarme más ante mi ama que ante usted. Tadeshina no comunicaba al joven amo exactamente cómo pensaba la señorita Satoko. Todo lo que yo había planeado, pensando en lo mejor, ha fracasado. Por favor, sea tan amable de oírme un momento, joven amo. Imagine la pena de la señorita Satoko cuando leyó su carta, y piense en el enorme esfuerzo que le costó no demostrar ninguna preocupación cuando se vio con usted. Y después que decidiera seguir mi consejo y hacer una pregunta directa a su excelencia, el padre de usted, imagínese lo aliviada que se sintió al saber la verdad por él mismo en la fiesta familiar del Año Nuevo. Desde entonces, durante la mañana, el mediodía y la noche, no pensaba en ninguna otra cosa que en el joven amo, llegando tan lejos como a enviarle una invitación para pasear por la nieve aquella mañana, venciendo el pudor natural de una mujer. Algún tiempo, fue feliz todos los días, y susurraba su nombre por las noches en sueños. Luego se dio cuenta de que a través de la amabilidad de su excelencia el marqués iba a recibir una proposición de la familia imperial, y aunque ella contaba con su valerosa decisión y había cifrado en usted todas sus esperanzas, usted no dijo una palabra, joven amo, y dejó que las cosas siguieran su rumbo. La ansiedad y los sufrimientos de la señorita Satoko se hicieron insuperables. Finalmente, cuando se hacía inminente la concesión de la sanción imperial, dijo que como última esperanza deseaba decir al joven amo cómo se sentía. A pesar de todas mis súplicas, decidió escribir una carta bajo mi nombre. Pero ahora también esa esperanza se ha perdido. La señorita Satoko estaba a punto de considerar todo esto como cosa del pasado. Y así, su petición de hoy es una crueldad. Como usted sabe, mi señora fue enseñada desde la infancia a respetar los deseos de su majestad el emperador. No podemos esperar que se vuelva atrás de su promesa. Es demasiado tarde... Demasiado tarde. Si su ira no se

apacigua, golpee a Tadeshina, pisotéela, haga cuanto crea necesario para tranquilizar su corazón. Pero es demasiado tarde...

Escuchando el discurso de Tadeshina se sintió atravesado como por un cuchillo. Al mismo tiempo tenía la sensación de que en cierto modo él ya sabía todo aquello, que estaba escuchando cosas repetidas, suficientemente claras en su corazón. Se sentía en posesión de una sabiduría que nunca había sospechado. Armado de ella sería lo bastante fuerte para vencer todo lo que el mundo quisiera oponerle como obstáculos. Sus ojos estaban encendidos por el fuego de la juventud.

«Ella leyó la carta que yo le había rogado que destruyera —dijo para sí mismo—. Por tanto, ¿por qué no puedo resucitar la carta de ella que destruí?»

Miró fijamente, sin hablarle, a la pequeña y anciana dama con la cara empolvada de blanco, que una vez más se limpiaba los ojos enrojecidos, con un trozo de papel de gasa. La habitación estaba cada vez más oscura con la caída de la tarde. Sus hombros encorvados parecían tan frágiles, que tenía la seguridad de que si le agarraba repentinamente los huesos se le romperían como almacón de cañas.

—No es demasiado tarde.

—Sí lo es.

—No. Me pregunto qué sucedería si yo mostrara la última carta que me ha enviado la señorita Satoko a la familia del príncipe. Especialmente si se considera que fue escrita después de la petición formal de la sanción imperial.

La sangre se retiró súbitamente de la cara de Tadeshina. Ninguno de los dos habló mucho más. Ya no eran los rayos del sol poniente, sino la luz de las habitaciones del segundo piso del ala principal las que iluminaban el exterior. Regresaban los ocupantes, y en una ventana hubo una aparición brevísima de un uniforme. Fuera de la valla, un vendedor de requesón hacía sonar su trompeta. El aire de la tarde se caracterizaba por el calor suave propio de los pocos días de verano que suelen preceder al final de la temporada de lluvias.

De vez en cuando, Tadeshina susurraba algo que Kiyooki oía sólo a retazos.

—Por esto traté de detenerla... Por esto le dije que no lo hiciera...

Evidentemente se estaba refiriendo a su oposición al propósito de Satoko de escribir aquella carta.

Él se mantenía en silencio, con la confianza cada vez mayor de que el triunfo estaba de su lado. Dentro de él sentía como si un animal salvaje le estuviera llenando de sangre la cabeza.

—Está bien —dijo Tadeshina—. Prepararé una cita entre los dos. Y ahora, el joven amo será tan amable que devolverá la carta.

—Espléndido. Pero una cita corriente no es bastante. Quiero que los dos estemos a solas, sin usted presente. Y en cuanto a la carta, la devolveré después.

XXVII

Pasaron tres días. La lluvia no cesaba. Después de clase, Kiyooki fue a la posada de Kasumicho, disimulando el uniforme del colegio bajo la gabardina. Había recibido un mensaje de Tadeshina, en el sentido de que hoy sería la única oportunidad de Satoko para escapar de casa, pues sus padres estarían fuera.

Incluso después de ser llevado a la pieza trasera de la posada por el dueño, Kiyooki vaciló antes de quitarse la gabardina. Notándolo, al servirle el té, el anciano le dio seguridades en estos términos:

—Le ruego que se ponga completamente cómodo, señor. No hay nada que temer de una persona como yo, que ha renunciado al mundo.

El posadero le dejó solo. Miró toda la habitación. Una cortina de bambú cubría la ventana desde la que había mirado el segundo piso la vez pasada. Las ventanas estaban cerradas para evitar que entrara la lluvia, y un calor húmedo y opresivo dominaba la estancia. Cuando abrió una caja de laca que había sobre el pupitre vio en su interior gotas de humedad.

Supo que Satoko había llegado cuando oyó el susurro de su ropa y las voces que llegaban del otro lado de la puerta corrediza Genji.

Se abrió el panel y Tadeshina hizo una profunda reverencia. Luego, sin decir una palabra, hizo que Satoko entrara en la habitación y rápidamente volvió a cerrar el panel. Antes que la puerta corrediza acabara de cerrarse, brilló en su cara el blanco de sus ojos inquietos. Era sofocante el mediodía dentro de la habitación.

Satoko se sentó en el suelo de tatami delante de Kiyooki con las rodillas juntas. Tenía la cabeza inclinada, y ocultaba la cara con un pañuelo, dejando que la otra mano descansara en el suelo. El cuerpo estaba inclinado de forma que el blanco de la nuca brillaba como uno de esos pequeños lagos que se encuentran a veces en las montañas.

Él se sentó frente a ella en silencio. Se sentía como si le cayese encima a chorros la lluvia que sonaba en el tejado. Le costaba trabajo creer que hubiera llegado aquel momento. Satoko no podía hablar. Era él quien la había llevado a semejante situación. Había sido su más ferviente esperanza verla reducida a este estado, privada del poder que le concedía su mayor edad, incapaz de pronunciar aquellas pequeñas homilias a que era tan aficionada, propicia sólo a las lágrimas silenciosas. En este momento sentía una irresistible atracción por ella, pero no sólo porque fuera el galardón precioso que finalmente tenía a su alcance; sino porque era lo prohibido, lo manifiestamente inalcanzable, lo proscrito. La quería de esta forma y

no de otra. Ella misma, por otro lado, siempre había deseado mantenerse lejos, jugando a dejarse querer. ¡Cómo habían cambiado las cosas! Ella podía haber escogido en cualquier momento la postura maravillosa de la amada, pero siempre había preferido el papel falso de hermana mayor, acariciándole incluso, pero con aquella condescendencia que él tanto odiaba.

Ahora comprendió la fuerte resistencia que opuso cuando su padre le propuso introducirle en el mundo de las mujeres de Yoshiwara. Del mismo modo que se perciben los movimientos de la crisálida dentro del capullo, así había él adivinado siempre la destilación gradual de cierta esencia inefable dentro de Satoko. Él sólo podía entregar su pureza a aquella esencia, y a partir de ese momento un alborotado resplandor empezaría a inundar el mundo de la negra melancolía que le tenía aprisionado.

El refinamiento adquirido durante la niñez, bajo la tutela del conde de Ayakura, se convertía en un cordón de seda en sus manos, en un dogal para la inocencia de Satoko. Al fin había encontrado un uso válido para la sogá, cuya finalidad le había desconcertado tanto tiempo.

Estaba seguro de su amor por Satoko. Y así se adelantó de rodillas y la cogió de los hombros. Notó su resistencia, y esta repulsa a sus dedos le llenó de extraña satisfacción. Era una resistencia a gran escala, un ritual con significado cósmico. Los hombros suaves que suscitaban su deseo, se le oponían con una fuerza equivalente al peso de la sanción imperial. Por esta razón tenía el poder de enloquecerle, haciendo que los dedos le dolieran. Su cabello fragante, negro como el azabache, cuidadosamente peinado, tenía un brillo que mirado de cerca hacía pensar en una noche de brillante luna llena.

Acercó la cara a la mejilla. Sin palabras, ella empezó a mover la cabeza, en un intento por apartarle, pero su lucha era tan mecánica que él comprendió que no la sentía en el corazón, que le era impuesta desde el exterior. Echó a un lado el pañuelo y trató de besarla, pero aquellos labios que tan voluntariamente se le habían ofrecido una mañana nevada de febrero, se resistieron ferozmente, y al fin se ocultaron en el cuello del kimono.

El golpear de la lluvia se hacía más intenso. Sin soltarla, se detuvo para calcular la fuerza de sus defensas. El kimono de cuello bordado con un friso de cardos de verano, estaba castamente recogido en la garganta, revelando sólo un pequeño triángulo de piel. Su *obi*, ancho y bien ajustado a la cintura, estaba frío y difícil de tocar, como la puerta que impide la entrada a un santuario, y en su centro resplandecía un broche dorado. Su cuerpo despedía el aroma cálido de la carne joven. Una cálida brisa le llegaba a la cara desde las amplias mangas del kimono.

Quitó una mano de su espalda y cogió con fuerza la barbilla, que sintió como una pequeña y redonda pieza de marfil. Tenía la nariz humedecida por las lágrimas. Estaba pues en condiciones de besarla.

De repente ella pareció presa de un fuego misterioso, parecido a la llama de una estufa que toma fuerzas cuando se abre una puerta. Ella tenía libres ambas manos, y presionó con ellas las mejillas de Kiyooki, queriendo separarle, pero sus labios permanecían sobre los de él. Como consecuencia de aquella resistencia, sus labios, con suavidad increíble que embriagaba, seguían rozando a un lado y luego al otro los labios de Kiyooki. Su resolución de resistencia se estaba derritiendo como un trozo de azúcar en una taza de té caliente, y ya se había iniciado este fenómeno maravillosamente dulce.

Él no tenía la menor idea de cómo se desabrochaba el *obi* de una mujer. El broche rigurosamente apretado en la espalda desafiaba los esfuerzos que él hacía con los dedos. Pero cuando él palpaba a ciegas, tratando de soltarlo por la fuerza, ella acudió con sus manos, y mientras quería dar a entender que luchaba por defenderse, la verdad es que iba guiándole sutilmente en una dirección más acertada. Los dedos de ambos quedaron enredados unos momentos, y cuando el cierre cedió de repente el *obi* se aflojó con un crujido de sedas y se apartó del

cuerpo como si tuviera vida propia. Fue el principio de un revuelo de movimientos incontrolables. El kimono revoloteó como un pájaro herido cuando él lo rasgó frenéticamente por la parte de seda que cubría los pechos. Delante de los ojos tenía el diminuto y bien guardado triángulo de piel blanca bajo la garganta. No hubo una sola palabra de protesta. No había posibilidad de distinguir si se trataba de una resistencia silenciosa o de una seducción también silenciosa. Parecía estarle atrayendo, al tiempo que le repelía. Sin embargo, él tuvo la sensación de que la fuerza de su asalto sobre aquella fortaleza no era totalmente suya.

¿Cuál era la fuente, entonces? Al mirarle la cara, vio que su pasión era inconfundible. Le estaba sosteniendo la espalda con una mano, y él advirtió que ella se apoyaba con fuerza aunque con sutileza, hasta que, como si abandonara toda resistencia, se dejó caer de espaldas en el suelo.

Separó las faldas del kimono y empezó a echar a un lado la seda estampada de sus enaguas de Yuzen, en una deslumbrante maraña de modelos calados. La visión lejana de sus muslos envueltos en pliegues y pliegues de seda le arrastraba. Cierto broche secreto y oculto mantenía firmes los obstáculos con que estaba luchando, mientras la respiración era cada vez más irregular.

Finalmente se fue acercando cada vez más a su cuerpo, a los muslos, que tenían el brillo débil del alba en el horizonte. Ella alzó las manos y le ayudó. Esta amabilidad estropeó aquel momento. Todo acabó.

* * *

Los dos permanecieron uno al lado del otro, sobre el suelo de tatami, mirando el techo. La lluvia era ya torrencial y seguía golpeando en el tejado. El fuerte latir de sus corazones no se había apaciguado. Kiyooki sentía una felicidad que superaba no sólo su agotamiento momentáneo, sino hasta la idea triste de que algo había llegado a su final. Una sensación de sentimientos compartidos pesaba sobre ellos. Tan palpable como las sombras que se iban formando gradualmente en la habitación. Creyó oír la débil tosecilla de la anciana, que se aclaraba la garganta al otro lado del panel Genji. Cuando él se disponía a incorporarse, Satoko le detuvo, sujetándole suavemente por el hombro.

Sin una palabra, dispersó todo vestigio de remordimiento. A él le llenó de satisfacción seguirla. A partir de ese momento no había nada que no pudiera perdonarle.

Él era joven. Su deseo se reavivó rápidamente, y esta vez ella condescendió y todo se desarrolló suavemente. Bajo su guía femenina y segura, él sintió que habían desaparecido todas las barreras, y que había encontrado un mundo rico y nuevo. Con el calor de la habitación, él había ido despojándose poco a poco de toda la ropa, y ahora notaba el contacto de la carne con la carne. Vio que no quedaba ninguna traza de pesar en su cara. Hasta sonreía débilmente, sin que esta actitud creara en él ninguna clase de recelos. Su corazón estaba completamente tranquilo.

* * *

Más tarde, la cogió en sus brazos y apretó las mejillas contra las suyas, sintiendo la humedad de las lágrimas. Sabía que eran lágrimas de júbilo. Nada podía ayudarles más en su mutuo conocimiento de haber cometido un pecado imperdonable, que las lágrimas que caían lentamente por las mejillas de los dos. En Kiyooki, esta sensación de pecado aumentó su ya creciente coraje.

—Aquí tienes —exclamó ella dándole la camisa—. No tiene objeto que cojas un resfriado.

En el momento en que se disponía él a coger la camisa, ella le contuvo un momento, y la apretó contra su cara, con un profundo suspiro. Cuando se la entregó, iba húmeda de lágrimas.

Cuando se puso el uniforme del colegio y terminó de vestirse, quedó perplejo al oír las palmadas. Tras una pausa, se abrió el panel Genji, y apareció la cabeza de Tadeshina.

—¿Me llamaba, señorita Satoko?

Satoko asintió con un movimiento de cabeza y con una mirada señaló al *obi* que estaba en el suelo. Tadeshina cerró la puerta por completo, y se acercó hasta Satoko, sin mirar en dirección de Kiyooki. Luego ayudó a su señora a vestirse y abrocharse el *obi*. Más tarde trajo un espejo para arreglar el cabello de Satoko. Mientras tanto, Kiyooki estaba perplejo, sin saber qué debía hacer. Mientras las dos mujeres realizaban su prolongado ritual, él se sentía completamente olvidado.

Cuando todo estuvo en orden, Satoko, más hermosa que nunca, se sentó con la cabeza inclinada.

—Me temo, joven amo, que tenemos que marcharnos ya —empezó la anciana—. Mi promesa ha sido guardada. A partir de ahora, por favor, le suplico que trate de olvidar a la señorita Satoko. Si es usted tan amable, ¿querría devolver la carta, como prometió?

Kiyooki se sentó en silencio con las piernas cruzadas. No contestó.

—Como prometió, ¿le importaría devolver la carta? —preguntó otra vez Tadeshina.

Kiyooki seguía en silencio, como si estuviera sordo, mirando fijamente a Satoko, que seguía sentada serenamente, sin un solo cabello fuera de lugar, y el precioso kimono en orden. De pronto alzó los ojos. Se encontraron con los de Kiyooki.

—No voy a devolver la carta, porque quiero verme con ella otra vez, lo mismo que ahora —dijo sacando a relucir su coraje recién hallado.

—¡Joven amo! —Tadeshina no hizo ningún intento por ocultar su rabia—. ¿Qué cree que va a suceder? ¡Sólo un niño mimado diría tal disparate! ¿No se da cuenta de las cosas terribles que sucederán? No sólo la destrucción de Tadeshina, sino algo mucho peor.

Satoko la contuvo con una voz tan compuesta, tan extraterrena, que hizo que Kiyooki sintiera un estremecimiento frío por la columna vertebral.

—Está bien, Tadeshina. Hasta que el amo Kiyoo decida devolver la carta no podemos hacer otra cosa que acceder a una nueva cita. No hay otro camino para salvarnos las dos. Es decir, si es que intentas salvarme también.

XXVIII

La visita de Kiyooki fue un acontecimiento tan extraño, que Honda no sólo pidió a su madre que invitara a su huésped a quedarse para la cena, sino que dejó el trabajo preparatorio de los exámenes de ingreso, que normalmente le ocupaban toda la tarde. La llegada de Kiyooki, en cierto modo, cargó de expectación la atmósfera apacible de la casa.

Durante el día había estado el sol cubierto por las nubes. Por la tarde, el calor sofocante no había disminuido de manera apreciable. Cuando se sentaron a hablar, los dos jóvenes vestían kimonos ligeros de verano.

Honda había tenido la premonición de la visita de Kiyooki, pero en modo alguno estaba preparado para lo que iba a venir. Tan pronto como Kiyooki empezó a hablar, Honda quedó perplejo, al darse cuenta que el joven que se sentaba a su lado, en el viejo sofá de cuero del salón de recepciones, era alguien radicalmente distinto del Kiyooki que había conocido antes. Nunca le habían brillado los ojos tan alegremente. Eran los ojos de un adulto mundano. A pesar de todo, Honda estaba muy contento de que Kiyooki hubiera contado con él para confiarle sin reservas lo que era un secreto de las más serias consecuencias. Honda había estado esperando un gesto así desde hacía mucho tiempo, sin la más ligera presión por su parte. Reflexionando, comprendió que Kiyooki había guardado sus secretos ante su amigo mientras no había habido sino sus propias luchas internas, pero ahora que era algo grave y una fechorías, se había abierto del todo en un impetuoso torrente de palabras. Considerando la gravedad de la confesión y la confianza ilimitada que implicaba, Kiyooki no podía haberle dado mayor satisfacción. Al estudiar a su amigo encontró un Kiyooki maduro, parte de cuya belleza juvenil había desaparecido de sus facciones. Ahora actuaba con la determinación de un joven apasionado, y sus palabras y gestos estaban libres de cualquier incertidumbre.

Era la imagen de un hombre orgulloso de su conquista. Cuando contaba la historia a Honda, las mejillas se le encendían de rubor, le brillaban los dientes y la voz firme y clara hacía una pausa. Se adivinaba con toda evidencia su nueva bizarría, incluso en el movimiento de las cejas.

—Escuchándote se me ha ocurrido algo singular, no sé por qué —dijo Honda—. Un día que estábamos charlando los dos, no estoy seguro cuándo, me preguntaste si recordaba algo de la guerra ruso-japonesa. Y luego, en tu casa, me enseñaste un

álbum con fotos de guerra. Recuerdo que me dijiste que la que más te gustaba era la que llevaba el pie de «Proximidades del Templo de Tokuri: servicios en memoria de los muertos en la guerra», una foto extraña en la que todos los soldados parecían actores en una enorme procesión. Entonces me llamó la atención aquello que consideré una rara preferencia para ti, puesto que tenías muy poca afición a cuanto olera a vida militar. De todos modos, cuando te escuchaba ahora, me ha venido a la memoria el recuerdo de aquella polvorienta llanura de la foto, que de algún modo parecía ligada a tu maravillosa historia amorosa.

Honda se había sorprendido a sí mismo. Estaba perplejo, no sólo por la oscuridad de lo que había dicho y el fervor de sus palabras, sino también por la admiración que sentía hacia la atrevida desconsideración de Kiyooki por las órdenes y preceptos. Elegirle precisamente a él, a Honda, que desde hacía mucho tiempo había decidido hacerse hombre de leyes.

Entraron dos criados con mesitas, sobre las que habían colocado las respectivas cenas. Su madre había arreglado así las cosas, a fin de que pudieran comer y hablar como amigos sin la menor coacción. En cada mesita había una botella de saké, y Honda le ofreció de la suya.

—Mi madre estaba preocupada. No sabía qué te parecería la comida que te servimos, tú que estás acostumbrado a manjares más exquisitos —observó, dando a la conversación un tono familiar.

Se sintió feliz al ver que Kiyooki empezaba a comer como si encontrara aquella comida muy de su agrado. Así, durante un rato los dos jóvenes dejaron de hablar, y se entregaron al saludable placer de la comida.

* * *

Disfrutando ese breve silencio que sigue a una buena comida, Honda se preguntó por qué después de oír a su compañero de clase confesar una hazaña tan romántica se había sentido tan feliz, sin el menor sentimiento de celos o envidia. Se sentía vivificado con ello, como un jardín junto al lago se siente cargado de humedad durante la estación de las lluvias.

—Bueno, ¿qué piensas hacer? —preguntó rompiendo el silencio.

—No tengo la menor idea. Soy tardó para empezar, pero una vez que comienzo no soy persona que se quede a medio camino.

Honda le miró con los ojos muy abiertos. Jamás había soñado que podría oír a Kiyooki decir semejante cosa.

—¿Quieres decir que intentas casarte con Satoko?

—Eso es imposible. La sanción ha sido ya otorgada.

—Pero tú has violado la sanción. ¿Por qué no puedes casarte con ella? ¿No podríais desaparecer los dos, marcharos al extranjero y casaros allí?

—Tú no lo entiendes —contestó. Luego guardó silencio, y por primera vez aquel día Honda adivinó la antigua melancolía de Kiyooki en las arrugas que repentinamente aparecieron en su frente.

Quizá había confiado demasiado, y ahora que lo había visto notó que una ligera inquietud proyectaba sombras sobre su regocijo. Mientras miraba fijamente al perfil de su amigo, cuyas líneas elegantes y delicadas superarían al artista más diestro, se preguntó qué esperaba Kiyooki conseguir de la vida.

Kiyooki cogió sus fresas, se levantó del sofá y fue a sentarse ante la mesa escrupulosamente ordenada donde trabajaba Honda. Colocó los codos en la austera superficie, y empezó a girar el sillón de un lado a otro. Mientras lo hacía se dejó caer sobre los codos, suavizó la postura de la cabeza y relajó el torso, asomando el pecho desnudo por el cuello abierto del kimono. Después empezó a abrir las fresas

una tras otra, metiéndolas despacio en la boca. Era un alarde de malos modales, demostrativos de lo contento que estaba por haber escapado del riguroso protocolo de su casa. Derramó algo de azúcar sobre la piel desnuda del pecho, pero la limpió sin el menor signo de embarazo.

—Vas a atraer a las hormigas —exclamó Honda riendo, con la boca llena de fresas.

Los párpados delicados de Kiyooki, ordinariamente pálidos, estaban encendidos, gracias al saké. Mientras seguía girando la silla de un lado a otro, con los brazos desnudos y todavía colocados sobre la mesa, dio un vaivén demasiado rápido y el cuerpo se le dobló de manera extraña, como si le hubiera atacado de súbito algún dolor, del que no se daba cuenta.

No había error en la mirada distante de aquellos ojos. Peleando con su yo habitual, Honda sintió de pronto un deseo cruel de herir a su amigo, un impulso urgente de levantar la mano para destruir la reciente sensación de felicidad de Kiyooki.

—Pues bien, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Has pensado siquiera en el resultado de todo esto?

Kiyooki alzó los ojos y le miró fijamente. Honda no había visto nunca una mirada tan ardiente y a la vez tan triste.

—¿Por qué he de pensar en ello?

—Porque todas las personas que andan alrededor tuyo y de la señorita Satoko se están moviendo lenta pero inexorablemente hacia un desenlace. ¿No te das cuenta que no podéis andar revoloteando como dos libélulas haciéndose el amor?

—Sé que no podemos —replicó Kiyooki con sequedad y mirando a otra parte, como si examinara con interés las sombras de los rincones de la habitación, de las estanterías con libros, de la papelera de mimbre. Sombras que caían en el estudio sencillo y funcional de Honda, noche tras noche, insidiosas como las emociones humanas, en busca de un lugar donde acechar.

Honda le observaba sorprendido. Las graciosas cejas de Kiyooki semejaban arcos elegantes. Parecían con fuerza suficiente para refrenar cualquier expresión. Las imaginó guardianes de los ojos oscuros, vigilante leal de las miradas de su amo, donde quiera que fuesen, como criados impecables.

Honda decidió exponer con claridad algo que había ido tomando forma en su imaginación.

—Hace poco —empezó— dije algo muy raro. Me refiero al recuerdo de la foto de la guerra ruso-japonesa, cuando me estabas hablando sobre la señorita Satoko y tú. Me pregunto por qué se me ocurriría tal cosa, y ahora que he reflexionado sobre ello un poco creo tener la respuesta. La edad de las guerras gloriosas terminó con la era Meiji. Hoy todas las historias de las guerras pasadas han sido reducidas al nivel de los relatos que oímos a los suboficiales de mediana edad en el colegio militar, y las exageradas narraciones bélicas de los granjeros alrededor de la lumbre. Ahora no hay muchas oportunidades de morir en el campo de batalla. Pero ahora que las antiguas guerras han acabado, ha dado comienzo una nueva era: la de las emociones. Una clase de guerra que no se puede ver, sólo sentir. Una guerra, por tanto, que los estúpidos y los insensibles no advertirán. Pero ha empezado en serio. Los jóvenes elegidos para hacer esa guerra han empezado ya la pelea. Y tú eres uno de ellos. De eso no hay la menor duda. Y lo mismo que en las guerras antiguas, habrá también bajas en esta guerra de emociones, creo yo. Es el sino de nuestra edad, y tú eres uno de nuestros representantes. ¿Qué dices a todo esto? Tú estás resuelto a morir en esta nueva guerra, ¿no?

La única respuesta de Kiyooki fue una sonrisa vacilante. En aquel momento, una fuerte brisa, húmeda de la lluvia, penetró por la ventana y les refrescó la frente. Honda estaba perplejo por el silencio de Kiyooki. ¿Era la respuesta tan obvia que no necesitaba palabras? ¿O las suyas habían impulsado la imaginación de su amigo,

que luchaba por ordenar una respuesta sincera? Tenía que ser una de estas dos cosas.

XXIX

Tres días más tarde, cuando la cancelación de dos clases dejó a Honda una tarde libre, fue a presenciar una sesión de Audiencia del distrito, acompañado por un estudiante de Derecho, criado de su familia. Había estado lloviendo desde la mañana.

El padre de Honda era juez en la Corte Suprema, y dentro de su propia familia era un riguroso observador de los principios. Estaba muy satisfecho por la vocación de su hijo de diecinueve años, que se había inclinado hacia la carrera de Derecho, aun antes de ingresar en la Universidad. Por consiguiente su padre tenía motivos para pensar que su hijo le sucedería algún día pasado el tiempo. Hasta este año el puesto de juez había sido vitalicio, pero en abril había entrado en vigor una reforma a gran escala del sistema jurídico. Como resultado, más de doscientos jueces habían sido retirados o pedido ellos mismos el cese de sus cargos. El juez Honda, deseoso de mostrar solidaridad con sus antiguos y desafortunados amigos, había ofrecido dimitir, pero no le había sido aceptada la dimisión.

La experiencia sin embargo parecía haberle marcado de modo decisivo en su concepto de la vida, que a su vez afectaba a como había sido su relación más bien formalista con su hijo. A partir de entonces puso en él un calor y una generosidad que semejaba el afecto mostrado por un alto oficial al subordinado que se escogió para sucederle. El propio Honda estaba decidido a trabajar más duro que nunca en los estudios para tratar de ser merecedor de este favor sin precedentes.

El cambio de puntos de vista de su padre fue lo que permitió a su hijo asistir a las sesiones de la Corte, aunque todavía no era adulto. No llegó, naturalmente, tan lejos como para permitirle asistir a sus propias actuaciones, pero le dio permiso para acudir a todos los casos civiles o criminales que gustara, siempre que fuese acompañado por el joven criado, que también era estudiante de Derecho.

Su padre explicó que como toda su familiaridad con la Ley procedía de los libros, sería extremadamente valioso entrar en contacto con el verdadero proceso de la Ley en el Japón, y experimentarlo a un nivel práctico. El juez Honda se proponía algo más que esto, sin embargo. Para decir verdad, su principal preocupación era exponer a su hijo, de diecinueve años, todavía sensible, ante aquellos elementos de la existencia humana que aparecían con toda su cruda y sórdida realidad en la Corte criminal. Quería ver lo que Shigekuni podría sacar de semejante experiencia.

Era una experiencia peligrosa. Sin embargo, como el juez consideró siempre mayor peligro permitir a un joven el formar su carácter asimilando la descuidada conducta popular, las diversiones baratas y todo lo que pudiera agrandar o atraer a los bajos instintos, se sintió confiado en las ventajas de este experimento educacional. Era una buena oportunidad, que al menos advertiría a Shigekuni de la mirada rígida y constante de la Ley. Vería todos los detritus de las pasiones humanas, procesados allí de acuerdo con las recetas de la Ley. Semejante laboratorio podría enseñar a Shigekuni mucho sobre la técnica del Derecho.

Honda se apresuró por los pasillos oscuros del Palacio de Justicia, hasta el Tribunal de lo Criminal del Distrito; camino iluminado sólo por la débil luz que se filtraba a través de la lluvia, que empapaba la hierba abandonada del patio. La atmósfera del edificio había absorbido la esencia del espíritu criminal. El lugar parecía demasiado siniestro para ser un palacio donde se suponía que brillaba la Ley.

Su depresión creció cuando su compañero y él tomaron asiento en la Sala. El estirado estudiante de Derecho que le había llevado hasta allí con tanta celeridad, se enfrascó en el libro de casos que había llevado consigo, como si hubiera olvidado por completo al hijo de su amo. Luego volvió la mirada indiferente al sitial del juez, la mesa del fiscal, el puesto de los testigos, el asiento de la defensa, y así sucesivamente. Aquel vacío le sorprendió como algo gemelo de su estado espiritual, en tarde tan tristona y húmeda.

Desde que Kiyooki había confiado en él su secreto, Shigekuni, que había sido brillante y alegre, había experimentado un cambio. O más bien, la amistad entre él y Kiyooki había sufrido una extraña desviación. Durante años, los dos habían tenido extremo cuidado de no inmiscuirse en la vida privada del otro. Pero ahora, desde hacía sólo tres días, Kiyooki había acudido a él repentinamente, y como el enfermo que transmite su enfermedad a otro le había pasado a su amigo el virus de la introspección, de tal modo que Honda parecía mejor anfitrión para el virus que el mismo Kiyooki. El primer síntoma importante de la enfermedad fue una vaga sensación de angustia.

Se preguntó qué iba a hacer Kiyooki. ¿Era correcto en él, como amigo de Kiyooki, no hacer más que permanecer ocioso, y dejar que las cosas siguieran su curso?

Mientras esperaba la apertura de la sesión meditaba sobre las reflexiones provocadas por su ansiedad, con la imaginación muy alejada del examen de los testigos que iban a declarar en el juicio.

«Si yo actuara como un verdadero amigo —pensaba—, ¿no sería mejor persuadirle de que olvidase a la señorita Satoko? Hasta ahora yo creía lo mejor, como amigo suyo, no inmiscuirme en sus problemas, por respeto a su elegancia espiritual. Pero ahora que me lo ha contado todo el otro día, ¿no debería yo intervenir, como tengo derecho a hacer dentro de una relación amistosa normal, y hacer cuanto pueda por librarle del peligro claro que le está amenazando? Además, creo que no debería retroceder, aunque él se resintiera tanto que rompiera nuestra amistad. Dentro de diez o veinte años entenderá por qué lo hice. Y aunque no llegue a entenderlo nunca, jamás me arrepentiría yo de haberle ayudado.»

«No hay duda —siguió pensando— que se encamina a la tragedia. Sería hermoso, por supuesto, pero ¿es justo que sacrifique su vida a semejante belleza tan fugaz como un pájaro en vuelo visto desde una ventana? Sé lo que tengo que hacer. A partir de ahora voy a prescindir de todas las cautelas, para comportarme como un amigo. Y le guste o no he de hacer algo para derramar agua fría sobre esa rabiosa pasión suya. Pondré en juego todas mis fuerzas para impedir que realice su fatal destino.»

* * *

El esfuerzo producido por esta acometida febril de pensamientos hizo que a Honda le doliera la cabeza. Ya no le era posible seguir allí esperando el comienzo del juicio por el que había perdido interés. Deseaba salir inmediatamente, correr hasta la casa de Kiyooki y esgrimir todos los razonamientos a su alcance para persuadirle a cambiar de propósitos. Comprender que esto era imposible dio origen a una nueva ansiedad que incrementó su desconcierto.

Miró a su alrededor y notó que todos los asientos estaban ya ocupados. Ahora comprendía por qué el criado le había llevado tan temprano. Entre los asistentes había jóvenes con aspecto de estudiantes de Derecho, monótonos hombres y mujeres de mediana edad, y periodistas que iban y venían con evidente urgencia. Observó como los que sólo habían ido atraídos por una curiosidad vergonzante ocultaban su interés tras las máscaras de sobria urbanidad, acariciándose el bigote, pasando el tiempo con un cortés movimiento de abanico, usando las uñas largas de los meñiques para hurgarse en los oídos. Era una visión instructiva, que más que ninguna otra cosa vista anteriormente le abrió los ojos a la falsa moral de «yo no estoy en peligro de cometer pecado». Cualquiera que fuese su futuro, estaba decidido a no caer nunca en postura tan hipócrita.

Las ventanas estaban cerradas, por la lluvia, dejando penetrar por entre ellas una luz escasa que caía sobre lo espectadores como una capa de polvo gris. Sólo estaban exentas las viseras negras y brillantes de las gorras de los guardias.

La entrada de la acusada alzó un diluvio de comentarios. Flanqueada por dos guardias y vestida con el uniforme de la prisión, se dirigía al banquillo de los acusados. Honda intentó verla cuando pasaba, pero era tal el revuelo, los movimientos, las idas y venidas de los espectadores, que sólo alcanzó a ver unas mejillas blancas, con visibles hoyuelos. Luego, ya ella en el banquillo, todo lo que pudo ver fue que tenía el pelo hacia atrás, cogido con el típico moño usado por las presas. Aunque se echó hacia adelante respetuosamente, notó que había una pequeña señal de tensión nerviosa en la forma adoptada por los macizos hombros bajo el uniforme.

El abogado de la defensa había entrado ya, y todos esperaban la llegada del fiscal y del juez.

—Sólo un vistazo, joven amo. ¿Diría usted que es una asesina? —dijo el joven estudiante con un susurro—. Es cierto eso que se dice que es imposible calificar un libro por la cubierta.

El ritual comenzó cuando el juez que presidía hizo las habituales preguntas a la acusada sobre su nombre, dirección, edad y condición social. La Sala estaba tan callada que Honda imaginó que podía oír el rasgueo nervioso de la pluma del funcionario que tomaba notas del acto.

—Sala 25 de Nihonbashi, ciudad de Tokio. Plebeya. Tomi Masuda —replicó la mujer con voz clara y firme, pero tan baja que el auditorio se inclinó hacia adelante como una sola persona, temerosos de perderse algo cuando el testimonio tocara cuestiones cruciales.

Las respuestas llegaban con normalidad hasta que la acusada confesó su edad. Entonces, intencionadamente o no, vaciló. Ante la insistencia de su abogado, dijo en voz más alta:

—Tengo treinta y un años.

En ese momento volvió la cabeza hacia el abogado, y Honda pudo captar su perfil, sus ojos grandes y claros y algunos mechones de pelo cayéndole en las mejillas.

Los espectadores miraban a la mujer con fascinación, como si fuese el cuerpo blando y transparente de un gusano de seda que en cierto momento había

expulsado de su interior un hilo de inconcebible maldad. Su más ligero movimiento les hacía imaginar las manchas de sudor en los sobacos bajo el uniforme, sus pezones endurecidos por el temor, su trasero más bien tosco y poco frío. Aquel cuerpo había hilado hebras sin número, hasta que esas mismas hebras lo estaban envolviendo en un siniestro capullo. Para los espectadores existía una correspondencia particularmente íntima entre su cuerpo y su crimen. Para el hombre medio, llevado por sus fantasías, no hay nada más deliciosamente tentador que la contemplación desde una distancia segura del mal, expuesto en sus causas y sus efectos. Si aquella mujer hubiera sido delgada, también su delgadez habría despertado idénticas emociones en aquel auditorio. Pero era rolliza. Satisfechos, convencidos de que ella era nada menos que el mal encarnado, pusieron ávidamente en juego sus poderes de la imaginación, deteniéndose con deleite en todos los detalles, hasta en las gotas de sudor que estaban seguros resbalaban por sus pechos.

Los escrúpulos de Honda no le permitían seguir los sucios pensamientos de la multitud, completamente claros para él a pesar de su juventud. Centró toda su atención en el testimonio de la acusada, cuando contestaba a las preguntas del juez. Su relato llegaba ahora al asunto fundamental.

Su forma de contar era confusa, pero quedaba claro que la cadena de acontecimientos, previos a este crimen pasional, se había desarrollado inexorable, de una forma que tenía que llevar inevitablemente a la tragedia.

—¿Cuándo comenzó usted a vivir con Matsukichi Hijikata?

—Yo... Fue el año pasado, señoría. Lo recuerdo muy bien. El cinco de junio.

Su memoria hizo reír al auditorio, pero los guardias se encargaron de poner orden en seguida.

Tomi Masuda, camarera, se había enamorado de un cocinero, Matsukichi Hijikata, que trabajaba en el mismo restaurante. Se trataba de un viudo que había perdido recientemente a su esposa. Estimulada por el afecto, había empezado a cuidar de él, y por fin decidieron iniciar una nueva vida juntos. Hijikata no dio señales de querer arreglar aquella unión de manera oficial, y después que montaron la casa se dedicaba, cada vez con mayor intensidad, a perseguir a otras mujeres. Hacia finales del año anterior hizo amistad con una camarera que trabajaba en una posada llamada «Kishimoto», en el mismo distrito de Hama. Aunque Hidé, que así se llamaba, tenía veinte años, era poco lo que sabía sobre hombres. Las noches de Hijikata fuera de casa se hicieron cada vez más frecuentes. Por fin, en primavera, Tomi visitó a Hidé y le suplicó que dejara a su hombre. Hidé la trató con desprecio, y Tomi, incapaz de controlar su furia, la mató.

Este era el triángulo que determinó la violencia. Un caso común, sin ninguna característica particular. No obstante, del examen minucioso de las declaraciones salieron a la luz muchos elementos nuevos, algunos auténticos y sin duda impredecibles.

La mujer se había encontrado con un hijo sin padre, ahora con ocho años de edad, que había quedado a cargo de unos parientes en su pueblo natal, pero que ella había pedido que se lo enviaran a Tokio, para que pudiera asistir a un colegio. Aunque esperaba utilizar al muchacho de móvil para que Hijikara sentara la cabeza, Tomi estaba ya desde antes embarcada en el navío inevitable que la convertiría en asesina.

Su declaración llegó a los acontecimientos de aquella noche:

—No, señoría. Si Hidé hubiera estado allí esa noche, todo se habría arreglado. Sé que no habría sucedido esto. También se habría arreglado todo si aquella noche hubiera tenido un catarro o algo que la hubiera detenido en cama, cuando fui al «Kishimoto» para verla. El cuchillo que utilicé es el mismo que Matsukichi usa para cortar el *sashimi*. Es un hombre orgulloso de su trabajo y posee toda clase de buenos cuchillos. Suele decir que para él son como la espada de un samurai, y nunca consiente que ninguna de las mujeres los toque. Siempre los afila él mismo con

todo cuidado. Cuando yo empecé a tener celos de Hidé, él los escondía en alguna parte pensando que eran peligrosos. Cuando me di cuenta de sus pensamientos me puse furiosa. Solía hacer chistes sobre ello, pretendiendo amenazarle. «No necesito ninguno de tos cuchillos», solía decirle; «hay otros muchos de los que puedo echar mano, ¿comprendes?» Un día, después que Matsukichi faltaba ya de casa mucho tiempo, estaba yo limpiando un gabinete y de pronto me encontré un paquete con los cuchillos. Lo que más me sorprendió, señorita, fue que casi todos estaban cubiertos de herrumbre. Al verlo comprendí lo absorto que estaría por Hidé, y empecé a temblar de rabia con uno de los cuchillos en la mano. En aquel mismo momento llegó del colegio mi hijo, y me fui calmando poco a poco. Después pensé que tal vez si yo cogía su cuchillo favorito, el que usa para cortar *sashimi*, y lo llevaba a afilar, Matsukichi lo agradecería, pensando que yo era una verdadera esposa. Lo envolví en un paño y cuando salía me preguntó mi hijo que adónde iba, y yo le contesté que a un recado, que regresaría pronto y que él fuera bueno y cuidara de la casa durante mi ausencia. Luego dijo: «No me importa si no vuelves. Puedo volver a mi escuela del pueblo». Estas palabras supusieron para mí una tremenda sacudida, y cuando me detuve a preguntarle a qué se debía aquello, averigüé que los chicos de la vecindad se estaban burlando de él diciéndole: «Tu viejo no podía soportar el mal humor de tu madre y se fue». Probablemente los chicos habían oído los comentarios que sus padres hacían acerca de nosotros. Mi hijo deseaba separarse de una madre que se había convertido en el hazmerreír de todos, y volver con sus padres adoptivos al pueblo. De pronto me puse tan furiosa que le golpeé la cara. Cuando salí corriendo de la casa le oía llorar detrás de mí.

Según el testimonio siguiente, Tomi no estaba pensando en Hidé en aquel momento, sino que corría por las calles con un solo propósito: afilar el cuchillo. El afilador tenía otros trabajos que hacer, pero ella decidió esperar. Después de más de una hora de espera, al final se lo afiló. Cuando salió de la tienda no pensó en regresar a casa y giró casi involuntariamente en dirección de la posada de «Kishimoto».

Poco antes, Hidé había regresado después de pasar toda una noche con Matsukichi y ser amonestada por la esposa del dueño por haber abandonado el trabajo. Ella se excusó con lágrimas en los ojos, tal como la había aleccionado Matsukichi. Pocos minutos después llegó Tomi a la posada, y pidió hablar con Hidé un momento fuera. Hidé salió y se mostró sorprendentemente cordial. Acababa de cambiarse de kimono y estaba muy elegante con los pliegues sueltos rozando lánguidamente el suelo, al estilo de las prostitutas caras.

—Acabo de hacer ahora mismo una promesa. A partir de este momento no volveré a hacer caso a ningún hombre —dijo.

Tomi se sintió feliz al oír esto, pero poco después Hidé, sonriendo, despojó a sus palabras de todo significado con una ulterior observación:

—Pero no sé si seré capaz de cumplir la promesa durante más de tres días.

Haciendo un gran esfuerzo, Tomi la invitó a tomar una copa en un establecimiento de la ribera del río Sumida. Tomi puso todo su empeño en hablarle como si fuera su hermana mayor, pero Hidé no le hizo caso. Su reacción fue una sonrisa irónica. Al final, cuando el saké la llevó a extremos melodramáticos, Tomi bajó la cabeza en ademán de súplica, pero la mujer se retiró con desprecio. Habían estado hablando más de una hora y estaba oscureciendo. Hidé se incorporó para irse, diciendo que el jefe volvería a enfadarse con ella si no regresaba en seguida.

Después que dejaron el bar, Tomi aseguraba que no sabía por qué caminaron por un lugar desierto y mal iluminado junto al río. Admitió que quizá cuando agarró el kimono de Hidé, tratando de hacer que se quedara, ésta empezó a caminar en esta dirección para huir. De todos modos, Tomi negó que tuviera ninguna intención de llevarla hasta allí con el propósito de matarla.

Después de caminar un rato, Tomi empezó a razonar otra vez, pero Hidé sólo rió. Resplandecía el blanco de sus dientes, aunque no quedaba más que un débil reflejo en la superficie del Sumida, para aliviar la oscuridad que envolvía a las dos.

—Es inútil que sigas así —replicó Hidé al final—. No me extraña que Matsukichi esté tan harto de ti.

Este, según Tomi, fue el momento decisivo. Siguió describiendo sus reacciones:

—La sangre inundó mi cabeza. No sé cómo describirlo exactamente... Me sentí como un bebé que llora desesperado en la oscuridad, agitando brazos y piernas porque no tiene palabras para decir que necesita algo o que algo le está lastimando. De algún modo, cogí el cuchillo, y el cuerpo de Hidé cayó en la oscuridad. Es de la única forma que puedo explicarlo.

Sus palabras habían sido tan vivas que la multitud que llenaba la sala, y Honda con ellos, creyó ver un fantasma agitando desesperadamente brazos y piernas.

Cuando terminó, Tomi Masuda se cubrió la cara con las manos y sollozó. Los hombros bajo el uniforme de la prisión parecían más patéticos, por ser gruesos. Los espectadores parecían cambiar gradualmente de una curiosidad abierta a algo más.

La lluvia seguía cayendo fuera y sumía el patio en una luz pálida que parecía centrarse sobre Tomi Masuda. Permanecía como si fuera el único ejemplar de todas las complejas pasiones del ser humano que vive, respira, sufre y llora de dolor. Hasta unos momentos antes el auditorio no había visto más que una mujer de treinta y un años, gruesa y sudorosa. Pero ahora, con la respiración abatida y los ojos inmóviles, contemplaban a un ser humano atormentado por sus sentimientos, retorciéndose como un pez vivo en la playa.

Ella no tenía ninguna protección contra aquellas miradas. El crimen que cometiera en la oscuridad había tomado forma en ella para revelarse ante los ojos de aquella multitud. Era el retrato vivo del crimen, más que ninguna otra consideración de buenas intenciones o escrúpulos morales, lo que había impresionado al auditorio con fuerza tan convincente. La revelación de Tomi Masuda sobrepasó con mucho la actuación de la más diestra de las actrices, que después de todo no habrían hecho más que ella. Parecía como si el mundo entero se hubiera convertido en un auditorio gigante. Su abogado, que estaba junto a ella, parecía demasiado decaído para poder ayudarla. Ella estaba allí, baja y rechoncha, con nada para mitigar su tristeza, sin peinetas en el cabello, ni joyas, ni un kimono elegante que llamara la atención de los hombres. Sin embargo, el hecho de ser criminal era bastante para hacerles verla como mujer.

—Si tuviéramos aquí, en Japón, el sistema de jurados, éste es un caso en que podrían dejarla salirse con la suya —dijo el estudiante al oído de Shigekuni—. ¿Qué se puede hacer con una mujer como ésta?

Shigekuni estaba pensando. Una vez que entraba en movimiento según sus propias leyes la pasión era irresistible. Esta era una teoría que nunca sería aceptada por las leyes modernas, que consideran evidente que la conciencia y la razón gobiernan al hombre.

Luego sus pensamientos pasaron a cosas más personales. Aunque había acudido para presenciar el juicio como un espectador ajeno al drama, estaba fascinado. Al mismo tiempo había comprendido algo: jamás caería en aquella pasión acalorada que había llevado al crimen a Tomi Masuda.

Fuera el cielo se había iluminado algo más, y la lluvia convertido en desapacibles aguaceros. Las gotas de lluvia en las ventanas brillaban con el sol.

Esperaba que su razón sería siempre como aquella luz. Pero parte de él sería arrastrada irresistiblemente por la oscuridad de la pasión humana. Negrura que era fascinación. Kiyooki también era fascinación, que parecía subir hasta conmover el fundamento de la vida, pero que en vez de ser portador de salud llevaba en sí las semillas de la tragedia irreversible.

Honda decidió ahora no interferirse con Kiyooki, por el momento.

XXX

Cuando se iban acercando las vacaciones del verano, algo ocurrió que turbó la atmósfera en el colegio. El príncipe Pattanadid perdió el anillo de esmeraldas. El asunto se puso muy serio cuando se hizo de conocimiento general que el príncipe Kridsada había dicho sin rodeos que el anillo había sido robado. El príncipe Pattanadid deseaba que el asunto se resolviera de la manera más pacífica posible, y reprendió a su primo por aquella rudeza. Sin embargo, era evidente que en su corazón también él creía lo del robo.

La acusación airada del príncipe Kridsada provocó la lógica respuesta de la Administración del colegio. Dijeron que semejante cosa era inconcebible. El revuelo consiguiente tomaría tales proporciones que los príncipes decidirían al final regresar a Siam. La cadena de los acontecimientos que iba a ponerles en conflicto con el colegio empezó cuando el prefecto, tratando de ayudar lo más posible, les pidió que le dieran una versión de los hechos a partir del momento inmediato anterior a la desaparición del anillo.

La historia de uno y la de otro empezaron a diferir. Ambos estaban de acuerdo en que habían salido a dar un paseo por el campus a primeras horas de la tarde, que regresaron al dormitorio a la hora de la cena y que fue luego cuando descubrieron la pérdida. El príncipe Kridsada aseguraba que su primo había usado el anillo durante el paseo y luego lo había dejado en la habitación antes de la cena, afirmando, por tanto, que pudo ser robado durante esta ausencia. Pero el príncipe Pattanadid no estaba seguro sobre este punto, como evidenció la vaguedad de su declaración. Sí recordaba que había llevado el anillo en el paseo, pero confesó que no sabía si lo había dejado o no en la habitación durante la comida.

Era decisivo por consiguiente decidir si el anillo había sido robado o perdido. Luego, cuando el prefecto preguntó dónde habían estado en el paseo, se descubrió que los dos príncipes, atraídos por lo agradable de la tarde, habían saltado la valla y habían estado tumbados algún tiempo en la hierba, acto prohibido por las normas del colegio. Hasta el día siguiente, en una tarde tristona con aguaceros intermitentes, no se enteró el prefecto de lo sucedido. Decidió que sólo se podía hacer una cosa, y pidió a los príncipes que le acompañaran inmediatamente, para hacer una investigación minuciosa en la cima donde habían estado tumbados.

El montículo estaba en un ángulo del campo de ejercicios. Aunque era pequeño y sin importancia, el emperador Meiji se había dignado en una ocasión inspeccionar un desfile estudiantil desde su cima llana y cubierta de hierbas. Y así se había convertido para siempre en un recuerdo del acontecimiento. Había varios árboles *sakaki* consagrados al Sintoísmo en la cima, uno de ellos plantado por el emperador en persona. Era el lugar más venerado, después del santuario.

Acompañados del prefecto, los dos príncipes volvieron a saltar la valla, esta vez a plena luz del sol, y treparon hasta la cima del montículo. La hierba estaba empapada por la llovizna y la tarea que emprendían de examinar una extensión de doscientas yardas cuadradas no iba a ser fácil. Como no parecía adecuado buscar sólo en el lugar donde habían estado tumbados, el prefecto decidió que se dividiera la zona en tres sectores. Y así, con la lluvia, ahora un poco más copiosa, cayéndoles en las espaldas, se dispusieron a investigar la hierba hoja por hoja.

El príncipe Kridsada hizo pocos esfuerzos por ocultar su aversión, y llevó a cabo su trabajo con cierta negligencia. El príncipe Pattanadid, sin embargo, de mejor natural, empezó la investigación con más ganas, reconociendo después de todo que se trataba de su anillo. Empezó por la ladera de su sector, y continuó hacia arriba con gran precisión.

Jamás había mirado con tanto detenimiento cada hoja de hierba. Era un trabajo de lo más penoso e inútil, pues a pesar de la montura en oro, su gran esmeralda sería prácticamente invisible en la hierba. La llovizna se convirtió en goterones, que descendían por el cuello hasta la espalda, como un recuerdo de los cálidos monzones de Siam. El verde claro de la hierba daba la ilusión de que había sol, pero en realidad el cielo permanecía nublado. De vez en cuando aparecían en la hierba pequeñas flores blancas, inclinadas bajo el peso de la lluvia. Una vez, el príncipe Pattanadid vio un punto resplandeciente bajo una hoja. Seguro de que su anillo no podía estar allí, volvió la hoja para encontrarse con un escarabajo pequeño y brillante, allí amparado para librarse del agua.

Mirando la hierba tan de cerca la imaginación la hizo crecer bajo su nariz, verde e inmensa, como las junglas de su patria en la estación de las lluvias. Con los ojos fijos en la hierba imaginaba las nubes, brillando blancas en el cielo azul claro de un lado, oscuro y amenazador en el otro. Creyó incluso escuchar el rugido violento de un trueno.

No era el anillo lo que le llevaba a realizar esfuerzo tan penoso, sino la esperanza de recuperar la imagen de la princesa Chan. Estaba a punto de llorar.

Un grupo de estudiantes camino del gimnasio pasaban provistos de paraguas y con los jerseys sobre los hombros. Los muchachos se pararon para mirar. Ya había corrido por el colegio la noticia de la pérdida del anillo, pero como los estudiantes consideraban afeminado que un hombre usara sortijas eran pocos los que sentían preocupación por aquella pérdida y la frenética búsqueda. Adivinaron el propósito, naturalmente, tan pronto como vieron a los dos príncipes buscando, manos y rodillas sobre la hierba húmeda. La acusación de robo del príncipe Kridsada había llegado a oídos de todos, que ahora aprovecharon la oportunidad para expresar su resentimiento con vituperios para los dos príncipes. Cuando advirtieron la presencia del prefecto quedaron perplejos. Él les pidió que se unieran a la búsqueda, pero ellos en silencio volvieron la espalda y se marcharon.

Los dos príncipes y el prefecto, cada uno trabajando desde un ángulo diferente, casi estaban ya en el centro del montículo, y así no quedaba duda alguna de que todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Había cesado el aguacero y por entre las nubes asomaba algún rayo de sol. La hierba mojada brillaba y las sombras formaban extrañas figuras en el suelo.

El príncipe Pattanadid creyó ver el brillo inconfundible de una esmeralda en un bloque de hierbas, pero al posar las manos no encontró más que un puñado de tierra húmeda.

* * *

Más tarde, Kiyooki se enteró de la historia. El prefecto había dado pruebas de buena voluntad ayudando cuanto le fue posible, pero no se podía negar que la búsqueda había supuesto una humillación innecesaria para los dos príncipes. La publicidad del incidente les proporcionó una buena excusa para empaquetar sus cosas y trasladarse al Hotel Imperial. Confesaron a Kiyooki que habían resuelto regresar a Siam tan pronto como les fuera posible.

Cuando se enteró de esta noticia por su hijo, el marqués de Matsugae se sintió entristecido. Comprendía que permitir que los dos príncipes volvieran a su patria en aquellos momentos supondría dejar en ellos una cicatriz permanente. Durante el resto de sus vidas su actitud hacia el Japón estaría teñida de amargos recuerdos. Al principio trató de mitigar el antagonismo que existía entre ellos y el colegio, pero encontró que la postura de los príncipes se había endurecido hasta tal extremo, que quedaban pocas esperanzas de una mediación afortunada en aquellos momentos. Por tanto, esperó, convencido de que la primera cosa a realizar era persuadir a los príncipes de que no regresaran, y luego elaborar el mejor plan posible para suavizar la hostilidad.

Mientras tanto estaban acercándose las vacaciones del verano. Después de conferenciar con Kiyooki, el marqués decidió invitar a los príncipes a la villa familiar junto al mar, una vez que terminaran los exámenes. Kiyooki iría con ellos.

XXXI

El marqués había dado ya permiso a Kiyooki para que invitara a Honda a la villa, y así, el primer día después de terminadas las clases los cuatro jóvenes tomaron el tren en la estación de Tokio.

Siempre que el marqués iba a la villa de Kamakura se formaba una importante delegación, encabezada por el alcalde y el jefe de policía, en la estación, para recibirle con los honores apropiados. Además, habían extendido arena blanca traída de la playa a lo largo de la carretera, desde la estación de Kamakura hasta la villa de Hasé. No obstante, como el marqués había dicho al Consejo que quería que los jóvenes fueran tratados como meros estudiantes, sin ningún comité de recepción, a pesar de la condición de príncipes, les fue posible coger una *rickscha* en la estación y disfrutar del viaje hasta la villa en privado.

La carretera, estrecha y tortuosa, estaba cubierta por gruesas ramas en pleno verdor. Cuando se acercaban a la cima de una empinada colina vieron la valla de piedra, con el nombre de la villa labrado en caracteres chinos en el pilar derecho: *Chung-nan*, del título de un poema del poeta Tang Wank Wei.

La finca cubría más de ocho acres, con una colina cubierta de árboles que llegaba hasta la playa. El abuelo de Kiyooki había construido en tiempos una cabaña sencilla con techo de junquillo, pero destruida por un incendio algunos años atrás su padre había aprovechado la oportunidad para levantar una casa de verano con doce habitaciones para huéspedes, dentro de un plan combinado de estilo, japonés y occidental. El jardín, sin embargo, que se extendía por el lado sur de la casa, había sido diseñado en su totalidad según el estilo de Occidente. Desde la terraza, se veía la isla de Oshima, con su volcán iluminado por la noche como una hoguera distante. Un paseo de cinco o seis minutos por el jardín llevaba hasta la playa de Yuigahama. De hecho, el marqués, con ayuda de los prismáticos, gustaba sentarse en la terraza y observar cómo la marquesa jugueteaba en el oleaje,

distracción que le divertía muchísimo. Había un estrecho huerto destinado a legumbres, entre el jardín y la playa, y a fin de suprimir elementos de discordia se habían plantado pinos a lo largo del límite sur del jardín. Una vez que estos árboles alcanzaran la necesaria altura cortarían el panorama ininterrumpido desde el jardín al mar, y el marqués no podría seguir divirtiéndose con sus prismáticos.

En los días claros de verano la belleza de la villa alcanzaba su cumbre. La colina se abría como un abanico con la casa en la cumbre, limitando el jardín por ambos lados con sus dos laderas: la derecha terminaba en un promontorio denominado Cabo Inamuragasaki, y la izquierda apuntaba a la isla de Iijima.

El panorama estaba despejado y hacía creer que todo lo que abarcaba, cielo, tierra y mar, era parte del dominio de los Matsugae. Ninguna sombra ajena cruzaba su soberanía, salvo las de las nubes fantásticamente hinchadas, algún pájaro y los barcos rumbo a alta mar. En verano, con densas formaciones de nubes posadas en su cima, todo parecía transformado en un inmenso teatro, con la suave extensión de la bahía convertida en el escenario, en el que las nubes realizaban extravagantes ballets.

La parte exterior de la terraza tenía el piso de madera. El arquitecto se había opuesto a poner un piso de madera a la intemperie, pero cedió cuando el marqués le recordó ingeniosamente que las cubiertas de los barcos también son de madera. Desde el mirador de la terraza, Kiyooki había pasado muchos días del verano último observando cuidadosamente las variaciones de las nubes. El sol parecía una locura de luz cuando brillaba sobre los cúmulos en alta mar, como enormes masas de crema batida, y penetraba en sus huecos profundos, en sus senos curvados. Mientras las áreas en la sombra resistían al sol, los rayos más audaces proyectaban en relieve la fuerza de extraños perfiles esculturales. Las partes afectadas por la luz directa eran totalmente diferentes en carácter de las que estaban en la sombra o la penumbra. Éstas parecían dormir, mientras, en contraste, aquéllas ejecutaban una danza feroz de proporciones trágicas. Pero no había lugar para el elemento humano, y así tanto lo que dormía como lo trágico se hacía la misma cosa, juego perezoso a lo más.

Si miraba fijamente a las nubes no advertía ninguna alteración, pero si miraba a otro lado un momento al volver, encontraba que algo había cambiado. Sin comprender por qué, lo que parecía melena heroica se había desordenado, desgreñado. Y si seguía con los ojos fijos en él, este cabello imaginario iba despeinándose poco a poco, en movimiento lento, constante y maravilloso.

¿Qué había sido transformado? Durante un momento sus formas blancas y brillantes dominaban el cielo, y al siguiente, se habían disuelto en algo trivial, vulgar. No obstante, tal disolución era una liberación, pues los restos esparcidos se reunían gradualmente de nuevo, y en este proceso proyectaban sombras extrañas sobre el jardín, como si un ejército estuviera formando sus unidades de guerra allá arriba, en el cielo. La sombra cubrió primero la playa y el campo de legumbres, y luego moviéndose hacia la casa alcanzó el límite sur del jardín. Los colores de las hojas y las flores que cubrían la ladera del jardín, imitación de las del palacio de Shugakuin, resplandecían como un mosaico: arces, Sakakis, té, cedros enanos, dafnes, azaleas, camelias, pinos, boj, pinos negros chinos, y los demás. De súbito, todo quedaba en la sombra. Hasta el canto de la cigarra calló, como de luto.

Las puestas de sol eran especialmente bonitas. Imaginó que cada nube sabía el color que iba a adoptar: escarlata, púrpura, verde claro, rosa.

* * *

—¡Qué jardín tan precioso! No tenía idea de que el verano en el Japón pudiera ser tan maravilloso —exclamó Chao P. con los ojos muy claros y alegres.

Viendo a los dos príncipes en la terraza, Kiyooki no podía imaginarse a nadie más a gusto. El habitual talante entristecido había desaparecido.

Aunque tanto Honda como él consideraban que para su gusto era excesivo el sol, para los príncipes era un calor agradabilísimo, tal como a ellos les gustaba. Permanecían en la terraza hambrientos de calor y de luz.

—Después de haber descansado un poco —les dijo Kiyooki— os acompañaré a dar una vuelta por el jardín.

—¿Por qué molestarnos en descansar? —replicó Kridsada—. ¿No somos los cuatro jóvenes y enérgicos?

Más que ninguna otra cosa, pensó Kiyooki; más que la princesa Chan, más que el anillo de esmeralda, más que sus amistades, más que su colegio, lo que quizás necesitaban los príncipes era sol. Parecía que el verano tuviera el poder de curar todas las penas, mitigar todas las pesadumbres, restablecer la felicidad perdida.

Mientras reflexionaba sobre el calor tórrido de Siam, que él nunca había experimentado, notó también en sí mismo un cierto arrebatamiento ante el verano, que se había presentado tan de repente. Escuchaba el canto de las cigarras en el jardín. La frialdad de la razón se había evaporado, lo mismo que el sudor de la frente.

Los cuatro bajaron de la terraza y se reunieron alrededor de un viejo reloj de sol, en el centro de un amplio campo de césped.

En la esfera, en inglés, había una leyenda: «1716 Passing Shades». La varilla de bronce simulaba el arabesco fantástico de un pájaro, con el cuello extendido, señalando directamente las cifras romanas. La sombra de la varilla se estaba acercando a las tres.

Cuando Honda tocó con el dedo la letra S del rótulo o leyenda pensó preguntar a los príncipes en qué dirección se hallaba Siam, pero decidió no correr el riesgo innecesario de despertar otra vez en ellos la nostalgia. Al mismo tiempo, sin querer, cambió ligeramente de posición y tapó el sol de forma que la sombra de su cuerpo sustituyó a la que estaba a punto de señalar las tres.

—Eso es. Ahí está el secreto —dijo Chao P. cuando vio lo que había hecho Honda—. Si se hiciera eso durante todo el día el tiempo tendría que pararse. Cuando regrese a mi tierra voy a poner un reloj de sol en el jardín. Y luego, los días que me sienta dichoso haré que un criado se ponga junto a él desde la mañana hasta la noche para cubrirlo con su sombra. Así no pasará el tiempo.

—Pero morirá con el calor —dijo Honda, poniéndose a un lado, para que la fuerte luz del sol restableciera la hora en el reloj.

—No, no —replicó Kridsada—, nuestros criados pueden aguantar un día entero al sol, sin que les cause el menor daño. A pesar de que el sol de nuestra tierra es probablemente tres veces más fuerte que éste.

El cutis de los príncipes, tan tostado por el sol, cautivó la imaginación de Kiyooki. Pensó que tras aquella piel debía esconderse en el interior del hombre alguna especie de sombra espesa que daba vigor a estos jóvenes, como el lozano árbol da su sombra.

* * *

Tan sólo tuvo que hacer una referencia a la satisfacción que supondría un paseo por las colinas, para que los cuatro se dispusieran a iniciar la exploración antes que Honda pudiera limpiarse el sudor que le había provocado el calor en el jardín.

Honda, además, estaba aturdido, viendo como el en otro tiempo indolente Kiyooki tomaba la dirección en la empresa con semejante energía.

Cuando alcanzaron la loma les llegó la brisa del mar, maravillosamente fresca, que soplabá entre el sombreado pinar. Esto les hizo olvidar del sudor de la escalada, ante la vista panorámica de la playa de Yuigahama.

Kiyooki les dirigió a lo largo de la senda estrecha que seguía la línea de la loma, y cuando pisaban vigorosamente en las hojas caídas del año pasado y chocaban con los helechos y la hierba de bambú que casi les cortaba el paso, sintieron todos la evidente energía de la juventud. Kiyooki se detuvo y apuntó hacia el noroeste.

—Mirad allí. Desde aquí es donde únicamente se puede ver.

Un conjunto de casas ruinosas sobresalían en el valle que se extendía allá abajo, y más allá destacaba la figura del Gran Buda de Kamakura.

Todo en este Buda, desde los hombros hasta los pliegues de su manto estaba hecho a gran escala. La cara, de perfil, el pecho, parcialmente visible, y algo de las líneas graciosas de la manga que caía suavemente del hombro era lo fundamental de la visión. El sol caía sobre el bronce del hombro y proyectaba luces en el pecho de bronce. Se acercaba ya la puesta del sol y los rayos caían sobre los rizos de bronce recogidos en el cabello del Buda, resaltando cada uno como en relieve. El largo lóbulo de la oreja parecía colgar como una fruta madura de un árbol tropical.

Los príncipes sorprendieron a Honda y Kiyooki cayendo de rodillas tan pronto como vieron la estatua. Sin ninguna consideración por los pantalones blancos recién planchados, se arrodillaron sin vacilar en las hojas húmedas del sendero y unieron las palmas de las manos en gesto de reverencia hacia la figura distante bañada por el sol del verano.

Los otros dos cambiaron una mirada rápida. Una fe así estaba tan lejos de su experiencia que ni siquiera habían pensado en que alguna vez tocara sus vidas. No es que tuvieran inclinación a burlarse de la devoción ejemplar de los demás, sino que comprendieron que estaban aquéllos en un mundo cuyos ideales y fe eran completamente distintos de los suyos.

XXXII

El paseo fue completado con un recorrido completo por el jardín. Todo este ejercicio les cansó de modo que los cuatro se sintieron felices al descansar un buen rato en el salón de la villa.

Disfrutaron de la brisa del mar en la terraza, mientras sorbían limonada traída desde Yokohama y refrescada en el pozo. Pronto estarían listos para partir de nuevo. Esta vez pensaron en tomar un rápido baño antes de la puesta del sol y corrieron a sus habitaciones para vestirse de acuerdo con sus gustos individuales. Kiyooki y Honda se pusieron el bañador rojo usado en el colegio, y sobre él la túnica fina de algodón cosida con plumas que completaban su uniforme. Luego se pusieron el sombrero de paja y estuvieron dispuestos para ir a la playa. Los dos príncipes se retrasaron. Cuando al final aparecieron vestían bañadores ingleses que destacaban su tostada piel.

Kiyooki y Honda eran buenos amigos desde mucho tiempo atrás, pero Kiyooki nunca le había invitado a la villa familiar durante el verano, aunque una vez había ido durante el otoño para la recogida de las castañas. Era esta, por tanto, la primera vez que iba a nadar con Kiyooki desde su infancia, cuando lo hacían en la escuela de la villa, en la playa de Kataseé, apenas empezada su actual intimidad.

Los cuatro corrieron con alegría por la falda del jardín, cruzaron el límite de los pinos y dejaron atrás el campo de legumbres.

En la playa, Honda y Kiyooki se dispusieron a ejecutar los ejercicios prescritos para antes del baño, formalidad que los dos príncipes tomaron a risa. A los ojos de los príncipes, esta penitencia, totalmente egocéntrica, era la cosa más divertida del mundo.

La misma naturaleza de su risa probaba que se sentían mucho más a gusto que antes. Hacía tiempo que no habían estado tan animados. Después de disfrutar en el agua, Kiyooki creyó llegado el momento de olvidar su calidad de anfitrión, y mientras los dos príncipes charlaban en su propio idioma, Honda y él hablaron en japonés hasta que los cuatro quedaron dormidos en la arena.

La puesta del sol quedó enturbiada por una fina película de nubes. Había menos calor, pero era un momento agradable para estar tumbado, especialmente para quienes tenían la piel tan blanca como Kiyooki. Vestido sólo con el taparrabos rojo, dejó caer el cuerpo húmedo en la arena y permaneció boca arriba con los ojos cerrados.

A su izquierda estaba Honda con las piernas cruzadas, mirando fijamente al agua de la bahía. Aunque el mar estaba en calma sus leves olas le fascinaban. Vertía arena seca de una mano en la otra, con sus pensamientos totalmente absorbidos por el mar.

El mar, ancho e inmenso, con toda su fuerza terminaba justo allí, delante de sus ojos. Sea el límite del tiempo o del espacio, no hay nada que inspire mayor horror que un final. El estar en tal lugar con sus tres compañeros, en un límite maravilloso entre la tierra y el mar, le pareció semejante a estar en el fin de una edad y el principio de otra, parte integrante de un momento de la historia. Por lo tanto también el oleaje de su propia era, en la que vivían Kiyooki y él, tenía que tener un tiempo señalado para su final, una costa en la que romperse, un límite más allá del cual no podría ir.

El mar acababa allí delante de sus ojos. Cuando contemplaba cada ola al deshacerse en la arena, la embestida final de una fuerza que descendía y crecía una y otra vez a través de siglos sin número, se sentía afectado por el patetismo de todo aquello. En aquel mismo punto, una gran fuerza oceánica abarcaba el mundo para terminar aniquilándolo.

Pero quizá pensaba él, este final era suave y tranquilo. Mirando a distancia en alta mar las olas formaban cuatro o cinco escalones, visible cada uno de ellos en cualquier momento. La ola brava, encrestada, se rompía, perdía fuerza y aceptaba su decadencia, todo en un proceso constantemente repetido. El rompimiento de la ola provocó un crujido, que se convirtió en grito y el grito en susurro. La carga de enormes garañones blancos cedía el paso a otra de garañones más pequeños, hasta que todos los caballos furiosos desaparecían gradualmente, no dejando en la arena de la playa más que las últimas marcas de sus cascos poderosos.

Dos que salieron a la vez de la derecha y de la izquierda, chocaron bruscamente, se extendieron en abanico y se empaparon en el claro espejo de la superficie de arena. Después, aunque otras olas seguían persiguiéndose, ninguna formaría suaves crestas blancas. Se acercaban una y otra vez, apuntando a su meta con determinación. Cuando Honda miró al mar en un punto distante no pudo librarse de la sensación de que la fuerza aparente de estas olas que chocaban contra la costa no era en realidad sino el fin, la dispersión final, la terrible debilidad.

Cuanto más miraba, más oscuro era el color del agua, que allá lejos se convertía en un verde azul profundo. Era como si se volviese cada vez más densa por la presión creciente del agua de alta mar, intensificando su color verde para producir aquel inquietante verde azul, puro e impenetrable como el jade, que se extendía por el horizonte. Aunque el mar fuese inmenso y profundo, la verdadera esencia del océano era el color azul, algo cristalizado en ese azul, más allá del frívolo y superficial juego de las olas.

* * *

Su mirada y sus pensamientos fueron al final suficientes para cansarle tanto los ojos como la mente, y se puso a mirar a Kiyooki que estaba completamente dormido. La piel de aquel cuerpo apuesto y gracioso parecía mucho más blanca en contraste con el taparrabos rojo que era todo lo que llevaba encima. Sobre el vientre, que subía y bajaba levemente, a impulsos de la respiración, se había depositado alguna arena, y diminutos fragmentos de conchas marinas. Como tenía el brazo izquierdo debajo de la cabeza, todo aquel costado estaba visible para Honda. El pezón izquierdo le recordaba un pequeño capullo de cerezo. Le llamaron la atención tres pequeños bultos blancos. Había algo extraño en ellos. ¿Por qué estaba marcada de tal forma la carne de Kiyooki? Aunque eran amigos desde mucho tiempo, nunca había visto aquellas marcas hasta este momento, y le avergonzaba seguir mirándolas, como si Kiyooki le hubiera confesado bruscamente un secreto que era mejor guardar en silencio.

Aunque cerró los ojos siguió viendo en sus párpados aquellos tres bultos negros, como tres pájaros distantes en el cielo de la tarde, iluminados por el sol poniente. En su imaginación los vio acercarse con sus batientes alas y pasar por encima de su cabeza.

Cuando volvió a abrir los ojos, un suave silbido salía de la nariz de Kiyooki, y sus dientes resplandecían con un color húmedo a través de sus labios ligeramente abiertos. A su pesar, los ojos de Honda volvieron a centrarse en los bultos del costado de Kiyooki. Esta vez le parecieron como granos de arena que se hubiesen incrustado en la piel blanca.

La arena seca de la playa terminaba a sus pies, y aquí y allí las olas habían salpicado por encima de su límite habitual, y habían dejado formas contraídas de arena húmeda, como bajorrelieves que atestiguaran la marca alcanzada por el agua. Piedras, conchas y hojas marchitas se habían incrustado también, como viejos fósiles, y una piedra pequeña estaba respaldada con su propio mínimo riachuelo para probar que había luchado contra las olas.

Había algo más que piedras, conchas y hojas marchitas: Marañas de algas, fragmentos de madera, trozos de paja, y hasta cáscaras de naranja, habían sido expulsadas por las aguas y fijados en la arena. Pensó en la posibilidad de que extraños granos finos y húmedos de alguna arena maravillosa hubiera llegado a la piel blanca de Kiyooki.

Como encontró esta idea perturbadora, trató de encontrar algún modo de hacerlos desaparecer sin despertar a Kiyooki. Mirando despacio comprendió que las marcas negras se movían de manera natural con la respiración de Kiyooki, que no podían ser ninguna cosa ajena a él. Por tanto, tenían que ser sólo unos bultos blancos como creyó en un principio. Los consideró como una especie de señal especial en el cuerpo de Kiyooki. Como si éste sintiera la intensidad de su mirada, abrió repentinamente los ojos, sorprendiendo la intensa mirada de Honda. Alzó la cabeza, y empezó a hablar como si quisiera impedir que su amigo aturdido huyera de él.

—¿Querrías hacer algo por mí?

—Sí,

—Yo, en realidad no vine aquí para hacer de doncella de los príncipes. Esa es una buena excusa, pero realmente lo que quiero es dar a todos la impresión de que no estoy en Tokio. ¿Te das cuenta?

—Había imaginado que estabas pensando alguna cosa así.

—Lo que quiero es dejarte con los príncipes sin que nadie se dé cuenta. No puedo pasar tres días sin ella. Así que te dejo el encargo de suavizar las cosas con los príncipes, mientras yo estoy fuera, y también preparar una buena historia para el caso de que alguien telefonee desde Tokio. Esta noche montaré en un vagón de tercera del último tren y regresaré en el primero de mañana por la mañana. ¿Me harás este favor?

—Lo haré.

Complacido con el firme acuerdo de su amigo, Kiyooki se acercó a estrechar la mano antes de que hablara otra vez.

—Supongo que tu padre estará asistiendo al funeral oficial por el príncipe Arisugawa.

—Sí, creo que sí.

—Fue buena cosa que el príncipe muriera en este momento. Según oí ayer mismo, los Toinnomiya no tienen otra alternativa que aplazar por algún tiempo la ceremonia del compromiso.

Esta observación recordó a Honda que el amor de Kiyooki por Satoko estaba inexplicablemente unido a los intereses de la nación, y el peligro que había en ello hizo que un estremecimiento le corriera por todo el cuerpo.

En este punto la conversación quedó interrumpida por los dos príncipes, que llegaban corriendo con tanto entusiasmo que casi cayeron el uno sobre el otro. Kridsada habló el primero, esforzándose tanto por recobrar el aliento como por expresarse en su vacilante japonés.

Kiyooki y Honda miraban perplejos a los dos príncipes y escuchaban muy atentos las palabras de Kridsada.

—¿Sabéis lo que Chao P. y yo estábamos hablando hace unos momentos? — preguntó—. Discutíamos acerca de la transmigración de las almas.

XXXIII

Cuando oyeron esto, los dos jóvenes japoneses se miraron el uno al otro, en una reacción instintiva cuyo significado no captó Kridsada, persona impetuosa, no dada a medir las expresiones de sus oyentes.

Chao P., por otro lado, había aprendido mucho en los seis meses de vivir en ambiente extranjero. Y aunque su piel era lo bastante oscura para revelar cosa tan obvia como un sonrojo, era evidente que vacilaba sobre si continuar o no conversación semejante. Sin embargo lo hizo, haciendo uso de su buen inglés, quizá porque deseaba parecer sofisticado.

—Mirad, cuando Kri y yo éramos niños, solíamos oír toda clase de historias del *Jataka Sutra*. Nuestras niñeras nos explicaban cómo hasta el Señor Buda experimentó muchos estados de vida mientras fue un *bodhisagtva*: un cisne dorado, una codorniz, un mono, un gran ciervo, y así sucesivamente. En consecuencia, ahora estábamos especulando sobre lo que habríamos podido ser en nuestras existencias anteriores. Sin embargo me temo que no nos hemos puesto de acuerdo en nada. Él sostenía que había sido venado, y yo mono. Por mi parte, insistía lo contrario, que él fue mono y yo venado. ¿Qué decís vosotros? Lo dejaremos a vuestra elección.

De cualquier forma que contestaran corrían el riesgo de ofender a alguien, por lo que se limitaron a sonreír, esperando que la sonrisa sirviera de respuesta. Luego Kiyooki, deseando cambiar la conversación a otros temas, dijo que no sabía nada sobre el *Jataka Sutra* y preguntó si los príncipes serían tan amables de contar a Honda y a él alguna de las historias.

—Lo haremos con gusto —dijo Chao P.—. Por ejemplo, hay una acerca del cisne dorado. Tuvo lugar cuando el señor Gautama era un *bodhisattva*, durante su segunda reencarnación. Como sabéis, *bodhisattva* es alguien que recorre voluntariamente el camino de la mortificación y el sufrimiento, antes de entrar en la ilustración plena del seguidor de Buda. Y en su existencia anterior el señor Gautama mismo fue un *bodhisattva*. Las austeridades que practican, los hechos buenos de uno para los demás, son pasos que les acercan de esta esfera a la esfera de la ilustración total. Se dice que Buda siendo *bodhisattva*, derramó abundantes gracias sobre la Humanidad. Reencarnó de muchas maneras y existen mil historias sobre las obras buenas que llevó a cabo. Por ejemplo, en tiempos muy antiguos, nació en una familia de brahmanes. Se casó con una mujer de otra familia de brahmanes, y después de tener tres hijas con ella, murió, obligando a su desconsolada esposa e hijas a formar hogar con extraños. Pero tras su muerte como brahmán, el *bodhisttva* tomó otra vida en el seno de un cisne dorado. Y conservó el conocimiento que le haría consciente de su anterior existencia. El *bodhisattva* creció hasta hacerse cisne adulto, cubierto de plumas de oro y no igualado en belleza. Cuando se deslizaba sobre las aguas, resplandecía como la luna llena. Y cuando volaba en el bosque, las hojas que rozaba se tornaban de oro. Y cuando descansaba sobre la rama de un árbol, éste se cubría de fabulosos frutos dorados. El cisne llegó a conocer que había sido un hombre en anterior existencia, y también que su esposa e hijos quedaron obligados a vivir con extraños, ganándose la vida con cualquier trabajo que encontraran. Cualquiera de mis plumas, se dijo un día, podría convertirse en una hoja de oro y ser vendida. De vez en cuando daré una pluma a mi pobre familia que he dejado atrás en vida tan dura en el mundo de los hombres. Así, el cisne apareció a la ventana de la casa donde su esposa e hijas de otros tiempos vivían ahora. Y cuando vio su lamentable situación, se llenó de lástima. Su esposa e hijas quedaron asustadas ante la figura resplandeciente del cisne posado en su ventana. «Qué pájaro tan precioso; exclamaron.» «¿De dónde has venido?» «En tiempos, respondió el pájaro, yo era vuestro esposo y padre. Después de morir, volví otra vez a la vida en el seno de un cisne dorado. Y ahora he venido a cambiar vuestra pobre vida en otra de felicidad y abundancia». Tras decir esto, el cisne dejó caer una de sus plumas y huyó volando. Volvió después en intervalos regulares, y dejaba una pluma cada vez de la misma forma. Pronto la vida mejoró para la madre y sus tres hijas. Un día, la madre habló a sus hijas. «No podemos confiar en ese cisne. Aunque en realidad sea vuestro padre, ¿quién sabe si algún día dejará de venir? Así, la próxima vez que venga vamos a arrancarle todas las plumas.» «¡Qué cruel eres, madre!» Sin embargo, la próxima vez que apareció el cisne en la ventana la codiciosa mujer se abalanzó sobre él, le cogió con ambas manos y le arrancó una a una todas las plumas. Extrañamente, cada pluma de oro se volvió tan blanca como una pluma de garza. Desesperada, su anterior esposa cogió al desamparado cisne y lo encerró en un gran recipiente vacío, y le dio de comer esperando que volvieran a crecerle las plumas de oro. Pero las plumas eran siempre blancas. Una vez el pájaro huyó y su figura se hizo cada vez más pequeña en el cielo, hasta que se convirtió en una mancha blanca perdida en las nubes para no volver jamás.

—Esta es una de las historias que nuestras niñeras solían contarnos del *Jataka Sutra*.

Honda y Kiyooki quedaron sorprendidos al descubrir que muchos de los cuentos de hadas que les habían contado eran similares a las historias del príncipe. La

conversación se convirtió después en discusión sobre la reencarnación misma y si era creíble como doctrina.

Como Kiyooki y Honda no habían hablado nunca de un tema semejante, estaban naturalmente perplejos. Kiyooki miraba a Honda con expresión inquisitiva en los ojos. Ordinariamente obstinado, adoptaba aire de ausente cuando tenían lugar discusiones abstractas. Esa expresión obligaba a Honda a hacer algo como si le estuvieran pinchando con espuelas de plata.

—Si existe la reencarnación como tú cuentas —empezó Honda— yo me pondría en favor de ella, quiero decir si es verdad que el hombre es conocedor de su existencia anterior. Pero si se trata de que la personalidad del hombre se termina y pierde asimismo su experiencia vital de manera que no queda absolutamente ninguna huella de ella en la siguiente vida, y si nace una personalidad completamente nueva y una experiencia totalmente distinta, entonces creo que las varias reencarnaciones posibles no se unen entre sí más que las vidas de todos los individuos que vivieron en un mismo tiempo dado. En otras palabras, creo que en tal caso el concepto de la reencarnación carecería de significado. Algo tiene que continuar, pero yo no veo cómo podemos tomar un número de existencia vital y enlazarlas como si fueran una sola asegurando que las une una sola consciencia. Ahora bien, ninguno de nosotros tiene el menor recuerdo de una existencia anterior, y por tanto es obvio que carecería de sentido tratar de presentar pruebas de la transmigración de las almas. Sólo hay una forma que podría probarla: si tuviéramos consciencia tan independiente que pudiera mantenerse separada, al margen, por encima, tanto de esta vida como de las vidas anteriores y pudiera contemplarlas objetivamente. Pero tal como es la realidad, la consciencia de cada hombre está limitada al pasado, al presente o al futuro de esta vida única. En medio de la historia cada uno de nosotros edifica su propio refugio, y nunca podremos abandonarlo. El budismo parece ofrecer una fórmula media, pero yo tengo mis dudas: ¿es esa fórmula un concepto que el ser humano sea capaz de captar? Vamos a retroceder sólo un poco... Dado que todos los conceptos humanos son mera ilusión, a fin de distinguir las varias ilusiones derivadas de otras reencarnaciones de la ilusión de la presente vida, uno debe poder observarlas desde un punto de vista independiente en absoluto. Sólo cuando uno pudiera mantenerse separado y por encima del hecho de aquí y ahora la realidad de la reencarnación podría aceptarse si se hacía evidente. Pero cuando uno se halla en medio de una sola existencia todo lo demás sigue siendo un enigma. Como este punto de vista independiente es acaso lo que se llama ilustración plena, sólo el hombre que ha trascendido la reencarnación puede captar su realidad. ¿Y no sería entonces un absurdo llegar a comprenderlo cuando ya no tiene objeto? Hay abundancia de muertes en nuestra vida. Nunca nos faltan recordatorios, funerales, cementerios, ramos de flores, memorias de los muertos, muertes de amigos, y con ello la anticipación de nuestra propia muerte. ¿Quién sabe? Quizás a su modo los muertos tienen también abundancia de vida. Quizás están mirando siempre en nuestra dirección desde su propia tierra, a nuestras ciudades, nuestros colegios, a las chimeneas de nuestras fábricas, a cada uno de nosotros pasados uno a uno desde el país de la muerte a la tierra de los vivos. Lo que quiero decir es que tal vez la reencarnación no sea nada más que un concepto que invierte la forma con que nosotros, los vivos, contemplamos a la muerte, y que expresa el cómo la vida se ve desde el punto de vista de los muertos. ¿Os dais cuenta?

—¿Pero cómo se explica —replicó Chao P. serenamente— que ciertos pensamientos e ideales se transmiten al mundo y persisten y evolucionan después de la muerte del hombre?

—Ese es un problema distinto de la reencarnación —dijo Honda categóricamente, mostrando en su voz una impaciencia a que los jóvenes inteligentes son muy susceptibles.

—¿Por qué es diferente? —preguntó Chao P. con el mismo tono suave de voz—. Parece como si quisieras admitir que una cierta sensación de experiencia vital podría ocupar varios cuerpos sucesivamente en un período determinado de tiempo.

—¿La misma para un gato que para un ser humano es tu doctrina? Según lo que dijiste antes podríamos ser hombre, cisne, codorniz, cuervo y así sucesivamente.

—Sí, según el concepto de la reencarnación. Aun cuando la carne pudiera diferir. Mientras persista la misma ilusión no hay dificultad en llamarlo el *mismo cuerpo*. Sin embargo, mejor llamarlo *corriente vital*. Yo perdí aquel anillo de esmeraldas que tantas cosas me recordaba. No era cosa viviente, por supuesto, y por tanto no volverá a nacer. Sin embargo, la pérdida de algo es significativa, y yo creo que la pérdida es la fuente necesaria de una nueva manifestación. Alguna noche puede que vea aparecer mi anillo de esmeraldas como una estrella verde en algún punto del cielo.

El príncipe dejó el tema, al parecer dominado por la tristeza.

—Chao P., puede ser que el anillo fuera realmente una cosa viviente que experimentaba una transformación secreta —respondió Kridsada con ingenuidad— y luego aparezca en alguna parte como persona humana.

—Entonces quizá haya nacido como alguien tan hermoso como la princesa Chan —dijo Chao P. absorto ahora en el pensamiento de su ser querido—. La gente sigue diciéndome en sus cartas que está bien, pero ¿por qué no me entero de algo que venga directamente de ella misma? ¿Tal vez están tratando todos de protegerme de algo?

Honda hizo caso omiso de las últimas palabras del príncipe, perdido en la meditación sobre la extraña paradoja que Chao P. había expuesto minutos antes. Uno podía pensar ciertamente en un hombre no en términos de un cuerpo, sino como una única corriente vital. Y esto permitiría captar el concepto de la existencia dinámica y en movimiento, más bien que estática. Tal como él había dicho, no había ninguna diferencia entre una única consciencia poseyendo varias corrientes vitales sucesivamente, y una sola corriente vital animando a varias consciencias de manera sucesiva, ya que la vida y la experiencia vital se fusionarían en un todo. Y si uno fuera a extrapolar esta teoría de la unidad vital, todo el mar de la vida, con su infinidad de corrientes, todo el inmenso proceso de la transmigración llamado *Samsara* en sánscrito, estaría poseído por una sola consciencia.

Mientras Honda ordenaba sus ideas la playa se había ido oscureciendo gradualmente, y Kiyooki con Kridsada estaba absorto en la construcción de un templo de arena. Kridsada añadió hábilmente arena húmeda y levantó las torres, y luego moldeó los ángulos del tejado. Tan pronto como la arena se secó, las torres se doblaron y se desmoronaron y todo se derrumbó.

Honda y Chao P. dejaron de hablar para mirar a los otros dos que jugaban con alegría infantil. Insensiblemente, el cielo se había llenado de estrellas, dominadas por el resplandor de la Vía Láctea. Honda no sabía mucho, pero le fue posible distinguir a la Tejedora y su amante el Pastor, separados por una ancha corriente de la Vía Láctea, y la Cruz del Norte y la Constelación Cisne, que extendía sus enormes alas como intermediarios para los dos amantes.

El rugido de las olas parecía mucho más fuerte que durante el día. La playa y el agua habían sido partes de una misma realidad durante el día, pero ahora estaban inmersas en la oscuridad. La inconcebible inmensidad de las estrellas abrumaba a los cuatro jóvenes. Estar rodeado de semejante poder era como estar encerrados dentro de un inmenso *koto*.

Sin duda alguna eran eso: cuatro granos de arena que en cierto modo habían encontrado su camino dentro de un inmenso mundo de oscuridad, fuera del cual todo era luz. Sobre ellos se extendían trece cuerdas, y unos dedos de blancura que no se podía explicar con palabras, tocaban esas cuerdas, dando vida al *koto* con la música solemne de las esferas.

Una brisa llegaba del mar. La fragancia salada de las olas y el olor a algas hacían que sus cuerpos vibraran de emoción, desnudos al aire fresco de la noche. La brisa del mar cargada de olor a sal acariciaba su carne desnuda y les hacía arder.

—Bueno, es hora de que volvamos —dijo Kiyooki de pronto.

Naturalmente era un recordatorio de que había llegado la hora de la cena. Honda, sin embargo, sabía que la imaginación de Kiyooki estaba sólo en la salida del último tren para Tokio.

XXXIV

Kiyooki hacía viajes secretos a Tokio. Al menos, uno cada tres días, y a su regreso daba a Honda detalles de lo sucedido. Los Toinnomiya habían ciertamente aplazado la ceremonia de esponsales, pero eso no significaba en modo alguno que existiera ningún obstáculo al matrimonio de Satoko con el joven príncipe. En efecto, ella era invitada con frecuencia a su casa, y el padre del príncipe, su alteza imperial, había empezado a tratarla con afecto cordial. Kiyooki no estaba satisfecho con la forma en que estaban las cosas. Pensaba llevar a Satoko a Kamakura, para pasar la noche en la villa, y preguntó a Honda si tenía idea de cómo llevar a cabo plan tan peligroso. Pero hasta en la reflexión más serena hallaban unas graves dificultades.

Una noche de calor y bochorno Kiyooki empezó a soñar. Era algo distinto de sus anteriores experiencias. Si uno vacila en los sueños, vadeando por donde el agua está tibia pero llena de pecios llegados de alta mar, para amontonarse junto con los desechos enviados desde tierra, está expuesto a lastimarse los pies.

Kiyoaki se hallaba en medio de una carretera que se dilataba a través de los campos abiertos. Por alguna razón llevaba un kimono blanco de algodón y la correspondiente *hakama*, vestido que nunca había usado, e iba armado con un rifle de caza. La tierra a su alrededor era campo quebrado pero no desierto. Vio un puñado de casas de labranza, y un ciclista le adelantó en la carretera. Toda la escena estaba penetrada de una luz sombría y extraña. No era más clara que un crepúsculo, y tan difusa que podría fácilmente haber brotado del suelo mejor que del firmamento, pues la hierba despedía un resplandor verde y bañaba la bicicleta con brillo plateado. Bajó la vista para descubrir que hasta las correas de sus zuecos y las venas de sus pies desnudos estaban bañadas con una claridad misteriosa.

En ese momento la luz se cubrió con una enorme bandada de pájaros. Cuando alcanzaron un punto sobre su cabeza, llenando el aire con sus penetrantes chillidos, apuntó con el rifle hacia arriba y tiró del gatillo. No disparó a sangre fría. Había caído presa de una rabia y una pesadumbre insondables, y disparó apuntando no tanto a los pájaros como al mismo gran ojo azul del cielo.

Toda la bandada cayó a tierra como de plomo, en un escándalo de gemidos que enlazaban el cielo con la tierra. Innumerables pájaros manchados de sangre se unieron en una gruesa columna, centro de la tormenta. La cascada de sangre y de furia no se debilitó.

Mientras contemplaba aquello, el torbellino se solidificó repentinamente y se convirtió en un árbol gigante que subía hasta el cielo. El tronco tenía un repulsivo color de moho, privado de hojas y ramas. Tan pronto como este árbol gigante tomó forma y cesó el griterío quejumbroso de los pájaros, el mismo brillo sombrío que había iluminado los campos de la tormenta volvió a cubrirlos. En la carretera apareció una nueva bicicleta plateada, sin ocupante, que se dirigía hacia él. Se sentía orgulloso por haber hecho desaparecer el obstáculo que había bloqueado la luz del sol. Pero luego vio un grupo que avanzaba por la carretera. Iban todos vestidos de blanco como él. Detuvieron su avance solemne a poca distancia de él. Vio que cada uno llevaba en la mano una brillante rama de *sakaki*. Extendieron estas ramas y empezaron a agitarlas según el rito de la purificación, sonando claramente en sus oídos el crujir de las hojas. Mientras hacían esto, quedó perplejo al reconocer la cara de su antiguo criado Iinuma entre ellos. Iinuma fue quien le habló:

—Eres desconsiderado e intratable. Lo has demostrado por encima de toda duda.

Kiyoaki tenía la cabeza baja, con la barbilla tocando el pecho, mientras le hablaba Iinuma. Colgaba de su cuello un collar de piedras en forma de luna creciente, color castaño y púrpura. Las piedras eran frías y al tocar la piel producían un estremecimiento en el cuerpo. Su pecho se sentía como una roca lisa y pesada.

Luego el grupo vestido de blanco apuntó al árbol, y cuando él lo miró vio que el tronco macizo de pájaros muertos estaba cubierto de ramas, todas cargadas de hojas verdes y brillantes. El árbol era de un verde vivo, hasta las ramas más bajas.

Luego despertó.

Como el sueño había sido tan extraordinario, alargó la mano para abrir su *diario* de sueños, que había olvidado por algún tiempo. Empezó a escribir tratando de registrar los acontecimientos con la mayor exactitud y objetividad posibles. Sin embargo, ahora que estaba despierto se sentía desgarrado por la ferocidad y antagonismo del sueño. Le parecía que acabara de regresar de una batalla.

* * *

El problema de Kiyoaki estribaba en sacar a Satoko de Tokio por la noche y volverla a su casa al amanecer. Una carroza no era cosa apropiada, ni tampoco el

tren. El *ricksha* estaba totalmente fuera de cuestión. De alguna forma tenía que conseguir un coche.

Evidentemente no podía ser ninguno que perteneciera a alguien que conociera a los Matsugae. Y aún más importante, había que descartar a toda persona del círculo de los Ayakura. El coche debería ir conducido por alguien ignorante de la situación y de las personas implicadas.

El área de la villa era grande, pero había que tomar precauciones para evitar cualquier encuentro casual entre los príncipes y Satoko. Kiyooki y Honda no tenían idea de si los príncipes sabían o no las circunstancias de su compromiso, pero aun en caso negativo, un encuentro sólo podría conducir al desastre.

Sin la menor experiencia en semejantes cosas, Honda tenía que encontrar alguna forma de superar estas dificultades, pues había prometido a Kiyooki cuidar de que Satoko llegara desde Tokio y regresara felizmente.

Cuando empezó a estudiar el problema, se acordó de un amigo suyo llamado Itsui, hijo mayor de una rica familia de comerciantes. Como Itsui era el único compañero suyo de clase que poseía coche propio para utilizarlo a voluntad, Honda no tenía otra alternativa que ir a Tokio, hacerle una visita en Kojimachi y preguntarle si tendría inconveniente en prestarle el coche y un conductor por una noche. El Itsui de vida elegante, cuyos estudios en el colegio giraban continuamente hacia los bajíos del naufragio académico, quedó asombrado. Era algo sin precedentes que el genio de la clase, famoso además por su sobriedad y aplicación, acudiera a él con petición semejante. Cuando se recuperó un poco decidió sacar el mayor partido de aquella oportunidad, y con más arrogancia que pedía la ocasión dijo que si Honda le decía para qué quería el coche él se lo dejaría con sumo gusto.

Honda comenzó a tartamudear la confesión que había inventado, y al hacerlo tuvo la sensación de que le estaba saliendo bien. Itsui tomó el hablar vacilante de Honda no como indicación de una clara mentira, sino como testimonio del natural sentido de vergüenza de su compañero de clase. El hombre puede ser difícil de persuadir mediante un argumento de razón, mientras cederá fácilmente ante uno de pasión, aunque todos sean fingidos. A Honda le divertía el espectáculo, pero su diversión estaba transida de disgusto. Se preguntaba si Kiyooki le estaría utilizando como utilizaba él a Itsui.

—Bueno, resulta que eres diferente a como yo imaginaba. Nunca pensé en esta faceta de tu vida. Pero todavía sigues con tus reservas. ¿No me puedes decir al menos su nombre?

—Fusako —respondió Honda, saliendo espontáneamente con el nombre de una prima segunda a la que no veía desde hacía meses.

—Comprendo. Así que Matsugae facilitará el lugar para pasar la noche y yo facilitaré el coche. Y a cambio, cuando lleguen los exámenes, te acordarás del viejo amigo Itsui, ¿verdad? —dijo, inclinando la cabeza en súplica burlesca, que sin embargo llevaba trazas de seriedad.

La luz de la amistad brillaba en sus ojos. A pesar del extraordinario cerebro de Honda, Itsui se sentía igualado con él en muchos aspectos. En su imaginación limitada se creía vengador de la naturaleza humana.

—Después de todo, todos somos iguales —dijo resumiendo, expresando en su voz que se creía igual con el mundo, exactamente lo que Honda había querido inducirle desde el principio.

Y así, gracias a Kiyooki, Honda disfrutaría pronto de una reputación romántica que cualquier muchacho de diecinueve años envidiaría. En conjunto la transacción beneficiaría a los tres: a Kiyooki, a Honda y a Itsui.

El coche de Itsui era un «Ford» de 1912, el modelo más moderno, uno de los primeros equipados con arranque automático, último invento, que había eliminado la molestia de tener que apearse el conductor cada vez que el coche se paraba. Era el modelo T, con transmisión de dos velocidades, pintado de negro, con una raya

carmesí en las puertas. El asiento del conductor iba abierto y la parte trasera cerrada. Un tubo para hablar, en el asiento trasero, llevaba la voz a un ingenio en forma de trompeta cerca del oído del conductor. La baca admitía además del equipaje una rueda de repuesto. El coche en su conjunto parecía capaz de realizar un viaje largo.

Mori, el conductor, había sido cochero de Itsui y aprendido su nuevo oficio asistiendo a las clases de un conductor profesional. Intencionadamente había arreglado las cosas para que le acompañara a la Comisaría de Policía a obtener su permiso. Cada vez que Mori tenía dificultades en el examen escrito entraba en el vestíbulo, para consultar con su amo antes de regresar a la sala para contestar.

Honda fue a casa de Itsui muy entrada la noche para pedirle el coche. A fin de ocultar a Satoko ante Mori lo más posible, hizo que aparcara el coche cerca de una pensión para militares, donde esperaron hasta que Satoko y Tadeshina aparecieron, según lo planeado, en un *ricksha*. Kiyooki había esperado que Tadeshina no iría a Kamakura, pero la realidad era que no podía ir aunque quisiera, pues tenía la misión de quedarse atrás y pretender que Satoko estaba pasando la noche completamente dormida en su habitación, tarea de importancia crucial. La cara de Tadeshina revelaba preocupación. Previno a Satoko cuanto pudo antes de entregarla al cuidado de Honda.

—Te llamaré Fusako delante del conductor —le susurró al oído.

Mori puso en marcha el «Ford» con una explosión que perturbó el silencio de medianoche de aquella zona residencial.

La calma y resolución de Satoko sorprendieron a Honda. Llevaba ropas occidentales, y el vestido blanco que había elegido hacía resaltar su aire de serena determinación.

* * *

Caminar una noche como ésta en compañía de una mujer pretendida por un amigo era una extraña experiencia para Honda. Sentado, mientras el coche daba saltos sobre la áspera carretera, parecía la amistad personificada, mientras el perfume de Satoko le inundaba en aquella noche de verano. Ella pertenecía a otro hombre. Además, su misma feminidad parecía estarse burlando de él. La confianza sin precedentes que Kiyooki había depositado en él le hacía más consciente que nunca, ante el veneno frío y sutil que penetraba en su amistad. El desprecio y la confianza de su amigo iban tan estrechamente ligados como un fino guante de cuero y su mano. Pero Kiyooki tenía a su alrededor una aureola, que hacía que Honda le perdonara.

La única forma con que podía hacer frente a un desprecio de tal clase era seguir creyendo en su propia nobleza, cosa que hizo con más moderación que con el tradicionalismo ciego de muchos jóvenes. Esto significaba que llegaría a considerarse una persona fea como Iinuma. Y si esto acontecía alguna vez no le quedaría otro camino que convertirse en el esclavo de Kiyooki.

Aunque la brisa que penetraba por la ventanilla despeinaba su cabello, Satoko mantuvo su equilibrio durante todo el viaje. El nombre de Kiyooki se había convertido entre ellos en una especie de palabra tabú, y el nombre de «Fusako» servía de término dulce y ficticio de ternura.

* * *

El viaje de regreso fue completamente distinto.

—Oh, hay algo que olvidé decir a Kiyō —dijo poco después de dejar la villa. Pero si volvían ya no quedaba ninguna esperanza de llegar a casa antes de las primeras luces del alba.

—¿Puedo decírselo yo en tu lugar? —inquirió Honda.

—Bueno... —vaciló Satoko. Luego pareció decidirse y le dio el mensaje—. Por favor, dile esto: Tadeshina habló con Yamada, el mayordomo de los Matsugae, hace algún tiempo, y ha averiguado que Kiyō está mintiendo. Descubrió que él rompió la carta que pretendía tener hace mucho tiempo, en presencia de Yamada. Pero... dile que no se preocupe por eso. Tadeshina se ha resignado a todo. Dijo que mantendría los ojos cerrados. ¿Te importaría comunicar esto a Kiyō?

Honda lo fue memorizando mientras ella hablaba, y no hizo ninguna pregunta sobre su significado. A partir de entonces, impresionada quizá por sus buenos modales, se hizo muy charlatana.

—Tú has hecho todo esto por su bien, ¿no es cierto, señor Honda? Kiyō debería considerarse el hombre más afortunado del mundo por tener un amigo como tú. Nosotras las mujeres no tenemos amistades tan verdaderas.

Los ojos de Satoko ardían de pasión, pero su tocado estaba en orden, sin un solo cabello fuera de su lugar. Al no contestar Honda, inclinó la cabeza y después dijo con voz reprimida:

—Pero, señor Honda..., sé lo que debes pensar de mí... ¿Qué otra cosa soy sino una mujerzuela?

—No digas eso —repuso él con fuerza considerable. Ciertamente no había estado pensando en ella con semejante desprecio, pero aquellas palabras le habían vigorizado el ánimo con una precisión misteriosa.

Había pasado una noche sin dormir para ser fiel y cumplir el compromiso que se le había confiado de llevar a Satoko a Tokio, entregársela a Kiyōaki y hacerse cargo de ella otra vez para devolverla a su casa. Pero su verdadera fuente de orgullo estribaba en mantenerse emocionalmente libre. Nada bueno podía salir de todo aquello. Era una situación gravemente peligrosa de la que él era ya suficientemente responsable.

Mientras estuvo observando a Kiyōaki y a Satoko, cogidos de las manos, bajando por las sombras del jardín iluminado por la Luna hasta la playa, había decidido que también él estaba pecando por ayudarles. Pero si aquello era pecado, también era hermoso. Una imagen de belleza, que se alejaba de él y desaparecía.

—Tienes razón —dijo Satoko—, yo no debería hablar así. No puedo pensar en lo que he hecho, porque es una cosa sucia. Kiyō y yo hemos cometido un horrible pecado, pero yo no me siento manchada en modo alguno. De hecho, me siento como purificada. Mira, cuando vi esos pinos junto a la playa anoche me di cuenta de que no volveré a verlos por muchos años que viva. Y cuando oí el ruido de la brisa que pasaba entre ellos supe que nunca volveré a oírlo mientras viva. Pero cada momento que estuve allí me sentí tan pura que ahora no tengo remordimiento por nada de lo hecho.

Trataba de trasladar algo a Honda, quizá la esencia de todo lo que había sucedido entre ella y su amante durante sus encuentros. Ansiaba dejar a un lado la discreción y hacer comprender a Honda cómo en la última noche, en medio de una escena natural y tranquila, Kiyōaki y ella se habían encumbrado a alturas casi aterradoras. Se trataba de una clase de experiencia como la muerte, como el brillo de una joya, como la belleza de la puesta del sol, que es casi imposible trasladar a los demás.

* * *

Kiyoaki y Satoko caminaron por la playa tratando de eludir la claridad de la luna. Ahora, en medio de la noche, no había traza de vida humana a lo largo de la playa desierta, aparte de un barco pesquero anclado, cuya alta proa proyectaba una sombra negra sobre la arena. La oscuridad era tranquilizadora. Los rayos de la luna bañaban el barco haciéndole brillar como hecho de huesos blanqueados. Cuando Kiyoaki descansó la mano en el costado del barco un instante, su piel pareció traslúcida bajo la luz de la luna.

Se abrazaron a la sombra del barco, envueltos por la brisa del mar. Casi nunca vestía ropas occidentales, y ahora lamentaba el blanco brillante de su vestido. Tenía sólo un pensamiento: rasgar el vestido lo más rápidamente posible, y ocultarse en la oscuridad. No era probable que nadie les viera, pero los rayos de la luna eran como millones de ojos. Alzó la mirada a las nubes y las estrellas. Era un contacto mucho más íntimo que un beso, algo como la caricia de un animal joven. Una dulzura intensa aleteaba. Cuando sus cuerpos se rozaron, quiso pensar en las estrellas aunque sus ojos estaban cerrados.

Desde allí, el camino iba directo a una satisfacción profunda como el mar. Pero incluso en la oscuridad, tenía miedo de que no fuera todo más que una sombra, que dependía a su vez del barco pesquero que había junto a ellos. No estaba bajo la protección de ninguna estructura sólida, sino de algo fortuito que en muy escasas horas podía desaparecer. Si el barco no se hallara allí en aquel momento su espesa sombra no habría sido más verdadera que un fantasma. Ella temía que este enorme y viejo barco pesquero empezara a deslizarse silenciosamente por la arena, y en aguas profundas desapareciera. Para seguir su sombra, para permanecer siempre dentro de ella, tendría que convertirse ella misma en mar. Y en aquel momento eso y sólo eso hizo una única y enorme marea.

Todo lo que les rodeaba, el firmamento, la Luna, el agua, la brisa, la playa, los pinos, todo presagiaba la destrucción. Al otro lado del más simple aleteo del tiempo asomaba siempre un monstruoso rugido de la nada. Su mensaje era transportado en el gemido de los pinos. Creyó que Kiyoaki y ella estaban encerrados, observados, guardados, por un espíritu implacable, lo mismo que una gota de bálsamo caída en una vasija con agua, que no tiene más sostén que la misma agua. ¿Era la noche o el alba lo que se acercaba? Para ellos parecía incomprendible. Los dos se incorporaron. Ahora las cabezas estaban fuera de la sombra, y la Luna en retirada brillaba directamente en sus caras. Ella creyó que de algún modo era como el emblema de su pecado fijado en el cielo. La playa estaba desierta. Se pusieron en pie para buscar sus ropas, que habían colocado en el fondo del barco. Cada uno miraba fijamente al otro. Aunque sólo un momento, se estuvieron mirando con intensa contemplación. Cuando acabaron de vestirse, Kiyoaki se sentó con las piernas cruzadas en el borde del barco.

—Escucha —dijo—. Si tuviéramos la bendición de todo el mundo, probablemente no nos habríamos atrevido a hacer lo que hemos hecho.

—Eres terrible, Kiyo. ¡Así que esto es lo que realmente quieres! —replicó con ironía. Su burla era afectuosa, pero tenía un sabor áspero. Percibían la sensación de que el final irrevocable de su felicidad no estaba lejano. Ella estaba sentada en la arena, ocultándose en la sombra del barco. El pie de Kiyoaki, brillando con la luz de la Luna, colgaba en el aire delante de ella. Extendió la mano, lo cogió y le besó los dedos.

* * *

—Supongo que te parecerá insólito lo que voy a decirte. Pero compréndeme, no hay nadie a quien ni siquiera pueda pensar en decírselo. Sé que estoy haciendo algo terrible. Pero, por favor, no digas nada en contra, porque me doy cuenta de que llegará su fin alguna vez. Hasta entonces quiero vivir cada día como venga. Porque no hay otra cosa que pueda hacer.

—¿Entonces estás preparada para lo que pueda suceder? —preguntó Honda, con voz incapaz de ocultar la profunda pena que sentía.

—Sí, estoy preparada.

—Matsugae lo está también, creo yo.

—Lo que no es del todo correcto en él es que te complique a ti en nuestros problemas.

Honda sintió repentinamente un deseo angustioso de entender a esta mujer. Sería su forma de venganza. Si ella intentaba asignarle el papel de amigo comprensivo, en vez de un defensor compasivo, tendría derecho a saberlo todo. Pero era un desafío tratar de entender a esta mujer rebosante de amor, que se sentaba a su lado con el corazón en otra parte. Sin embargo, su inclinación a la indagación lógica empezó a ganar ventaja.

El coche daba saltos que parecía querer arrojarlos a los dos fuera, pero ella se protegía hábilmente con las rodillas. Él estaba ligeramente aburrido. Si Kiyooki estuviera allí, pensaba, ella no se mostraría tan ágil.

—Acabas de decir que estás preparada para cualquier cosa, ¿no es cierto? —preguntó sin mirarla—. Pues bien, me pregunto cómo la aceptación de las consecuencias se compagina con la comprensión de que tendrás que terminar algún día. Entonces, ¿no será demasiado tarde para tomar una decisión? Sé que te estoy haciendo una pregunta muy cruel.

—Me alegra que la hayas hecho —respondió ella con calma.

A pesar de todo, la miró ardientemente. Su perfil no mostraba señal alguna de pesadumbre. Mientras la miraba, ella cerró los ojos y las largas pestañas proyectaban una sombra todavía más larga sobre la mejilla, en la penumbra del coche. Los árboles y arbustos pasaban como fantasmas en la oscuridad. Mori, el conductor, seguía de espaldas a ellos, fija la atención en el volante. El grueso cristal detrás de él estaba cerrado. A menos que acercaran demasiado la boca al tubo no había posibilidad de que oyera nada.

—Dices que soy la persona que podría terminarlo algún día. Y como eres el mejor amigo de Kiyooki, tienes derecho a decirlo. Si no puedo terminarlo y seguir a la vez con vida, quizá muriendo...

Ella habría deseado que Honda la hubiera interrumpido con una orden para que dejara de comentar tales cosas, pero éste prefirió seguir obstinadamente en silencio y esperar que ella continuara.

—...Pero el momento llegará alguna vez, y esa vez no está muy lejana. Cuando llegue te prometo desde ahora que no me estremeceré. He conocido la felicidad suprema, y no siento excesiva codicia. Todos los sueños terminan. ¿No sería insensato, sabiendo que nada dura para siempre, insistir en que uno tiene derecho a hacer algo de lo mucho que hace? Yo no tengo nada en común con estas «mujeres nuevas». Pero... si existiera la eternidad sería este momento. Y tú llegarás a verlo algún día.

Honda empezaba a entender por qué Kiyooki había estado una vez tan asustado de Satoko.

—Dijiste que no era justo que Matsugae me complicara en sus problemas. ¿Por qué no?

—Tú eres un joven que has alcanzado metas destacadas. No es justo mezclarte con nosotros. Kiyooki no tiene ningún derecho para hacerlo.

—Ojalá no me tuvieras por tan santo. No es probable que encuentres una familia más moral que la mía. Pero a pesar de eso he hecho algo que me hace cómplice en el pecado.

—No digas eso. No es cierto —interrumpió ella—. Este es nuestro pecado, de Kiyō y mío... y de nadie más.

Por supuesto ella sólo quería dar a entender su deseo de protegerle, pero sus palabras tenían el tono frío y orgulloso de quien quiere dejar en claro que no podía tolerar la intrusión de una tercera parte. Había imaginado su pecado como un diminuto palacio de cristal, en el que Kiyōaki y ella podían vivir libres del mundo que les rodeaba. Un palacio tan pequeño que ninguna otra persona podía caber en él. Kiyōaki y ella habían sido capaces de entrar y estaban pasando allí sus últimos momentos felices, observados con extraordinaria claridad por alguien que permanecía fuera.

—Perdóname —se excusó—, pero creo que noto arena en el zapato. Tadeshina no cuida mucho de ello, y si me los quitara en casa con arena dentro alguna doncella podría escandalizarse.

No tenía ninguna idea de cómo debía comportarse mientras una mujer inspeccionaba sus zapatos, por lo que se volvió a mirar por la ventanilla. Habían llegado ya a las afueras de Tokio. El cielo de la noche se había vuelto de un azul oscuro. Las primeras luces del amanecer delineaban las nubes sobre los tejados de las casas. Aunque él quería llegar lo antes posible, temía que la luz de la mañana diese al traste con la que había sido probablemente la noche más maravillosa de su vida. Oyó el ruido, tan débil que creyó que fuera imaginación suya, de Satoko quitando la arena del zapato que se había quitado. A Honda le sonaba como el reloj de arena más maravilloso del mundo.

XXXV

Los príncipes siameses estaban disfrutando en la villa. Una tarde, poco antes de la cena, los cuatro jóvenes sacaron las sillas de junco y las colocaron en el césped para saborear la fresca brisa de la tarde. Los príncipes charlaban en su idioma nativo, Kiyōaki estaba perdido en sus pensamientos y Honda tenía un libro abierto en el regazo.

—¿Os gustaría una «cuerda»? —preguntó Kridsada en japonés, caminando hacia Honda y Kiyōaki con un paquete de cigarrillos «Westminster» de boquilla dorada. Los príncipes habían sido rápidos en coger la palabra «cuerda», argot con que se designaba a los cigarrillos en el colegio. Las normas prohibían fumar, pero los profesores permitían a los alumnos de cursos superiores cierta libertad siempre que no llegaran a fumar demasiado en público. La caldera de la calefacción, en el

sótano, se había convertido en refugio para los fumadores, y era conocida por «sala de la cuerda».

Incluso ahora, que los cuatro jóvenes chupaban de sus cigarrillos bajo el cielo abierto, sin temor a ser observados, notaban el placer prolongado y secreto que proporcionaba fumar en la «sala de la cuerda». El olor a polvo de carbón que llenaba el cuarto de la caldera, el reflejo del blanco de los ojos en la oscuridad, las profundas y sabrosas bocanadas de humo, el brillo inquieto de las puntas rojas, eran impresiones que enriquecían el fino sabor de sus cigarrillos ingleses.

Kiyoaki se separó de los demás, y mientras observaba cómo el humo se perdía camino del cielo, vio cómo las formaciones de nubes sobre el océano empezaban a deshacerse, y sus claros contornos a borrarse y a teñirse de oro pálido. Al instante pensó en Satoko. Su imagen, su perfume, estaban mezclados con todas las cosas. No había ninguna alteración de la naturaleza, por ligera que fuese, que no le trajera su recuerdo. Si la brisa cesaba repentinamente y la atmósfera cálida del verano caía sobre él, sentía el roce de Satoko desnuda contra su propia desnudez. Incluso la sombra que se acentuaba gradualmente en el césped por el copioso y verde follaje del árbol de la seda, tenía una insinuación de ella.

En cuanto a Honda, nunca podía estar tranquilo si no tenía libros a su alcance. Entre los que ahora tenía a mano había uno que le habían prestado en secreto, prohibido por el Gobierno. Con el título de «Nacionalismo y Socialismo Auténticos», había sido escrito por un joven llamado Terujiro Kita, que a sus veintitrés años estaba considerado como el Otto Weininger japonés. Sin embargo, presentaba con demasiado color la postura extremista, y esto suscitó precauciones en la mente serena y razonable de Honda. No es que sintiera ninguna aversión particular por el pensamiento político radical. No habiendo estado airado nunca, tendía a contemplar la ira violenta de los demás como una enfermedad horrible e infecciosa. Encontrarla en los libros era un estímulo intelectual, pero de esa clase de placer que crea una conciencia de culpabilidad.

A fin de estar preparado para ulteriores discusiones con los príncipes acerca de la reencarnación, se había detenido en su casa aquella mañana, después de acompañar a Satoko hasta Tokio, y había sacado un libro de la biblioteca de su padre, «Sumario del pensamiento budista», por Tadanobu Saito. Aquí por primera vez encontró un relato fascinante de los varios orígenes de la doctrina de Karma, y le trajo a la memoria las Leyes de Manu, con las que tan absorbido había estado al principio del invierno. Pero al mismo tiempo sus prisas para los exámenes le habían obligado a aplazar un estudio más a fondo del libro de Saito. Éste y algunos otros estaban junto a su sillón de junco. Después de mirarlos al azar, Honda había elegido el que ahora tenía abierto en su regazo. Se volvió para mirar la áspera falda que marcaba el fin occidental del jardín. Aunque el cielo estaba todavía iluminado, la falda estaba sumida en profunda sombra, y el espesor del arbolado y los arbustos de la loma arrojaban su color negro contra el blanco resplandor del cielo. La luz, antes de marcharse, iba penetrando aquí y allí como hilo de plata diestramente tejido. Detrás de los árboles, el firmamento por el oeste era como una hoja de plata. El brillante día de verano había sido un pergamino iluminado que estaba borrándose en el espacio.

Los jóvenes saboreaban la deliciosa insinuación de culpabilidad que les daban sus cigarrillos. Notaban el cansancio dorado que produce un día de playa, con la piel todavía cálida por el sol del mediodía... Aunque Honda seguía en silencio, sabía que ellos recordarían aquel día como uno de los más felices de su juventud.

Los príncipes parecían sentirse igualmente satisfechos. Pretendían, por cortesía, no saber nada de los lances amorosos de Kiyoaki. Por otro lado, Kiyoaki y Honda preferían ignorar las correrías alegres de los príncipes con las hijas de los pescadores en la playa, aunque Kiyoaki cuidaba de compensar a los padres de las chicas con generosas sumas. Y así, bajo el ojo protector del Gran Buda, a quien los

príncipes oraban todas las mañanas desde lo alto de la loma, el verano menguaba su lánguida belleza.

* * *

Kridsada fue el primero que divisó al criado que bajaba a la pradera desde la terraza, portando una carta en la resplandeciente bandeja de plata, que sin duda limpiaba muchas veces mientras se lamentaba de tener tan pocas ocasiones de usarla en la villa, en comparación con la casa de Shibuya.

Kridsada se levantó de un salto para recoger la carta. Luego, al ver que se trataba de una carta personal para Chao P., de su madre la reina viuda, se llegó a donde Chao P. estaba sentado y se la entregó con un gesto respetuoso.

Kiyoaki y Honda habían notado esta especie de juego escénico, pero contuvieron su curiosidad y siguieron sentados en espera de que los príncipes fuesen hasta ellos. Cuando Chao P. sacó la gruesa carta del sobre oyeron el crujir del papel, brillante como las plumas de una flecha que avanzara por la oscuridad. De súbito se pusieron de pie, mirando fijamente a Chao P., que acababa de lanzar un grito y caído al suelo desmayado.

Kridsada quedó inmóvil mirando a su primo, lleno de asombro, mientras Kiyoaki y Honda corrieron en su ayuda. Luego se inclinó para recoger la carta que había caído en la hierba, y tan pronto empezó a leerla prorrumpió en lágrimas. Los dos jóvenes japoneses no podían comprender nada de cuanto Kridsada estaba diciendo entre sollozos en su idioma siamés, y como la carta que Honda había recogido ya estaba en el mismo idioma, tampoco facilitaba ninguna pista, aparte del sello dorado de la familia real de Siam en la parte superior, con su intrincado diseño de pagodas, bestias fabulosas, rosas, espadas, cetros y otros ingenios agrupados alrededor de tres elefantes blancos.

Chao P. recuperó el conocimiento mientras era transportado a su dormitorio por unos criados, pero estaba evidentemente aturdido. Kridsada siguió detrás de él, todavía gimiendo.

Aunque ignoraban los hechos, era obvio para Kiyoaki y Honda que se trataba de alguna noticia terrible. Chao P. yacía en silencio, con la cabeza sobre la almohada, y los ojos nublados fijos en el techo. La expresión de su cara tostada se hacía cada vez menos discernible a medida que la habitación iba oscureciéndose. Después de algún tiempo, Kridsada pudo por fin explicar en inglés lo que ocurría.

—La princesa Chan ha muerto. El amor de Chao P., mi hermana. Si me hubiera enterado yo primero tal vez habría podido buscar una oportunidad para transmitirle la noticia de forma escalonada, evitándole golpe tan fuerte, pero supongo que su madre, la reina viuda, tenía más miedo de disgustarme a mí, y por eso escribió a Chao P. De ser así se equivocó en sus cálculos.

Esto fue más juicioso que lo que usualmente oían de Kridsada. La pesadumbre violenta de los príncipes, tan poderosa como una tormenta tropical, afectó profundamente a Kiyoaki y a Honda. Pero tuvieron la sensación de que después de la tormenta, con sus truenos, relámpagos y lluvia, su dolor, como la jungla, se recuperaría rápida y generosamente.

Aquella noche se sirvió la cena a los príncipes en su habitación, pero no probaron la comida. Sin embargo, un poco más tarde, cuando Kridsada recordó los deberes de la cortesía para con su anfitrión, llamó a Kiyoaki y a Honda para traducirles toda la carta al inglés.

En efecto, la princesa había caído enferma en primavera, y como ella estaba muy delicada para escribir, había pedido a todos que no dijeran nada a su hermano

ni a su primo. Su adorable mano blanca estaba cada vez más débil, hasta que no pudo moverla. Yacía tan fría e inmóvil como un rayo de luna.

El médico inglés probó cuanto sabía, pero no pudo impedir la parálisis implacable de todo el cuerpo. Finalmente llegó a suponer un gran esfuerzo para ella incluso hablar. Pero tal vez con el propósito de dejar a Chao P. con la imagen suya en plena salud, como cuando se despidieron, insistía a todos que no dijeran nada acerca de su enfermedad. Con esto les hacía derramar lágrimas.

La reina viuda iba a verla muy a menudo, y nunca podía reprimir el llanto ante la joven princesa. Cuando su majestad fue informada de la muerte de Chan, detuvo a los demás y dijo inmediatamente:

—Yo me encargaré de informar a Pattanadid.

«Lo que tengo que comunicarte es muy triste —así empezaba la carta—. Te ruego que reúnas todo tu valor. Tu adorada Chantrapa ha muerto. Posteriormente ya te diré lo mucho que se acordaba de ti en sus momentos finales. Como tu madre, lo que más quiero inculcarte en estos momentos es que debes resignarte, y aceptarlo todo como la voluntad del Señor Buda. Te pido que tengas siempre presente tu dignidad de príncipe, y aceptes esta noticia trágica con absoluta resignación. Sé cómo son tus sentimientos y cómo te sentirás al enterarte de esto en un país extranjero. Siento mucho no poder estar a tu lado para consolarte, como debe hacerlo una madre. Por lo que concierne a Kridsada, por favor, pórtate con él como un hermano mayor y comunícale la muerte de su hermana con la mayor solicitud. Te he dado esta noticia sin previo aviso, sólo porque creo que tienes la fortaleza suficiente para no rendirte a la pesadumbre. Debes consolarte por el hecho de que la princesa te dedicó todos sus pensamientos hasta que exhaló el último suspiro. Sin duda debes sentir no haber podido estar con ella cuando murió, pero debes hacer todos los esfuerzos posibles para apreciar lo que deseó el conservar en tu corazón la imagen que tenías de ella como en su plena juventud...»

Chao P. escuchó atentamente, echado en la cama, hasta que Kridsada acabó de traducir la última palabra. Luego se incorporó y se dirigió a Kiyoaki:

—Me encuentro bastante desconcertado —empezó—. Descuidé la amonestación de mi madre, y sucumbí. Pero te ruego trates de comprender. En estos últimos días he estado luchando con el presentimiento de la muerte de la princesa Chan. En el período que se inició con su enfermedad y hasta su muerte, sobre todo en estos veinte últimos días, he estado en ansiedad constante. Pero aun así, no teniendo idea de la verdad, vivía con suficiente calma. Veía con toda claridad el mar brillante y la playa resplandeciente. ¿Por qué no fui capaz de ver el cambio sutil que ocurría en la sustancia del Universo? El mundo estaba cambiando imperceptiblemente, como el vino en la bodega. He sido como el hombre que no ve más allá del líquido que brilla detrás del cristal. ¿Por qué no se me ocurrió probarlo al menos una vez al día, y calcular si había tenido lugar algún pequeño cambio? La brisa suave de la mañana, los árboles, los pájaros, todo estaba constantemente en mis ojos y mis oídos. Consideré que todo era la alegría de vivir, la esencia hermosa de la misma vida. Nunca se me ocurrió pensar que bajo esa superficie algo iba cambiando día a día, minuto a minuto. Si me hubiera detenido una mañana a gustar el mundo, habría descubierto que se alteraba sutilmente en mi lengua... ¡Oh!, si hubiera hecho eso no se me habría escapado la realidad de que este mundo se había quedado súbitamente sin la princesa Chan.

Cuando decía esto su voz se ahogaba con las lágrimas. Dejándole al cuidado de Kridsada, los dos regresaron a sus habitaciones. Pero no tenían ganas de dormir.

—Los príncipes querrán volver a Siam lo antes posible. Contra lo que puedan decir los demás, lo cierto es que no querrán seguir estudiando aquí —dijo Honda tan pronto como estuvieron solos.

—Sí, estoy seguro de que se irán a su patria —repuso Kiyooki entristecido. El dolor del príncipe le había producido un efecto profundo, y sumido en una actitud de malos presagios—. Y después que se vayan, ni tú ni yo tendremos razón suficiente para seguir aquí. O quizá vengan mi padre y mi madre, y será cuestión de pasar el verano con ellos. Cualquiera cosa que suceda, es evidente que nuestro tiempo feliz ha terminado.

Aunque Honda sabía muy bien que un hombre enamorado no tiene espacio en su corazón para más que sus sentimientos, y llega a perder su capacidad de entender las penas de los demás, no podía imaginar un corazón más adecuado que el de Kiyooki para ser vaso de pura pasión, frío y sólido a la vez como el vidrio templado.

* * *

Una semana más tarde los dos príncipes iniciaron el viaje de regreso a su patria en un barco inglés, y Kiyooki y Honda fueron a Yokohama para despedirles. Como era en mitad de las vacaciones de verano ninguno de los otros compañeros de clase de los príncipes estaban allí. Sin embargo, como deferencia a sus estrechos lazos con Siam, el príncipe Toin envió a su mayordomo para que le representara. Kiyooki saludó al enviado fríamente, cambiando con él sólo una o dos palabras.

Cuando el enorme transatlántico salió del puerto, los gallardetes empezaron a agitarse con el viento. Los dos príncipes estaban en popa junto a la bandera de la Unión Jack y saludaban con sus pañuelos.

Mucho después que el barco entrara en el canal, y cuando todos los que habían acudido a despedir al barco se habían ido, Kiyooki permanecía allí a pesar del calor que caía sobre el muelle, hasta que Honda no pudo menos de instarle a que saliera. Kiyooki no se estaba despidiendo de los dos príncipes de Siam, sino de su juventud, o la parte más hermosa de ella. Eso era lo que estaba a punto de desvanecerse detrás del horizonte.

XXXVI

Cuando llegó el otoño empezaron las clases, y los encuentros entre Kiyooki y Satoko fueron cada vez más espaciados. Tadeshina tenía que tomar las más extremas precauciones para que pudieran pasear juntos en las últimas horas de la tarde sin ser descubiertos.

Tenían que tener cuidado con los faroleros que hacían su ronda por aquella parte de Toriizaka. Con sus uniformes de cuello ajustado acudían con largos palos a encender las luces. Cuando terminaban este trabajo al oscurecer las calles quedaban totalmente vacías. Era el momento en que Kiyooki y Satoko podían

pasear por los sinuosos callejones con relativa seguridad. El coro de los insectos dejaba oír sus zumbidos con más fuerza, pero las luces de las ventanas no estaban encendidas. Muchas casas no tenían verjas, y los dos paseantes podían oír hasta las pisadas de algún marido que regresaba a casa, y luego el ruido de la puerta al ser cerrada.

—En uno o dos meses habrá terminado todo. Con seguridad los Toinnomiya no querrán demorar más tiempo la ceremonia de esponsales —decía Satoko con suavidad, como si estuviera hablando de otra persona—. Todas las noches cuando voy a acostarme pienso que esto terminará mañana, que algo irrevocable va a suceder. Y luego, extrañamente, me duermo en paz. Eso es lo que estamos haciendo ahora: algo que no podrá deshacerse.

—Bueno, supongo que incluso después de la ceremonia de compromiso...

—Kiyō, ¿qué estás diciendo? Si aumentamos nuestro pecado todavía más serás aplastado. En vez de pensar cosas así deberías ir contando cuántas veces podré verte todavía...

—Tú ya estás decidida, ¿verdad? A su debido tiempo vas a olvidarlo todo.

—Sí. Aunque no sé cómo podré hacerlo. La senda que tomamos no es un camino, Kiyō, sino un muelle, que termina en algún lugar, donde empieza el mar. No puede remediarse.

Era ciertamente la primera vez que habían hablado del fin. Y no se sentían más responsables que una pareja de chiquillos. No tenían ningún plan, ninguna solución, y creían que esto atestiguaba la pureza de sus intenciones. Sin embargo, una vez que habían aceptado como irreversible la separación final, esta idea se les adhería como un moho.

¿Se habían embarcado en todo esto sin considerar el final? ¿O habían empezado precisamente porque habían pensado en su fin? Kiyōaki no lo sabía. Pensó que si los dos fueran súbitamente reducidos a cenizas por un rayo sería lo mejor. ¿Pero qué harían si tal castigo no llegaba del cielo y las cosas seguían como estaban?

«¿Seré capaz de seguir amando a Satoko con la misma pasión que lo estoy haciendo ahora?»

Era la primera vez que experimentaba ansiedad semejante. Ello le hizo coger a Satoko de la mano. Cuando ella enlazó sus dedos con los de él, Kiyōaki apretó con fuerza. Ella no dejó que se le notara el dolor. Él siguió apretando con más fuerza, y cuando un rayo de luz procedente de la ventana de un segundo piso le permitió ver las lágrimas en sus ojos, sintió satisfacción.

Sabía que esta era la prueba de la salvaje y oculta pasión que había estado cultivando desde hacía mucho tiempo. Seguramente la solución más sencilla para ellos sería morir juntos, aunque lo encontraba atroz y doloroso. El amor en pecado fascinaba a Kiyōaki, le seducía y le atraía como el repique de una campanilla distante e inalcanzable. Cuanto más pecaba más se alejaba de él la sensación del pecado. ¿Y el final?

«Las cosas no pueden acabar más que con una profunda decepción», pensó con estremecimiento.

—Parece que no disfrutas mucho de tu paseo conmigo —dijo ella con su tono habitual—. Yo estoy bebiendo con sed cada momento de felicidad, pero... tú pareces estar saciado de ella...

—Es que he llegado a amarte demasiado, y la felicidad ha quedado muy detrás de mí —repuso él con gravedad. Cuando expresaba este razonamiento se daba cuenta de que no había ninguna traza infantil en su nueva actitud, sino de hombre adulto.

El callejón les acercaba a Roppongi y sus tiendas. Una bandera descolorida anunciando hielo colgaba de una nevería cerrada. Un poco más adelante llegaron a una ventana cuya luz iluminaba el camino. La tienda era de instrumentos musicales y su dueño se llamaba Tabé. Según la señal que había en la puerta el negocio

estaba patrocinado por el regimiento de Azabu. Evidentemente trabajaba hasta bien tarde para cumplir algún encargo urgente.

Eludieron la luz, pero el brillo de los metales les llegó un instante a los ojos. Colgaban trompetas nuevas que resplandecían con un brillo apropiado para un desfile. Del interior de la tienda salieron las notas melancólicas de una trompeta, ráfaga experimental que cesó tan pronto como se oyó. En los oídos de Kiyooki quedaría como el preludio del juicio final.

—Por favor, retrocedan. Habrá mucha gente más adelante —susurró Tadeshina al oído de Kiyooki. Se había deslizado detrás de ellos sin ser advertida.

XXXVII

Los Toinnomya no hicieron ningún intento de inmiscuirse en el curso de la vida de Satoko. El príncipe Harunori estaba cumpliendo sus obligaciones militares y nadie entre las personas afectadas se molestaba en preparar un encuentro entre el príncipe y Satoko. Ni siquiera el propio príncipe dio señal de que le gustaría verse con ella. Esto, sin embargo, no implicaba en modo alguno que los Toinnomya la

estuvieran tratando fríamente. Dentro de los términos de la marcha de los esponsales todo avanzaba normalmente. Los que andaban cerca del príncipe creían que las reuniones frecuentes entre los dos jóvenes no proporcionaría ninguna ventaja, y en cambio podría dar lugar a alguna desventaja.

Había que considerar con calma las dotes personales de una joven que iba a convertirse en princesa. Si hubiera sido la hija de una familia cuyas cualidades tuvieran alguna tilde, aunque fuese insignificante, habría tenido que someterse a un curso de entrenamientos, que no tendría en cuenta cualquier educación anterior. Pero la fama de buena crianza mantenida en la casa del conde Ayakura era tan fuerte que una hija suya podía subir con facilidad a la condición de princesa. La educación de Satoko era completa, hasta tal punto que podía siempre que quisiera componer poemas dignos de una princesa, escribir con una letra adecuada a tan alta condición o arreglar las flores de la manera conveniente para un palacio. No habría tenido ningún obstáculo para ser princesa, en ningún momento, a partir de los doce años.

El conde Ayakura y su esposa, sin embargo, estaban preocupados acerca de tres puntos que hasta entonces no habían sido tocados en la educación de Satoko. Por tanto estaban ansiosos de que se familiarizara con ellos lo antes posible.

Estos puntos eran, cantar el *nagauta*, jugar al *mahjong*, por lo que tanta afición tenía la princesa Toin, y elegir discos europeos, diversión favorita del propio príncipe Harunori. Después que el conde le explicó la situación, el marqués de Matsugae arregló inmediatamente las cosas para que fuera un maestro de *nagauta* a dar clases a Satoko, y también entregó un gramófono alemán a los Ayakura, con todos los discos que tenía disponibles. Encontrar un profesor de *mahjong* presentaba mayores dificultades. Aunque él mismo era buen jugador del billar inglés, le escandalizaba que una familia noble de rango tan elevado sintiera placer en un juego tan plebeyo como el *mahjong*.

Pero sucedió que la dueña de la casa de geishas de Yanagibashi y su geisha mayor eran expertas jugadoras del *mahjong*, y el marqués dispuso que hicieran visitas frecuentes a la residencia de los Ayakura, tratando con Tadeshina para instruir a Satoko en aquel juego. Naturalmente, él pagaría los honorarios y viajes que tuvieran que hacer.

Podría pensarse que este arreglo, incluidas las dos profesionales, habría llevado un desacostumbrado tinte de frivolidad a la atmósfera austera de la casa de los Ayakura. Tadeshina seguía en su inflexible oposición. Alegaba que era una afrenta a su dignidad, pero lo que le aterrorizaba era pensar que los ojos astutos de las dos mujeres de mundo descubrieran el secreto de Satoko. Y aunque esto no sucediera, el *mahjong* ofrecería al marqués de Matsugae la ocasión de colocar espías pagados en la residencia de los Ayakura.

La dueña y la geisha no perdieron tiempo en interpretar la arrogancia inflexible de Tadeshina como un insulto calculado, y su reacción no tardó menos de tres días en llegar a oídos del marqués. Éste esperó su tiempo, y en la primera oportunidad reprochó suavemente al conde de Ayakura.

—Ciertamente es admirable que una vieja y fiel servidora tuya valore tan alto la dignidad de la familia, pero seguramente en este caso se trata de proporcionar placer a la familia del príncipe, por lo que tal vez no estuviera fuera de lugar cierto grado de flexibilidad. Y luego, estas mujeres de Yanagibashi consideran el ofrecimiento como una gloriosa oportunidad de ser útiles, y están dispuestas a dedicar al encargo el tiempo que haga falta.

El conde trasladó todo esto a Tadeshina, poniéndola en situación embarazosa.

Satoko y las mujeres, en realidad, se habían visto anteriormente. El día de la fiesta de la floración del cerezo, la dueña había estado al frente del grupo tras bastidores, y la geisha había hecho el papel del amo *haiku*. Cuando llegaron para la primera sesión de *mahjong*, la dueña pronunció un discurso de felicitación al conde y la condesa por el compromiso, y llevó un regalo.

—¡Qué bella es su hija! Posee la dignidad graciosa de una princesa nata. ¡Qué satisfecha debe estar usted con estos esponsales! El recuerdo de que nos permita estar de algún modo presentes en el acontecimiento nos acompañará siempre, y lo pasaremos de generación a generación.

Sin embargo, después de esta encomiable expresión de su estima, la dueña y su compañera no estuvieron del todo al corriente con las apariencias debidas, cuando se retiraron a otra habitación y se sentaron junto a la mesa del juego de *mahjong* con Tadeshina y Satoko. Tadeshina era consciente de la recelosa mirada vuelta hacia ella, y a Satoko, con mayor disimulo. Pero más perturbador que todo esto fue un incidente ocurrido en seguida:

—Me pregunto cómo estará el joven hijo del marqués de Matsugae —exclamó la geisha descuidadamente, mientras mezclaba las piezas del *mahjong*—. Creo que en mi vida he visto un joven más guapo.

Luego, con habilidad, la dueña cambió la conversación a otros temas. Podría haber reprendido a su compañera por tratar temas inapropiados, pero ya estaban de punta los nervios de Tadeshina.

De acuerdo con la advertencia de ésta, Satoko trataba de hablar lo menos posible. Pero la concentración excesiva, para guardar sus pensamientos ante las dos mujeres, especialistas en interpretar las sutilezas de la conducta de la mujer, dio origen a otro peligro. Si se manifestaba demasiado melancólica podría correr el rumor escandaloso de que parecía desgraciada con su próximo matrimonio. Ocultar sus sentimientos era arriesgarse tanto como revelarlos.

En consecuencia, Tadeshina se vio forzada a poner en juego toda su habilidad táctica, para acabar de una vez con todas las sesiones de *mahjong*.

—Estoy sencillamente asombrada —dijo al conde— de que su excelencia el marqués de Matsugae se digne aceptar las calumnias de estas dos mujeres sin ninguna comprobación. Dicen que soy yo la culpable de que la señorita Satoko esté falta de entusiasmo. Si no lo hicieran así, esa indiferencia caería sobre ellas. Estoy segura que esa es la razón que las llevó a decir que las trato con altivez. Por mucha que sea su conformidad con los deseos de su excelencia el marqués, tener mujeres de esa profesión viniendo a la casa del amo es una desgracia. Además, la señorita Satoko ha aprendido ya los rudimentos del *mahjong*. Y así, si juega después de su matrimonio y siempre pierde, resultará muy atrayente. Por tanto yo me opondría a que recibiera más lecciones, y si el marqués de Matsugae no desiste, solicitaré que Tadeshina sea despedida del servicio del amo.

El conde de Ayakura no tenía otra alternativa que asentir ante un ultimátum de tal fuerza.

Desde el momento que se enteró, por el mayordomo Yamada, que Kiyooki había mentido sobre la carta de Satoko, Tadeshina se vio en una encrucijada. Tenía la alternativa o de convertirse en enemiga de Kiyooki o hacer cualquier cosa que Satoko y él quisieran, consciente de las consecuencias.

Aunque el motivo principal era su afecto sincero por Satoko, al mismo tiempo temía que mantener separados a los dos amantes podría conducir a Satoko al suicidio. Había decidido que el mejor camino era esperar que el asunto acabara por sí mismo. Y entretanto conservar el secreto.

Se enorgullecía de saber todo lo que hay que saber, acerca de la fuerza de las pasiones. Firme defensora, además, de que «lo que no se conoce no existe», no pensaba que fuera traidora ni de su amo, ni del conde, ni de los Toinnomiya, ni de ninguna otra persona. Era capaz de colaborar con este asunto y ser la aliada de los dos amantes, como si estuviera dirigiendo un experimento de química, ocultando todo detalle revelador. Sabía muy bien que había emprendido un camino peligroso, pero creía haber nacido para realizar el papel de salvadora de toda situación crítica. Y por tanto podía poner en los demás una carga de obligaciones, que eventualmente les obligaría a hacer exactamente lo que ella deseara.

Estaba interesada en hacer las reuniones lo más frecuentes posibles, con el fin de apresurar la decadencia de su pasión, pero no logró darse cuenta de que estaban complicadas sus propias pasiones. Esto no tenía nada que ver con la venganza sobre Kiyooki por su cruel comportamiento. A decir verdad, esperaba el día en que él le dijera que deseaba abandonar a Satoko y le suplicara amablemente que leyera por él los ritos funerarios. Cuando eso sucediera, ella le recordaría forzosamente lo ardientes que habían sido sus deseos, ya enfilados. Pero sólo creía a medias en este sueño, que si no resultaba cierto traería desgracias para Satoko.

¿Por qué esta mujer anciana, que debía haber seguido su filosofía de que «nada en este mundo está seguro», dio de lado a todo pensamiento de seguridad? ¿Cómo había llegado a utilizar su misma filosofía como pretexto para la aventura? En algún momento de descuido se había rendido a un júbilo que desafiaba todo análisis racional. Ser medio para unir a dos jóvenes, contemplar cómo su amor ardía cada vez más apasionadamente, dio paso en ella a una satisfacción que ignoraba todos los peligros.

De esta forma creyó que debía haber algo sagrado en la unión física de dos jóvenes tan hermosos, que sólo podrían juzgarse con criterios extraordinarios. Cómo brillaban sus ojos cuando se encontraban, cómo latían los corazones cuando se acercaban el uno al otro, era fuego que encendía el corazón helado de Tadeshina. Por su propio interés, quería que no se extinguiera ese fuego. Antes de encontrarse, las mejillas de los jóvenes estaban pálidas, marcadas por la melancolía, pero tan pronto como se veían sus caras se encendían como espigas de cebada en el mes de junio. Para Tadeshina aquel momento era un milagro, no menor que el de hacer caminar los cojos o recobrar la vista a los ciegos.

Su papel era proteger a Satoko de todo mal. Pero aquel fuego no era ningún mal; la poesía, tampoco. Seguramente este fuego y esta poesía del amor de Satoko encajaban bien en la antigua tradición de la familia de los Ayakura.

Sin embargo, Tadeshina esperaba que ocurriera algo. En cierto modo, era como la mujer que ha permitido que su pájaro favorito vuele libre por el bosque, y espera una oportunidad para volverlo a capturar y hacerlo entrar en la jaula. Todos los días se aplicaba escrupulosamente el espeso maquillaje blanco usado por las damas de la corte desde hacía mucho tiempo. Ocultaba las arrugas con polvo blanco y vivo carmín de Kyoto. Mientras hacía esto evitaba estudiar su cara en el espejo, mirando sobria, interrogativa y fijamente al espacio. El brillo del alto cielo de otoño parecía condensarse en sus ojos, donde podía adivinarse una sed desesperada de futuro. Para una inspección final al maquillaje, cogía unas gafas antiguas, que de ordinario evitaba usar, y se las ponía, enganchando de las orejas los finos trozos de metal.

* * *

A principios de octubre los Toinnomya enviaron la notificación prescrita de que la ceremonia de los esponsales tendría lugar en diciembre, y unido a ello, una lista informal de los regalos: cinco rollos de tela, dos barriles de fino saké y una caja de besugo fresco. Los dos últimos artículos eran naturalmente fáciles de conseguir, pero en cuanto a la tela, el marqués Matsugae se había encargado de hacer personalmente las gestiones. Envío un largo telegrama a la oficina en Londres de la *Corporación Itsui* para que enviaran inmediatamente el mejor paño inglés.

Una mañana, cuando Tadeshina fue a despertar a Satoko notó que tenía la cara manchada de rojo. Luego Satoko saltó de la cama y corrió al pasillo. Apenas pudo alcanzar el baño antes de vomitar, manchándose ligeramente la manga del batín. Tadeshina le ayudó a volver al dormitorio y se aseguró de que la puerta quedara cerrada.

En el patio de la casa había diez o más gallinas, y sus cacareos servían cada mañana para anunciar el principio de un nuevo día en casa de los Ayakura. Satoko ocultó la cara en la almohada y cerró los ojos.

—Escúchame por favor —dijo Tadeshina, con la boca pegada al oído de Satoko—. No hay que mencionar esto a nadie. Te ruego que no entregues el batín a la doncella para lavarlo, bajo ningún pretexto. Yo me ocuparé de ello para que nadie pueda enterarse. Y de ahora en adelante me encargaré de todo lo concerniente a tu alimento. Veré que sólo comas lo que te vaya bien y que la doncella no sospeche nada. Lo que te estoy diciendo es sólo por tu bien. Por tanto será mejor que hagas exactamente lo que yo te digo.

Satoko asintió con aire incierto, mientras una lágrima le caía por la cara.

Tadeshina estaba llena de gozo. En primer lugar, era la única que conocía la señal. Para el momento en que ocurriera tenía un proyecto en la imaginación. Era lo que había estado esperando. Satoko estaba ya en sus manos.

Consideradas todas las cosas, Tadeshina se sentía más a gusto en el área representada por la actual situación de Satoko que en la del reino de la pasión. Tal como había sido clara para advertir a Satoko años antes lo que representaba la menstruación, ahora sería especialista insuperable en los nuevos problemas. Por contraste, la condesa de Ayakura, supo que su hija había empezado la menstruación dos años más tarde, y por boca de Tadeshina.

Tadeshina que nunca había fallado en notar cualquier signo físico en Satoko, intensificó su vigilancia tras el mareo de aquella mañana, y una vez reconocidos los síntomas uno a uno, tomó su decisión sin vacilar.

—No es sano estar dentro de casa todo el tiempo —dijo a Satoko—. Vamos a dar un paseo.

Esta era ordinariamente la indicación de que había preparado un encuentro con Kiyooki, pero como el sol estaba todavía muy alto, Satoko se desconcertó y la miró interrogativa. La expresión habitual de Tadeshina había desaparecido, reemplazada por un rígido aire de alejamiento. Sabía muy bien que tenía en sus manos un asunto de honor, que era preocupación nacional.

Cuando salían por el patio encontraron a la condesa de Ayakura allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando cómo una de las doncellas daba de comer a las gallinas. Saludó cortésmente a su madre, con una inclinación de cabeza. Notó el movimiento nervioso de las aves asustadas y por primera vez en su vida pensó en ellas como si fueran hostiles, enemigos naturales de la especie. Fue un sentimiento espantoso. Tadeshina saludó:

—Voy a llevar a la señorita Satoko a dar un corto paseo.

—¿Un paseo? Está bien. Gracias por la molestia que te tomas —contestó la condesa.

Pero la boda de su hija, que se acercaba cada día, la tenía muy nerviosa. Por otro lado, estaba cada vez más reservada con su hija. Como es habitual en familias de nobles cortesanos, nunca dijo una sola palabra de crítica hacia ella. En realidad, era ya casi un miembro de la familia imperial.

* * *

Caminaron las dos por las calles de Ryudo, hasta que llegaron a un pequeño santuario, rodeado de un muro de granito, dedicado a la diosa Sol. Entraron en su reducido recinto, desierto ahora que habían terminado las fiestas de otoño, y después de hacer una reverencia ante el túmulo interior, cubierto de púrpura, Tadeshina siguió hasta la parte trasera del pequeño pabellón, usada para las danzas sagradas.

—¿Va a venir Kiyō aquí? —preguntó Satoko vacilante. Por alguna razón, se encontraba intimidada por la nueva actitud de Tadeshina.

—No, no vendrá. Hoy hay algo que quiero preguntarle, señorita Satoko, y por esa razón hemos venido hasta aquí. No hemos de preocuparnos de que nadie pueda oírnos.

A un lado del pabellón había tres o cuatro grandes piedras para quienes quisieran sentarse a ver las danzas rituales. Tadeshina se quitó su *haori*, lo dobló, y lo puso en la superficie de una de las piedras.

—Aquí puede sentarse y no cogerá un resfriado —dijo cuando Satoko tomaba asiento encima de la piedra—. Está bien, joven ama —dijo con toda solemnidad—. Sé que no necesito recordarle, ya que usted lo sabe muy bien, que la lealtad al emperador debe tener una preferencia absoluta. Sería necio que Tadeshina dirigiera un sermón a la señorita Satoko Ayakura, cuya familia ha sido bendecida durante siglos con el favor imperial durante veintisiete generaciones. Pero aún dejando todo esto a un lado, una vez que un matrimonio es propuesto y ratificado por una sanción imperial, ya no queda entrada para segundos pensamientos. Y desdeñarlo es como desdeñar la beneficencia de su majestad imperial. En todo el mundo, no hay un pecado más horrible que ese.

Tadeshina pasó a una explicación detallada. A pesar de lo que tenía que decir, no iba a culparla por lo sucedido, puesto que ella había incurrido en idéntica culpabilidad. Además, lo que escapara del conocimiento público no necesitaba ser objeto de sufrimiento ni considerado como delito. Sin embargo, insistía ella, tenía que haber un límite, y ahora que Satoko había quedado embarazada era el momento de poner fin a todo aquello. Ella había sido hasta entonces una observadora silenciosa, pero con el presente estado de cosas creía que de nada serviría dejar correr los acontecimientos y consentir que el secreto amoroso siguiera más adelante. Por tanto, había llegado el momento de una determinación. Tenía que decir bien claro a Kiyōaki que habían de separarse. Y ella tenía que actuar en todo de acuerdo con las instrucciones de Tadeshina. En consecuencia, exponiendo sus puntos en su debido orden, y excluyendo deliberadamente toda consideración emocional, dijo todo lo que tenía que decir.

Pensando que esto sería suficiente para convencer a Satoko, y que la obedecería, Tadeshina concluyó su conferencia, y con el pañuelo pulcramente doblado limpió ligeramente el sudor que le había brotado en la frente.

Había hablado con expresión triste y compasiva, y un temblor de llanto en la voz. Esta joven era para ella más querida que una hija, pero su dolor no era auténtico. No se le escapaba que existía una barrera entre su dolor y su amor. Como su afecto por Satoko era tan grande, esperaba que la joven compartiera el gozo aterrador que acechaba en su horrible resolución. Para quedar limpia de un sacrilegio había de cometer otro. Al final, los dos quedarían cancelados como si ninguno hubiera existido jamás. Había que combinar una forma de oscuridad con otra, y luego esperar que la oscuridad total se tiñera de un leve tono rosa con la llegada del amanecer fatídico. Y sobre todo, mantener el secreto.

Como Satoko guardaba silencio, Tadeshina empezó a sentirse inquieta y preguntó:

—Usted hará todo tal como se lo he dicho, ¿no es así? ¿Qué piensa sobre todo esto?

La expresión de Satoko era incierta. No dio ninguna señal de que las palabras de Tadeshina la hubieran contrariado. La verdad era que las observaciones de la anciana no habían tenido ningún significado para ella.

—¿Pero qué es lo que tengo que hacer? —replicó—. Debes ser más explícita.

Tadeshina miró a su alrededor antes de contestar, convencida de que el débil sonido del gong había sido causado por una ráfaga de viento y no por ningún devoto casual. Desde debajo del piso de madera llegó el chirriar de un grillo.

—Debe desembarazarse del bebé lo antes posible.

Satoko contuvo el aliento.

—¿Qué quieres decir? Me enviarían a la cárcel.

—No diga eso. Deje el asunto a cuenta mía. Aun suponiendo que se trasluciera algo sería imposible castigarnos, ni a usted ni a mí. Su boda ha sido convenida ya. Una vez que llegue el regalo de los esponsales, en diciembre, las cosas estarán aún más seguras, porque en asuntos como éste la policía es cauta. Sin embargo, señorita Satoko, quiero que se dé cuenta de una cosa: si usted malgasta el tiempo, y todo el mundo se entera de que se halla encinta, por supuesto su alteza imperial, y el resto del mundo, jamás podrán perdonarla. Se rompería el compromiso sin ninguna demora. Su excelencia, su padre, tendría que ocultarse de los ojos del mundo, y el amo Kiyooki entraría también en una situación terrible. Para hablar sinceramente, sus esperanzas futuras, así como las de la familia Matsugae, estarían tan amenazadas que no tendría otra salida que asegurar que él no está complicado en el asunto. Así, por lo que a usted concierne, todo estaría perdido. ¿Quiere que ocurra esto? Sólo hay una cosa que usted pueda hacer ahora. Si la noticia se filtrara, aun suponiendo que la policía no dijera nada, los Toinnomiya podrían oír algo. Entonces, ¿cómo presentarme en la boda? Y después, ¿cómo seguir sirviendo al príncipe? ¿Qué me dice a eso? No hay en absoluto ninguna necesidad de turbarse por lo que sólo es una alarma. En cuanto a lo que los Toinnomiya puedan pensar dependerá enteramente de usted. Los rumores y todo lo demás, quedará olvidado en poco tiempo.

—Entonces, ¿puedes asegurarme que no existe ninguna posibilidad de que me castiguen, de que me envíen a la cárcel?

—Déjeme que se lo explique de forma que pueda comprenderlo. En primer lugar, la policía tiene la mayor reverencia hacia la nobleza. No existe la más mínima probabilidad de que permitan que una cosa como esta llegue a oídos del público. Además, siempre podríamos solicitar la ayuda del marqués de Matsugae. Su excelencia tiene muchas influencias y puede conseguirlo todo. Después se trataría de buscar cobertura para el joven amo.

Satoko profirió un grito:

—¡No! No puedes hacer eso. Es algo que yo no consentiría. Bajo ningún concepto pedirás ayuda, ni al marqués ni a Kiyoo. Si lo hicieras me harías completamente desgraciada.

—Está bien... Sólo lo mencioné como posibilidad. Pero en segundo lugar, en términos estrictamente legales, estoy decidida a protegerla a usted. Diríamos que usted hizo lo que yo le dije, sin idea de lo que yo tenía pensado. Y si hiciéramos eso, todo concluiría con recibir yo el correspondiente castigo.

—Así, ¿aseguras que suceda lo que suceda, yo no iré a la cárcel?

—Puede estar segura.

La respuesta no produjo ninguna señal de alivio en la cara de Satoko.

—Yo quiero ir a prisión —dijo.

La tensión de Tadeshina desapareció en una abierta carcajada.

—Parece una niña pequeña. ¿Por qué dice semejante disparate?

—Me pregunto cómo vestirán las mujeres encarceladas. ¿Qué haría Kiyoo si me viera así? ¿Me seguiría amando o no? Me gustaría saberlo.

Cuando hacía esta observación, sus ojos, lejos de llenarse de lágrimas, brillaban con tan fuerte satisfacción que Tadeshina llegó a estremecerse.

Por grande que fuera la diferencia social entre las dos mujeres, no podía negarse que compartían la misma fortaleza y el mismo coraje. Tadeshina pensaba que Satoko y ella estaban unidas como el barco y la corriente. Además, las dos sentían el mismo regocijo. Eran como una bandada de pájaros huyendo ante una tormenta que se aproxima. La emoción que sentían, aunque llevaba algo de pena, de temor, de ansiedad, era diferente de todo esto, y no podía dársele ningún nombre más que regocijo.

—Bien, de todos modos, hará lo que yo le diga, ¿verdad? —inquirió Tadeshina, observando cómo las pálidas mejillas de Satoko se ruborizaban bajo el sol de otoño.

—No quiero que digas nada de esto a Kiyo —replicó Satoko—. Sobre mi situación, me refiero. En cuanto a si yo hago o no lo que tú dices, no te preocupes. Sin que nadie intervenga en ello hablaré contigo sobre todo y decidiré lo que sea mejor.

Sus palabras llevaban ya la dignidad de una princesa.

XXXVIII

Kiyoaki estaba comiendo con sus padres un día de primeros de octubre cuando se enteró de que la ceremonia de los esponsales tendría lugar en diciembre. Sus padres mostraban el más agudo interés en cuanto a la etiqueta para esta ocasión, y competían entre sí en conocimientos acerca de los antiguos ritos y observaciones cortesanas.

—El conde de Ayakura tendrá que preparar la cámara para el mayordomo del príncipe, cuando venga —observó su madre—. ¿Qué habitación crees tú que sería mejor?

—Bueno, como todos estarán de pie en la ceremonia, será adecuado un gran salón de estilo occidental. En realidad, habrá que extender alfombras en el piso del salón y en el pasillo desde la entrada, para recibir al mayordomo. Llegará en una carroza con dos ayudantes, y Ayakura tendrá que estar preparado con la carta de aceptación, escrita en papel tela, elegante, con un sobre de la misma clase de papel, con dos cintas anudadas. El mayordomo irá vestido con traje de ceremonia, y cuando Ayakura pronuncie el discurso de aceptación tendrá también que llevar uniforme de conde. Pero él es un experto en todos estos detalles y no habrá necesidad de que le digan nada. Sólo cuando el dinero constituya un problema podré servirle de ayuda.

Kiyoaki estaba profundamente afectado y pasó una noche muy mala. Imaginó oír el pesado arrastrar de cadenas por el piso, que se acercaban para encarcelar a su amada. Ahora se sentía privado de aquella energía estimulante que le había encendido cuando se concedió la sanción imperial. Entonces le había excitado la idea de que era suya la exquisita pieza de porcelana, que ahora veía cubierta de una red de gravísimas roturas. Así, en lugar del gozo inicial, sentía la tristeza del hombre que contempla la caída de su ilusión.

Pensó que mientras la fuerza de la sanción imperial había servido para arrojarles a Satoko y a él en los brazos el uno del otro, este anuncio oficial de la ceremonia de los esponsales tenía poder para apartarles, a pesar de que no era más que una continuación del primero. Le había sido fácil hacer frente a uno, pues no había tenido que hacer más que seguir sus deseos, pero ¿cómo vérselas con esta nueva fuerza? No tenía la menor idea.

Al día siguiente, haciendo uso de su método habitual de ponerse en contacto con Tadeshina, telefoneó al dueño de la pensión de oficiales y le dijo que la informara de que quería ver a Satoko lo antes posible. Como no podía esperar ninguna respuesta antes de la tarde, asistió al colegio normalmente, aunque las conferencias que oyó aquel día no causaron en él ninguna impresión. Cuando acabaron las clases y le fue posible telefonar a la posada desde un lugar cercano al colegio, el posadero le trasladó la respuesta de Tadeshina. Tal como estaba la situación, Kiyoaki debió darse cuenta de que por el momento no parecía vislumbrarse posibilidad de preparar una cita, por lo menos en diez días. Sin embargo, tan pronto como surgiera una oportunidad, Tadeshina le informaría inmediatamente. Pedía, pues, que tuviera la amabilidad de esperar.

Aquellos diez días se pasaron en una agonía de impaciencia. Creyó que estaba pagando las consecuencias de su conducta pasada, especialmente cuando había demostrado frialdad para con Satoko. El otoño se hacía cada vez más evidente. Era todavía temprano para que los arces tomaran su color, aunque las hojas de los cerezos, de un escarlata vivo, empezaban ya a caer. No estaba con ánimo para buscar la compañía de amigos, y pasaba los días en solitario. Los domingos eran especialmente difíciles, mientras miraba el estanque, cuya superficie reflejaba las nubes en movimiento. Mirando sin fijeza la distante cascada, se preguntaba por qué el agua que fluía sin cesar por sus nueve niveles nunca se acababa. ¡Qué extraño que la continuidad no se rompiera nunca! Creyó ver en ello una imagen de sus emociones.

Estaba deprimido, por una frustración que le hacía sentirse febril y frío al mismo tiempo. Era como si estuviera afligido por una enfermedad que le volvía perezoso y

pesado, pero que sin embargo le obligaba a sentirse inquieto. Paseó por la finca familiar, y entró en el sendero que llevaba por el bosque de cipreses hasta la parte posterior de la casa. Pasó junto al viejo jardinero, que arrancaba patatas silvestres.

El cielo azul se veía por entre las ramas de los cipreses, y en la frente le cayó una gota de agua de la lluvia caída el día anterior. De repente creyó haber recibido un mensaje con claridad absoluta, como si la gota de agua se clavara en sus cejas. Creyó que le rescataban de la ansiedad que había dejado atrás. Estaba esperando, y no ocurría nada. Parecía que estuviera en pie, en una encrucijada de caminos, donde sus dudas y recelos se confundían en una multitud de pisadas. Pasaron los diez días. Tadeshina mantuvo su promesa. Pero el encuentro estaba cercado de restricciones que le partían el corazón.

Satoko iría a los «Almacenes Mitsukoshi», a encargarse de los kimonos nuevos para la boda. Habría ido con ella su madre, pero como estaba en cama aquejada de un ligero resfriado la acompañaría Tadeshina. Tenían que verse en los almacenes, pero sin ser descubiertos por los empleados. Kiyooki esperaría a la entrada, junto a la estatua del león, a las tres en punto. Cuando Satoko y Tadeshina salieran, debía aparentar ignorarlas, siguiéndolas a cierta distancia. Finalmente, en un pequeño restaurante cercano, donde no era probable que les viera nadie, podía acercarse y hablar con ella poco tiempo. Mientras tanto, el hombre del *ricksha* que esperaba en la entrada principal de los «Almacenes Mitsukoshi» pensaría que todavía estaban dentro.

Salió del colegio temprano, y a las tres estaba esperando entre una multitud de compradores a la entrada de los «Almacenes Mitsukoshi», llevando un impermeable sobre el uniforme para ocultar incluso las insignias del cuello. Había metido la gorra dentro de la cartera. Satoko salió, le echó una mirada triste pero encendida, y caminó calle abajo con Tadeshina. Haciendo lo que le había sido indicado, las siguió y se sentó con ellas en un rincón del casi desierto restaurante.

Satoko y Tadeshina parecían estar enfadadas la una con la otra. Kiyooki advirtió que el maquillaje de Satoko no era tan atractivo como de ordinario, y comprendió que lo usaba para parecer sana a toda costa. Su voz, sin embargo, estaba apagada y el cabello había perdido brillo. Creyó estar contemplando una pintura excelente cuyos colores se estaban marchitando ante sus ojos. Había pasado diez días ansioso de ver, en una expectación penosa, algo que había experimentado un grave cambio.

—¿Podemos vernos esta noche? —preguntó, aunque en el mismo momento que hacía la pregunta tuvo la sensación de que la respuesta sería negativa.

—Por favor, sé razonable.

—¿Es que no lo soy?

Sus palabras eran agresivas, pero su corazón estaba vacío. Satoko inclinaba en estos momentos la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas. Tadeshina, temerosa de que los otros clientes notaran algo, sacó un pañuelo blanco y cogió a Satoko del hombro. Aquel gesto sorprendió a Kiyooki desagradablemente y la miró airado.

—¿Por qué me mira así? —replicó con palabras rudas—. ¿No comprende, joven amo, que yo estoy enloqueciendo por causa de la señorita Satoko y de usted? Ni usted, joven amo, ni la señorita Satoko comprenden mi situación. Sería mejor que las personas viejas como yo hubieran abandonado ya este mundo.

Un camarero había colocado sobre la mesa tres tazas con sopa de alubias, pero ninguno la había tocado. Su tiempo era corto. Los dos se separaron, sin más que una vaga promesa de volverse a ver dentro de diez días. Aquella noche no pudo reprimir su horrible sufrimiento mental. Se preguntaba si Satoko volvería a aceptar verse con él otra vez por la noche, y se sintió rechazado por todo el mundo. Ahora que estaba sumido en la desesperación no podía dudar de su amor por ella. Al ver sus lágrimas, durante la breve cita en el restaurante, comprendió que aquella

mujer le pertenecía totalmente. Pero que, al mismo tiempo, una mera amistad no tenía fuerzas para sostenerles.

Lo que experimentaba era la emoción auténtica. Cuando comparó éste con otros sentimientos de amor que habían ocupado su imaginación, supo que ésta era una emoción violenta y terrible. Tras una noche sin dormir, fue al colegio al día siguiente pálido y ojeroso. Honda lo notó inmediatamente y le preguntó qué le pasaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas, en respuesta a la pregunta sincera y tímida de su amigo.

—Te diré la razón: creo que Satoko no volverá a dormir conmigo.

El rostro de Honda se ruborizó.

—¿Qué quieres decir?

—Que la ceremonia de esponsales se ha convenido que tenga lugar en diciembre.

—¿Y así, ella cree que ya no podrá...?

—Eso parece, precisamente.

Honda no pudo pensar en nada que consolara a su amigo. Era una situación fuera de los límites de su experiencia, y le entristecía pensar que no tenía otra cosa que ofrecerle sino sus habituales generalizaciones. Aunque fuera inútil, tendría que remontarse a un punto ventajoso sobre el terreno de su amigo, inspeccionar la disposición general del combate, y luego elaborar un análisis psicológico.

—Aquella vez que estuvo contigo en Kamakura, ¿no dijiste que habías tenido la sensación de que un día te cansarías de ella?

—Pero eso fue sólo un instante.

—Quizás se esté comportando de esta forma porque quiere que tú la ames con más fuerza y más profundamente.

Honda había calculado mal su intento de utilizar la vanidad de Kiyooki como medio de consolarle, puesto que no tenía el menor interés por su propio atractivo, ni tampoco por el amor de Satoko para con él. Sólo le preocupaba el lugar y el momento en que los dos pudieran verse con toda la libertad que gustaran, sin pensar en ninguna otra persona. Y temía que por ahora esto sólo podría suceder en algún lugar más allá de este mundo, y cuando este mundo hubiera sido destruido. La cuestión vital no era un sentimiento, sino una circunstancia. En sus ojos cansados, desesperados y enrojecidos hubo una visión del mundo sucumbido en el caos por culpa de ellos.

—¡Ojalá hubiera un gran terremoto! Entonces, yo podría rescatarla. O una guerra, que serviría lo mismo. Si esa guerra estallara, ¿qué cosa no podría hacer yo? Pero no, lo que busco es algo que agite el país en sus cimientos.

—¿Y quién va a provocar ese gran acontecimiento? —inquirió Honda, mirándole con ojos compasivos. Sabía que un toque de desprecio era el mejor medio de fortalecer a su amigo—. ¿Por qué no lo intentas tú mismo?

Kiyooki no hizo ningún intento por ocultar su pesadumbre. Un joven obsesionado con el amor no tenía tiempo para tales cosas.

Pero había algo más en su expresión. Honda sintió un estremecimiento cuando vio el brillo de los ojos de Kiyooki. Era como si una jauría estuviera invadiendo furiosamente un recinto sagrado.

—¿Cómo voy yo a hacerlo estallar? —murmuró Kiyooki, como hablando consigo mismo—. ¿Lo conseguiría el poder, o el dinero?

Honda creyó un poco ridículo que el hijo del marqués de Matsugae hablara en estos términos.

—Bien, por lo que al poder se refiere, ¿cuáles son tus perspectivas? —preguntó fríamente.

—Haré cuanto pueda por adquirir alguno. Pero estas cosas requieren tiempo.

—Nunca ha habido la más mínima probabilidad de que el poder o el dinero fueran de utilidad. No lo has olvidado, ¿verdad? Desde el mismo principio has estado bajo el maleficio de la imposibilidad, que está fuera del alcance de la

autoridad y el dinero. Fuiste arrastrado, porque todo el asunto es imposible. ¿Estoy equivocado? Y si ahora se hiciera posible, ¿te sería de algún valor?

—Pero una vez fue posible.

—Viste una ilusión de la posibilidad. Te deslumbró el arco-iris. ¿Qué otra cosa quieres ahora?

—¿Qué otra...?

Kiyoaki tartamudeó y no pudo seguir hablando. Más allá de esta interrupción se abría un vacío inmenso, insondable para Honda. Se estremeció.

«Estas palabras que nos estamos cruzando —pensó— son como un conjunto de edificios sobre un solar, en la oscuridad de la noche. Con el cielo inmenso y estrellado sobre ellos y su terrible presión de silencio, ¿qué otra cosa pueden hacer más que mantenerse mudos?»

Los dos amigos charlaban caminando por el sendero que rodeaba el Estanque Chiarai. Una enorme variedad de objetos habían venido a parar en el sendero por entre los bosques en el otoño: montones de hojas mojadas, bellotas, castañas abiertas y medio podridas, colillas de cigarrillos. En medio de todo esto, Honda vio algo que le hizo pararse y mirar al suelo. Era una masa encogida y blanquecina. Cuando lo reconoció como el cuerpo de un pequeño topo, Kiyoaki se había parado también y se agachaba para estudiarlo en silencio bajo la luz del sol que se filtraba entre las ramas. El animal muerto estaba de espalda, y la blancura que había llamado la atención de Honda era la piel del vientre. El resto del cuerpo tenía color de terciopelo. El lodo había penetrado en las uñas diminutas, pruebas de su labor de mina. Vieron una boca puntiaguda. En ella sobresalían los dos delicados incisivos.

Los dos jóvenes se acordaron del perro negro, cuyo cuerpo muerto estuvo colgado en la finca de Matsugae, hasta ser enterrado con solemnidad funeraria. Kiyoaki cogió por la cola el topo muerto y lo colocó suavemente sobre la palma de la mano. Estaba ya casi momificado, por lo que no había en él nada desagradable. Lo que resultaba perturbador era que aquél había estado condenado a trabajar a ciegas y sin ningún propósito. El cuidado y delicadeza empleados en la formación de sus patas y sus manos diminutas eran enigmas. Kiyoaki se incorporó. El sendero pasaba allí junto al estanque, y el topillo muerto fue lanzado al agua.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Honda, frunciendo el ceño ante aquella decisión de su amigo. Comportamiento tan áspero le permitió entender de un golpe la profundidad de desolación de su amigo.

XXXIX

Pasaron siete días, ocho, sin recibir noticia alguna de Tadeshina. Después de diez días, Kiyooki telefoneó al posadero de Roppongi y se le informó que Tadeshina estaba enferma en cama. Transcurrieron más días. Luego, cuando el dueño de la pensión le dijo que seguía enferma, crecieron sus sospechas. Presa de frenética desesperación fue solo a Azabu una noche, y paseó sin rumbo por las calles cercanas a la mansión de los Ayakura. Cuando pasó bajo la luz de los faroles de gas de Toriizaka se miró las manos, y le sorprendió ver la palidez de su piel. Recordó haber oído decir que los moribundos se miran las manos constantemente. La verja de la mansión de los Ayakura estaba cerrada. La débil luz que caía sobre ella era escasamente la necesaria para leer las letras de la placa en la oscuridad. Esta casa estuvo siempre pobremente iluminada. No había ninguna posibilidad de ver una luz en la habitación de Satoko desde la calle.

Miró a las ventanas con celosías que flanqueaban la verja. Recordó cuando Satoko y él habían corrido por allí de pequeños, y se habían asustado por el olor a moho de las habitaciones deshabitadas. Suspirando por el sol del exterior habían corrido hasta las ventanas para agarrarse a los marcos de madera cubiertos de polvo. Todavía seguía allí la misma capa de polvo. A pesar de las celosías ellos podían ver los árboles frondosos. Recordaba a un hombre vendiendo plantas y semillas, y los dos, remedando su pregón: «Glorias de la mañana, berenjenas».

Había aprendido mucho en esta casa. El olor a tinta tenía recuerdos melancólicos para él. De hecho la melancolía estaba inseparablemente ligada a su personalidad. Todas las cosas bellas que el conde le había enseñado, letras copiadas en oro sobre pergaminos de púrpura, biombos con el diseño de la flor de otoño favorita en los palacios imperiales de Kyoto, debían haber provocado un apetito carnal, pero el olor a tinta y moho había quedado fijo en todo. Ahora, dentro de los muros que se le cerraban esta noche, su brillo seductor tomaba vida después de muchos años. Y esto le tenía completamente cortado. Una luz tenue apareció en el piso segundo de la casa, bien visible desde la calle. Quizás el conde y la condesa de Ayakura se iban a dormir. El conde siempre se acostaba temprano. Tal vez Satoko estuviera todavía en la cama despierta. Pero su luz no podía verse. Caminó a lo largo del muro hasta la puerta de atrás. Allí, sin pensarlo, alargó la mano para pulsar el timbre gastado y amarillento. Pero luego retrocedió. Dominado por la vergüenza y la cobardía dio media vuelta y volvió a casa.

Pasaron más días, período terrible de calma. Luego, otros más. Asistía al colegio, pero sólo como un medio de entretenerse en algo. Cuando volvía a casa no dedicaba la menor atención a los estudios. Todo lo que le rodeaba en el colegio eran recuerdos de que muchos de sus compañeros de clase, Honda entre ellos, estaban absortos en la preparación de los exámenes de ingreso en la Universidad en la primavera siguiente. Tampoco era difícil reconocer el comportamiento de los que proyectaban seguir el camino más sencillo de ingresar en colegios que no requerían ningún requisito de entrada. Estos estudiantes seguían con sus deportes favoritos. Como no tenía nada en común con ninguno de los dos bandos, Kiyooki se vio cada vez más solo. Si alguien le hablaba, a veces ni contestaba, y así sus compañeros empezaron a mostrarse hostiles con él. Un día, cuando regresaba del colegio, se encontró con Yamada, el mayordomo, que le esperaba en la entrada.

—Su excelencia vino a casa temprano y expresó deseo de jugar al billar con el joven amo. Ahora mismo le está esperando en la sala de billares —anunció Yamada.

Kiyooki sintió que le latía con fuerza el corazón, al recibir invitación tan fuera de lo normal. Es cierto que el marqués sentía a veces el capricho de tener a Kiyooki por compañero en una partida de billar, pero eso ocurría después de la cena, cuando el marqués todavía saboreaba los efectos del vino que había estado bebiendo. Si su padre estaba en tal talante a primeras horas de la tarde, debía, pensó Kiyooki, estar de un humor excepcionalmente bueno o malo. Apenas entraba nunca en la sala de billar durante el día. Empujó para abrir la pesada puerta y

entró. El sol brillaba a través de las ventanas que daban a poniente. Cuando vio el resplandor del panel de roble bajo la luz del sol tuvo la sensación de que era la primera vez que entraba en la habitación. El marqués, taco en mano, la cara casi pegada al tapete verde, estaba apuntando a la bola blanca.

—Cierra la puerta —indicó el marqués a Kiyooki, que se había parado, todavía con el uniforme del colegio. Las facciones de su padre estaban teñidas de los reflejos verdes de la mesa de billar, por lo que Kiyooki no encontró fácil examinar su expresión.

—Lee eso. Es la despedida de Tadeshina —dijo el marqués, enderezándose al fin, y usando la punta del taco para indicar un sobre que estaba en la mesita junto a la ventana.

—¿Ha muerto? —preguntó Kiyooki, sintiendo temblar la mano cuando cogía el sobre.

—No, no ha muerto. Se está recuperando. No está muerta, lo que hace mucho más desagradable todo el asunto.

El marqués parecía estar haciendo un esfuerzo por no avanzar hacia su hijo. Kiyooki vaciló.

—¡Date prisa y léelo! —por primera vez, había un filo cortante en la voz del marqués.

Desdobló la larga hoja de papel, en la que Tadeshina había escrito lo que había pensado al borde de la muerte, y empezó a leer, de pie, delante de la ventana.

«Cuando llegue el momento en que su excelencia se digne tomar paciente nota de esta carta, le suplico que piense en la Tadeshina que la escribe, como en persona que ya ha partido de este mundo. Pero antes de cortar el hilo que me une a la vida, escribo con ansiosa celeridad, tanto para confesar la gravedad de mis pecados, como para ofrecer una súplica a su excelencia desde mi cama mortuoria.

»La verdad es que se ha hecho evidente que, debido a la negligencia de Tadeshina en las obligaciones que le fueron confiadas, la señorita Satoko está encinta. Llena de terror cuando oí esto, me dediqué a persuadirla de que había que hacer algo sobre su situación, pero a pesar de mis mejores intenciones mis palabras no sirvieron de nada. Comprendiendo que el asunto se volvería crucial a medida que pasara el tiempo, acudí al conde de Ayakura por iniciativa propia, y le expliqué todo al detalle. Pero mi amo no hacía más que decir: "¿Qué voy a hacer yo? ¿Qué voy a hacer yo?", y no se dignó dar la menor señal de intentar una acción definitiva.

»Finalmente, sabiendo que cada vez sería mucho más difícil resolver este asunto, que podría convertirse en un grave problema de Estado, se hizo claro que Tadeshina, cuya deslealtad era fuente de esta tribulación, no tenía otro recurso que el sacrificarse y arrojarse en actitud de súplica a los pies de su excelencia.

»Temo que esto enojará a su excelencia, pero como el embarazo de la señorita Ayakura pudiera ser algo que llegara a calificarse como cosa a tratar entre familias, yo ruego a su excelencia que someta el caso a su graciosa sabiduría y discreción. Le pido tenga compasión de una anciana que se acerca apresuradamente a la muerte, y se digne interceder en este asunto de mi ama. Se lo pido desde la sombra de la tumba.

Humildemente suya.»

Cuando acabó de leer la carta, Kiyooki suprimió el ímpetu momentáneo de alivio cobarde de que no figurara su nombre en ella, y esperaba que su aspecto no expresara una negativa deshonesta para su padre. Sin embargo, observó que tenía los labios secos y que las sienas le latían febrilmente.

—¿La has leído ya? —preguntó el marqués—. ¿Has leído la parte que dice que solicita mi graciosa sabiduría y discreción porque es un asunto «entre familias»? A pesar de nuestros estrechos lazos con los Ayakura, sería difícil describir nada entre

nosotros como «un asunto familiar». Pero Tadeshina se ha atrevido a poner eso en el papel. Si tú puedes convertirlo en un caso propio tuyo, adelante. ¡Dilo aquí, delante del retrato de tu abuelo! Si me equivoco, pediré mil perdones. Como padre tuyo, me asisten todas las razones del mundo para no querer sacar tales conjeturas.

Su hedonista y frívolo padre jamás había sido capaz de inspirarle tanto temor, ni le había parecido jamás poseído de semejante dignidad. Golpeando irritado la palma de una mano con el taco del billar, el marqués permaneció atento, entre el retrato de su padre y el cuadro de la Batalla de Tsushima. Este enorme óleo, que mostraba la vanguardia de la flota japonesa desplegándose delante de los rusos en el mar del Japón, estaba ocupado en más de la mitad de su espacio con las oscuras olas del océano. Kiyooki estaba acostumbrado a verlo sólo de noche, y la exigua luz de la lámpara le había impedido apreciar el fino detalle de las olas, que se fundían por la noche con las sombras oscuras e irregulares que cubrían la pared. Pero ahora, de día, vio cómo el azul sombrío de las olas se remontaba en el fondo con fuerza, mientras en la distancia un verde más claro se mezclaba para dar brillo a las aguas oscuras, y aquí y allí crestas de blanca espuma coronaban las olas. Después, la estela de la escuadrilla de maniobras se abrió con suave uniformidad sobre la superficie del turbulento mar septentrional, con un impacto terrible. La línea de la flota principal japonesa, que avanzaba más lejos en el mar, iba pintada horizontalmente en el lienzo. Con sus penachos de humo, ponían un toque verde pálido en los mares de mayo.

En contraste, el retrato del abuelo de Kiyooki con ropa ceremonial estaba imbuido de calor humano, a pesar de su evidente rigidez. No parecía estar reprendiendo a Kiyooki, sino amonestándole con suavidad, dignidad y afecto. Podía confesar cualquier cosa ante un retrato así de su antepasado. Allí, delante de su abuelo, con sus pesados párpados, con sus arrugas en las mejillas, con su grueso labio inferior, tuvo la sensación jubilosa de que su indecisión se estaba curando, siquiera fuera temporalmente.

—No hay nada que yo tenga que decir. Se trata... —dijo con los ojos bajos— de mi hijo.

A pesar de la actitud amenazadora del marqués, su comportamiento era de desesperada confusión. Nunca había sido su punto fuerte el manejar tales problemas, y ahora, aunque tenía la escena preparada para una reprimenda, empezó a murmurar consigo mismo:

—Una vez no fue bastante para la vieja Tadeshina. Tenía que guardar para mí un segundo secreto. Pasó la primera vez. No era sino un travieso muchacho de la casa. Pero ahora tenía que ser nada menos que el hijo del marqués, ¡Vieja perra intrigante!

El marqués había siempre eludido los problemas más sutiles de la vida con una cordial risotada, y como ahora uno de esos problemas había suscitado su indignación se hallaba confundido. Este hombre de cara gorda y rosada difería de su padre en que era lo bastante bueno para tratar de no aparecer áspero con los demás, incluido su propio hijo. Estaba por tanto ansioso por impedir que su ira pareciera cólera a la antigua, y admitir que las fuerzas de la sin razón se iban desmoronando. Al mismo tiempo había una ventaja en aquella rabia: le hacía totalmente incapaz de reflexión.

La vacilación momentánea de su padre le dio valor. Como agua pura brotando de una hendidura en la roca, las palabras salieron de la boca del joven como lo más natural y espontáneo que jamás hubiese proferido:

—Como quiera que sea, Satoko es mía.

—¿Tuya has dicho? ¿Tuya...? ¿Cómo te atreves a hablar de esa forma? Cuando se admitió la probabilidad de que Satoko pudiera comprometerse con el príncipe Toin, ¿no traté de asegurarme de que no tenías nada que objetar? ¿No te dije que

en aquel momento todavía podían volverse atrás las cosas? ¿No te pedí que me dijeras entonces si estaban implicados en ello tus sentimientos?

El marqués trató de alternar el tono de su discurso entre el desprecio y la conciliación, pero en la furia se le frustró el intento. Moviéndose por el borde de la mesa de billar, se acercó tanto que Kiyooki vio temblarle la mano alrededor del taco que sostenía. Por primera vez, tuvo miedo.

—¿Y qué me dijiste entonces? ¿Eh? ¿Qué me dijiste? «Yo no estoy implicado lo más mínimo», fue tu respuesta. Eso tenía categoría de palabra de hombre, ¿no es cierto? Pero ahora me pregunto, ¿tú eres un hombre? Lamento haberte criado de forma tan suave, pero nunca creí que resultarías así. ¡Poner las manos en una joven prometida a un príncipe imperial, después que el mismo emperador ha sancionado el matrimonio! ¡Llegar hasta el punto de dejarla embarazada! ¡Manchar tu honor familiar! ¡Arrojar lodo en la cara de tu padre! ¿Podría haber una deslealtad, una brecha en el cariño filial, peor que esto? Si fueran tiempos pasados, yo tendría que abrirme el vientre y morir por el emperador. Te has comportado como un animal. Has hecho algo que huele a la más abyecta podredumbre. ¿Me estás oyendo? ¿Qué tienes que decirme, Kiyooki? ¿No vas a contestar? ¿Todavía vas a seguir desafiándome?

En el momento en que percibió la urgencia anhelante en las palabras de su padre, Kiyooki se echó a un lado para evitar el taco de billar, aunque no se libró de un fuerte golpe en la espalda. Un nuevo golpe le entumeció el brazo que había puesto para protección de la cabeza. Cuando buscaba la única salida, la puerta de la biblioteca, un tercer golpe fue a lastimarle el puente de la nariz. En este punto Kiyooki tropezó con un sillón, y tuvo que agarrarse al brazo para evitar una caída. Cuando la sangre empezó a brotarle de la nariz su padre detuvo el taco.

Cada golpe había provocado un grito de Kiyooki, y ahora en la puerta de la biblioteca estaban asustadas su abuela y su madre. La marquesa, temblorosa, se refugió detrás de su suegra y de su marido, que todavía empuñaba el taco, con respiración muy agitada.

—¿Qué es esto? —preguntó la abuela.

El marqués de Matsugae pareció haber notado entonces la presencia de su madre por primera vez, aunque su expresión denotaba que encontraba difícil creer que realmente estuviera allí. Mucho menos sería capaz de adivinar cómo había llegado. Con seguridad, su esposa, dándose cuenta del curso de los acontecimientos, había ido a buscarla. Que su madre estuviera fuera de su retiro no era desde luego cosa de diario.

—Kiyooki nos ha traído una desgracia. Lo entenderás si lees la despedida de Tadeshina que está sobre la mesa.

—¿Se llegó a matar Tadeshina?

—La carta llegó por correo. Luego telefoneé a casa de los Ayakura para averiguar que...

—¿Y qué es lo que averiguaste? —inquirió su madre, sentada en una silla junto a la mesita, mientras sacaba muy despacio de su *obi* el estuche de terciopelo negro que contenía las gafas que usaba para ayudar su vista deficiente. Con todo cuidado abrió el estuche.

Mientras la marquesa observaba a su suegra se dio cuenta de que ni siquiera había mirado al nieto. Era un signo de determinación de vérselas con el marqués por sí sola. Entonces se dirigió aliviada al lado de Kiyooki, que sujetaba el pañuelo con la mano en la nariz ensangrentada. La herida no parecía grave.

—¿Y qué averiguaste? —repitió la madre del marqués, al tiempo que desenrollaba el pergamino.

Su hijo sintió que algo en su interior empezaba a desmoronarse.

—Telefoneé para preguntar por Tadeshina. La cogieron a tiempo y se está recuperando. Luego el conde me preguntó en tono de sospecha que cómo estaba yo enterado de lo ocurrido. Al parecer no sabía lo de la carta. Tadeshina había

tomado una dosis excesiva de píldoras para dormir. Le dije al conde que debía evitar cualquier publicidad sobre lo sucedido. Pero como mi hijo estaba en falta, yo no podía cargar toda la culpa sobre el conde. Así, la conversación tomó un tono general. Nos hemos de reunir lo antes posible para estudiar el caso, le dije, pero... De todos modos, hay una cosa clara. A menos que sea yo quien tome una decisión, no se hará nada.

—Muy bien —repuso la anciana dama como distraída, mientras examinaba la carta.

Su vigor campesino, la frente ancha rebosante de salud, las líneas poderosas de la cara, la piel tostada por el calor solar sobre muchas generaciones, el pelo corto con un tono negro brillante, todos sus rasgos armonizaban con el decorado Victoriano de la sala de billar.

—Bueno, Kiyooki no es mencionado aquí por su nombre.

—Por favor, esta parte donde dice del asunto «entre familia». Una mirada sería suficiente para decirte que se trata de una insinuación. Pero, en todo caso, yo se lo he oído de sus propios labios. Me ha confesado que esa criatura es su hijo. En otras palabras, que está camino de hacerse bisabuela, madre, y con un bisnieto ilegítimo.

—Quizá Kiyooki esté protegiendo a alguien y su confesión sea falsa.

—Para salir de dudas, ahí le tiene, pregúntele usted misma.

Se volvió a Kiyooki y le habló afectuosamente, como si fuera un niño de cinco o seis años.

—Escucha, Kiyooki. Mírame a los ojos... Ahora. Mírame a los ojos y contesta mi pregunta. No puedes decirme mentiras. Vamos, ¿es cierto lo que ha dicho tu padre?

Kiyooki se volvió dominando el dolor que todavía le calentaba la espalda, y apretándose el pañuelo empapado de sangre sobre la nariz. Con lágrimas en los ojos e hilos de sangre pegados en el labio superior, parecía un cachorrito con el hocico mojado.

—Es cierto —repuso con tono nasal, mientras cambiaba el pañuelo ensangrentado por otro nuevo ofrecido por su madre para llevárselo a la nariz.

Su abuela pronunció luego un discurso, con eco heroico de los cascos de mil caballos galopando libremente. Un discurso cargado de elocuencia que hacía pedazos todas las sutilezas convencionales.

—¡Dejar embarazada a la prometida del príncipe imperial! ¡Es sin duda un éxito estupendo! ¿Cuántos de estos jóvenes tontos de hoy son capaces de una cosa así? No hay duda sobre ello. Kiyooki es un nieto auténtico de mi marido. No lo sentirás, aunque te encarcelen por ello. Al menos, es seguro que no llegarán a ejecutarte —dijo regocijada.

Las arrugas de la boca habían desaparecido y la cara parecía habersele encendido con una viva satisfacción, como si hubiera desterrado décadas de agobiante penumbra, dispersando de un solo golpe todo el manto de hipocresía que colgaba sobre la casa desde que el presente marqués era su dueño. No echaba la culpa a su hijo. Era como su venganza contra todos los otros, también, que la rodeaban en su anciana edad, y cuyo poder de traición percibía muy cerca de ella con intención de aplastarla. Su voz brotaba con el gozo de otra edad, la de las rebeldías. Edad olvidada por esta generación en la que el temor a la cárcel y a la muerte no contenía a nadie. Edad en la que estar amenazado de ambas cosas era el pan cotidiano. Ella pertenecía a una generación de mujeres que no había tenido reparos en lavar los platos en el río mientras pasaban flotando los cadáveres. ¡Esa era la vida! Y ahora, qué hermoso era que este nieto que parecía frustrado hubiera revivido el espíritu de aquella edad antes que ella hubiese muerto.

La anciana dama fijó la mirada en el espacio con expresión de felicidad en la cara. El marqués y la marquesa se miraban en silencio. La abuela era demasiado ruda para ser presentada como matriarca de la casa del marqués.

—Madre, ¿qué estás diciendo? —dijo el marqués, saliendo al fin de su estupor—. Esto podría significar la ruina de la casa de Matsugae, y es una terrible afrenta para todos.

—Lo que dices es muy cierto —replicó ella—, y por eso lo que se te ocurre no es castigar a Kiyooki, sino proteger la casa de Matsugae. La nación es importante, pero nosotros debemos pensar en la familia también. Después de todo no somos como los Ayakura, que han disfrutado del favor imperial durante más de veintisiete generaciones, ¿no es así? De modo que di tú lo que se debe hacer.

—Bueno, no tenemos más alternativa que seguir como si nada hubiera sucedido, hasta la ceremonia de los esponsales y el subsiguiente matrimonio.

—Todo es muy bonito y claro, pero hay que hacer algo con Satoko lo más rápidamente posible. Pero si se hace en algún lugar cercano a Tokio y llega a conocimiento de los periodistas te verás en un terrible aprieto. ¿No tienes algo más práctico que sugerir?

—Osaka será el lugar —replicó el marqués, después de pensar un momento—. El doctor Mori lo hará en honor a nosotros dentro del más riguroso secreto. Y yo veré que sea debidamente recompensado. Pero Satoko tendrá que buscar alguna razón para ir a Osaka.

—Los Ayakura tienen allí parientes. ¿Acaso no sería un pretexto perfecto enviar a Satoko a visitarles para informarles personalmente de su compromiso?

—Pero si tiene que visitar a sus parientes y éstos se dan cuenta de su estado... nuestro plan no resultaría. Pero espera, ya lo tengo. ¿Qué os parece si la llevamos al Templo de Gesshu, en Nara, para rendir sus respetos a la abadesa antes de casarse? ¿No sería esto mejor? Se trata de un templo que está siempre íntimamente unido con la familia imperial, y sería muy adecuado el prestar a la abadesa este honor. Consideradas todas las cosas resultaría perfectamente natural. La abadesa ha sentido afecto por Satoko desde que era una chiquilla. Primero va a Osaka para recibir las atenciones del doctor Mori. Luego descansa un día o dos, y después va a Nara. Esa sería la solución más acertada. Y su madre iría con ella, supongo yo...

—No precisamente su madre. No resultaría —dijo la anciana en tono severo—. La esposa del conde de Ayakura no es de esperar que sienta verdadero cariño por nuestros intereses. Alguien de aquí tiene que ir con ellos y cuidar de la chica tanto antes como después del tratamiento del doctor Mori. Y tiene que ser una mujer. Así... —meditó y luego se volvió a la madre de Kiyooki—. Tsujiko, vete tú.

—Muy bien.

—Y tendrás que tener los ojos muy abiertos en todo momento. No tienes que ir a Nara con ella. Una vez que hayas visto pasada la cosa crucial, vuelves a Tokio lo más rápidamente que puedas, para informarnos con todo detalle.

—Entiendo.

—Madre tiene razón —dijo el marqués—. Haz tal como ella dice. Yo hablaré con el conde y decidiremos el día de la partida. Hay que hacerlo todo de forma que nadie abrigue la menor sospecha de lo que se está maquinando.

Kiyooki creyó que se había convertido en una parte tachada en un texto y que su amor por Satoko estaba siendo tratado como cosa terminada. Ante sus ojos, su padre, su madre y su abuela planeaban cuidadosamente su funeral sin preocuparse lo más mínimo de que el cadáver lo estaba oyendo todo. Por un lado se sentía como un cadáver, y por otro, un niño reprendido sin nadie en quien cobijarse.

Al parecer todo se iba desarrollando bien hacia una conclusión satisfactoria, aunque la persona más interesada no tenía ningún papel en todo aquello y hasta los deseos de los propios Ayakura estaban siendo ignorados. Incluso su abuela, que un momento antes había hablado tan decididamente, ahora parecía disfrutar el placer de enfrentarse con una crisis familiar. Su carácter era esencialmente distinto del de él, con su delicadeza, y mientras ella estaba dotada de inteligencia para percibir la nobleza salvaje que había en la raíz de su comportamiento, una vez que

estaba en juego el honor familiar esta misma inteligencia la capacitaba para dejar a un lado su admiración y esconder toda sombra de problemas. Esta facultad se la debía, no al sol de verano de la Bahía de Kagoshima, sino a la instrucción heredada de su marido, el abuelo de Kiyooki.

El marqués miró a Kiyooki cara a cara por primera vez desde que le había golpeado con el taco del billar.

—A partir de ahora quedas confinado en esta casa, y tienes que cumplir tus deberes de estudiante. Todas tus energías deberán centrarse en el estudio para prepararte para los exámenes. ¿Entendido? No volveré a hablar más de este asunto. Es un momento decisivo: el que te hagas o no te hagas un hombre. En cuanto a Satoko no creo necesario decirte que no volverás a verla más.

—En los viejos tiempos, eso se llamaba arresto en el domicilio —dijo su abuela—. Si alguna vez te cansas de estudiar ven a ver a tu abuela.

Y luego le vino a la imaginación a Kiyooki que su padre estaba temeroso de lo que dijese el mundo.

El conde de Ayakura era un cobarde ante cosas como la injuria, la enfermedad o la muerte. Hubo perturbación la mañana que Tadeshina no se levantó. La nota dejada en la almohada fue llevada inmediatamente a manos de la condesa, y cuando ésta a su vez se la pasó a su marido, éste la abrió con las puntas de los dedos como si fuera portadora de gérmenes. Resultó no ser sino una sencilla nota de despedida, pidiendo perdón por los muchos defectos en su servicio al conde y la condesa, y también a Satoko, agradeciéndoles a todos su constante benevolencia. Era una nota que podía caer en manos de cualquiera sin suscitar sospechas. La condesa envió por el médico inmediatamente. El conde se contentó con recibir un informe completo de su esposa.

—Tomó más de ciento veinte píldoras de somnífero. Aún no había recuperado el conocimiento, pero el doctor me lo dijo. Válgame el Cielo... Tenía brazos y piernas como un muñeco de trapo, y el cuerpo convulso doblado como un arco. Nadie supo de dónde sacaría tanta fuerza mujer tan anciana. Pero la sujetamos entre todos, le pusieron la inyección y el doctor le lavó el estómago. Fue algo terrible, y yo procuré apartar la mirada. Al fin el doctor aseguró que se recuperaría, ¡Qué maravilloso será contar con tantos conocimientos! Antes que dijéramos una palabra, el doctor le olió el aliento y exclamó: «Vaya, olor a ajo. Ha debido tomar tabletas de Calmotín». No necesitó más tiempo para identificar el somnífero.

—¿Dijo el tiempo que tardará en recuperarse?

—Sí, me informó que tendría que descansar al menos diez días.

—Asegúrate de que no trascienda nada de esto fuera de la casa. Tendrás que advertir a las mujeres que tengan la boca cerrada, y hablaremos también con el doctor. ¿Cómo está Satoko?

—Se ha encerrado en su habitación. No quiere visitar a Tadeshina. En su situación no creo que sea bueno que visite ahora mismo a Tadeshina. No le he dicho una palabra del asunto. Probablemente no sienta deseos de ir a verla por ahora. Lo mejor será dejar a Satoko sola.

Cinco días antes, Tadeshina, al borde de la desesperación, había revelado al conde y a la condesa la noticia del embarazo de Satoko, pero en vez de enfurecerse y someterla al esperado torrente de reproches, el conde reaccionó de manera indiferente, por lo que ella decidió escribir la carta al marqués de Matsugae y tomar luego la dosis excesiva de somníferos.

Satoko había insistido en rechazar el consejo de Tadeshina. Aunque el peligro se hacía cada día más agudo, no sólo ordenó a Tadeshina que no dijera nada a nadie, sino que ni siquiera dio la menor indicación de que fuese a tomar una decisión. Y así, incapaz de aguantar más tiempo, Tadeshina había traicionado a su ama comunicando el secreto a la madre y al padre. Pero el conde y la condesa, quizá porque la noticia supuso un golpe sorprendente, no demostraron más turbación que si hubieran sido informados de que un gato corría tras uno de los polluelos del patio.

Al día siguiente, y al otro también, después de haberle hablado, acertó Tadeshina a encontrarse con el conde, pero él no dio ningún indicio de estar preocupado por el problema. De hecho, sí estaba agitado. Pero como el problema se hizo inmediatamente demasiado vasto para tratarlo por su cuenta y demasiado embarazoso para discutirlo con otros, hizo todos los esfuerzos posibles para apartarlo de su memoria.

Tanto él como su esposa habían acordado no decir nada a Satoko, hasta que estuvieran preparados para tomar alguna determinación. Satoko, sin embargo, cuyas facultades estaban en su momento más agudo, sometió a Tadeshina a un interrogatorio, y de esta forma averiguó lo que estaba sucediendo. Se encerró en su habitación, aislándose de todos, y un silencio misterioso cayó sobre la casa. Tadeshina dejó de recibir ninguna comunicación del mundo exterior, diciéndosele a la servidumbre que estaba enferma.

El conde eludió el problema, incluso con su esposa. Era plenamente consciente de la naturaleza de las circunstancias y de la necesidad de una acción inmediata, pero continuó aplazándola. Tampoco creía en un milagro.

La indolencia del conde de Ayakura tuvo una recaída. Aunque apenas podría creerse que su indecisión crónica implicara cierto escepticismo sobre el valor de una determinación concreta, no era en modo alguno escéptico en el sentido ordinario de la palabra. Aunque sumido en meditaciones desde la mañana hasta la noche, era reacio a dirigir sus inmensas reservas emocionales hacia una única conclusión. La meditación tenía mucho en común con el *kemari*, deporte tradicional de los Ayakura. Por muy alto que llegara la pelota, era obvio que volvería a la tierra en seguida. Aunque su ilustre antecesor Namba Munetate levantara gritos de admiración cuando cogía la pelota blanca, de piel de venado, y la lanzaba a tal altura que alcanzaba el techo de noventa pies de la residencia imperial, la bola volvía a caer en el jardín.

Como todas las soluciones dejaban algo que desear en cuestiones de buen gusto, era mejor esperar que otro tomara la decisión desagradable. El pie de otra persona tendría que estirarse para interceptar la pelota. Aunque fuese uno mismo quien diera la patada al balón, era muy posible que por su cuenta entrara en una trayectoria imprevisible.

El espectro de la derrota nunca se alzó delante del conde. Si no era crisis grave que la novia de un príncipe imperial, cuyo compromiso había sido sancionado ya por el emperador, llevara en su seno el retoño de otro hombre, es que el mundo no conocería jamás una crisis grave. Sin embargo, no le daría él la patada a la pelota. Ya llegaría el momento de que algún otro compitiera. El conde no era persona que aguantara mucho tiempo las preocupaciones, y como consecuencia inevitable sus preocupaciones acababan irritando a los demás.

Luego, el día después del tumulto surgido por el intento de Tadeshina de quitarse la vida, hubo una llamada telefónica del marqués de Matsugae.

* * *

Que el marqués supiera lo sucedido, a pesar de todos los esfuerzos hechos para ocultarlo, era sencillamente increíble para el conde. No le sorprendería que hubiese un espía dentro de su casa. Pero si Tadeshina había estado inconsciente durante todo el día anterior, las más verosímiles especulaciones quedaban cortadas en su base.

Habiendo oído de su esposa que Tadeshina se estaba recuperando rápidamente, que podía hablar y que hasta le estaba volviendo el apetito, el conde reunió sus reservas extremas de coraje y decidió visitar personalmente a la enferma.

—No necesitas venir conmigo. Yo iré solo. Tal vez se muestre más inclinada a decir la verdad de esa forma —dijo a su esposa.

—Pero la habitación está en un estado terrible, y si vas a visitarla sin avisar, quedará desconcertada. Mejor será que vaya yo primero a decírselo y ayudarle a estar dispuesta.

—Como deseas.

El conde tuvo que soportar una espera de dos horas. Cuando la paciente oyó la noticia de boca de la condesa empezó inmediatamente a aplicarse el maquillaje. Se le había concedido el privilegio excepcional de ocupar una habitación en la casa principal, pero su extensión no pasaba de cuatro esteras y media, y nunca entraba el sol. Cuando se extendía, la cama ocupaba casi todo el espacio. El conde nunca había estado allí hasta entonces. Le acompañó una criada hasta la habitación. En el piso se había colocado una silla para él y apartado la cama de Tadeshina. Con los codos apoyados en un montón de almohadas sobre su regazo, Tadeshina se inclinó

en reverencia al entrar su amo. Al hacerlo, la frente pareció presionar sobre las almohadas que tenía delante, pero el conde notó que en reverencia tan perfecta hubo la suficiente habilidad para mantener un leve espacio entre la frente y las almohadas. Era la preocupación por el maquillaje.

—Bien, ha pasado por un momento muy difícil —empezó el conde, después de tomar asiento—, pero lo superó y eso es lo principal. Ya no debe preocuparse.

—¡Qué indigna soy de recibir la visita de su excelencia! Estoy en un estado de auténtico temor. Jamás podré expresar adecuadamente la profunda vergüenza que siento...

Con la cabeza todavía inclinada parecía estar enjugándose los ojos con el papel de gasa que había sacado de la manga, pero al hacer esto no es que llorara sino que estaba cuidando otra vez de conservar su maquillaje.

—Según el doctor, diez días de descanso bastarán para que vuelva a estar como antes. Así que relájese y tómese un largo descanso.

—Oh, muchas gracias, excelencia. Estoy llena de vergüenza por haber fallado en mi intento de quitarme la vida.

Cuando el conde miró a aquella anciana, acurrucada bajo la ropa de cama color crisantemo, sintió el escalofrío que ataca a quien avanza por la carretera de la muerte sin saber si va a volver. Percibió el olor desagradable de la habitación, impregnando todas las cosas, incluso al armario y sus cajones. Cada vez se encontraba más inquieto. El cuidado y habilidad del maquillaje blanco, y lo ordenado del peinado de moda que ni un solo cabello quedaba fuera de lugar sólo servía para intensificar su indefinible sentido de temor.

—Realmente —dijo con la expresión más indiferente que le fue posible— quedé perplejo al recibir hoy una llamada telefónica del marqués de Matsugae. Por eso creí que podría preguntarle a usted si podía darme alguna explicación de dicha llamada.

Hay preguntas que se contestan a sí mismas tan pronto como son formuladas. Apenas habían salido de sus labios las palabras cuando le llegó la contestación con una rapidez sorprendente, justo cuando ella levantó la cabeza. El viejo maquillaje cortesano que cubría su cara era más espeso que nunca. Se había pintado los labios de un rojo brillante. No contenta con taparse las arrugas había aplicado una capa tras otra para crear una superficie suave. El conde miró furtivamente a un lado y otro antes de hablar otra vez.

—Usted escribió al marqués, ¿no es cierto?

—Sí, excelencia —contestó con voz firme—. Realmente tenía la intención de morirme y escribir rogándole hiciera lo que fuese necesario después de que yo hubiera desaparecido.

—¿Se lo dijo todo en aquella carta?

—No, señor.

—¿Quedan cosas que usted no escribió en la carta?

—Sí, excelencia, hay muchas cosas que quedaron fuera —replicó muy animada.

XLI

Aunque el conde no tenía una idea muy clara de lo que deseara esconder del marqués de Matsugae, sólo le bastó oír a Tadeshina para sentirse nervioso.

—¿Y cuáles son las cosas que usted omitió?

—¿Qué quiere decir el amo? Yo contesté a su excelencia, simplemente porque se sintió satisfecho de preguntarme si lo había dicho *todo* al marqués en mi carta. Debe haber algo en la imaginación del amo que le lleva a hacer tal pregunta.

—No es momento para hablar con enigmas. He venido aquí sin compañía porque creí que podríamos hablar con claridad y consideración a los demás. Creo que sería lo más oportuno que usted dijera claramente lo que quiere decir.

—Hay muchas cosas que no incluí en esa carta. Entre ellas, el asunto que el amo se dignó confiarme hace unos ocho años en Kitazaki. Pensaba morir con ello en mi corazón.

—¿Kitazaki?

El conde se estremeció cuando oyó este nombre, que sonó en sus oídos como algo terrible. Ahora comprendió lo que Tadeshina había estado insinuando, y su ansiedad aumentó. Se sintió arrastrado a desprenderse de todo vestigio de duda.

—¿Qué dije yo en Kitazaki?

—Era una tarde en la época de las lluvias. El amo no puede olvidarlo. El marqués Matsugae vino aquel día a hacer una de sus raras visitas, y cuando se marchaba, el humor del amo no parecía el de costumbre, y fue a la casa de Kitazaki a distraerse un poco. Aquella noche se complació en decirme algo.

El conde estaba plenamente consciente del giro de las observaciones de Tadeshina. Ella intentaba hacer caer su desamparo dentro de la responsabilidad de él. De súbito dudó que ella hubiera intentado matarse.

Sus ojos le miraban desde la cara empolvada como dos troneras dentro en los muros blancos de una fortaleza. La oscuridad detrás del muro reposaba en cosas del pasado, y desde allí podía salir una flecha contra él mientras permaneciera expuesto a la luz del exterior.

—¿Por qué saca ahora eso? Fue seguramente una broma.

—¿Lo fue realmente?

De pronto aquellos ojos se encogieron todavía más. Tuvo la sensación de que la propia oscuridad le estaba apuntando. Luego Tadeshina prosiguió:

—Pero aquella noche, en casa de Kitazaki...

¡Kitazaki, Kitazaki! Un nombre ligado con recuerdos que el conde había tratado de olvidar, y que ahora salía de los labios de aquella anciana una y otra vez. Aunque habían pasado ocho años, todos los detalles de la casa saltaban ahora a su memoria. La posada estaba al pie de una colina. Y aunque no tenía verja, ni entrada a que pudiera darse tal nombre, sí estaba rodeada por un jardín muy grande con valla de madera. El lúgubre y húmedo vestíbulo, favorecido por babosas y caracoles, estaba ocupado por cuatro o cinco pares de botas negras. Aquella noche el sonido de una canción le había saludado en la puerta principal. La guerra ruso-japonesa estaba en su cúspide, y el acuartelamiento era una fuente de ingresos segura. Ella había dado a la posada una apariencia respetable a pesar del olor a establo. Cuando le conducían a una habitación de la parte de atrás por un pasillo como sala de cuarentena, iba temeroso incluso de que su manga pudiera rozar una columna y contagiarse. Sentía una aversión profunda al sudor humano y a todo lo relacionado con él.

Aquella noche, en la época de las lluvias, hacía ocho años, el conde había sido incapaz de recobrar su compostura habitual después de acompañar a su invitado el marqués. Ese fue el momento que Tadeshina, calibrando astutamente el humor del amo, eligió para hablar.

—Kitazaki me dice que algo muy divertido se le ha presentado y que nada le gustaría más que poder ofrecérselo al amo para su regocijo. ¿No querría el amo ir allí esta noche para una pequeña distracción?

Como estaba en libertad para hacer tales cosas, «visitar a sus parientes», una vez que Satoko se hubiera ido a la cama, no había ningún obstáculo en salir y luego verse con el conde en un lugar convenido de antemano.

Kitazaki recibió al conde con extrema cortesía y le sirvió *saké*. Luego salió de la habitación para volver con un viejo pergamino que puso deferentemente sobre la mesa.

—Desde luego que hay mucho ruido aquí esta noche —dijo excusándose—. Alguien a punto de salir para el frente está dando una fiesta de despedida. Hace un calor horrible, pero quizás estuviera bien correr las persianas, excelencia.

Kitazaki quería dar a entender que al correr las persianas el estruendo que llegaba del segundo piso disminuiría. El conde asintió y ella corrió las persianas. Sin embargo la lluvia parecía sonar con mayor insistencia, como enjaulándole en la habitación. El color brillante de la puerta corrediza daba a la sala un aire sensual y palpitante, como un pergamino con textos prohibidos.

Frente al conde, Kitazaki extendió respetuosamente sus viejas manos arrugadas y desató la cuerda púrpura que ataba el pergamino. Luego empezó a desenrollarle para el conde, revelando primero la pretenciosa inscripción superior. Aquella noche hacía mucho calor. Su adormecimiento, aliviado por la brisa que regalaba a su espalda el abanico de Tadeshina, hacía sudar al conde como un cesto de humeante arroz. El *saké* había empezado a hacer sus efectos. El conde oía caer la lluvia fuera, como si le estuviera golpeando en el cráneo. El mundo exterior estaba perdido en pensamientos inocentes sobre la victoria y la guerra. En consecuencia, el conde siguió mirando al pergamino erótico. De pronto las manos de Kitazaki cruzaron el aire para atrapar a un mosquito. Se excusó al instante por el ruido, y el conde echó un veloz vistazo al diminuto punto negro del mosquito aplastado, y percibió el olor a sangre, imagen sucia que le intranquilizó. ¿Estaba él realmente tan bien protegido de todo?

* * *

Cuando levantó la vista del pergamino se sintió deprimido. El *saké*, lejos de calmarle, había aumentado sus sentimientos de aprensión y recelo. Pero hizo que Kitazaki le sirviera más, y bebió en silencio. Su mente estaba atormentada con la imagen de la mujer del pergamino y sus dedos de los pies doblados hacia dentro. Resplandecía aún ante sus ojos la blancura obscena de sus piernas pintadas.

Lo que hizo luego sólo pudo deberse al calor de aquella noche de la época de lluvias, y a su propio tedio. Catorce años antes de aquella tarde húmeda, cuando su esposa estaba embarazada de Satoko, había favorecido a Tadeshina con sus atenciones. Como entonces ella ya pasaba los cuarenta, había sido un capricho que no duró mucho tiempo. Catorce años después, con Tadeshina en los cincuenta, nunca soñó que pudiera suceder cosa parecida. De todos modos no volvería a poner los pies en el umbral de la posada de Kitazaki.

Los acontecimientos y las circunstancias, la visita del marqués, el golpe a su orgullo, la noche de lluvia, el salón aislado en la casa de Kitazaki, el *saké*, la pornografía, todo se amontonaría, en la imaginación del conde, intensificando su resentimiento y (no podía ser de otra forma) inflamándole con deseos de rebajarse a sí mismo. Esto le empujó a hacer lo que hizo. La respuesta de Tadeshina, carente de reproches, puso el sello en sus sentimientos de personal repugnancia.

—Esta mujer —pensó— es capaz de esperar catorce, veinte, cien años. Es igual para ella. Y no importa cuando oirá la voz de su amo, porque nunca estará desprevenida.

Por circunstancias que no habían sido obra suya, fue arrojado dentro de un bosque oscuro, donde el espíritu del pergamino pornográfico estaba esperándole. Además, la compostura serena de Tadeshina, su deferencia, el evidente orgullo que

tenía de sus conocimientos exhaustivos en técnica sexual, todo operaba sobre él con la misma fuerza que catorce años antes.

Quizás había habido un convenio fraudulento entre ella y Kitazaki quien había salido de la habitación y no había vuelto. Después, en la oscuridad, bajo el ruido persuasivo de la lluvia, ninguno de los dos habló. Las voces de los soldados irrumpieron una vez más, y el conde oyó con toda claridad la letra de la canción:

«Al campo de batalla,
bajo el acero y el fuego,
el destino de la nación
descansa sobre ti:
¡Adelante, bravos camaradas!
¡Adelante, Ejército Imperial!»

El conde se volvió repentinamente, niño otra vez. Sintió la necesidad de descargarse de la ira que le estaba devorando, y dio a Tadeshina una explicación detallada de algo que pertenecía a una esfera de la que estaba excluida la servidumbre.

Creía que su ira no era suya sólo, sino una emoción que absorbía la rabia de sus antepasados.

El marqués de Matsugae había hecho una visita aquel día. Satoko había pasado a la habitación para rendirle sus respetos, y él le había acariciado el cabello. Luego, quizá bajo la influencia del *saké*, había hablado delante de la niña:

—¡Qué preciosa princesita te has hecho! Cuando seas mayor, serás tan hermosa que nadie encontrará palabras para describir tu belleza. Y en cuanto a encontrar un marido apuesto, no tienes más que dejar este asunto a tu tío, sin preocuparte lo más mínimo. Si confías en tu tío completamente te proporcionará un novio, sin igual en ninguna parte del mundo. Tu padre no tendrá nada de qué preocuparse. Yo prepararé un «trousseau» de oro para ti, cuando seas novia. Será un desfile muy hermoso, tal como nunca hayan visto los Ayakura en todas sus generaciones.

La condesa había fruncido ligeramente el ceño, pero el conde se limitó a sonreír. En lugar de esto, sus antepasados habrían dado muestras de su elegancia y se habrían retirado. Pero en estos días, cuando, por ejemplo, el juego del *kemari* no era más que un recuerdo, no quedaban medios para castigar lo vulgar. Cuando hombre como éste impostor, rebosante de buena voluntad, inocente de toda intención de herir a ningún aristócrata auténtico, ofrecía sus insultos, no quedaba otra salida que reírse. Sin embargo, había un elemento ligeramente misterioso en la sonrisa de los cultos al confrontarse con la nueva generación del dinero y el poder.

El conde había permanecido en silencio después de contar a Tadeshina todo esto. Si la elegancia tenía que ser vengada, estaba pensando, ¿cómo realizarlo? ¿No había una venganza adecuada para los nobles cortesanos, como quien quema incienso en su manga abierta del vestido de corte y lo deja quemar lentamente hasta convertirlo en fina ceniza, mientras apenas se ha visto una traza de humo? Al fin, el conde se volvió a Tadeshina y dijo:

—Le voy a pedir con mucha anticipación que haga algo. Cuando Satoko crezca me temo que todo será exactamente según los deseos de Matsugae, y así él dispondrá su matrimonio. Pero cuando se haya hecho esto, antes que tenga lugar el matrimonio, quiero que usted la lleve a la cama con algún hombre que le guste. Un hombre que sepa tener la boca cerrada. No me preocupa su posición social, con tal de que ella sienta afecto por él. No tengo intención de entregar a Satoko como virgen a ningún prometido por quien yo tenga que agradecer la benevolencia de Matsugae. Así jugaré una mala pasada a Matsugae, sin que él llegue a enterarse. Pero esto no tiene que saberlo nadie, y tú me consultarás sobre el particular. Es algo que debe hacer en común como un pecado cometido por su sola iniciativa. Y

hay otro aspecto: como eres licenciada en asuntos sexuales, no estaría de más que instruyeras a Satoko en dos conocimientos fundamentales: primero, hacer creer a un hombre que está tomando una mujer virgen cuando no es así, y segundo, hacerle creer a ella que ha perdido la virginidad cuando no la ha perdido.

—No tiene que decir más, amo —replicó Tadeshina, sin revelar en su voz ningún signo de vacilación o desmayo—. Existen técnicas tan eficaces con relación a ambos puntos, que no hay peligro de suscitar sospechas, ni siquiera en los caballeros más libertinos y experimentados. Dedicaré mis esfuerzos en educar a Satoko en este sentido. Sin embargo, ¿me sería permitido preguntar lo que el marqués tiene imaginado en relación con el segundo punto?

—Para que la persona que conquiste a la novia de otro antes del matrimonio no se sienta tan jubiloso. Si él sabe que es virgen puede que resulte presuntuoso sobre su conquista, y eso hay que evitarlo. Te confío esto también.

—Todo, queda perfectamente entendido —contestó Tadeshina.

* * *

Tadeshina estaba aludiendo ahora a lo que había sucedido ocho años antes. El conde estaba demasiado sabedor de lo que ella quería decir. Pero al mismo tiempo, completamente seguro de que el significado del curso imprevisto de los acontecimientos, después que ella aceptara su encargo, no podía perderse en una mujer de la astucia de Tadeshina. El novio en perspectiva resultó ser un príncipe de la familia imperial, y, aunque el crédito se debía al marqués, un matrimonio tan afortunado como éste significaría el resurgimiento de la casa de Ayakura. En resumen, las circunstancias eran muy diferentes de las que contemplara ocho años antes, cuando dio a Tadeshina sus instrucciones. Si a pesar de todo esto ella había llevado a cabo su cometido cumpliendo escrupulosamente su antigua promesa, la razón radicaría en su propio deseo de hacerlo así. Además, el secreto se había filtrado ya hasta el marqués de Matsugae.

¿Era posible que ella hubiera dirigido sus tiros contra la casa de Matsugae con la intención de producir un desastre, que lograría la venganza que la timidez y negligencia del conde habían puesto más allá de su alcance? ¿O su venganza iba dirigida no contra los Matsugae, sino nada menos que contra el conde mismo? De cualquier forma que fuere, él estaba en posición desventajosa. No podía consentir que ella contara al marqués aquella historia de hacía ocho años.

Creyó lo mejor no decir nada. Lo hecho, hecho estaba. Y en cuanto al marqués, tenía que estar preparado para una reprimenda más o menos severa. Sin embargo, reflexionó, haría uso de su inmensa influencia para salvar la situación. Era el momento de confiar el asunto a otra persona.

Había una cosa de la que estaba del todo seguro: el estado mental de Tadeshina. Por mucho que confesara su culpabilidad, era contraria a pedir perdón por lo que había hecho. Allí estaba la anciana que había intentado quitarse la vida, indiferente al perdón de él, con el cobertor sobre los hombros, y el maquillaje blanco en la cara. Y a pesar de lo reducido de su figura, parecía en cierto modo llenar de melancolía todo el ancho mundo.

De pronto notó que la habitación tenía la misma extensión que el salón de la posada de Kitazaki. Llegaba a él el murmullo incesante de la lluvia, y aunque totalmente fuera de estación, el calor agobiante del desánimo le humedecía las mejillas como antes. Ella levantó la cara una vez más para decir algo. Sus labios secos y arrugados estaban ligeramente abiertos y húmedos, y la caverna roja de su boca brillaba bajo la luz de la bombilla eléctrica. Él podía adivinar lo que ella estaba a punto de decir. ¿No era el resultado, como ella misma había dicho, de los

acontecimientos de aquella noche, ocho años antes? ¿Y no lo había hecho para proporcionar al conde un recuerdo forzoso de lo ocurrido aquella noche, puesto que no había vuelto a mostrar por ella el menor interés?

Repentinamente sintió la necesidad de hacer esa pregunta despiadada que sólo un niño es capaz de plantear:

—Bien, afortunadamente ha salvado la vida... ¿Pero, honradamente, ha intentado usted suicidarse?

Él creyó que la pregunta la irritaría o arrancararía lágrimas, pero ella se limitó a sonreír cortésmente.

—Bueno, si el amo se hubiera dignado decirme que me suicidara, quizás había estado dispuesta a morir. Y si él lo ordenara ahora mismo yo lo intentaría una vez más. Sin embargo, a distancia de ocho años el amo puede haber olvidado una vez más lo que entonces me dijo.

XLII

Cuando el marqués de Matsugae se vio con el conde de Ayakura quedó perplejo, al ver el poco interés que el conde mostraba por el curso de los acontecimientos. Pero cuando el conde aceptó fácilmente su propuesta volvió el buen humor. El conde le dio seguridades de que todo se haría de acuerdo con sus deseos. Estaba emocionado, dijo, al oír que la marquesa en persona acompañaría a Satoko a Osaka. Y en cuanto a poder confiar en el doctor Mori, dentro de la más rigurosa confianza, era una bendición inesperada. Todo se llevaría a cabo según las instrucciones de Matsugae, y por tanto rogaba que el marqués tuviera a bien continuar sus amables esfuerzos en beneficio de los Ayakura.

Los Ayakura hicieron sólo una petición, extremadamente modesta, que el marqués no podía menos de conceder. Era que a Satoko y Kiyooki se les permitiera verse antes que ella partiera para Osaka. Naturalmente no había ningún inconveniente en permitirles quedarse solos. Pero si podían verse cara a cara un momento con sus padres cerca, esto satisfecería a los Ayakura. Y si podían conceder esta petición, los Ayakura darían todas las seguridades de que a Satoko jamás se le permitiría volver a verse con Kiyooki. La petición era de la propia Satoko, pero como explicara el conde con cierto embarazo, tanto su esposa como él creían que sería mejor concedérselo.

La circunstancia de que la marquesa acompañara a Satoko hasta Osaka podría utilizarse para dar al encuentro con Kiyooki apariencia de no estar pensado de antemano. Nada más natural que un hijo acuda a la estación para despedir a su madre, y nadie podría tener motivo para sospechar si Kiyooki cambiaba una o dos palabras con Satoko.

Convenidas así las cosas, el marqués, a sugerencia de su esposa, citó en secreto al doctor Mori en Tokio, aunque estuviese muy ocupado en Osaka. El doctor permaneció con los Matsugae una semana, antes de la partida de Satoko el 14 de noviembre, en reserva de que ella le necesitara. Si llegara un mensaje de los Ayakura, él estaría preparado para salir inmediatamente. Todas estas precauciones eran necesarias por el peligro de un aborto, que se vislumbraba de un momento a otro. Si ocurría tal cosa el doctor Mori se ocuparía de atender a la paciente, de tal forma que nadie se enterara de nada. Además, tenía que estar a mano durante el largo y peligroso viaje a Osaka, acompañándoles sin ser advertido, en otro coche.

En consecuencia, un famoso ginecólogo rendía su libertad y se ponía a disposición de los Matsugae y los Ayakura. Algo que sólo el dinero podía obtener. Y si las cosas se desarrollaban como se esperaba, el viaje a Osaka contribuiría a mantener oculta la verdad ante el mundo. ¿Quién iba a imaginar que una mujer embarazada emprendiera la aventura de un viaje en tren?

Aunque el doctor Mori vestía trajes hechos en Inglaterra, y era un auténtico modelo de caballero occidental, no dejaba de ser un hombrecillo rechoncho, con algo en su cara que hacía pensar en un empleado de oficina. Antes que examinara a sus enfermas, extendía una hoja de papel de alta calidad sobre la almohada de cada una, y luego la iba recogiendo poco a poco, práctica que resaltaba su fama. Era impecablemente cortés, y su sonrisa no decaía nunca. Tenía numerosos pacientes entre mujeres de alta sociedad. Su destreza no era superada por nadie, y su boca estaba tan apretada como una ostra.

Disfrutaba hablando del tiempo, y aparte de esto no parecía tener ningún tema de conversación capaz de despertar su interés. Sin embargo, podía sembrar confianza en sus pacientes, observando el calor terrible que hacía hoy, o que el tiempo estaba más cálido después de cada aguacero. Era experto en poesía china, y había expresado sus impresiones de Londres en veinte poemas, que había publicado bajo el título de «Poemas de Londres». Llevaba un anillo de diamantes de tres quilates, y antes de examinar a una paciente se quitaba el anillo con aparente dificultad, arrojándolo bruscamente en la mesa que tuviera más cerca. Sin

embargo, nunca se le olvidaba recogerlo. Su bigote tenía el lustre de un helecho después de la lluvia.

Era obligado en los Ayakura acompañar a Satoko a la residencia de los Toinnomiya a fin de que rindiese sus respetos antes del viaje a Osaka. Como la carroza incrementaría los riesgos, el marqués les proporcionó un automóvil. Además, el doctor Mori les acompañó disfrazado de mayordomo, sentado al lado del conductor, vistiendo un viejo traje de Yamada. Por un golpe de buena fortuna, el joven príncipe estaba de maniobras. Satoko pudo saludar a la princesa Toin, en el vestíbulo de la entrada. La peligrosa expedición se concluyó sin contratiempo alguno.

Aunque los Toinnomiya planeaban enviar un funcionario de la casa a la estación para ver partir a Satoko el 14 de noviembre, los Ayakura declinaron cortésmente este favor. Todo se iba desarrollando exactamente de acuerdo con el plan del marqués de Matsugae. Los Ayakura se encontrarían con la marquesa de Matsugae y su hijo en la estación de Shimbashi. El doctor Mori abordaría un coche de tercera clase. Como el propósito del viaje era supuestamente hacer una visita de despedida a la abadesa de Gesshu, el marqués no vaciló en reservar todo el coche, en el expreso especial que partía de Shimbashi a las nueve treinta de la mañana y llegaba a Osaka a las once horas quince minutos.

La estación de Shimbashi, diseñada por un arquitecto americano, había sido construida en 1872, comienzos de la era Meiji. Los muros eran de piedra jaspeada, procedente de las canteras de la península de Izu. En esta mañana clara y brillante de noviembre, el sol dibujaba las sombras de la cornisa sobre la superficie pétrea. La marquesa de Matsugae, tensa ante la perspectiva de un viaje del que tendría que regresar por sí misma, llegó a la estación sin apenas haber dicho una palabra en el camino, ni a Yamada, que llevaba su equipaje, ni a Kiyooki. Los tres subieron el largo tramo de escaleras que llevaba al andén.

El tren todavía no estaba formado. Los rayos del sol de la mañana iluminaban el amplio andén y las vías a ambos lados, y en el aire se agitaban visibles motas de polvo. La marquesa estaba tan preocupada por el viaje que le esperaba que lanzaba profundos suspiros.

—Todavía no les veo. Me pregunto si les habrá ocurrido algo —decía de vez en cuando sin ninguna respuesta de Yamada, aparte de un vago «Ah».

Kiyooki se dio cuenta de lo turbada que estaba su madre, pero no estando él en condiciones de aliviar su pesadumbre, prefirió mantenerse a cierta distancia. Se sentía débil, y su postura era expresión del esfuerzo que estaba haciendo para mantener el dominio de sí mismo. Parecía rígido como una estatua, de una sola pieza, carente de toda fuerza vital para sostenerse. El aire del andén era fresco, pero él se descubrió el pecho, bajo su chaquetilla de uniforme. La sombría tristeza de esperar parecía haberle helado hasta la médula.

El tren entró en la estación con dignidad, mientras el sol iluminaba la parte superior de los coches con cintas de luz. En este momento descubrió la marquesa al doctor Mori en medio de un grupo que esperaban en el andén. Sintió cierto alivio. Se había acordado que salvo alguna emergencia el doctor se mantendría ajeno y desconocido durante el viaje a Osaka.

Los tres subieron, portando Yamada el equipaje de la marquesa. Mientras ella daba a Yamada nuevas instrucciones, Kiyooki miró al andén. La condesa de Ayakura y Satoko se acercaban entre la multitud. Satoko llevaba un chal de arcoiris sobre los hombros. Cuando llegó al torrente de sol que caía en el andén, su cara apareció tan blanca como la cal.

El corazón de Kiyooki latía con fuerza, de pesar y de júbilo al mismo tiempo. Mientras la miraba, con su madre al lado, le ilusionó por un momento la idea de que era un novio esperando a su prometida. La condesa de Ayakura subió al coche, y dejando que el criado llevara el equipaje de Satoko, presentó sus excusas por llegar tarde. La madre de Kiyooki la saludó con la mayor cortesía, pero una cierta

contracción en su frente era expresión del desagrado que sentía. Satoko se tapó la boca con el chal, y se mantuvo escondida detrás de su madre. Cambió un saludo normal con Kiyooki, y luego, instada por la marquesa, se sentó en uno de los asientos de tapicería escarlata del coche.

Entonces comprendió Kiyooki por qué había llegado ella tan tarde. Habría demorado la llegada a la estación para acortar al máximo la extensión de su despedida. Bajo la luz de la mañana de noviembre, no tendrían ocasión para decirse nada. Mientras sus madres hablaban, él la contempló en silencio, y ella siguió con la cabeza inclinada, quizá preocupada por la intensidad de su pasión. Tenía Kiyooki puesto en ella todo su corazón, pero temía que como un rayo de sol demasiado poderoso quemara la leve palidez de Satoko. Las fuerzas que operaban dentro de él, la emoción que deseaba comunicar, necesitaban sutileza y gracia, y comprendió lo frágil de su pasión. Sintió algo que ya había sentido antes, y quiso pedirle perdón.

En cuanto a su cuerpo, cubierto con el kimono, sabía todo lo que había que saber y conocía de él los secretos más íntimos. Sabía dónde la carne empezaba a ruborizarse, y dónde vibraba como el ala herida de un cisne. Sabía dónde expresaba alegría, y dónde dolor. Porque lo conocía en su totalidad, aquel cuerpo parecía enviarle un resplandor secreto a través del kimono. Pero ahora había algo que no reconocía, metido en lo hondo de su corazón, que ella parecía proteger con las anchas mangas de su kimono. Algo que quería tomar vida. Su imaginación de joven con diecinueve años no podía tratar sin emoción, un fenómeno como el de la maternidad, tan íntimamente ligado con la carne y sangre que parecía totalmente metafísico.

Lo único suyo que había en Satoko y se había convertido en parte de ella iba a ser un niño. Sin embargo, esta parte le sería arrancada de su carne, volverían a separarlos otra vez. Y como él no tenía ningún medio para impedirlo no había que hacer sino aguantar y dejar correr las cosas. En cierto modo, el niño implicado era el propio Kiyooki, que todavía no disponía del poder necesario para actuar con independencia. Temblaba con la triste soledad y amarga frustración de un niño obligado a quedarse en casa como castigo por alguna travesura, mientras el resto de la familia salía al campo.

Ella alzó los ojos y miró por la ventanilla al andén. Parecía absorta en la presencia de lo que sería arrancado de ella, y por su parte, él estaba seguro de que no les quedaba ninguna esperanza. Sonó un penetrante silbido. Ella se incorporó, con un esfuerzo que le había exigido toda su fortaleza. La madre la cogió del brazo.

—El tren está a punto de partir. Tendrás que apearte —dijo Satoko, con voz que quería ser animosa, pero dejaba traslucir un estremecimiento.

Inevitablemente, siguió una precipitada conversación entre su madre y él, con las habituales amonestaciones y buenos deseos entre madre e hijo. Él pensó en la habilidad que necesitaba para mantener su falso papel en la pequeña parodia. Cuando se vio libre de su madre, volvió a la condesa y tuvo para ella las fórmulas correctas de una despedida. Luego, como cosa casual dijo a Satoko:

—Bien, cuídate ahora.

En ese momento se sintió capaz de imprimir emoción a sus palabras, y esto se reflejó en su intento de extender la mano y ponérsela sobre el hombro. Pero su brazo pareció de pronto atacado de parálisis, porque su mirada se había encontrado con la de ella en plena intensidad.

Sus ojos grandes y bellos estaban humedecidos por las lágrimas, del todo diferentes de las que él había estado temiendo hasta entonces. Eran como algo vivo que estaba siendo cortado en pedazos. Los ojos de Satoko tenían la terrible mirada de la persona que se está ahogando, y él no podía soportarlo. Sus pestañas largas y bonitas se extendían como una planta en flor.

—Cuídate también, Kiyoo. Adiós... —dijo sin respiración.

Él huyó del tren como un perseguido. En aquel momento, el jefe de estación, con su corta espada en el cinturón de su uniforme con cinco botones negros, levantó la mano para dar la señal. Una vez más sonó el silbato. Sin que la intimidara la presencia de Yamada, pronunció el nombre amado una y otra vez. La fila de vagones tuvo un estremecimiento, y luego, como una hebra de hilo que se desenrolla lentamente del carrete, el tren empezó a moverse. En breves momentos, ni Satoko ni las dos madres volvieron a verse. La estela de humo sobre el andén eran testimonio de la potencia del tren. Su olor irritante llenaba la oscuridad que había dejado detrás.

XLIII

Una mañana, después de dos días en Osaka, la marquesa de Matsugae salió de la posada donde se alojaba y fue a la oficina de correos más próxima para enviar un telegrama personal. Su esposo le había dado instrucciones muy severas para que no delegara esta misión en nadie. Como era la primera vez en su vida que entraba en una oficina de correos, quedó totalmente confundida. En su confusión acertó a recordar una princesa recientemente fallecida, que teniendo la seguridad de que el dinero era cosa sucia se pasó la vida sin jamás poner la mano en una moneda. De bueno o mal grado, envió un telegrama, disimulado con las palabras acordadas con su marido: «Visita realizada felizmente».

Sintió correrle por el cuerpo una sensación de alivio, como si se hubiera quitado de los hombros una pesada carga. Regresó a la posada para pagar la cuenta y luego se dirigió a la estación de Osaka, donde esperaba la condesa de Ayakura, para despedirla en su viaje solitario de vuelta a Tokio. A fin de rendirle sus respetos, la condesa se había ausentado momentáneamente de la cama de Satoko en el hospital. Satoko había ingresado en la clínica particular del doctor Mori con un nombre falso, de conformidad con la insistencia del médico en la necesidad de un descanso completo durante dos o tres días. La condesa había estado con ella constantemente, pero Satoko no había dicho una palabra desde la operación, actitud que apenaba profundamente a la condesa.

Como la estancia en el hospital fue prescrita sólo como medida de precaución, cuando el doctor Mori autorizó la salida ella estaba en condiciones de moverse de un lado para otro, gozando de una salud perfecta. Ahora, con la desaparición de los mareos matutinos debía sentirse más jovial tanto física como mentalmente, pero sin embargo seguía obstinada en su silencio. Según el plan organizado, debían ir al Templo de Gesshu, para que Satoko hiciera una visita de despedida a la abadesa. Permanecería allí una noche, para regresar a Tokio a la mañana siguiente.

El 18 de noviembre, tomaron un tren de la línea Sakurai, en la estación de Obitoké. Era una maravillosa tarde de otoño, y a pesar de la inquietud que le producía el silencio de su hija la condesa se sentía más tranquila. Como no había querido provocar trastornos a las ancianas monjas, no había comunicado al convento la fecha de su llegada. Aunque había pedido a un empleado de la estación que les buscara dos *ricksha*, no había ninguna señal de ellas en la estación. Mientras esperaban, la condesa, que sentía curiosidad por explorar lugares no familiares, dio un paseo por las proximidades tranquilas de la estación, dejando a su hija con sus reflexiones en la sala de espera de primera clase. Al salir se encontró con un anuncio para los visitantes al templo cercano de Obitoké.

«TEMPLO DE OBITOKÉ DEL MONTE KOYASU

»Aquí se reverencia al Bodhisattva Obitoké Koyasu Jizo. Es el lugar más antiguo y santificado del Japón, de especial devoción para obtener para los niños un nacimiento feliz. En él oraron los emperadores Mantoku y Seiwa y la emperatriz Somedono.»

Pensó que este anuncio había escapado a la atención de Satoko. Para aminorar la posibilidad de que su hija lo viera tendría que hacer que el *ricksha* entrara hasta el andén de la estación y allí montara su hija. Le parecía que aquellas palabras eran como gotas de sangre bajo un cielo de noviembre tan brillante. La estación de Obitoké tenía un pozo al lado, y unos muros blancos bajo el tejado. Enfrente había una casa antigua rodeada de un muro, con un gran almacén detrás. Aunque el

almacén blanco y el muro sucio hacían reflejarse la brillante luz del sol, un silencio misterioso llenaba la escena. La superficie de la carretera era gris, con restos de escarcha que hacían difícil caminar. Llamó su atención algo amarillo que destacaba en la distancia. Estaba en la entrada de un pequeño puente que cruzaba la línea del ferrocarril, en un lugar donde las filas de altos y desnudos árboles que bordeaban la vía tocaban a su fin. Se recogió las faldas y se encaminó en aquella dirección. La entrada del puente había sido adornada con macetas de crisantemos, al amparo de un sauce que se alzaba junto al sendero que conducía al puente. Aunque servía su propósito, era muy sencillo, hecho de madera. Algunas colchas de colores colgaban de las barandillas del puente, absorbiendo el sol y agitándose graciosamente con la brisa. En el patio de una casa cercana había pañales secándose, y toda una cuerda cargada de ropa asegurada con pinzas. No se veía a nadie por ninguna parte. Más lejos, bajando por la carretera, vio los dos *rickshas*, que venían en su dirección. Se apresuró a volver a la estación para avisar a Satoko.

* * *

Como el tiempo era tan agradable hizo que los hombres bajaran las capotas de los *ricksha*. Dejaron la población y avanzaron algún tiempo por un camino bordeado de arrozales. Si se miraba atentamente a las montañas podía verse el Templo de Gesshu en el mismo corazón de ellas. Más adelante la carretera estaba bordeada de árboles cuyas ramas, vacías de casi todas sus hojas, estaban cargadas de fruto. Los arrozales tenían un aire festivo, engalanados por todas partes con un laberinto de ruedas de secado. La condesa, en el primer *ricksha*, se volvía de vez en cuando para mirar a su hija. Satoko había doblado el chal y lo llevaba sobre el regazo. Cuando la madre se dio cuenta de que la hija estaba mirando a su alrededor como si estuviera disfrutando del paisaje se sintió aliviada.

Al entrar la carretera en las montañas el paso de los hombres que llevaban los *ricksha* disminuyó notablemente. Personas mayores, sus piernas ya no eran lo que habían sido en otros tiempos. Sin embargo, no había razón para darse prisa. Por el contrario, pensó la condesa, tanto ella como su hija Satoko eran afortunadas al tener la ocasión de contemplar serenamente el paisaje. Se estaban aproximando a la valla de piedra de Gesshu. Una vez que la pasaron, el panorama quedó limitado al propio camino suavemente inclinado, una ancha extensión de cielo azul pálido oscurecido parcialmente por la hierba alta que crecía a lo largo del camino, y una cadena de bajas montañas que se alzaba a alguna distancia. Los hombres de los *ricksha* se pararon al fin para tomar un descanso, y mientras hablaban y se enjugaban el sudor, la condesa levantó la voz para llamar a Satoko:

—Será mejor que mires bien el panorama desde aquí al convento. Personas como yo pueden venir aquí en cualquier tiempo, pero tú en cambio pronto estarás en una situación que no te permitirá hacer salidas fácilmente.

Su hija no contestó, pero le dirigió una sonrisa y asintió con un ligero movimiento de cabeza. Los *ricksha* se pusieron de nuevo en movimiento, y como el camino seguía ascendiendo tuvieron que disminuir el paso aún más. Sin embargo, después que entraron en terrenos del convento los árboles a ambos lados aminoraron el calor.

En los oídos de la condesa quedó un eco débil del zumbido de los insectos que habían estado rondando su cara mientras tomaban su descanso los hombres del *ricksha*. Pero luego los frutales habían empezado a aparecer por el lado izquierdo del camino llamando su atención y encantándola con sus frutos. Algunos proyectaban sombras como dibujos mágicos. Un árbol estaba cargado de frutas

redondas que a diferencia de las flores resistían el viento. Sólo se movían las hojas secas.

—Me pregunto por qué no se ven arces —gritó a Satoko, sin obtener respuesta alguna.

Los matorrales clásicos escaseaban en aquel camino. Había poco que llamara la atención, fuera de los verdes campos de rábanos por el oeste y los bambúes por el este. Los campos de rábanos estaban cubiertos de una espesa capa de hojas, que filtraban la luz solar. Plantas de té separaban la carretera de un pantano. Este seto estaba cubierto de enredaderas, y más allá aparecían las aguas tranquilas de otro lago mayor. Un poco más lejos la carretera se oscurecía bajo la sombra de unos cedros. El sol se filtraba hasta debajo de los árboles, y un tronco, alto y aislado, destellaba con una intensidad singular.

Se notó de pronto frío en el aire. Volviéndose hacia el *rickscha* que iba detrás, dijo por señas a Satoko que se echara el chal sobre los hombros. Aunque abrigaba pocas esperanzas de obtener una respuesta, cuando volvió a mirar unos minutos después comprobó que el chal de Satoko ondeaba con la brisa. Aunque su hija no mostrara ningún deseo de hablar, la condesa pudo consolarse con su obediencia. Una vez que los *rickscha* cruzaron la verja pintada de negro, el paisaje tomó el aspecto más formal de un jardín, como era de esperar en los alrededores inmediatos de un convento. Las hojas del arce, las primeras que había visto en todo el camino, hicieron suspirar a la condesa.

No había nada especial en los colores de estos arces. Sin embargo, aquel escarlata en plena montaña parecía hablar a la condesa de pecados no purgados jamás. Súbitamente se apoderó de ella un frío estremecimiento de ansiedad por Satoko. La cortina de pinos y cedros que formaban el fondo donde lucían los arces no era lo bastante tupida para cerrar la amplia visión del firmamento, cuyo resplandor pasaba entre ellos alcanzando a los arces y cambiando sus hojas rojas en nubes iluminadas por el sol de la mañana. Cuando miró al cielo desde debajo de las ramas admiró la forma delicada con que estaban tejidas las hojas unas con otras, e imaginó que contemplaba los cielos a través de una finísima tela escarlata. Finalmente los *rickscha* se detuvieron, y la condesa y Satoko se apearon delante de una verja, detrás de la cual había una calle pavimentada con piedras, y al final la entrada del convento de Gesshu.

XLIV

Había pasado un año desde que Satoko y su madre presentaron sus respetos a la abadesa con ocasión de su viaje a Tokio, y ahora, mientras esperaban en un gran salón, la monja les aseguró que su reverencia se había alegrado mucho con esta visita. Todavía estaba hablando cuando entró la abadesa, llevada de la mano por una monja joven.

Después que la condesa comunicó la noticia del compromiso de Satoko, su reverencia la felicitó diciendo:

—La próxima vez que tengas la amabilidad de honrarnos con una visita no podrás alojarte en cualquier parte, sino en el pabellón.

El pabellón era una villa dentro de los terrenos del convento, reservada para los miembros de la familia imperial. Ahora que estaba en Gesshu ya no era fácil para Satoko seguir con su silencio, y contestaba, aunque brevemente, siempre que se le hacía alguna pregunta. Su recogimiento habría podido ser tomado por timidez. La abadesa, naturalmente, siendo mujer de discreción, no dio señal de haber notado nada extraño.

—El hombre de la aldea que los cultiva nos trae algunos todos los años —dijo la abadesa, en respuesta a los elogios de la condesa por las macetas de crisantemos que formaban filas en el patio—. Nos da verdaderas conferencias sobre estas plantas. —Luego hizo que la monja repitiera las explicaciones del hombre entusiasta de los crisantemos: este era color carmesí de una sola hoja; este, amarillo con flores tubulares, y así sucesivamente.

Por fin su reverencia condujo a Satoko y a su madre hasta el salón.

—Nuestros arces parecen retrasados este año —dijo después que la monja abriera la puerta para revelar la belleza del jardín interior, con sus montañas simuladas y su hierba marchita.

En él había varios arces enormes coronados de rojo, pero abajo, las ramas inferiores tomaban un color naranja, que daba paso al amarillo y que finalmente se fundía con un verde claro. El rojo de la copa era muy oscuro, con un tono que recordaba la sangre coagulada. Los *sasanquas* habían empezado a florecer. Y en un rincón del jardín, la curva suave de una rama de mirto añadía un toque de belleza al conjunto.

Regresaron al salón, y mientras su reverencia y la condesa se entretenían en cortés conversación, el día de otoño fue tocando a su fin. La cena fue de día festivo, con arroz y alubias verdes, reservadas para las fiestas. Las dos monjas hicieron cuanto pudieron para animar la compañía, y quitar peso al talante de la velada.

—Este es el día de avivar el fuego, en el palacio imperial —dijo la abadesa.

Se trataba de una ceremonia cortesana que consistía en el avivamiento de una enorme llama en un *hibachi*, mientras una dama, delante de él, recitaba un conjuro. La monja, que lo había presenciado durante sus años de servicio en palacio, lo sabía de memoria. Era un ritual antiguo, que tenía lugar en presencia del emperador todos los 18 de noviembre. Después de encender una llama en el *hibachi* y hacerla subir casi hasta el techo, una dama de la corte, vestida con blancas ropas ceremoniales, iniciaba el canto con las palabras: «¡Arriba! ¡Arriba! ¡Que se avive la llama sagrada! Si son de tu agrado estas mandarinas y estos *manju...*» Las mandarinas y una especie de pudín eran sometidos al fuego, y luego se le ofrecían al emperador.

Podía pensarse que el restablecimiento por la monja de observancia tan solemne estaba rayando en lo sacrílego, pero la abadesa comprendía que la única intención de la anciana era proporcionar un regocijo muy necesitado, y así no tuvo ni una palabra de advertencia. La noche llegaba temprano en Gesshu. A las cinco de la tarde, ya estaba echado el cerrojo en la verja principal. Poco después de la cena las monjas se retiraron a sus domicilios, y la condesa y su hija fueron a sus habitaciones. Estarían en el convento hasta la media tarde del día siguiente, con tiempo para una tranquila despedida. Luego subirían al tren de la noche que partía para Tokio.

La condesa tuvo intención de reprender a Satoko, una vez que estuvieran solas, por haber dejado que la tristeza afectara a sus modales educados durante el día. Pero después de reflexionar sobre su estado mental tras la experiencia de Osaka, decidió no hacerlo y se acostó sin decir una palabra a su hija. A pesar de la prolongada oscuridad de la noche, el papel de la puerta corrediza no perdía su brillo blanco y melancólico en el salón de invitados de Gesshu. Era como si el aire helado de la noche fría de noviembre penetrara la fina blancura del papel. La condesa podía fácilmente distinguir los tipos de papel y las nubes blancas que adornaban las puertas. Arriba, en dirección del techo oscuro, rosetas de metal de seis crisantemos disimulaban las clavijas, acentuando la oscuridad alrededor de ellas. Fuera no había viento, y ni siquiera se oía el leve ruido de la brisa en los pinos. Sin embargo, todos eran conscientes de la proximidad del bosque y la montaña.

La condesa se dejaba dominar por una sensación de alivio. Cualquiera que hubiese sido el costo, su hija y ella habían llevado a cabo fielmente la penosa tarea que les había correspondido, y ahora todo parecía tranquilo y sereno. Por eso, a pesar de que su hija se estaba moviendo junto a ella, pronto se quedó dormida. Cuando abrió los ojos, Satoko ya no estaba a su lado. Alargando la mano en la oscuridad precursora del alba encontró la bata de dormir de su hija primorosamente doblaba encima de la colcha. La inquietud se apoderó de ella, pero pensó que tal vez habría ido al lavabo, y decidió no hacer nada. Aunque trataba de esperar tranquila, sentía una presión en el pecho que la obligó a levantarse para estar segura. El lavabo estaba vacío. No había señal de nadie por allí. El cielo aparecía teñido con un azul incierto. Fue entonces cuando oyó que algo se movía en la cocina. Unos momentos después, una doncella del servicio, de las que se levantaban a primera hora, asustada con la aparición súbita de la condesa se echó de rodillas.

—¿Has visto a Satoko? —preguntó, pero la doncella, aterrada, no podía más que mover la cabeza.

Sin embargo, mientras la condesa recorría los pasillos del convento en franca desesperación, acertó a encontrarse con una monja joven, que quedó perpleja con la noticia y empezó inmediatamente a colaborar en la búsqueda. Al final de un pasillo, el resplandor vacilante de las velas llegaba de la sala principal de oración. Apenas parecía verosímil que una monja estuviera ya en sus devociones en tales horas de la mañana. Dos velas encendidas iluminaban la imagen de Buda, ante la cual Satoko estaba sentada. La condesa no la reconoció de momento. Satoko se había cortado el pelo, había colocado las trenzas cortadas en la bandeja de ofrecimiento, y con las cuentas en la mano estaba sumida en oración. La primera reacción de su madre fue de alivio al encontrar a su hija con vida. Se dio cuenta de que hasta ese momento había estado segura de que Satoko estaba muerta.

—Veo que te has cortado el pelo —exclamó al abrazarla.

—Sí, madre. Ya no se puede remediar —contestó Satoko, mirando a su madre directamente a los ojos. Las llamas pequeñas y vacilantes de las velas revoloteaban en sus pupilas, pero el blanco de sus ojos conservaba el brillo del amanecer. Nunca había visto la condesa una entrada de día tan terrible como la que vio reflejada ahora como en un espejo en la mirada de su hija. Ese mismo brillo, más fuerte a cada minuto, resplandecía en cada una de las cuentas de cristal del cordón que

sujetaba entre sus dedos. Como una fuerza de voluntad intensa, la luz del alba parecía querer romper cada uno de los cristales fríos. La monja se dio prisa a comunicar la noticia a su superiora. Y luego, completado su informe, se retiró. La condesa de Ayakura y su hija fueron conducidas a presencia de la abadesa.

—Su reverencia, ¿se ha levantado ya? —llamó desde fuera.

—Sí.

—Le ruego que nos perdone.

La monja abrió la puerta y encontró a la abadesa sentada sobre su colchón. La condesa empezó a hablar con emoción evidente.

—Lo que ha sucedido, su reverencia, es que Satoko se ha cortado el cabello en la capilla.

La abadesa intentó asimilar el cambio experimentado en Satoko. Pero sus facciones no revelaron ningún signo de sorpresa.

—Bien, bien. Me estaba preguntando si las cosas no resultarían así —dijo.

Tras una pausa, como si le acabara de asaltar un nuevo pensamiento, pasó a decir que como las cosas parecían complicadas había creído mejor que la condesa fuese tan amable de dejar a su hija sola con ella, a fin de que las dos pudieran tener una conversación de corazón a corazón. La condesa y la monja accedieron y se retiraron. La monja, a solas con la condesa de Ayakura, hizo cuanto pudo por agasajarla, pero la condesa estaba tan turbada que no pudo tomar bocado en el desayuno. La monja imaginaba los motivos de aquella tristeza y era incapaz de pensar en ningún tema de conversación. Pasó largo tiempo antes que llegara una llamada de las habitaciones de la abadesa. Y allí, en presencia de Satoko, la abadesa informó a la condesa de una noticia de grandísima importancia: como no había la menor duda de la sinceridad del deseo de Satoko de renunciar al mundo, el Templo de Gesshu la recibiría como novicia.

Durante la mayor parte de la mañana, la imaginación de la condesa estuvo totalmente implicada en idear medidas capaces de cambiar aquella decisión. No podía dudar de la firmeza de la voluntad de Satoko. Se requerirían meses, incluso medio año, para que el cabello de su hija volviera a la normalidad, pero si lograra disuadirla, estos meses podían explicarse como un período de convalecencia a causa de alguna enfermedad adquirida durante el viaje, y de esta forma obtener un aplazamiento de la ceremonia de los esponsales. En el intervalo entrarían en juego sobre ella el poder persuasivo de su padre y del marqués de Matsugae, y quizá cambiara de pensamiento. Oyendo las palabras de la abadesa, su determinación se afianzó todavía más. El proceso ordinario, cuando se es aceptada como novicia, es un año previo de rigurosa disciplina ascética, antes de recibir la tonsura y celebrar la ceremonia formal de ingreso. En el caso de que Satoko pudiera ser persuadida con suficiente antelación, la condesa tenía planes maravillosos: si los acontecimientos tomaban rápidamente un giro favorable, Satoko podría ir a la ceremonia de los esponsales felizmente, con la ayuda de una peluca cuidadosamente preparada. La condesa de Ayakura llegó a esta conclusión: por el momento su única salida era dejar a Satoko y regresar a Tokio lo más rápidamente posible, para elaborar un plan de acción.

—Estimo los sentimientos expresados por su reverencia —dijo en respuesta—. Sin embargo, no sólo se trata de algo surgido repentinamente en un viaje, sino también es un asunto que lleva consigo perturbaciones para la familia imperial. Por lo tanto, creo que lo mejor sería suplicar de su indulgencia mi regreso temporal a Tokio, para consultar con mi marido antes de volver aquí. Y mientras tanto, confiaré a Satoko a sus cuidados.

Satoko oyó las palabras de su madre sin mostrar la menor emoción. La condesa tenía miedo de hablar a su hija.

XLV

Al regreso de su esposa, cuando el conde de Ayakura se enteró de este hecho asombroso, dejó pasar toda una semana sin decir nada, demora que provocaría la ira del marqués de Matsugae. La casa de los Matsugae descansaba segura en el supuesto de que Satoko había regresado ya a Tokio, y que de esto se había informado cumplidamente a la familia del príncipe Toin. Un error de esta clase era algo fuera de propósito para el marqués de Matsugae, pero una vez que su esposa regresara de Osaka y dijo que sus planes meticulosos habían sido llevados a cabo sin el menor desliz, la satisfacción ocupaba el primer lugar y se sentía seguro.

La abstracción del conde de Ayakura persistía. Para él, sólo una mente vulgar estaría dispuesta a reconocer la posibilidad de una catástrofe. Creía que ir dejando pasar el tiempo era mucho más beneficioso que confrontar las catástrofes. Por precipitado que pareciera el futuro, sabía por el juego del *kemari* que la bola debe bajar siempre. No había razón para consternarse. La pesadumbre y la rabia, junto con otras reacciones apasionadas, eran errores fácilmente cometidos por gente sin refinamientos. Y el conde no era ciertamente un hombre así.

Lo mejor, dejar las cosas a su aire. Mejor era aceptar cada gota de miel que daba el tiempo, que rendirse a la vulgaridad de una decisión. Por grave que fuese el asunto entre manos, si se le descuidaba por un largo tiempo, ese descuido mismo empezaría a afectar a la situación, y alguien surgiría como aliado. Tal era la versión de la política del conde de Ayakura.

Una vez de vuelta al lado de su marido, la condesa se sintió cada día menos afectada por la ansiedad que la había oprimido en Gesshu. En tales circunstancias hubo la suerte de que Tadeshina estuviese fuera, e incapaz por tanto de actuar con una de sus embestidas impulsivas. El conde había tenido la amabilidad de enviarla a pasar una convalecencia agradable en los tibios baños de Yugawara.

Sin embargo, pasada una semana hubo una llamada telefónica del marqués de Matsugae, y el conde de Ayakura no pudo mantener el secreto más tiempo. El marqués quedó temporalmente mudo cuando supo que en realidad Satoko no había regresado, y sintió la inquietud de las grandes premoniciones.

El marqués y su esposa no perdieron tiempo en hacer una visita a los Ayakura. Al principio el conde respondía con respuestas vagas, y luego, cuando salió la verdad a la luz, el marqués se puso tan furioso que dio un golpe en la mesa con el puño.

* * *

Y así sucedió que este salón arreglado para única habitación de estilo occidental de la mansión, se convirtió en el escenario para la primera confrontación de las dos parejas, despojadas de todo refinamiento. Las mujeres evitaban mirarse, y cada una de ellas, de vez en cuando, dirigía una mirada furtiva a su correspondiente marido. Aunque los dos hombres se enfrentaban uno a otro, el conde de Ayakura tendía a inclinar la cabeza. Sus manos, descansando sobre la mesa, eran pequeñas y blancas, como las de una muñeca. En contraste, a pesar de su debilidad esencial, las facciones ásperas del marqués podían haber servido de máscara *Noth* del diablo enfurecido, con las cejas ferozmente retorcidas.

La furia del marqués lo avasalló todo durante algún tiempo. Pero incluso mientras daba salida al enfurecimiento, empezó a sentirse perplejo sobre su propia estimación. Después de todo, su posición en este asunto estaba a salvo desde el principio al final. Apenas podía haber encontrado un antagonista más débil y digno de lástima que el que ahora tenía delante. El color del conde no era sano. Mientras estaba sentado allí en silencio, se reflejaba en su cara una expresión, en parte de dolor, en parte de desmayo, que parecía esculpirle en marfil. Los párpados recalcan la proyección profunda de unos ojos habitualmente deprimidos, así como su melancolía. El marqués tenía la sensación, y no era la primera vez, de que aquellos ojos eran de mujer.

La reticencia del conde de Ayakura, su forma de hundirse en la silla, indicaban con toda claridad la graciosa elegancia de la tradición antigua, que no aparecía en ninguna parte de la ascendencia del marqués. Tenía algo del plumaje manchado de un pájaro muerto, ser que había cantado maravillosamente, pero cuya carne era insípida y por tanto incomedible.

—¡Es del todo increíble que haya sucedido una cosa tan positivamente desdichada! ¿Qué excusas podremos ofrecer al emperador, a toda la nación? — clamaba el marqués, atento sólo a que su cólera se extendiera en una corriente de sílabas rotundas, pero consciente de que la línea que lo apoyaba podía romperse en cualquier minuto. La cólera era inútil contra el conde, quien no conocía la lógica ni sentía la más remota inclinación a iniciar ninguna acción. Lo que todavía era peor, el marqués se fue dando cuenta de que cuanto más se enfurecía mayor era la fuerza con que su pasión se volvía implacable contra sí mismo.

No podía creer que el conde hubiera planeado aquel resultado desde el principio. Pero sin embargo veía con dolorosa claridad que el conde había utilizado su negligencia para forjar una posición ante los acontecimientos, cuya responsabilidad vendría a descargar no en sí mismo, sino en su aliado.

Después de todo, fue el marqués quien pidió al conde que diera una educación y crianza a su hijo que le despertara sentido de la elegancia. Indudablemente eran los deseos de la carne de Kiyoaki los que habían acarreado esta desgracia, y uno podía perfectamente argüir que esto era consecuencia del veneno sutil que había empezado a infectar su espíritu desde su llegada a casa de los Ayakura siendo niño. Por supuesto, instigador de todo esto no era otro que el propio marqués. Además, en esta reciente evolución de la crisis el marqués había insistido en enviar a Satoko a Osaka, sin pensar que podría ocurrir algo como lo ocurrido. En consecuencia, todo conspiraba a volver la fuerza de la cólera del marqués contra sí mismo.

Finalmente, gastado por el esfuerzo y abatido por la creciente ansiedad, el marqués contuvo la lengua. El silencio se prolongó y se hizo más profundo, hasta parecer como si los cuatro se hubieran reunido en esta habitación para meditar en grupo. Del patio de la casa llegaba el cloquear de las gallinas. Cada vez que el viento del invierno soplaba entre los árboles, las agujas de los pinos se movían. No se oía ningún ruido de actividad humana en parte alguna de la casa, y el silencio parecía pesar sobre la atmósfera del locutorio. La condesa rompió el silencio:

—Fue mi negligencia la causa de todo esto. No hay forma con que yo me pueda excusar ante usted suficientemente, marqués de Matsugae. Sin embargo, tal como están las cosas, ¿no sería mejor un intento de hacer cambiar de opinión a Satoko lo antes posible, y dejar que se celebre la ceremonia de los esponsales, como está planeado desde el principio?

—¿Pero qué haremos con su cabello? —fue la inmediata réplica del marqués.

—Bueno, en cuanto a eso, si nos movemos con celeridad y mandamos que le preparen una peluca el público no lo advertirá durante algún tiempo...

—¡Una peluca! —exclamó el marqués, interrumpiendo antes que la condesa terminara, con una nota de júbilo estremecido en su voz—. Yo nunca pensé en semejante cosa.

—Sí, desde luego —dijo su esposa, conviniendo con él—. Nosotros nunca pensamos en semejante solución.

A partir de entonces, mientras los otros se contagiaban del entusiasmo del marqués, la peluca fue todo sobre lo que hablaron. Por primera vez se oyeron risas en el salón, cuando los cuatro competían en insistir en esta idea brillante. Sin embargo, no todos pusieron el mismo grado de fe en la idea de la condesa. El conde no confiaba demasiado en su eficacia. El marqués tal vez compartiera aquel escepticismo, pero era capaz de fingir que lo creía. Y el mismo conde quería beneficiarse.

—Aunque el joven príncipe sospeche algo del cabello de Satoko —dijo el marqués, bajando la voz a un susurro mientras reía—, no cabe duda de que no va a decidirse a tocarlo.

Una atmósfera de cordialidad invadió la sala a pesar de lo frágil de la ficción. Nadie pensaba en el alma de Satoko. Era sólo su cabello lo que importaba al interés nacional.

El padre del marqués había consagrado todas sus fuerzas y pasión a la restauración imperial. Su mortificación habría sido amarga si hubiera sabido que la gloria que él había ganado para el nombre de su familia iba a depender un día de la peluca de una mujer. Esta maniobra sombría era el dolor de la casa de los Matsugae. Mucho más que de los Ayakura. Pero el actual marqués, en lugar de dejar las decepciones refinadas a los Ayakura, que se habían criado para esas cosas, se había fascinado, y así la casa de Matsugae se veía forzada a compartir una carga desacostumbrada.

La verdad de todo era que la peluca sólo existía de momento en su imaginación y eran totalmente desconocidas las intenciones de Satoko. Sin embargo, una vez que consiguieran colocarle la peluca podrían reconstruir el cuadro con las piezas revueltas del rompecabezas. Todo parecía por tanto depender de una peluca, y el marqués se entregó al proyecto con entusiasmo.

Cada uno de los cuatro reunidos contribuyó sinceramente a la elección de una peluca artificial inexistente. Satoko tendría que llevar una peluca larga y lisa para la ceremonia de los esponsales. En cambio para diario sería necesaria otra de estilo occidental. Y como no habría aviso previo si alguien podía verla, no podría quitársela ni cuando se bañara. Cada uno empezó a usar su imaginación para preparar esta peluca con la que habían decidido coronarla. Cada uno de los cuatro sabía muy bien que no sería cosa fácil y que bajo la peluca habría una cara marcada con la infelicidad. Pero no querían reflexionar mucho sobre este aspecto del problema.

—Esta vez le agradecería muchísimo que usted mismo, conde, fuera allí para impresionar a su hija sobre la firme decisión que tiene usted tomada. Condesa, lamento que tenga usted que tomarse la molestia de un segundo viaje, pero yo arreglaré las cosas para que mi esposa vuelva a acompañarla. Por supuesto, también yo iría, sin embargo... —aquí, el marqués, que era muy sensible a las apariencias, tartamudeó ligeramente—, si yo fuera, comprendan ustedes, sin duda daría lugar a que la gente sospechara. Por tanto me quedaré aquí. Me gustaría el viaje dentro del mayor secreto posible. En lo que concierne a la ausencia de mi esposa, correremos la noticia de que está enferma, y mientras tanto, aquí en Tokio, permítanme que yo mire en distintos sitios para contratar al mejor artesano, que nos hará la más bonita peluca. Si algún periodista lograra meter la nariz en esto tendríamos una delicada situación. Pero les pido que dejen este asunto de mi cuenta.

XLVI

Kiyooki quedó sorprendido al ver a su madre haciendo preparativos para un segundo viaje. Ella se negó a decirle el destino y el propósito, pidiéndole que no mencionara nada de esto fuera de casa. Tuvo la sensación de que algo alarmante se estaba tramando, y que lo que fuere tenía que ver con Satoko. Con la vigilancia continua de Yamada, no encontraba forma de averiguar más.

Cuando llegaron al Templo de Gesshu, los Ayakura y la marquesa de Matsugae se encontraron con un imprevisto espantoso: Satoko había recibido ya la tonsura.

* * *

Las circunstancias que la llevaron tan rápidamente a renunciar al mundo fueron como sigue. Cuando la abadesa oyó aquella primera mañana toda la historia de boca de la propia Satoko, comprendió al instante que debía permitir a la joven hacerse monja. Sutilmente consciente de cada una de sus predecesoras en Gesshu, había sido princesa imperial, se sentía obligada a reverenciar al emperador por encima de todas las demás cosas. Llegó a la decisión de permitir el ingreso de Satoko, aunque esto llevara consigo un posible alejamiento temporal de la gracia imperial. Dadas las circunstancias no había otra forma de ser fiel a su lealtad para con el emperador. Había una conspiración contra él, y ella no podía consentir que siguiera adelante. No era persona que apoyara una falta de lealtad, por sutil que fuera la astucia de que fuese disfrazada.

Por consiguiente, la siempre tan discreta y gentil abadesa de Gesshu adoptó su resolución, decidida a no ceder ni a la fuerza de la autoridad ni a las amenazas. Aunque todo el mundo se dispusiera contra ella, y se viere forzada a ignorar un decreto imperial, persistiría en lo que tenía que hacer, silencioso devoto de la persona sagrada de su majestad.

Aquella resolución surtió un efecto muy profundo en Satoko, quien estaba decidida a volver la espalda al mundo. No había esperado que la abadesa accediera tan fácilmente a su petición. Había orado y pedido luz al Señor Buda, y la abadesa había descubierto inmediatamente la firmeza de la vocación de aquella muchacha.

Aunque era habitual que las novicias pasaran un año de disciplina ascética antes del ingreso formal como monja, tanto Satoko como la abadesa creyeron que en las circunstancias actuales tal período podía ser suprimido. Pero la abadesa no podía desconsiderar a los Ayakura hasta el punto de permitirle a Satoko tomar la tonsura antes que la condesa regresara de Tokio. Además, estaba la cuestión de Kiyooki. ¿No sería acertado, pensó, permitir que Satoko y él celebraran una larga despedida antes del sacrificio?

Satoko apenas podía resistir ninguna demora. Iba a ver todos los días a la abadesa, como el niño que importuna a la madre para que le dé dulces, a suplicarle que le permitiera tomar la tonsura. Finalmente la abadesa se encontró preparada para acceder.

—Si te permito tomar la tonsura —advirtió a Satoko— jamás se te volverá a permitir ver a Kiyooki. ¿No te inquieta esto?

—No.

—Bien, una vez que tomes la decisión de no volverle a ver más en este mundo, con lo que das un paso adelante en tu iniciación, cualquier arrepentimiento o pesadumbre posterior sería más amargo.

—No tendré pesadumbre. En este mundo jamás volveré a poner los ojos en él. En cuanto a la despedida, ya hemos tenido suficientes. Así que, por favor...

Hablaba con voz firme y clara.

—Muy bien. Entonces, mañana por la mañana, estaré presente en la ceremonia de la tonsura —replicó la abadesa, permitiendo un día más de gracia.

La condesa de Ayakura no regresó en el intervalo.

Desde aquella misma mañana en Gesshu, Satoko se había introducido, por propia voluntad, en la rutina disciplinaria de la vida conventual. La característica distintiva del budismo *Hosso* estaba en poner mayor énfasis en el cultivo de la mente que en la práctica de devociones sólo religiosas. El templo de Gesshu, además, estaba tradicionalmente consagrado a la oración por el bienestar de la nación, y no tenía feligreses propios. Algunas veces observaba la abadesa «con suave humor» que la «Gracia de las Lágrimas» nunca se encontraría en el budismo *Hosso*, con lo que subrayaba el contraste con el más reciente culto del budismo *Tierra Pura*, con su dedicación especial a las oraciones de gratitud.

En el budismo *Mahayana* en general no había preceptos concretos. Con frecuencia se sacaban de otras partes los preceptos de la vida monástica del budismo *Hinayana*. En conventos tales como el de Gesshu, sin embargo, eran regla «Los Preceptos de un Bodhisattva», contenidos en el *Brahamajala Sutra*. Sus cuarenta y ocho prohibiciones empezaban con diez mandatos principales, contra pecados tales como quitarse la vida, robar, excesos de cualquier clase, mentir, y concluía con una amonestación contra ofensas a las enseñanzas budistas.

Todavía más severo que cualquier mandamiento era la formación monástica. En el breve tiempo que llevaba en Gesshu, Satoko había aprendido ya de memoria el «Sutra de Corazón Iluminado» y los «Treinta Versos» exponiendo la doctrina de *Yuishiki*. Todas las mañanas se levantaba temprano para barrer y quitar el polvo de la sala de adoración, antes que la abadesa llegara para practicar sus devociones de la mañana, en el curso de las cuales tenía ella una oportunidad de practicar el cántico de los *sutras*. Ya no era tratada como invitada, y la monja a quien la abadesa había puesto a cargo de ella era una mujer muy severa.

La mañana de la ceremonia de iniciación realizó cuidadosamente las abluciones prescritas, antes de ponerse las ropas negras de monja. En la sala de adoración se sentó con su rosario de cuentas alrededor de las manos, unidas delante de ella. Después que la propia abadesa cogió la navaja de afeitar iniciando la tonsura, la monja encargada de Satoko continuó la ceremonia. Y mientras le afeitaba la cabeza con mano muy hábil, la abadesa comenzó el cántico de la «Sutra del Corazón Iluminado», acompañada de una monja joven.

«Cuando hubo terminado los trabajos de la perfección,
Los cinco Agregados del Ser Vivo se hicieron como
Cosas vacías ante los ojos del Bohdisattva Kannon,
Y separado de ella estaba el yugo del sufrimiento humano.»

Satoko se unió también al canto, con los ojos cerrados. Y al hacerlo, su cuerpo se hizo como un barco que va liberándose gradualmente de su cargamento, y libre de anclas es arrastrado por el oleaje. Siguió con los ojos cerrados. La sala principal tenía el frío penetrante de una casa de hielo. Flotando en libertad, se imaginaba una inmensa extensión de puro hielo enfriando todo el mundo que la rodeaba. De repente le llegó del jardín algo como un grito, y el supuesto hielo se abrió con la rapidez de un relámpago. Pero casi en seguida el hielo se hizo otra vez compacto. Ella sentía la navaja haciendo su trabajo con cuidado escrupuloso sobre su cráneo.

Algunas veces la imaginaba como el roer de los diminutos incisivos de un ratón, y otras, el raer de los molares de un caballo o una vaca.

A medida que iba cayendo, mechón tras mechón, sentía que el cráneo empezaba a acusar un frío totalmente nuevo para ella. La navaja estaba cortando el cabello que la había atado al mundo durante un tiempo asfixiante y pesado con su penosa carga de deseos. Pero su cráneo estaba quedando limpio para un reino de pureza, cuya frescura nunca había sido violada por mano de ningún hombre. A medida que se extendía la zona afeitada empezó a sentir que su piel tomaba cada vez más vida, como si se estuviera derramando sobre ella una fresca solución de mentol.

Imaginaba que así sería el frío en la superficie de la Luna directamente expuesta a la inmensidad del Universo. El mundo que ella conocía se estaba desmoronando en cada mechón de pelo que caía, y cada vez se sentía más lejos de él.

En un sentido, parecía que su cabello estuviera siendo segado en tiempo de cosecha. Los mechones de pelo negro recién cortados se amontonaban en el suelo alrededor de ella. Pero era una cosecha sin valor, pues en el instante que aquellos puñados negros y lozanos dejaban de ser suyos la belleza de su vida se iba con ellos, dejándole sólo un recuerdo. Algo que en otros tiempos había sido parte íntima suya, elemento estético de su ser, era arrojado ahora implacablemente. Los lazos que la unían al mundo estaban ahora siendo cortados con la irrevocabilidad de la amputación de un miembro del cuerpo.

Cuando al fin el cráneo quedó brillante con resplandor azulado, la abadesa se dirigió a ella dulcemente:

—La renuncia más grave es la que viene después de la renuncia formal. Tengo la mayor confianza en tu actual resolución. Desde este día en adelante, si buscas purificar tu corazón con la austeridad de nuestra vida, no tengo la menor duda de que te convertirás en la gloria de nuestras hermanas.

* * *

Así se llevó a cabo la prematura iniciación de Satoko. Sin embargo, ni la condesa de Ayakura ni la marquesa de Matsugae estaban dispuestas a ceder. Después de todo, quedaba la peluca, arma potente mantenida todavía en reserva.

XLVII

Sólo el conde de Ayakura entre los tres visitantes mantuvo una apariencia de afabilidad desde el principio hasta el fin. Entretuvo a la abadesa y a Satoko con una conversación casual y tranquila sobre el mundo en general, y en ningún momento dejó entrever la más ligera indicación de desear que Satoko cambiara de pensamiento.

A diario llegaba un telegrama del marqués de Matsugae exigiendo un informe de la situación. Finalmente la condesa se abatió y lloró, suplicante ante su hija, pero no consiguió nada. Al tercer día de su llegada, la condesa y la marquesa partieron para Tokio, poniendo toda su confianza y esperanzas en el conde, que quedaba en Gesshu. La tensión había causado tales estragos en la condesa, que se metió en la cama tan pronto como llegó a su casa.

En cuanto al conde, pasó una semana en Gesshu sin hacer absolutamente nada. Tenía miedo de regresar a Tokio. Como no había hecho el menor intento para persuadir a Satoko de regresar a la vida secular, la abadesa bajó la guardia y dio al padre y a la hija la oportunidad de estar solos. Sin embargo, una monja les vigilaba a distancia.

Los dos se sentaron uno frente al otro en silencio, en un mirador donde llegaba algo del sol del invierno. Más allá de las ramas secas de los árboles, algunas nubes desparramadas resaltaban el azul del cielo. Un doral contestaba tímidamente a un mirlo. Pasaban sentados largo tiempo sin hablar una palabra. Finalmente el conde de Ayakura habló con una sonrisa insinuada.

—A partir de ahora no podré alternar mucho en sociedad, por causa tuya.

—Te ruego que seas bueno y me perdones —contestó Satoko con gran serenidad, sin la menor señal de emoción.

—Vaya, veo que tienes en este jardín toda clase de pájaros —dijo después de unos momentos.

—Sí, tenemos toda clase de pájaros.

—Di un corto paseo esta mañana. Cuando las frutas están maduras parece que los pájaros las hubieran picoteado ya. Me da la impresión de que no hay nadie que cuide la fruta.

—Sí, eso es exactamente lo que sucede.

—Creo que tendremos nieve —añadió, sin obtener respuesta.

Los dos, padre e hija, siguieron sentados en silencio, contemplando el jardín. A la mañana siguiente, el conde de Ayakura abandonó Gesshu. Y cuando se encontró con el marqués de Matsugae en Tokio, tras haber fracasado en su misión, descubrió que el marqués no estaba enfadado. Era ya el 4 de diciembre. Faltaba sólo una semana para la ceremonia de los esponsales. El marqués llamó en seguida al superintendente general de la policía metropolitana. Su plan consistía en acudir a la policía para sacar a Satoko del convento, por la fuerza.

El superintendente general envió una orden confidencial a la policía de Nara. Como se trataba de poner pie en un convento cuya abadesa era tradicionalmente una princesa imperial, la policía de Nara tuvo miedo de incurrir en la ira del Ministerio de la Casa Imperial. Mientras el templo estuviera recibiendo ayuda de los fondos imperiales, aunque sólo fueran mil yens al año, la más ligera violación de su autonomía sería algo para dar que pensar. Por tanto, el propio superintendente general fue a Nara en privado, acompañado de un subordinado de confianza, vestidos de paisano. La abadesa no dio la menor señal de alarma cuando la monja le entregó la tarjeta.

Después de pasar una hora con la abadesa y tras tomar una taza de té, tuvo que retirarse, rindiéndose ante la fuerza de su dignidad. El marqués había jugado la última carta que tenía en la mano, y llegado al entendimiento de que no quedaba qué hacer sino pedir a los Toinnomiya que aceptaran la retirada de Satoko del matrimonio. En las últimas semanas, el príncipe Toin había enviado un funcionario a los Ayakura varias veces, y estaba preocupado por tan extraño comportamiento.

El marqués citó al conde en su casa y le dijo que no les quedaba otra alternativa que aceptar la situación. Luego perfiló la estrategia a seguir. Se presentarían a los Toinnomiya con un certificado firmado por un médico de reputación testificando que Satoko había sido víctima de una durísima crisis nerviosa. La responsabilidad compartida de mantener este secreto podía unir a los Toinnomiya con los Ayakura y los Matsugae en confianza total, lo que tal vez paliara la ira del príncipe. En cuanto al público en general, todo lo que había que hacer era extender el rumor de que los Toinnomiya habían dado una explicación cortés, en el sentido de que el compromiso había sido cancelado y que Satoko había vuelto la espalda al mundo ingresando en un convento. Como resultado de esta inversión de causa y efecto, los Toinnomiya, aunque obligados, en cierto modo, a hacer el papel de villanos, mantendrían incólumes, sin embargo, el nombre y el prestigio. Y los Ayakura, aunque incurrirían en cierta vergüenza se beneficiarían de la simpatía general.

Era evidente que nunca daría resultado dejar que las cosas se escaparan de la mano. Si eso sucediera, se acumularía excesiva simpatía en favor de los Ayakura, y los Toinnomiya, enfrentados con el alboroto de una hostilidad injustificada, se verían obligados a clarificar las cosas, y por tanto sería imperativo conocer un certificado médico real y verdadero de Satoko. Era esencial ofrecer una versión, sobre todo a los periodistas, sin concretar demasiadas causas y efectos de la ruptura del compromiso por los Toinnomiya y la profesión de monja de Satoko. Debían ser presentados como acontecimientos separados, pero habría que invertir la secuencia cronológica. Los reporteros, por supuesto, apenas quedarían satisfechos con semejante explicación. En este caso sería necesario dejarles ver cierta insinuación de que en efecto existía una causa, pero las familias implicadas exigían el compromiso de no revelarla.

Tan pronto como obtuvo la aprobación de este plan por el conde de Ayakura, el marqués llamó al doctor Ozu, director de la Clínica Mental de Ozu, y le requirió para que acudiera a la residencia de los Matsugae para llevar a cabo un reconocimiento en el más riguroso secreto. La clínica gozaba de excelente reputación en cuanto a proteger el secreto de sus pacientes eminentes, cuando surgían emergencias de esta clase. El doctor Ozu tardó mucho tiempo en llegar, sin embargo, y en el intervalo el marqués ya no pudo ocultar por más tiempo su irritación al conde, quien se vio obligado a esperar al doctor con él. Pero como hubiera sido del todo inadecuado en tales circunstancias enviar un coche desde la residencia de Matsugae, al marqués no le quedaba otra cosa que esperar.

Cuando llegó el doctor, fue llevado a un pequeño locutorio del segundo piso, donde ardía un espléndido fuego en la chimenea. El marqués se presentó a sí mismo y al conde, y ofreció al doctor un cigarro puro.

—¿Y dónde le gustaría a usted que examinara al paciente? —preguntó el doctor Ozu. El marqués y el conde cambiaron una mirada.

—Bueno —replicó el marqués—, la verdad del asunto es que el paciente no está aquí en este momento.

Tan pronto como supo que se le pedía que firmara un certificado médico sobre un paciente a quien nunca había visto, el médico enrojeció de rabia. Lo que le provocó más fue la expresión que estaba seguro haber captado en los ojos del marqués, de que estaba convencido de que conseguiría aquella firma.

—¿A qué se debe esta petición absurda? —demandó—. ¿Acaso me consideran ustedes uno de sus médicos de sociedad, que pueden comprarse?

—Créame, doctor —replicó el marqués—. En modo alguno le hemos confundido con ningún caballero de esa clase. —Sacó el cigarro puro de la boca y empezó a pasear por la estancia. Luego, mirando al doctor y notando cómo sus mejillas brillaban con la luz de la chimenea, se dirigió a él en tono solemne y grave—: En cuanto al certificado médico, se trata de algo esencial para la tranquilidad de su sagrada majestad.

* * *

Cuando el marqués tuvo el documento firmado pidió una reunión urgente con el príncipe Toin y a la noche siguiente fue a su residencia.

Afortunadamente, el joven príncipe estaba otra vez de maniobras con su regimiento. Como el marqués había pedido específicamente una audiencia con el príncipe Haruhisa, la princesa no estaba al lado de su esposo cuando éste saludó al marqués.

El príncipe parecía de un talante jovial, instando a su invitado a tomar una copa de vino francés, pasando a hablar luego de distintos temas, sin olvidar declarar una vez más lo magnífico que había resultado el festival del cerezo la primavera anterior. Hacía algún tiempo que no tenían la oportunidad de hablar así los dos, y el marqués volvió a recordar las experiencias que compartieron durante los Juegos Olímpicos de París, en 1900, y después pasó a distraer al príncipe con una variedad de anécdotas sobre el cabaret, bien recordado por ambos, así como la famosa fuente del champán. Parecía que ninguno de los dos tuviera la menor preocupación.

No obstante, el marqués sabía muy bien que bajo aquella compostura digna del príncipe, de hecho estaba esperando con ansiedad y recelo oír lo que tuviera que decirle. El príncipe no había pronunciado una sola palabra acerca de la ceremonia de los esponsales, sólo ya a pocos días de distancia. Como la luz del sol sobre una arboleda, la luz de la bombilla sobre el bigote gris revelaba una expresión fugaz de inquietud, que de vez en cuando aparecía en la boca.

—Pues bien, por lo que respecta a mi presencia aquí esta noche... —dijo el marqués, bordeando el tópico en un tono deliberadamente frívolo, ágil como el pájaro que se lanza rápido sobre su nido, después de haber volado alrededor algún

tiempo con negligente descuido—. Tengo la desagradable misión de informar de cierta noticia desafortunada que no es fácil de expresar. La hija de Ayakura ha perdido la razón.

—¿Qué? —los ojos del príncipe se abrieron exageradamente tras la noticia.

—Ayakura, siendo la persona que es, lo ha mantenido completamente en secreto. Sin ni siquiera consultar conmigo, ingresó a Satoko en un convento, con la esperanza de evitar un escándalo, y no ha sido capaz de reunir suficiente coraje para informar a su alteza de lo ocurrido.

—Pero esto es increíble. ¿Cómo ha esperado hasta ahora?

El príncipe apretó firmemente los labios, y las guías del bigote se le hundieron. Miró fijamente unos instantes a las punteras de los zapatos que brillaban con la luz proyectada desde la chimenea.

—Este es un certificado médico firmado por el doctor Ozu. Realmente, como usted ve, está fechado hace un mes, pero Ayakura no me lo había enseñado hasta ahora. Todo esto se debe a mi descuido y no encuentro palabras para expresar mi pesadumbre...

—Si está enferma, está enferma. No puede remediarse. Pero, ¿por qué no me lo comunicó antes? Se explica el viaje a Kansai. Ahora que lo menciono: cuando estuvieron aquí para rendir sus respetos antes de partir, ella no tenía muy buen color y la princesa Toin quedó preocupada por ello.

—Su mente empezó a fallar desde septiembre último, y según dicen, estuvo haciendo toda clase de cosas extrañas, hasta que por fin llegó a mi conocimiento tal novedad.

—Bien, así se encuentra la situación. Nada puede hacerse sobre el particular —afirmó el príncipe—. Iré a palacio mañana temprano para expresar mis excusas al emperador. No sé cómo lo tomará su majestad. Me dejará este certificado, ¿verdad? Tendré que mostrárselo.

La exquisita educación del príncipe Toin se puso de manifiesto, al no decir una sola palabra sobre el joven príncipe Harunori. En cuanto al marqués, mantuvo durante toda la entrevista sus astutos ojos fijos en cada cambio de expresión en la cara del príncipe. En ésta pudo ver subir oscuras olas amenazadoras, para luego caer, y volver a subir de nuevo. Y después de examinar este proceso durante algún tiempo sintió calmada su propia ansiedad. El momento de mayor peligro había pasado.

El príncipe llamó a su esposa, y después de discutir hasta bien entrada la noche el mejor plan a seguir, el marqués de Matsugae se despidió.

* * *

A la mañana siguiente el príncipe Harunori regresó de las maniobras, justo en el embarazoso momento en que su padre se disponía a dirigirse al palacio imperial. El príncipe Toin tomó a su hijo aparte y le informó de lo sucedido. No hubo emoción en aquella cara joven y serena al responder que se comportaría enteramente de acuerdo con los deseos de su padre en este asunto. El joven no mostró ningún signo de perturbación por el curso de los acontecimientos.

Como estaba cansado, tras una noche entera de maniobras, se fue a dormir tan pronto como vio salir a su padre. Su madre, sin embargo, segura de que no sería capaz de dormirse después de aquella noticia, acudió a su habitación.

Cuando levantó los ojos hacia su madre ésta se dio cuenta de que los tenía ligeramente enrojecidos, quizá por falta de sueño, pero su expresión era firme como siempre.

—Así que fue anoche cuando el marqués nos trajo la noticia.

—Sí, justamente anoche.

—Mira, madre, acabo de recordar algo que tuvo lugar hace mucho tiempo, cuando yo era teniente en palacio. Creo que te lo dije entonces, ¿no? Pues bien, iba

yo a celebrar una audiencia con el emperador cuando acerté a encontrarme con el mariscal Yamagata en el pasillo. Nunca lo olvidaré, madre. El mariscal acababa de salir de una audiencia, creo yo. Como de costumbre, llevaba abrigo de uniforme con amplias solapas, la visera de la gorra le caía sobre los ojos, y andaba con las manos en los bolsillos como si no le importara nadie. Se dirigía hacia mí por el pasillo, con la espada casi arrastrándole. Yo le di al instante paso con respeto, me cuadré y le dirigí el saludo militar. Él me echó una mirada rápida con aquellos ojos que nunca sonreían. Seguramente, madre, el mariscal Yamagata me conoció. Pero agachó la cabeza y siguió por el pasillo, sin ni siquiera devolverme el saludo. ¿Te imaginas, madre, por qué me he acordado de este hecho ahora?

* * *

Un artículo, en el periódico del día siguiente, informaba al público que todos se verían privados de las fiestas que habían sido anunciadas con tanto regocijo. No habría ceremonia de esponsales. El compromiso estaba cancelado, «debido a especiales circunstancias en la familia de su majestad imperial el príncipe Harunori». Y así, Kiyooki, a quien no se le había informado acerca de los últimos acontecimientos, se enteró de lo ocurrido.

XLVIII

Después de darse a conocer la ruptura del compromiso, la familia vigilaba a Kiyooki aún más estrechamente, y el mayordomo Yamada estaba encargado de acompañarle a la escuela. Sus compañeros de clase, que no tenían ninguna sospecha de cuáles fueran las circunstancias, no sabían a qué atribuir tal solicitud, sólo ordinaria con los más jóvenes muchachos del primer grado. Además, sus padres no volvieron a cambiar una sola palabra sobre el asunto en su presencia, y todos los demás de la casa se comportaban delante de él como si nada hubiera sucedido.

La sociedad sin embargo estaba recelosa. Kiyooki se sorprendió al descubrir que incluso los hijos de las familias más prestigiosas estaban tan a oscuras con relación a este acontecimiento, que algunos de ellos fueron a preguntarle qué opinaba sobre el particular.

—Todo el mundo es muy comprensivo con los Ayakura, pero ¿sabes lo que pienso? —dijo un estudiante—. Yo creo que esto va a influir en la reverencia del pueblo por la familia imperial. ¿No anda diciendo todo el mundo que esa señorita ha perdido el juicio? Pero, ¿por qué se ha revelado la noticia ahora?

Mientras Kiyooki buscaba la mejor contestación, Honda, que estaba de pie junto a él, entró en la brecha:

—Cuando uno está enfermo no hay forma de saberlo hasta que aparecen los síntomas definitivos, ¿no es así? ¿Por qué no dejáis de chismorrear como colegialas?

Pero este recurso a la masculinidad carecía de efectividad. Para empezar, la familia de Honda no tenía razones para calificarle a él como persona al tanto del asunto. Para calificar a una persona como enterada del asunto tenía que decir algo así como «ella es mi prima», o incluso «es hija de la querida de un tío mío». Es decir, tener acceso a información de entre bastidores. En el colegio, muchachos de quince o dieciséis años eran capaces de decir con todo aplomo que «el ministro del Interior ha tenido un fuerte dolor de cabeza, y anoche llamó a mi padre para contárselo», o «todo el mundo dice que el ministro del Interior está en cama con un fuerte resfriado, pero la verdad es que acudía a una audiencia imperial, tropezó al caerse de su carroza y se hizo daño en un tobillo».

Extrañamente, la reserva habitual de Kiyooki había operado en favor suyo en este asunto, pues aparte de Honda ninguno de sus compañeros de clase tenía la menor idea de sus relaciones con Satoko, ni conocía nadie el papel del marqués de Matsugae en todo ello. Sin embargo, un hijo de la antigua nobleza cortesana, emparentado con los Ayakura, insistía vehementemente en que no era posible que una chica tan hermosa y dotada como Satoko hubiera perdido la cabeza, pero lo único que consiguió fue miradas despectivas de sus compañeros de clase, quienes veían en él una persona deseosa de defender a su propia familia.

Todas estas cosas molestaban a Kiyooki. No obstante, jamás hizo la menor observación en defensa de Satoko. Aquella agonía era el tormento del cobarde.

Siempre que surgía entre sus compañeros este tema y se oía el nombre de Satoko, se ponía a mirar por la ventana del aula como si estuviera absorto en la contemplación de las montañas lejanas, ahora bajo la influencia del invierno, resplandecientes de blancura sus faldas nevadas. Se imaginaba a Satoko remota e inaccesible. No pronunciaría una sola palabra en su defensa. La verdad distante y dolorosa era visible sólo para Kiyooki, y le golpeaba en el corazón. Aceptando la imputación de locura, Satoko se había absuelto a sí misma. Pero, ¿qué decir de él?

Había momentos en que deseaba gritar con toda la fuerza de su voz su culpabilidad. Pero entonces el terrible sacrificio de ella sería en vano. ¿Valdría la pena el coraje de anularlo con el fin de tranquilizar su conciencia? ¿O el verdadero valor exigía que él soportara en silencio como un virtual prisionero? Era todo demasiado complejo para él. Pero continuar así, sometido a la voluntad de sus padres y a la de toda la casa, era persistir en una actitud que cada vez resultaba más complicada.

En otros tiempos, la pereza y la melancolía habían sido los elementos intrínsecos de la vida, tal como él quería que ésta fuese. ¿Cómo había perdido su capacidad de no desesperar nunca? ¿Se había perdido como el paraguas olvidado en casa de alguien? Ahora necesitaba en qué esperar, si quería soportar la pereza y la melancolía. Y como no había nada, ni remotamente, que le alentara en su situación, empezó a labrarse una esperanza nueva.

«El rumor sobre su demencia es tan increíble, que ni siquiera merece la pena discutirlo —pensaba—; desde luego, yo no lo creo. ¿Entonces, por qué no puede ser verdad que su huida del mundo para hacerse monja sea sólo una estratagema? Tal vez haya montado esta comedia audaz para ganar tiempo y librarse de este matrimonio. En otras palabras, por mí. Si esto es verdad, debemos guardar un silencio perfecto, aunque nos separe tan gran distancia. Eso explica que no me haya escrito una sola carta. ¿Qué otra cosa podría significar su silencio?»

Si Kiyooki hubiera entendido verdaderamente su carácter, habría sabido inmediatamente que aquella ficción que imaginaba era algo imposible. Después de todo, ¿no era la imagen de una Satoko dominante una ilusión creada por él partiendo de su propia timidez? ¿Acaso ella no era más real que un copo de nieve derretido? ¿Había fijado él sus ojos en un solo aspecto de la verdad? Por consiguiente, ¿su esperanza le convertía en presa de autodecepción? Era una esperanza con tristeza implícita. Sin él darse cuenta, su corazón había empezado a derretirse en piedad y en ternura, como el hielo bajo los rayos del sol. Sintió la urgencia de ser amable con la gente. Y empezó a mirar más de cerca al mundo que le rodeaba.

Había un estudiante, hijo de un marqués de rancio linaje, a quien apodaban «el Monstruo». Había corrido el rumor de que tenía lepra, pero como nadie podía creer que a un leproso se le permitiera asistir a las clases, sólo podía tener alguna otra enfermedad no contagiosa. Se le había caído la mitad del cabello. Tenía la tez pálida y su piel carecía de lustre. Su espalda estaba encorvada. Nadie sabía cómo eran sus ojos, porque los tenía bien tapados con la visera de la gorra. Tenía un permiso especial para llevarla puesta incluso durante las clases. Moqueaba constantemente, y hacía con la nariz un ruido como de agua en ebullición. Como nunca hablaba con nadie, cogía un libro durante los descansos y caminaba hasta el extremo del campo de césped donde se sentaba a leer.

Por supuesto, tampoco Kiyooki había tenido nunca relación alguna con este estudiante, quien además estaba en un curso distinto. Aunque sus padres eran nobles de la misma rama, Kiyooki parecía encarnar la nobleza más que ningún muchacho del colegio, mientras que el otro era como un emisario de la fealdad.

Aunque la esquina de la pradera, lugar escogido por «el Monstruo», estaba iluminada por buen sol a principios del invierno, todos se apartaban de allí. Cuando Kiyooki llegó y se sentó a su lado, cerró el libro y se irguió como si se preparara para huir, lo que hacía siempre. Sólo su ronquido constante y su moqueo rompían el silencio.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó el muchacho hermoso.

—Nada... —repuso el muchacho feo.

Puso el libro detrás de él, pero no antes de que Kiyooki alcanzara a leer en el lomo el nombre de Leopardi. La letra dorada proyectó un débil reflejo sobre la hierba.

Como «el Monstruo» no estaba dispuesto a hablar, Kiyooki se fue separando de él sin levantarse, estiró las piernas, y se acostó de costado, apoyándose en un codo, sin hacer caso de la hierba seca que se adhería a su uniforme de lana. En silencio, delante de él, «el Monstruo» se revolvía intranquilo, cerrando el libro, que había vuelto a abrir otra vez. Kiyooki creyó estar mirando una caricatura de su propia miseria, y su suavidad inicial empezó a dar paso a la indignación. Conforme el cálido sol cedía en su prodigalidad, Kiyooki observó que la figura del hijo del marqués empezaba a experimentar una transformación gradual. Sus piernas entumecidas se estiraron cautelosamente, y tendido en la hierba se apoyó en un codo frente a Kiyooki. Quedaban tan iguales como un par de leones custodiando la entrada de un templo. Bajo la visera de su gorra, los labios del ogro, aunque no sonriendo, al menos dejaban traslucir la insinuación de que el muchacho feo estaba de buen talante. Los dos hijos de marqués, uno feo y otro bello, hacían buena pareja. «El Monstruo» había aceptado el capricho de Kiyooki de ofrecerle piedad, no mostrando ni gratitud ni resentimiento, sino llamando a lo profundo de su conciencia. Si se hacía caso omiso de las caras, aquellos dos jóvenes presentaban una simetría notable sobre la hierba, desde las trencillas que adornaban sus uniformes hasta los bajos de los pantalones.

El intento de Kiyooki para penetrar en la reserva del otro no podía haber sido rechazado de manera más completa, y al mismo tiempo con mayor suavidad.

Desde el cercano campo de tiro al arco llegaba el silbido de las cuerdas y el chasquido seco de las flechas. Su propio corazón le pareció en aquel momento una flecha que había perdido las plumas blancas que le daban seguridad en la dirección.

XLIX

Cuando terminaron las clases con las vacaciones de invierno, los estudiosos compañeros de Kiyooki se dedicaron a preparar los exámenes de pre-licenciatura, pero a él la perspectiva de abrir un libro le llenaba de horror. No más de un tercio de su clase, incluido Honda, pensaban seguir después de la licenciatura hasta los exámenes de ingreso en la Universidad, que tendrían lugar en el verano. La mayoría querían utilizar su privilegio de licenciados para obtener dispensas en los exámenes de ingreso y solicitar las facultades de la Universidad Imperial de Tokio, donde nunca se cubrían las plazas, o en una de las otras universidades imperiales como Kyoto o Tohoku. También Kiyooki, a pesar de lo que su padre pudiera creer, seguiría la línea de menor resistencia. Si entraba en la Universidad de Kyoto estaría mucho más cerca del convento de Satoko.

Por el momento estaba en libertad de entregarse a la vagancia privilegiada. Hubo dos fuertes nevadas en diciembre, pero él no estaba en forma para sentir la alegría juvenil que proporciona el espectáculo de los campos cubiertos de nieve. Echó a un lado la cortina de la ventana, y desde la cama miró con indiferencia la escena invernal, con la isla convertida en una mancha de blanco resplandeciente en medio del estanque. No se movió de la cama durante varias horas. En otros tiempos le habría asaltado la idea de importunar a Yamada, que le vigilaba incluso mientras paseaba por la finca. Escogió una noche que soplaba un viento del norte particularmente frío y fuerte, y subió hasta la colina. Yamada, con la linterna en la mano y amparado en el cuello del abrigo, tenía que seguirle a buena marcha a pesar de su debilidad. El crujir de las ramas, el siseo del búho, los ruidos extraños del bosque, todo le llenaba de placer en su continuo avanzar, sintiéndose subir tan irresistiblemente como la llama devoradora. A cada paso imaginaba estar aplastando la oscuridad bajo sus talones, como si de algo blando y vivo se tratara. En la cumbre de la colina se asomó al firmamento brillante de estrellas.

* * *

Poco antes de fin de año, llegó un caballero a la residencia de los Matsugae, para llamar la atención del marqués sobre un artículo de periódico escrito por Iinuma. El marqués se enfureció ante esta prueba de deslealtad para con la familia.

Era un periódico de corta circulación, órgano de un grupo del ala derecha. El marqués protestó asegurando que no pasaba de ser uno de los periodicuchos que se dedicaban a sacar dinero de la alta sociedad, bajo amenaza de descubrir algún escándalo. Habría sido distinto, si Iinuma se hubiera degradado hasta el punto de ir

a pedir dinero antes de publicar el artículo. Pero para seguir adelante y escribirlo sin ni siquiera avisar de su intención era nada menos que una abierta y provocativa falta de sus obligaciones.

Bajo un título con sabor patriótico, «Un marqués desleal» el peso de la acusación era tremendo: «El hombre complicado entre bastidores en el caso del compromiso roto fue de hecho el marqués de Matsugae. Todo matrimonio en que va implicado algún miembro de la Familia Imperial tiene que ser sometido a un minucioso examen de acuerdo con las normas del Código de la Casa Imperial, por que tal matrimonio, no importa lo remoto de la posibilidad, podría afectar a la sucesión imperial. Estas eran las circunstancias bajo las cuales el marqués de Matsugae había tomado a su cargo el patrocinio de la hija de una antigua familia, joven de cuya inestabilidad mental asegura que no estaba enterado entonces, llegando hasta el punto de obtener la sanción imperial para el matrimonio, sólo para que sus planes fracasaran en vísperas de la ceremonia de esponsales. A pesar de todo, simplemente por haber tenido la suerte de mantener su nombre fuera del caso, el marqués de Matsugae seguía tranquilamente su vida, probando no sólo una descarada deslealtad para con su majestad el emperador, sino también una falta de reverencia hacia su propio padre, uno de los pilares de la Restauración Meiji.»

Si el artículo provocó la furia del marqués, suscitó recelos en su hijo. Se dio cuenta al instante de que Iinuma no había olvidado hacer constar junto al artículo su nombre y dirección, y que aunque sabía perfectamente todo lo sucedido entre Kiyooki y Satoko había escrito como si realmente creyera que Satoko había sufrido una crisis nerviosa. Hasta entonces, Kiyooki no había tenido idea de dónde estaba. Ahora le asaltó el pensamiento de que Iinuma había escrito esto porque quería que Kiyooki leyera el artículo y supiera su dirección, sin necesidad de informarlo directamente. De todos modos estaba seguro de que el artículo contenía un mensaje oculto para él solo: «no seas como tu padre».

De pronto, sintió nostalgia de Iinuma. Para obtener su atención, para mofarse a su modo, no tenía nada mejor para hacerle reaccionar en su situación actual. Sin embargo, verle ahora que la ira de su padre estaba en su punto cumbre, sería dar posibilidades a nuevas represalias, y su sentido común era suficiente para no llevarle a correr este riesgo.

Por otro lado sabía que preparar una reunión con Tadeshina sería mucho menos peligroso. Desde el fracasado suicidio de la anciana sólo pensaba en ella con disgusto. A juzgar por la traición que le hizo ante su padre en la carta de despedida, estaba convencido de que algo le hacía encontrar un placer peculiar traicionándoles a todos, sin excepción. Habían llegado a la conclusión de que aquella mujer era como esas personas que atienden y cuidan escrupulosamente sus jardines, sólo por el placer de arrancar sus plantas una vez que han florecido.

Su padre casi nunca hablaba de él. Y su madre, que no quería enfadar a su esposo, hacía cuanto podía para dejar a su hijo solo. La base real de la ira de su padre era la preocupación y el temor. Contrató a dos policías privados para que hicieran guardia en la verja principal, e hizo situar en la parte de atrás otros dos. Sin embargo, acabó el año sin que surgiera ninguna amenaza contra los Matsugae. La revelación de Iinuma falló al parecer, sin producir ninguna repercusión en los círculos oficiales.

Era costumbre de las dos familias extranjeras que tenían alquiladas viviendas a los Matsugae enviarles invitaciones el día de Nochebuena. Pero como cumplir con una familia supondría disgustar a la otra, el marqués había tomado por práctica no aceptar ninguna invitación, y enviar, en cambio, regalos a los niños de cada familia. Este año, pensando que quizás encontraría algo que le distrajera, Kiyooki pidió a su madre que intercediera ante su padre para que le permitiera ir. Pero el marqués no haría caso de esta petición.

La razón que dio no fue la habitual de no querer disgustar a una de las dos familias, sino que estaba por debajo de la dignidad de un hijo de la nobleza aceptar la invitación de una familia que tenía como inquilinos. Algo quedaba claro para

Kiyoaki: su padre mantenía un poco de fe en la habilidad de su hijo para conservar su dignidad.

La casa de los Matsugae entró en un torbellino de actividad durante los últimos días del año, puesto que la limpieza general y tradicional que precedía a las fiestas de Año Nuevo no podía hacerse en un solo día. Kiyoaki no tenía nada que hacer. El pensamiento de que estaba terminando el año era como un cuchillo clavado en su corazón. Este año sobre todos los demás. En estos últimos días había llegado a la conclusión de que el año que estaba a punto de terminar había presenciado la culminación de su vida. Dejó la casa y el bullicio y se dirigió solo hacia el estanque, dispuesto a remar. Yamada salió corriendo detrás de él ofreciéndole su compañía, que fue bruscamente rechazada. Cuando la proa del bote se abrió camino entre los juncos secos y partía los restos de las hojas de loto, escapó volando una pequeña bandada de patos salvajes. Kiyoaki pudo contemplar sus vientres pequeños en el aire claro del invierno, sin una sola gota que empañara el destello de plata de sus plumas. Miró a las nubes y al cielo azul, reflejados en la superficie del agua y quedó maravillado ante las leves olas desiguales provocadas por sus remos. El agua oscura y enlodada parecía querer decirle algo completamente distinto a las nubes cristalinas y al firmamento invernal.

Dejó descansar los remos y miró hacia la sala principal de la casa, donde los criados estaban atareados con el trabajo, como actores ensayando en un escenario distinto. La cascada no se había helado, pero su ruido era apagado y discordante. La parte inferior de la cascada estaba bloqueada, más arriba, en el lado norte de la colina, las ramas sin hoja de los árboles revelaban restos de nieve. Finalmente viró el bote hacia una pequeña entrada de la isla, lo amarró a un tronco y se dirigió hacia los pinares que coronaban la loma. Cuando miró a las tres grúas, las dos que tenían los brazos extendidos parecían como flechas apuntando al cielo de diciembre.

Se tumbó en la hierba calentada por el sol, y estuvo allí de espaldas, consciente de que estaba completamente solo, seguro de cualquier mirada importuna. Luego, al sentir el dolor producido por los remos en las manos, que acunaban su cabeza, se vio asaltado por un ataque violento de desesperación, que antes había sido capaz de resistir en presencia de otras personas.

—Este año fue mío, y ahora se ha ido —gritó en su soledad— ¡Se ha ido! Justo como una nube que se deshace. —Las palabras salían de él, crueles e incontenidas, censurándole, intensificando su melancolía. Era la primera vez que daba entrada a tal violencia—. Todo se ha vuelto amargo, nunca volveré a sentir el júbilo. Hay una claridad terrible que lo domina todo. Como si el mundo estuviera hecho de cristal, de forma que uno sólo puede tocar una parte de él con la uña del dedo para notar un pequeño estremecimiento. Y luego la soledad..., algo que se quema. Como una cucharada de sopa espesa que no se puede soportar dentro de la boca, a menos que se la sople una y otra vez. Y está ahí, siempre delante de mí. En su pesada fuente blanca de gruesa porcelana, sucia como una vieja almohada. ¿Qué es lo que la está empujando sobre mí? Me he quedado completamente solo. Estoy ardiendo en deseos. Detesto lo que me ha sucedido. Estoy perdido y no sé adonde voy. Lo que mi corazón desea no puede... Mis pequeñas satisfacciones privadas, mis razonamientos, mis decepciones... todo ha desaparecido. Lo único que me queda es suspirar por todo lo que he perdido. Me estoy haciendo mayor para nada. He quedado sumido en un vacío terrible. ¿Qué me puede ofrecer la vida fuera de la amargura? Solo en mi habitación... solo durante las largas noches... apartado del mundo y por todo lo que en el mundo existe, por causa de mi desesperación. Y si grito, ¿quién me escuchará? Mientras tanto, mi yo es para los demás como fue siempre. Una nobleza superficial... Eso es lo que queda de mí.

Una bandada de cuervos estaba posada en las ramas sin hojas de los arces de la colina. Con sus graznidos y el batir de sus alas volaron por encima de él hacia la colina donde estaba sepultado Omiyasama.

L

A principios del Año Nuevo era costumbre celebrar en palacio un «Recital de Poesía Imperial». Desde que Kiyooki tenía quince años, el conde de Ayakura le había enviado una invitación todos los años, rasgo natural de elegancia del propio conde. También este año, aunque uno apenas se habría sorprendido de lo contrario, llegó una invitación como de costumbre, a través del Ministerio de la Casa Imperial. El conde iba a asumir otra vez su papel de lector imperial, sin que le detuviera ninguna clase de escrúpulos y era evidente que él había dispuesto la invitación de Kiyooki.

Cuando mostró la invitación de su padre, el marqués frunció el ceño al ver la firma del conde entre las de los cuatro lectores. Estaba viendo la elegancia a una nueva luz.

—Como es un acontecimiento normal, será mejor que vayas —dijo al fin—. Si no asistieras este año podría darse ocasión a que la gente imaginara alguna desavenencia entre los Ayakura y nosotros. En esencia no suponen que tengamos ninguna conexión con ellos en cuanto concierne al caso.

La ceremonia de la poesía había ido ganando ilusión año tras año en Kiyooki, quien apreciaba mucho el festival. En ningún otro momento la dignidad del conde de Ayakura se manifestaba como en estas ocasiones, ni Kiyooki podía imaginar un papel más apropiado para él. Ahora, por supuesto, la presencia del conde le sería penosa, pero aún así le parecía que quería verle. Sentía deseos de mirar con firmeza a los fragmentos sueltos de un poema que en otros tiempos había estado vivo dentro de él. Pensó que allí la imagen de Satoko le llenaría el corazón.

Ya no se creía una espina en la elegancia de los Matsugae. Pero no había cambiado hasta el punto de pensar que en realidad no fuese él uno de los dedos lastimados por las espinas ajenas. Sólo la elegancia se había marchitado. Su corazón estaba desolado, En ninguna parte podría encontrar el sentimiento feliz que inspira los poemas. Estaba vacío. Su alma era como un desierto arrasado por violentos abrasadores. Nunca se había sentido más apartado de la elegancia y de la belleza.

Sin embargo, tal vez fuera este estado de cosas esencial para obtener la verdadera belleza. Este vacío interior, esta pérdida de toda alegría, incluso esta clara incapacidad para creer que el peso opresivo de cada momento era algo real, tal vez eran pruebas de que algo le pertenecía, síntomas de un hombre afligido.

Como ya no se miraba al espejo, no sabía que sus facciones habían evolucionado a la expresión clásica del joven que suspira por amor. Una tarde, cenando en una mesa puesta sólo para él, la doncella puso junto a su plato un vasito de vino. El cristal se oscurecía con el líquido carmesí de su contenido. Sin molestarse en preguntar supuso que era vino y bebió sin vacilación. Luego sintió en la lengua una sensación extraña, un sabor fuerte y difícil de precisar.

—¿Qué es esto? —La sangre de una tortola, señor —respondió la doncella—. Me ordenaron que no se lo dijera a menos que usted preguntara. Fue el cocinero, señor. Dijo que quería que el joven amo volviera a estar en forma y a recobrar la salud otra vez. Así cogió una tortola y la preparó para usted.

Al sentir el líquido desagradablemente suave deslizarse por la garganta, recordó la historia que los criados habían repetido tantas veces para asustarle cuando era

niño. Una vez más vio la imagen perturbadora que se había formado entonces, de una tórtola levantando la cabeza como un fantasma siniestro, con los ojos fijos en él. Ahora la muerte había sorprendido a la tórtola, y él acababa de beberse su sangre sin saberlo. Toda una etapa parecía tocar súbitamente a su fin. El terror se estaba transformando en él en una energía no familiar, que circulaba por él con una fuerza cuya intensidad era imposible adivinar.

* * *

El orden en el Recital Poético Imperial de cada año era leer las selecciones según la categoría social del escritor, empezando con los poemas escritos por los de inferior rango. El lector comenzaba leyendo breves palabras de introducción del poeta, y luego daba a conocer su cargo y categoría. Con los poemas posteriores el lector daba primero el cargo y la categoría, y luego empezaba a recitar el poema.

Entre los lectores imperiales, el conde de Ayakura desempeñaba el honroso cargo de jefe. Una vez más, tanto sus majestades como su alteza imperial el príncipe de la corona, le agradaban con su atención, cuando los tonos de su voz bien modulada se dejaban oír en la sala.

Ningún sentimiento de culpa enturbiaba aquella claridad. Pero sí despertaba tristeza en los corazones de sus oyentes. Cuando leía cada poema, la cadencia de sus palabras parecían los pasos de un sacerdote *Shinto* subiendo, uno a uno, los escalones de piedra de un santuario. Era una voz en tono ni masculino ni femenino.

Ni una sola tos rompió el silencio del auditorio. Aunque su voz era hermosa no resultaba sensual, ni llamaba la atención hacia él mismo a expensas del poema. Lo que brotaba de su garganta era la esencia de la elegancia, impermeable a la vergüenza, y su mezcla paradójica de regocijo y patetismo fluía por la sala como una niebla. Hasta ahora, los poemas se habían recitado sólo una vez, pero cuando el conde concluyó el del príncipe de la corona, con la fórmula «Es la composición más eminente de su majestad el heredero al trono imperial», pasó a recitarla una vez más.

El poema de la emperatriz se recitó tres veces. El conde leía el primer verso, y luego desde el segundo en adelante los cuatro lectores recitaban al unísono. Con la excepción del emperador, el resto de la familia imperial, incluyendo al príncipe de la corona, y por supuesto todos los que formaban el auditorio, se ponían en pie para escuchar. Este año, su majestad imperial había compuesto un poema de excepcional gracia y nobleza. Mientras estaba de pie escuchándole, Kiyooki dirigió una mirada furtiva al conde de Ayakura, a cierta distancia de él. Advirtió cómo el papel en que estaba escrito el poema descansaba doblado en la mano blanca del conde, tan pequeña como la de una mujer.

Aunque apenas estaba concluido un caso que había implicado al conde y conmovido a todo el país, Kiyooki no se sorprendió de no advertir ningún rasgo nervioso en su voz, mucho menos la profunda pesadumbre lógica en un padre cuya hija única se ha perdido para el mundo. La voz seguía clara, hermosa, nunca estridente, ejecutando exactamente lo que se le había confiado. Aunque pasaran mil años, el conde seguiría sirviendo a su emperador como le estaba sirviendo ahora, el más extraño de sus pájaros cantores.

El recital poético imperial llegó a su punto final. Era el momento de leer el poema de su majestad imperial. El conde de Ayakura se acercó reverentemente hacia la proximidad inmediata del emperador, y con toda gravedad cogió la composición imperial, y la alzó al nivel de su frente. Luego la recitó cinco veces. Mientras leía, la pureza de su voz se hizo aún más pronunciada, hasta que por fin llegó al final de la quinta lectura y concluyó con las palabras «Es la composición más augusta de su sagrada majestad».

Kiyooki, en el entretanto, miró temerosamente a la cara del emperador, animada su imaginación con el recuerdo del difunto emperador que le acariciara la cabeza

cuando era niño. Su majestad parecía más frágil de lo que había sido su padre, y aunque escuchaba la lectura de su propia composición, la cara no mostraba ningún signo de complacencia, sino al contrario, mantenía su fría compostura.

Súbitamente Kiyooki se estremeció ante la idea improbable de que su majestad imperial estuviera conteniéndose de una ira dirigida contra él.

—Me he atrevido a traicionar a su majestad. No queda otro camino que la muerte.

Se aferró a este pensamiento mientras permanecía allí, con la atmósfera que le rodeaba cargada de rica fragancia de incienso, pareciéndole que podía sucumbir en cualquier momento. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, pero no pudo notar si era de regocijo o de temor.

LI

Era el mes de febrero. Con exámenes en puertas todos los compañeros de Kiyooki estaban ahora entregados al estudio. Y él, indiferente a estas cosas, estaba más alejado de ellos que nunca. Honda deseaba de veras ayudarle en la preparación de sus pruebas, pero se contuvo, pensando que Kiyooki no lo aceptaría. Sabía muy bien que Kiyooki reservaba su más agudo desagrado para cualquier muestra excesiva de amistad.

Un día, por este tiempo, el marqués presentó de súbito a su hijo la sugerencia de su ingreso en el Colegio Merton, de Oxford. Su admisión podría arreglarse sin dificultad, especialmente estando el marqués en buenas relaciones con el decano de la famosa institución, fundada en el siglo XIII. Pero a fin de obtener una buena clasificación, Kiyooki debería pasar al menos los exámenes finales en su colegio. El marqués sabía que Kiyooki estaba cada día más pálido y consumido, y había ideado este medio de salvar a su hijo, quien alcanzaría en la corte de por lo menos un quinto grado júnior antes de no mucho tiempo. Como este plan de salvación fue tan inesperado despertó ciertamente el interés de Kiyooki, y por lo tanto éste decidió dar muestras de estar contento con la propuesta de su padre.

Antes había acariciado cierto deseo moderado de ver algo de Occidente. Pero ahora que toda su existencia estaba centrada en un único objeto, en una parte diminuta y exquisitamente bella del Japón, sólo podía mirar el mapa del mundo extendido delante de él para llenarse de un sentimiento de sorpresa, no sólo por la serie de países extranjeros, sino incluso por la imagen en rojo de su propio país, encorvándose como una gamba al flanco de Asia. Su Japón era verde claro, sin forma, lleno de un patetismo penetrante, como la niebla ascendente.

Su padre había comprado un mapa nuevo muy grande, que colgaba en la pared de la sala de billares. Su intención era la de suscitar grandes pensamientos en Kiyooki. Sin embargo, aquellos mares llanos y sin vida no lograban excitarle. Lo que venía a su imaginación era el recuerdo de un mar en la noche, como una enorme bestia negra, con calor vivo, pulso propio y sangre que gritaba. El mar de Kamakura, cuyo rumor le había atormentado hasta el límite de lo soportable en una noche de verano.

Aunque no había hablado de ello con nadie, últimamente había sufrido frecuentes dolores de cabeza. Cada noche dormía menos. Mientras estaba en cama se decía que al día siguiente recibiría una carta de Satoko, fijando una hora y un lugar donde se encontrarían para huir juntos, a una ciudad pequeña y no familiar. Ella correría hacia él, y él la cogería en los brazos y la sostendría como había anhelado hacerlo durante tanto tiempo. Una y otra vez contemplaba esta escena en sus últimos detalles. Pero la imagen que acariciaba estaba formada en un espejo fino y quebradizo que se podía romper fácilmente para revelar un penoso vacío. La almohada estaba empapada en lágrimas, y él pronunciaba el nombre de Satoko una y otra vez durante la noche desesperado. Su imagen amada aparecía repentinamente allí, al lado de él, entre el sueño y la realidad. Sus sueños dejaron de ser historias lo bastante objetivas para ser trasladadas a su *diario*. Esperanza y desesperación, sueño y realidad, venían juntos para irse reemplazando unos a otros, para moverse indefinidamente, como la línea de la playa contra la que las olas se rompen sin cesar. Por un instante, en la superficie del agua que lamía la suave arena vio el reflejo de su cara. Nunca había parecido más adorable y más

afligida por el dolor. Pero cuando puso sus labios cerca de su cara el fantasma se desvaneció.

Un deseo frenético de salir de aquel estado lastimoso se hacía más intenso cada día. Aunque había para él un sólo mensaje, cada hora, cada mañana, cada mediodía o cada noche, el firmamento, los árboles, las nubes y el viento, diciéndole todos que la dejara, él estaba todavía atormentado por la incertidumbre. Sentía una necesidad desesperada de poner las manos en algo seguro y cierto, oír aunque sólo fuera una palabra de sus propios labios, con tal de que fuese algo verdadero. Y si era mucho pedir una palabra, quedaría satisfecho con una mirada de sus ojos. Ya no podía soportar más aquella ansiedad que le torturaba. Mientras tanto, la ola de rumores había remitido rápidamente. La gente no tarda mucho en olvidar, incluso caso tan sin precedentes y tan inexplicable como un compromiso sancionado por decreto imperial que se rompe la misma víspera de la ceremonia de los esponsales.

Kiyoaki tomó entonces la resolución de abandonar la casa. Pero como sus padres le tenían vigilado y habían dejado de darle asignación, apenas podía disponer de algún dinero.

Honda quedó perplejo cuando Kiyoaki se le acercó para pedirle una cantidad prestada. De acuerdo con las ideas de su padre le habían abierto a su nombre una cuenta en el Banco, de la que podría disponer cuando lo considerara conveniente. Retiró todo el efectivo y se lo entregó a Kiyoaki, sin hacer una sola pregunta sobre lo que intentaba hacer con el dinero. Era la mañana del veintiuno de febrero. Honda llevó la cantidad al colegio y se la entregó a su amigo. El cielo estaba brillante y claro, pero el aire de la mañana era frío.

—Te quedan veinte minutos antes de clase —dijo Kiyoaki después de coger el dinero, con voz un poco tímida— ¿Quieres verme marchar?

—¿A dónde vas a ir? —preguntó el desconcertado Honda, pensando que Yamada estaría de guardia en la verja principal.

—Por ahí —respondió Kiyoaki, sonriendo y señalando al bosque.

A Honda le llenó de satisfacción ver que su amigo daba muestras de energía por primera vez en meses, pero pensó a la vez que en su cara no se veía sobra de salud. Por el contrario, sus facciones eran desvaídas, pálidas y tensas, como una fina hoja de hielo en primavera.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que estoy resfriado. Por lo demás, estupendamente —replicó Kiyoaki, caminando por el sendero que entraba en el bosque.

Hacia mucho tiempo que Honda no le había visto caminar con tanta agilidad. Además, tenía buena idea de adonde se dirigían sus pasos, pero no le dijo nada. Pasaron un pantano cuya superficie helada apenas reflejaba los rayos del sol matutino. Dejando el bosque y sus pájaros, llegaron al límite oriental de las propiedades del colegio. Estaban en lo alto de una loma. Al fondo se extendía una serie de factorías. Aquí y allí se veían alambradas que hacían de valla, y los chicos de la vecindad que penetraban por las alambradas al interior del campus. Al otro lado, la colina se extendía hasta la carretera, donde sobre un muro bajo de piedra se alzaba una tosca valla de madera.

En este punto se detuvieron los dos. Cerca, a la derecha había una fila de tranvías. Directamente abajo, el sol se reflejaba en los tejados de pizarra de las factorías. Las máquinas funcionando a todo vapor originaban un rumor como el mar. Las chimeneas subían hacia el cielo. El humo dejaba una sombra, que avanzaba sobre las factorías y cortaba la llegada de los rayos del sol al lavadero, junto al que había una larga fila de cobertizos. Aquí y allí se veían ráfagas de luz. Una vez era el reflejo de unos alicates en la cadera de un electricista; otra el resplandor de una llama a través de las ventanas de una planta química. En la factoría, cuando cesaba el rugido de las máquinas, surgía el estruendo de los martillos golpeando sobre acero.

En la lejanía estaba el sol. Debajo, tras las tierras del colegio, corría la carretera por la que Kiyoaki estaba a punto de escapar. Las sombras de las pequeñas casas

oscurecían su superficie blanca y polvorienta. Un hombre en bicicleta pasó junto a un grupo de niños que daban patadas a una piedra.

—Bueno, ya te veré —fueron las palabras de Kiyooki.

Eran claramente palabras de despedida. Quedaron grabadas en la mente de Honda. Por una vez, Kiyooki tuvo una expresión jovial, típica de un joven.

Kiyooki había dejado la cartera en la clase. Todo lo que llevaba era el uniforme y el abrigo, y la insignia de la flor del cerezo. Llevaba el cuello abierto. Todavía sonriendo, dio media vuelta, y echando a un lado algunos alambres rotos, pasó al lado allá de la valla.

* * *

Inmediatamente se informó de la desaparición a sus padres, que estaban intranquilos. Una vez más, sin embargo, fue la abuela quien restableció el orden.

—¿No veis cómo van las cosas? Se siente feliz con ir a estudiar a Inglaterra, y como tiene intención de ir quiere ver a Satoko para despedirse de ella. Pero como vosotros no se lo habrías permitido si os lo hubiera pedido, ha ido allá sin deciros nada. ¿Hay una explicación más verosímil?

—Pero seguramente Satoko no le verá.

—Si así sucede, él desistirá y regresará a casa. Kiyooki es joven. Le habéis presionado tanto que le habéis hecho estallar. Como tratasteis de tener la rienda tan tensa tenía que suceder lo que ha sucedido.

—Pero madre. Después de lo pasado eran de esperar las precauciones que hemos tomado.

—Está bien, y también era de esperar esto.

—Sea como fuere, sería terrible que esto llegara a descubrirse. Lo que haré será ponerme en contacto con el superintendente general inmediatamente, y hacer que inicie una investigación en secreto.

—¡Una investigación! ¿Por qué una investigación? Tú ya sabes adonde se dirigió tu hijo.

—Pero a menos que se le coja y se le haga volver...

—¡Te pesará! —gritó la anciana, ardiendo la cólera en sus ojos—. Esta vez podría hacer algo horrible. Es del todo correcto por razones de seguridad que la policía examine las cosas discretamente. Si nos informan del lugar donde se encuentra, tan pronto como lo averigüen, nos sería útil. Pero como nosotros sabemos perfectamente donde se dirige y por qué, la policía debe mantenerse a distancia y en absoluto permitir que él sospeche nada. Ahora es cuando hay que dejar en completa libertad al joven, y no interferirse en su camino. Todo debe hacerse discretamente. Debemos llevar este asunto sin convertirlo en una tragedia. Eso es lo esencial. Si ahora se cometen errores, los resultados podrían ser desastrosos. Esto es lo que quiero que comprendáis.

* * *

La noche del 21 de febrero, Kiyooki se hospedó en un hotel de Osaka. A la mañana siguiente pagó la cuenta y tomó un tren de la línea Sakurai hasta Obitoké, donde alquiló una habitación en una posada de mercaderes llamada Kuzonoya. Tan pronto terminó esta operación, alquiló un *ricksha* para Gesshu. Metió prisa al hombre, cruzando la verja del templo y subiendo hasta la falda que llevaba a la entrada principal de Tang, donde se apeó. Ante una puerta corrediza bien cerrada gritó. Apareció el portero del convento, le preguntó su nombre y profesión, y le dejó allí. Tras una corta espera, la siguiente en aparecer fue una monja mayor,

quien sin ni siquiera permitirle dar un paso dentro le rechazó, diciendo con desagrado finalmente velado que su reverencia la abadesa no le vería y que además era inconcebible que a una novicia se le permitiera tal prerrogativa. Como más o menos había esperado esta recepción no insistió, sino que dejó las cosas como estaban y regresó a la posada.

Difirió sus esperanzas para el día siguiente, y cuando consideró su fracaso inicial concluyó que había sido debido a su presunción en llegar con *rickscha* hasta la misma entrada del convento. Naturalmente le habían arrastrado a ello su ansiedad y premura, pero como el volver a ver a Satoko exigía sacrificios, decidió apearse en la verja y caminar desde allí, tomaran o no las monjas nota de esta muestra de devoción. Debía hacer penitencia.

Su habitación en la posada era sucia, la comida insípida y la noche fría. Pero el pensamiento de tener a Satoko tan cerca le producía gran contento. Aquella noche, por primera vez desde hacía meses, durmió a pierna suelta.

Al día siguiente, 23 de febrero, se sintió con más energías y fue al convento dos veces, una por la mañana y otra por la tarde, dejando el *rickscha* en la verja y escalando el largo sendero empinado como un peregrino. Sin embargo la recepción no fue más calurosa que la del día anterior. De regreso empezó a toser, y sintió un ligero dolor en el pecho. Decidió no tomar su baño caliente en la posada.

La cena de aquella noche resultó de una calidad inesperada en una humilde posada. Además, no sólo había mejorado notablemente el comportamiento de todos para con él, sino que a pesar de sus protestas había sido trasladado a la mejor habitación que la posada podía ofrecer. Cuando exigió una explicación a la doncella, ésta trató de eludirle. Finalmente, cuando se enfadó con ella quedó resuelto el misterio. Le dijo que mientras había estado fuera aquel día un policía local había llegado para interrogar al dueño de la posada acerca de él. El policía dijo que Kiyooki pertenecía a una familia eminente, que debía ser tratado con las máximas deferencias y que bajo ningún concepto debía enterarse de la visita del policía. Además, si se movía de la posada, el policía debía ser informado inmediatamente. Kiyooki sintió temor. Se dio cuenta de que no tenía tiempo que perder.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, 24 de febrero, se sintió indispuesto. Tenía dolor de cabeza y le dominaba una terrible languidez. Sin embargo, su mente estaba clara. Si quería ver a Satoko, debía dedicar todas sus fuerzas a la penitencia que tenía que soportar, cualesquiera que fuesen las durezas y privaciones que llevara consigo. Con este pensamiento salió de la posada, y sin alquilar ningún *rickscha* emprendió el viaje de más de dos millas hasta Gesshu. Afortunadamente era una magnífica mañana. Sin embargo el camino no era fácil. Además la tos le atacaba más, a medida que caminaba, y tuvo la sensación de tener en los pulmones polvo metálico. En la misma entrada de Gesshu tuvo un ataque de tos. La expresión de la cara de la monja que le recibió seguía siendo idéntica al rehusar su petición, en los mismos términos.

Al día siguiente, el 25, empezó a tener escalofríos y fiebre. Aunque comprendía que era imprudente salir alquiló un *rickscha* y se dirigió al convento, para ser rechazado como antes. Al final empezó a perder sus esperanzas. Obstaculizado por la fiebre que nublaba su mente, trató de evaluar la situación, pero no se le ocurrió ninguna medida factible. Finalmente, pidió al empleado de la posada que enviara un telegrama: «Por favor, ven inmediatamente. Estoy en Kusunaya, Obitoké, en la línea Sakurai. Ni una palabra a mis padres. Kiyooki Matsugae.»

Pasó una noche muy molesta, despertando aturdido en la mañana del día 26.

Era una mañana en que los copos de nieve se deshacían con el fuerte viento que barría la llanura de Yamato. Parecían demasiado frágiles, incluso para nieve de primavera. Cuando el cielo permanecía nublado los copos desaparecían, y sólo cuando brillaba el sol se advertía la nieve polvorienta y arremolinada en el aire. El frío era peor que en un día de fuerte nevada.

Acostado, con la cabeza bajo la almohada, pensaba en cómo podría demostrar su devoción definitiva para Satoko. La noche anterior había decidido pedir la ayuda de Honda, y estaba seguro de que su amigo acudiría sin falta. Con el apoyo de Honda quizá pudiera ablandar la actitud intransigente de la abadesa. Pero antes tenía que hacer otra cosa. Al menos intentarlo. Él solo, sin la ayuda de nadie, tenía que demostrar la pureza de su devoción. En mirada retrospectiva se dio cuenta que no había tenido una sola oportunidad de probarla. O quizás, pensaba, su cobardía le había hecho huir de toda oportunidad.

Sólo le quedaba una cosa por hacer. Salir, enfermo como estaba, correr el riesgo de una enfermedad peor, ofrecerse en una penitencia notoriamente grande. Una devoción tan abrumadora suscitaría una respuesta en Satoko, o tal vez no. Cualquiera que fuese el resultado, aún sin la más ligera esperanza de conmovérsela, él habría alcanzado un estado mental que superara su convicción de que no tendría paz hasta hacerlo, como una penitencia exigida a sí mismo. Había empezado el viaje obsesionado con un único pensamiento: Ver la cara de Satoko aunque sólo fuese una vez. Mientras tanto su corazón había tomado otra resolución, que pasaba por encima de sus intenciones y deseos.

La única fuerza que contenía la urgencia de su corazón era su propio cuerpo enfermo. Estaba bajo las garras de la fiebre. Un grueso hilo de oro lo sujetaba, bordando su carne con dolor. La fortaleza había desaparecido de él. Si levantaba el brazo la piel se volvía inmediatamente azulada, y el mismo brazo se hacía tan pesado como un cubo dentro de un pozo. La tos parecía estar cada vez más profunda en el pecho, como el constante zumbido de un trueno distante en el horizonte. El cuerpo desobedecía sus demandas, débil y caído hasta las mismas puntas de los dedos, bajo el asalto de la fiebre que se había adueñado de él.

Pronunciaba el nombre de Satoko cada vez con mayor desesperación. Transcurrían las horas vacías. Esta mañana, por primera vez, las criadas de la posada se dieron cuenta de que estaba enfermo. Calentaron su habitación y se dispusieron a hacer todo lo que pudieran para que estuviese cómodo, pero él se negó obstinadamente a permitir que le trataran, ni ellas mismas, ni aunque llamaran a un médico.

Por la tarde pidió a la doncella que alquilara un *ricksha*. Ella vaciló y fue a decírselo al dueño. El hombre trató de persuadirle de que permaneciera en casa, pero él se puso en pie con esfuerzo, y se vistió el uniforme y el abrigo sin ayuda de nadie, para demostrar que tenía salud. Llegó el *ricksha*, y en él envolvió las piernas en una manta que las muchachas de la posada le habían dado. A pesar de esa protección fue atacado por el terrible frío.

Atrajo su mirada la serie de copos de nieve que se arremolinaban en las aberturas dejadas por la lona negra en la capota del *ricksha*. Su imaginación volvió al vivo recuerdo del viaje por la nieve con Satoko, un año antes, y el pecho se le apretó de emoción. No podía seguir más tiempo acurrucado dentro del *ricksha* oscilante, sin hacer otra cosa que soportar el dolor de la cabeza. Aflojó el ala frontal de la capota y se subió la bufanda sobre la boca y la nariz, para mirar el paisaje con ojos llorosos por la fiebre. Quería librarse de toda imagen que llevara sus pensamientos al dolor que le torturaba.

El *ricksha* había pasado ya las estrechas callejuelas de Obitoké. Nieve polvorienta caía en los campos y sembrados, a ambos lados de la carretera, que llevaba directamente hasta Gesshu, entre montañas. Caía sobre los haces de arroz en las eras, en las hojas de las moreras, en las cañas y en los pantanos, en silencio, sin llegar a cubrir el suelo. Incluso los copos que caían sobre su manta se desvanecían sin dejar humedad.

Vio cómo el cielo iba gradualmente librándose de las nubes hasta que al fin empezó a lucir un sol todavía pálido. La nieve se hizo como una fina ceniza blanca flotando en el aire.

A lo largo de la carretera la hierba se movía agitada por el viento, y despedía un destello plateado bajo la luz del sol. Más allá de los campos sembrados, las faldas de la colina estaban envueltas en un color gris, pero más lejos se divisaba un rincón de claro cielo azul, y las montañas cubiertas de nieve despedían un blanco fulgor.

Cuando miraba al paisaje que tenía en derredor, zumbándole los oídos por la fiebre, creía estar realmente en contacto con la realidad por primera vez en largos meses. El mundo estaba en absoluta calma. El movimiento del *ricksha* y la pesadez que sentía en los párpados se confundían con lo que veía fuera, pero cualquiera que fuese aquella deformación incidental, lo cierto es que tenía ante sí una evidencia suficientemente clara. Como había estado durante tanto tiempo en unas tinieblas caóticas de dolor y preocupaciones, aquella experiencia le llegaba con toda la fuerza de algo nuevo. Además, adonde quiera que mirase no veía ninguna señal de vida humana.

El *ricksha* estaba llegando ya cerca de los espesos matorrales de bambú que cubrían la ladera y rodeaban Gesshu. Delante, empinándose sobre los bambúes, sobresalían los pinos que bordeaban la carretera, en la pendiente, dentro de la verja. Cuando vio las señales de piedra al final de la tortuosa carretera, sintió un ataque de agudo temor.

«Si penetro en el *ricksha* —se dijo— y sigo las cuatrocientas yardas que hay hasta la puerta principal también en el *ricksha*, tengo la sensación de que tampoco hoy me van a permitir ver a Satoko. Puede que las cosas hayan cambiado desde la última vez. Es posible que la monja haya hablado de mi caso con la abadesa y esté un poco ablandada. Si ven que he venido caminando por la nieve, puede que me dejen ver a Satoko, aunque sólo sea un momento. Pero llegar en *ricksha* podría provocar una reacción contra mí. La abadesa podía decidir no permitirme ver a Satoko jamás. Como en un abanico hecho con centenares de finas y delicadas varillas unidas por un solo remache, si me descuido el remache podría soltarse y todo mi plan se desmoronaría. Y si no puedo ver a Satoko creeré que todo ha sido culpa mía. Me acusaré de insincero. Si me apeo del *ricksha* y camino, no importa lo débil que me siento, tal sinceridad, aunque ella no lo sepa, afectaría a mi corazón. Así están las cosas. No hay razón para tener pesadumbre. No me queda otra alternativa que arriesgar la vida si quiero verla. Para mí, ella es la esencia y todo lo que me ha traído hasta tan lejos.

Ni él mismo sabía si su razonamiento era ordenado o perturbado por la fiebre. Dijo al hombre de *ricksha* que se detuviera en la verja. Después de apearse y decirle que le esperase allí, empezó a caminar. El sol lucía otra vez, y los copos de nieve bailaban suspendidos en sus rayos pálidos. Desde los bambúes del camino llegaba el canto de una alondra. Verde musgo crecía en los troncos de los cerezos sin fruto, entre los pinos y a lo largo del camino. En medio de los bambúes florecía un ciruelo.

Habiendo pasado por el camino seis veces en los últimos cinco días, parecía que nada habría quedado fuera de su atención. Pero cuando empezó a caminar desde donde había dejado el *ricksha*, con piernas inseguras, miró en derredor y comprobó que el mundo había tomado una claridad fúnebre para sus ojos febriles. El paisaje que en los últimos días se le había hecho familiar tenía una extraña novedad casi inquietante. A cada momento, afiladas flechas de frío le atravesaban la columna vertebral. Los helechos a lo largo de la carretera, las flores rojas, los bambúes, la abundante hierba alta y seca, la carretera misma, blanca con la escarcha... Los ojos de Kiyoaki seguían todo aquello. Finalmente llegó a la sombra que cubría la carretera al llegar al bosque de cedros. Rodeado por el silencio había allí un mundo limpio de toda mancha. Y en el centro de ese mundo tan patético, en lo más íntimo de su corazón, sabía que estaba Satoko, tan serena y callada como estatua de oro. Pero, ¿podía un mundo tan perfecto y sereno, que evadía toda intimidad, guardar alguna relación con el mundo familiar que él conocía?

La respiración se le hacía más difícil a medida que avanzaba. Parándose para descansar se sentó en una gran roca junto a la carretera, sólo para verse inmediatamente golpeado hasta los huesos por el intenso frío, como si las ropas que le cubrían no pudieran hacer nada para defenderle. Tosió profundamente, y mientras lo hacía vio que el pañuelo puesto sobre la boca se había cubierto de una flema amarillenta.

Cuando el ataque de tos fue remitiendo miró a los distantes picos de las montañas cubiertas de nieve, que se alzaban más allá de los árboles. Como los ojos se le habían llenado de lágrimas tras el ataque de tos, su visión nublada parecía aumentar el brillo de la nieve. En ese instante le llegó a la memoria un recuerdo de sus trece años. Él era paje imperial una vez más, junto a la princesa Kasuga. Los picos nevados que tenía delante eran la imagen del blanco que aquel día le había deslumbrado. Había sido el momento de su vida en que la divina belleza femenina se le había ofrecido por primera vez en adoración.

El sol volvió a ocultarse. Poco a poco la nieve empezó a caer con más fuerza. Se quitó el guante de una mano y cogió unos copos. Tenía la palma ardiente por la fiebre, y la nieve se derritió ante sus ojos casi instantáneamente. Qué bien había cuidado de aquella mano, reflexionó. Nunca la había ensuciado, nunca había conocido una ampolla. La había usado, sólo en momentos agradables. Se puso en pie y empezó a caminar de nuevo, preguntándose si podría llegar al templo. Cuando llegó hasta los cedros, el viento soplaba con mayor fuerza y su silbido le dolía en los oídos. Los cedros dejaron ver un pequeño estanque, bajo el cielo plomizo. Una vez pasado el estanque volvió a cerrarse la lúgubre sombra de los viejos cedros. Ya no tenía más que un objetivo: seguir poniendo un pie delante del otro. Todos sus recuerdos del pasado se habían desvanecido. Sabía que el futuro sólo se revelaría a este paso, pie tras pie, yarda tras yarda, a medida que avanzaba penosamente.

Pasó la verja negra sin darse cuenta de ello, y cuando levantó la vista vio delante de sí la portada *Tang*. La nieve estaba adherida a la fila de crisantemos que formaban los aleros. Delante de la puerta sufrió un ataque de tos tan violento, que no le fue necesario llamar. La monja abrió la puerta e inmediatamente empezó a frotarle la espalda para aliviar el espasmo. En una especie de trance tuvo la feliz sensación de que Satoko había acudido allí, que eran sus manos las que le estaban acariciando.

La monja no le rechazó inmediatamente, como había hecho en ocasiones anteriores. Le dejó allí unos minutos interminables, y durante la espera su vista pareció oscurecerse. Su dolor, su jubilosa esperanza, se disolvieron gradualmente en un indefinido estado de sueño irremediable. Oyó voces de mujeres. Luego se hizo otra vez el silencio. Pasaría más tiempo. Cuando la puerta se abrió una vez más estaba sola la monja.

—Lo siento. Su petición de una entrevista no puede ser atendida. Por muchas veces que usted venga aquí, señor, me verá siempre obligada a darle la misma respuesta. Yo haré que un criado del convento le acompañe. Así que le ruego por favor que se vaya.

Ayudado por el portero, que era afortunadamente un hombre fuerte, volvió por la carretera hasta donde le estaba esperando el *ricksha*.

LIII

Honda llegó a la posada de Obitoké entrada la noche, el día 26 de febrero. Tan pronto como vio la situación crítica de Kiyooki sólo pensó en llevarle a Tokio inmediatamente, pero su amigo no quiso escucharle. Averiguó que el médico de la

localidad que fue llamado en las primeras horas de la tarde había dicho que los síntomas indicaban una neumonía.

Kiyoaki razonó con él y le suplicó hasta la desesperación. Quería que su amigo fuera a Gesshu al día siguiente, para hablar con la abadesa y hacer todos los esfuerzos posibles para ablandar su actitud. Como Honda no estaba implicado, sus palabras podrían tal vez surtir efecto en su reverencia.

Y si ella se ablandaba, Honda le llevaría al templo. Honda se resistió algún tiempo, pero al final cedió, acordando aplazar la marcha por un día. A toda costa tenía que tratar de conseguir una entrevista con la abadesa y hacer cuanto pudiera en beneficio de Kiyoaki. Pero a cambio hizo prometer a su amigo que si a pesar de todo ella seguía negándose, volvería con él a Tokio inmediatamente. Honda no se acostó en toda la noche, pendiente de Kiyoaki. A la luz de la lámpara de la habitación vio que su piel, blanca como era, tenía un ligero tinte rojo. Faltaban sólo tres días para los exámenes finales. Había tenido todas las razones para esperar que sus padres se opondrían a que hiciera aquel viaje precisamente en tales momentos. Pero cuando enseñó a su padre el telegrama de Kiyoaki no le sorprendió que le dijera que siguiese adelante, sin entrar en preguntarle más detalles. Y su madre había consentido igualmente. El juez Honda estuvo en un tiempo dispuesto a sacrificar su carrera en beneficio de sus antiguos colegas, que estaban siendo forzados a retirarse a causa de la abolición de la permanencia vitalicia. Ahora intentaba enseñar a su hijo el valor de la amistad. Durante el viaje en tren a Osaka, Honda había trabajado intensamente, e incluso ahora, mientras vigilaba junto a la cama de Kiyoaki, tenía abierto delante de él el libro de lógica.

En un círculo de luz amarilla la lámpara cogía los símbolos definitivos de dos mundos diametralmente opuestos, a los que estos jóvenes se habían entregado. Uno de ellos yacía seriamente enfermo en nombre del amor. El otro se preparaba para las graves exigencias de la realidad. Kiyoaki, medio dormido, nadaba en un mar caótico de pasiones, agarrándose a las algas marinas con los pies. Honda soñaba con un mundo de creación firmemente apoyado en una base de orden y de razón. Y así durante una amarga noche de principios de primavera, en la habitación de una vieja posada, estas dos cabezas juveniles estaban juntas bajo la luz, uno fríamente racional, el otro ardiendo de fiebre, cada uno de ellos ligados finalmente al ritmo de su propio mundo particular.

Durante todo el tiempo de su amistad, Honda nunca había sido más conocedor que ahora de la manifiesta imposibilidad de leer en los pensamientos de Kiyoaki. Estaba acostado delante de él, pero su espíritu corría por alguna otra parte. A veces invocaría delirante el nombre de Satoko, y sus mejillas se llenarían de color. Su cara perdía el aspecto macilento y desfigurado, y parecía normal y sana. Su piel brillaba como si fuera de fino marfil con fuego dentro. Pero Honda sabía que no tenía forma de alcanzar su esencia. Aquí delante de él, pensaba, estaba la pasión en su más verdadero sentido, que jamás tomaría posesión de él. Pero más que eso, se decía, ¿no era cierto que ninguna pasión lograría barrerle a él de allí? Pues se daba cuenta de que su naturaleza parecía estar carente de la calidad que hacía esto imposible. Era una naturaleza que nunca daría paso a traiciones. Su afecto por el amigo era profundo, lloraría con él si fuera requerido para ello, pero en cuanto a sentimientos no había coincidencia. ¿Por qué canalizó instintivamente todas sus energías a mantener un decoro apropiado interior y exterior? ¿Por qué, a diferencia de Kiyoaki, había sido en cierto modo incapaz de abrir su alma a los cuatro grandes elementos del fuego, el viento, el agua y la tierra? Sus ojos se volvieron al libro de lógica con las notas que tenía delante de él, y observó su propia escritura a mano, nítida y precisa:

«La lógica formal de Aristóteles dominó el pensamiento europeo hasta casi el final de la Edad Media. Ésta se divide en dos períodos, el primero de los cuales se llama «Lógica antigua». Las obras comentadas eran las «Tesis» y las «Categorías» del *Organon*. El segundo se denominó «Lógica nueva». Puede decirse que este

período recibió su ímpetu inicial de la traducción completa del latín del *Organon*, que se terminó a finales del siglo doce...»

No podía olvidar que estas palabras se irían borrando de su memoria copo a copo, nieve de primavera bajo el sol.

LIV

Honda había oído que el día en el convento empezaba temprano, por lo que desperezó el sueño justo al venir el alba. Después de un apresurado desayuno, dijo a la doncella que alquilara un *ricksha* y se dispuso a partir.

Kiyoaki le contemplaba desde la cama, con lágrimas en los ojos. Una mirada de súplica penetró en Honda como un cuchillo. Hasta aquel momento su intención había sido hacer una visita superficial a Gesshu, y luego llevar a Tokio a su amigo gravemente enfermo lo antes posible. Pero cuando vio aquella expresión en los ojos de Kiyoaki, supo que a cualquier costo tenía que hacer todos los esfuerzos posibles para conseguir un encuentro entre su amigo y Satoko.

Afortunadamente era una mañana cálida, como de primavera, lo que quizá significaría un buen augurio. Cuando el *ricksha* se aproximaba a la entrada del convento, advirtió que un hombre que barría por allí le miró desde lejos y luego dejó la escoba y pasó precipitadamente al interior. Honda creyó que el uniforme del colegio que llevaba, igual al de Kiyoaki, pondría al hombre en guardia, haciéndole dar la voz de alarma. La monja que apareció en la puerta tenía una expresión prohibitiva, antes de que le diera tiempo para identificarse.

—Perdóneme, hermana. Me llamo Honda. Siento ser un intruso, pero es que he venido desde Tokio a causa del asunto de Kiyoaki Matsugae. Le quedaría sumamente agradecido si lograra que la reverenda abadesa consintiera en recibirme.

—Espere un momento, por favor —replicó la monja.

Permaneció allí un largo rato, en la escalinata principal, y luego, mientras resumía en mente las varias réplicas que podría utilizar en caso de una negativa, la misma monja le sorprendió al aparecer otra vez y conducirlo a un locutorio del interior. La esperanza, aunque muy débil, empezó a nacer en él.

En el locutorio volvió a quedar solo un largo rato. Del jardín interior llegaban los trinos de los pájaros, aunque la puerta estaba totalmente cerrada y él no podía ver nada. En las sombras pudo descubrir el escudo nobiliario con nube y crisantemo en cada pestillo de las puertas. El adorno de flores con capullos de melocotón. Aquellas flores amarillas parecían brotar con el vigor de la primavera, y la corteza desvaída y las hojas verdepálido de las ramas del melocotón mostraban la belleza de sus capullos hinchados. Las puertas corredizas eran de color blanco, pero notó un biombo plegable junto a la pared, que parecía ser precioso, y se acercó a él.

Lo examinó detenidamente. Era un biombo con escenas de cada uno de los doce meses del año, realizado predominantemente al estilo de la escuela de Kano, pero enriquecido con los vívidos colores tradicionales de Yamoto.

Las estaciones empezaban con la primavera por el borde derecho del biombo. Los cortesanos se divertían en un jardín bajo pinos y ciruelos. Una masa de nubes doradas lo cubría todo, salvo una fracción de pabellón rodeado de un seto de cipreses. Un poco a la izquierda retozaban potros de varios colores. El estanque del jardín se convertía en algún punto en zona cenagosa, y un grupo de jóvenes plantaba arroz. Una pequeña cascada salía de las nubes doradas y caía en otro estanque. El tono verde de la hierba al borde del agua anunciaba la llegada del verano. Los cortesanos estaban colgando gallardetes de papel blanco para la Purificación del Verano en los árboles y arbustos alrededor del estanque, ayudados de oficiales menores y criados, con túnicas color carmesí. Los venados pacían satisfechos en el jardín de un santuario, y a través de su verja color rojo salía un caballo blanco. Los guardias imperiales, con los arcos sobre los hombros, estaban atareados con los preparativos para un desfile festivo. Y las rojas hojas de los arcos reflejadas en el estanque predecían el frío del invierno, que pronto cobraría su peaje. Luego, un poco más adelante, se veían más cortesanos, en una fiesta de cetrería, con nieve teñida de oro. También el cielo era dorado, brillando entre las ramas nevadas de los bambúes. Un perro perseguía a una perdiz con una mancha roja en el cuello, que se escapaba por entre los juncos como una flecha, para perderse en el cielo. Los halcones en las muñecas de los cortesanos mantenían los ojos fijos en la perdiz que huía.

Después de examinar con calma el biombo de Tsukinami, volvió a su lugar, pero todavía no había ninguna señal de la abadesa. Regresó la monja, se arrodilló, le sirvió té y pastas, le dijo que la abadesa llegaría en unos minutos y le pidió que se pusiera cómodo mientras esperaba. En la mesa había una pequeña caja, adornada

con un grabado en relieve. Debía ser labor del propio convento, y además, se advertía cierta inexperiencia en aquel trabajo, que bien pudiera ser fruto de la mano inexperta de Satoko, que había estado trabajando en él. El papel engomado y el grabado de la tapa estaban excesivamente coloreados, al gusto de la antigua Corte Imperial, opresivamente chillones. En el grabado había un muchacho cazando una mariposa. Corría detrás del insecto de alas rojas y púrpura, y su piel blanca sugería la gracia sensual de una muñeca. Después del viaje por los campos oscuros de la primavera, después de subir a la montaña a través de los bosques todavía sin hojas, tuvo la sensación de que aquí, en este locutorio sombrío de Gesshu, había experimentado la dulzura densa y almibarada que era esencia de feminidad.

Oyó el roce de la ropa, y luego su reverencia en persona atravesaba el umbral, apoyándose en el brazo de la monja. Él se puso en pie, pero fue incapaz de controlar los latidos del corazón. La abadesa debía de tener muchos años, pero las facciones de su cara, sobre la túnica austera de color púrpura, parecían esculpidas en fina madera de boj, y no reflejaban ninguna señal de ancianidad. Aquellas facciones tenían una expresión cálida. La abadesa se sentó delante de él. La monja tomó asiento a su lado.

—¿Así que según me dicen has hecho un largo viaje desde Tokio?

—Sí, reverencia. —Le resultaba difícil hablar delante de ella.

—Este caballero dice que es compañero de colegio y amigo de mister Matsugae —dijo la monja tratando de aclarar las cosas.

—Ah, sí —repuso la abadesa—. A decir verdad, hemos sentido mucha pena por el hijo del marqués. Sin embargo...

—Matsugae tiene una fiebre terrible. Está en cama en la posada. Recibí un telegrama suyo y llegué aquí lo más rápidamente que pude. Hoy he subido en su lugar para hacer en su nombre una petición. —Al final Honda se encontró capaz de hablar libremente.

Pensó que, probablemente, así se sentiría un joven abogado delante de la Corte. Sin hacer caso de la actitud de los jueces, él debía seguir adelante, intensamente concentrado en su alegato y preocupado sólo por la defensa de su cliente. Habló a la abadesa de su amistad con Kiyooki, describió la enfermedad que le aquejaba, y puso bien claro ante ella que Kiyooki estaba arriesgando la vida por una entrevista con Satoko aunque fuera brevísima. No vaciló en decir que si todo esto acababa en un trágico desenlace Gesshu mismo no quedaría libre de remordimientos. Se sentía más acalorado a medida que iba pronunciando sus fervientes palabras, y aunque la sala estaba más bien fría él sentía arderle las orejas y la frente. Como era de esperar, su discurso parecía conmover a la abadesa y a la monja, pero ambas permanecieron en silencio.

—Y luego deseo que tenga la amabilidad de comprender mi posición. Yo presté dinero a mi amigo porque me dijo que lo necesitaba. Ese es el dinero que utilizó para llegar hasta aquí. Ahora ha caído enfermo. Yo me siento responsable ante sus padres por todo esto. Y además, como estarán pensando ustedes dos, la cosa más adecuada que debo hacer es volver con él a Tokio lo antes posible. También comprendo que es la única solución sensata. Pero no lo he hecho. En su lugar, sin ni siquiera pensar en lo contrariados que estarán conmigo sus padres, he venido aquí como me ven para suplicar a su reverencia tenga a bien acceder a la petición de Matsugae. Estoy haciendo todo esto porque después de ver la expresión de esperanza temeraria en sus ojos, no creo que tenga otra alternativa. Si su reverencia pudiera ver esa expresión estoy seguro de que llegaría a conmoverse. En cuanto a mí, estoy plenamente convencido de que ahora es mucho más importante concederle lo que pide que preocuparse por su enfermedad. Es algo horrible lo que voy a decir, pero tengo la sensación de que no va a recuperarse. Así, lo que yo hago ahora es transmitir el deseo de un moribundo. ¿Permitirle ver a Satoko durante uno o dos minutos caería fuera del alcance de la compasión del Señor Buda? ¿No va a tener su reverencia la amabilidad de acceder a ello?

Su reverencia todavía no contestó. Aunque estaba lanzado se detuvo allí, temeroso de que si seguía profiriendo más palabras quizá no conseguiría que la

abadesa cambiara de opinión. La fría habitación quedó sumida en silencio. La luz que se filtraba por el papel blanco de las celosías hacía a Honda pensar en una tenue neblina.

En ese momento creyó oír algo. No parecía proceder de la habitación contigua, sino quizá de un rincón del pasillo o de la habitación inmediata. Sonaba como una sonrisa tan sutil como la apertura de un capullo de ciruela. Pero luego, tras un momento de reflexión, estuvo seguro de que, a menos que le engañaran los oídos, el sonido que había llegado hasta él a través de la atmósfera fría del convento en la mañana de primavera no era una risa disimulada, como había creído, sino el sollozo ahogado de una joven. No tenía el eco de una mujer pugnando con las lágrimas. Lo que había oído, tan débil como el sonido del corte de una cuerda de violín, era el eco de un sollozo escondido. Empezó a preguntarse si todo aquello no pasaría de ser un arranque momentáneo de su imaginación.

—Ah —dijo la abadesa, rompiendo el silencio al fin—. Sin duda usted me considera severa sin razón. Puede que crea que yo estoy haciendo uso de todos los medios a mi alcance para tener separada a esta pareja. Sin embargo, es seguro que algún elemento sobrehumano está operando aquí. Empezó cuando la propia Satoko hizo su voto delante del Señor Buda. Entonces juró no volver a ver a tal hombre en este mundo. Por tanto yo creo que el Señor Buda en su sabiduría está asegurando que esto se cumpla. Pero no dejo de comprender la gran tragedia que se está acarreado al joven amo.

—Entonces, a pesar de todo, ¿no va a dar el permiso su reverencia?

—No.

Su voz tenía una dignidad evidente, y él se sintió incapaz de contestar. Aquel no sencillo parecía lo suficiente poderoso para rasgar el mismo firmamento como una frágil seda. Después, viendo su profunda tristeza, la voz de la abadesa empezó un monólogo doloroso. Aunque Honda no deseara partir y enfrentarse con el desencanto de Kiyooki, la tristeza le impedía prestar más que una mediana atención a lo que la abadesa estaba diciendo. Se refería a la red de Indra. Indra era un dios indio, que una vez que arrojaba su red todo hombre, todo ser viviente sin excepción, caía inexorablemente en sus mallas. Y así, todas las criaturas quedaban irreversiblemente apresadas por esa red. Red de Indra, que simbolizaba *la cadena*, en sánscrito, *pratitya samutpada*. *Yuishiki* (consciencia), doctrina fundamental de la *Secta Hosso*, a la que pertenecía Gesshu, se centraba en *Los treinta versos de Yuishiki*, texto canónico atribuido a Vasubandhu, a quien la secta consideraba como su fundador. Según los versos, *Alaya* es el origen de la *Cadena de la Causación*. Esta era una palabra sánscrita que significaba *almacén*, pues dentro del *Alaya* estaban contenidas las semillas *karmic*, que guardaban los efectos consecuenciales de todos los hechos, buenos y malos.

Más profundo en el hombre que las seis primeras formas de consciencia (la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, la mente) con que están dotados los seres sensibles, había una séptima llamada *Mana* o autoconsciencia. Pero *Alaya*, la forma definitiva y última de consciencia, yacía todavía a mayor profundidad. Tal como determinaban *Los treinta versos*, «como en un torrente violento, siempre fluyente, siempre cambiante», esta octava forma de consciencia, como un río enfurecido, cambiaba incesantemente, sin cesar de fluir nunca hacia adelante. En flujo constante, el *Alaya* es la fuente de todos los seres sensibles y la suma de todos los efectos sobre ellos. Asanga, cofundador junto con Vasubandhu de la escuela de *Yuishiki*, en una obra doctrinal titulada *La providencia del gran vehículo*, desarrollaba, sobre la base de la eternamente mutativa naturaleza del *Alaya*, una teoría única de la *Cadena de la Causación* en términos de tiempo. Se refería a la interacción de la consciencia del *Alaya* y la *Ley de la Profanación*, que daba origen a lo que se calificaba de «ciclo siempre recurrente de aniquilación y renovación de la causalidad». Según la doctrina de *Yuishiki*, cada uno de los varios *dharmas*, que en realidad no eran más que consciencia, lejos de gozar de la permanencia eterna existían sólo por el momento. Y una vez pasado el instante eran aniquiladas. En el momento presente la consciencia *Alaya* y la *Ley de la Profanación* existen

simultáneamente, y su interacción da origen a la causalidad del instante actual. Una vez que este momento ha pasado, tanto el *Alaya* como la *Ley de la Profanación* son aniquilados, pero en el momento siguiente ambas vuelven a nacer, y ambas se interaccionan otra vez, para dar origen a una nueva causalidad. Por tanto los seres existentes son aniquilados en un momento u otro momento, y esto da origen al tiempo. El proceso por el que el tiempo es engendrado en esta aniquilación de momento a momento, puede semejarse a la relación entre una fila de puntos y una línea.

* * *

A medida que pasaban los minutos, Honda se vio gradualmente arrastrado a la profunda exposición doctrinal de la abadesa. Pero sus circunstancias presentes impedían a su espíritu toda indagación racional. La súbita explosión de la compleja terminología budista le dejó suspenso, y luego surgieron muchos puntos difíciles sobre los que tenía dudas. Karma, pensaba, debería operar eternamente, un proceso sin principio, que por su naturaleza contenía dentro de sí mismo elementos de tiempo. Le parecía contradictorio que por el contrario el tiempo se entendiera como surgiendo de la disolución y la regeneración de la causalidad en cada momento presente.

Sus recelos le impidieron prestar una atención totalmente sincera y respetuosa al sabio discurso de su reverencia. La monja le irritaba también con sus exclamaciones. A intervalos, intervenía con frases como «¡Qué cierto es!... ¡Eso es!... ¿Cómo podría ser de otra manera?», y así sucesivamente. Por tanto él se contentó con memorizar los títulos de *Los treinta versos* y *La providencia del gran vehículo*, y pensó que podría consultarlos a placer y luego volver allí para hacer preguntas. Dado su estado actual no se dio cuenta desde qué perspectiva y con qué claridad las palabras de la abadesa estaban iluminando el destino tanto de Kiyooki como el suyo, igual que la Luna, en su cenit, ilumina las aguas oscuras de un lago. Musitó una cortés despedida, y salió de Gesshu lo más rápidamente que pudo.

LV

Durante el viaje de regreso en tren a Tokio, el evidente dolor de Kiyooki constituía fuente constante de pesadumbre para Honda. Abandonó completamente sus libros, con la única preocupación de llevar a su amigo a casa lo antes posible. Cuando contemplaba a Kiyooki tendido, gravemente enfermo, en su litera, devuelto a Tokio sin haber logrado el tan deseado encuentro, sintió una punzante pesadumbre. Se preguntaba si realmente había sido propio de un amigo pagarle con aquella moneda.

Kiyooki había caído en una especie de sueño, y estaba más alerta que nunca, a pesar de haber pasado él tanto tiempo sin dormir. Dejó que una multitud de pensamientos entraran y salieran de su imaginación sin ser controlados. Entre éstos estaba el recuerdo de los sermones de la abadesa en dos pasajes, cada uno con efecto totalmente diferente. En el otoño del año anterior había oído su primer sermón, la parábola de aquel que bebía agua en un cráneo. Había tomado el principio para formar con él una parábola propia, referente al amor humano. Y

había concluido pensando que sería maravilloso que un hombre pudiese de hecho hacer la sustancia del mundo conforme con la de su corazón. Posteriormente, en el curso de sus estudios de leyes había meditado mucho sobre la doctrina de la reencarnación, tal como se expresa en las Leyes de Manu.

Y esta mañana había vuelto a oír hablar a la abadesa. Ahora tenía la sensación de que la única clave de todo el rompecabezas se movía como una cuerda girando hacia un lado u otro, con movimientos tan confusos que el rompecabezas parecía hacerse cada vez más complejo.

El tren tenía la llegada a la estación de Shimbashi a las seis de la mañana. La noche estaba ya muy avanzada. La respiración de los pasajeros se mezclaba con el ruido sordo de las ruedas. Permanecería despierto hasta el amanecer, observando a Kiyooki en la litera más baja, directamente frente a él. Había dejado abiertas las cortinas para advertir inmediatamente cualquier cambio en la situación de Kiyooki, y ahora estaba mirando por la ventanilla a los campos sumidos en la oscuridad.

El tren seguía avanzando. La oscuridad era densa y el cielo estaba tan nublado que los campos y las montañas parecían casi borrados, no dejando posibilidades de calcular la velocidad del tren. De vez en cuando, algún pequeño destello de luz, el breve resplandor de una linterna, ponía un brillo fugaz en el telón de la oscuridad, pero esto no era suficiente para proporcionar alguna orientación. No era el tren el que hacía solo tanto ruido, pensó Honda. Era algo más. Algo que envolvía el mundo mientras se abría camino a través de la noche. El ruido salía de la misma oscuridad.

Mientras Honda había estado haciendo el equipaje apresuradamente para dejar la posada de Obitoké, Kiyooki había pedido algunas hojas de papel de carta al posadero y había escrito una nota, que luego había dado a Honda pidiéndole que se la entregara a su madre la marquesa. Honda había guardado cuidadosamente aquella nota en el bolsillo interior de la americana. Ahora, al no tener otra cosa mejor que hacer, sacó la nota y la leyó a la luz escasa de la bombilla que colgaba del techo del vagón. Estaba escrita a lápiz, con pulso alterado y mano poco firme, cosa impropia de Kiyooki. A pesar de todo todavía quedaba en su escritura un toque de gracia.

«Querida mamá:

»Hay algo que quisiera que dieras a Honda para mí. El *diario* de los sueños, que está en mi escritorio. A él le gustará. Y como nadie más querrá leerlo, por favor, cuida de que llegue a sus manos.

KIYOOKI.»

Honda vio que había usado sus últimas reservas para escribir esta especie de testamento. Pero si realmente era eso debería haber incluido alguna palabra para su madre, en lugar de dirigirse a ella de forma tan brusca y fría. Le llegó un gemido desde la litera de enfrente. Puso inmediatamente la nota a un lado y saltó al lado de Kiyooki en un abrir y cerrar de ojos, mirándole a la cara.

—¿Qué te pasa?

—Me duele el pecho. Parece como si me hubieran dado una puñalada aquí.

Kiyooki tenía la respiración dificultosa. Las palabras le salían a borbotones. Honda, no sabiendo qué otra cosa hacer, empezó a darle suaves masajes en el lado izquierdo inferior del pecho, lugar donde decía que era más agudo el dolor. Pero a la luz tenue de la bombilla vio que la cara de su amigo estaba descompuesta. Sin embargo, la belleza de la cara no había desaparecido. El intenso dolor había impreso en su rostro un carácter extraordinario, grabando en él líneas que le daban la dignidad de una máscara de bronce. Los hermosos ojos estaban llenos de lágrimas. Sin embargo, las cejas se habían fruncido estrechamente, y la fuerza masculina que había en ellas hacía un contraste con el patetismo de las pupilas humedecidas. Mientras luchaba contra el dolor, su nariz se alzó como si tratara de analizar la oscuridad que le rodeaba, y sus labios, secos por la fiebre, se abrieron para revelar el resplandor de madreperlas de sus dientes. Al final, el dolor pareció remitir.

—¿Estás dormido? Bien. Eso es lo que necesitas —dijo Honda. Estaba haciendo cábalas sobre la expresión de dolor que había visto en la cara de su amigo hacía sólo unos momentos. ¿No había sido de hecho una expresión de intenso gozo, ese que no se encuentra en ninguna parte más que en los extremos de la existencia humana? Quizá Kiyooki había visto algo, y Honda codició aquel momento con una emoción que a su vez despertó en él una extraña vergüenza. Movi6 la cabeza ligeramente. Había empezado a sentirse entumecido. En su interior, tan sutil y firme a la vez como el hilo del gusano de seda, había tomado forma una emoción. Luego Kiyooki, que parecía haber dormido algunos momentos, abrió repentinamente los ojos y extendió el brazo para coger la mano de Honda. La apretó con fuerza.

—Acabo de tener un sueño. La volveré a ver. Lo sé. Junto a las cascadas.

Su sueño, pensó Honda, le había llevado al parque de la casa de su padre. Y la más vivida de las imágenes habrían sido las cascadas, cayendo desde la cima de la colina en sus nueve etapas. Dos días después de regresar a Tokio, Kiyooki Matsugae moría a la edad de veinte años.